



VENGANZA de
Fuego

MADISON DAVIS

VENGANZA^{de}
Fuego

MADISON DAVIS



©MADISON DAVIS

Título original – Venganza de fuego

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados.



Ella era su rehén, la forma perfecta de hallar venganza, pero acabó arriesgándolo todo por ella, y por un amor que parecía imposible.

La vida de Lena Wright se transformó en una pesadilla cuando, siendo una niña, acabó bajo el cuidado de su tío Gregory. Ahora su tío pretende casarla con Anatol, un hombre violento con un oscuro secreto y una fijación por poseerla.

Tras la muerte de su hermana a manos de Anatol, el capitán Jedrick busca venganza. Por ello irrumpe en la boda entre Anatol y Lena y la secuestra. Pero no estaba en sus planes retener a una inocente, y menos a una mujer que resulta ser tan intrigante como hermosa.

Ahora ambos se verán envueltos en una aventura donde el destino se empeñará en separarlos y donde la distancia no borrará el anhelo de sus corazones.

No te pierdas esta fascinante novela donde los protagonistas tendrán que enfrentarse a todo tipo de desafíos y donde la venganza será una dura prueba de fuego.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Siguiente libro de la autora](#)

[Notas](#)

Prólogo

Londres, Inglaterra 1642

No había niebla en Londres en esta gélida noche de primavera, por lo que su vista no estaba obstruida mientras permanecía de pie entre las sombras de una casa adosada, ignorando las brillantes estrellas zafiro que relucían en el cielo nocturno. Sus ojos oscuros recorrieron la calle de arriba abajo hasta que se cercioró de que estaba vacía de transeúntes.

Mientras caminaba por la calle, llevaba la capa ricamente cortada desabrochada a pesar del viento fresco. Sus pasos eran seguros y decididos, su rostro retorcido por una ira que le hervía la sangre, haciéndole ajeno a la frialdad que le rodeaba.

Maldita sea, pensó por enésima vez. Se había atrevido a desafiarle y casi lo había conseguido. Casi, se recordó a sí mismo. Le había llevado casi cinco años, pero por fin la había encontrado.

Llegó a la casa que buscaba y se detuvo, dejando que sus dedos enjorrocados se apoyaran ligeramente en la puerta de hierro forjado. Ella estaba aquí, en esta casa, a su alcance. Sintió temblar de anticipación y respiró hondo para calmarse. Lentamente, abrió la verja y se acercó a la casa.

Con calma, levantó la aldaba de latón y la hizo descender tres veces. Al cabo de unos instantes, un criado elegantemente vestido le abrió la puerta. Al declarar formalmente su deseo de ver a la señora de la casa, el criado le hizo pasar inmediatamente al salón. Una lenta sonrisa se curvó en su rostro. No se había hecho ninguna pregunta.

Evidentemente, el criado estaba impresionado con el corte de su capa y las brillantes joyas de sus dedos.

Con curiosidad, miró alrededor de la habitación mientras esperaba, sus dedos recorriendo el respaldo de una silla pesada y ornamentada. Se lo había montado bien, incluso sin él. El salón estaba ricamente amueblado y decorado con sumo cuidado y gusto. Muebles elaboradamente tallados estaban cómodamente colocados por toda la estancia y grandes y bellos cuadros colgaban de las paredes. Una delicada espineta se alzaba en una esquina de la habitación y él se acercó a ella, pasando ligeramente los dedos por las teclas de marfil. Luego, lentamente, se acercó al hogar, tendiendo las manos al calor del fuego.

Supo el momento exacto en que ella entró en la habitación. Su olor era inconfundible, como el de una habitación llena de rosas fragantes. Después de que ella se hubiera marchado, él no había podido soportar su olor.

—Es una noche fría para estar fuera, —dijo ella, su voz llevaba un rastro de acento extranjero—. ¿En qué puedo ayudarle, señor?

Él permaneció de pie junto al hogar, de espaldas a ella, saboreando el sonido de su voz. Dios, cómo había echado de menos las notas melódicas de su voz y su preciosa risa. Lentamente, se volvió para mirarla.

Ella estaba exactamente como él la recordaba. Ahora tendría veinte años, sólo dos menos que él. Iba vestida con un magnífico vestido de terciopelo azul, de corte bajo sobre los hombros y rematado con un delicado cuello de encaje y puños a juego. Llevaba el pelo rojo fuego suelto con una cinta a juego y sus ojos azul verdoso se abrieron de par en par cuando le miró, primero con sorpresa y luego con un asombrado reconocimiento.

—Dobry wieczor, moja rozyczko, —le dijo en un polaco fluido—. Buenas noches, mi pequeña rosa.

Todo el color se drenó de su rostro mientras daba un tembloroso paso atrás.

—Dios mío, Anatol. Eres tú. ¿Qué haces aquí?

Anatol se apoyó despreocupadamente en el respaldo de una silla, volviendo sus ojos oscuros hacia ella.

—Supongo que podría inventarme alguna historia para explicar mi presencia, pero ambos sabemos por qué estoy aquí, ¿verdad, Alina?

Ella sacudió la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Hiciste mal en seguirme. Tenía que dejarte. Me asustaste con tus celos, tu posesividad y crueldad. No podía respirar.

Su expresión permaneció sin emoción. Casualmente, cogió un jarrón de una mesa cercana y lo examinó con sumo interés. Luego, bruscamente, lo arrojó contra el hogar, donde se rompió en cien pedazos, esparciéndose por el suelo. El criado que había escoltado a Anatol hasta el salón entró corriendo en la habitación, pero Alina le hizo un gesto para que retrocediera.

—No pasa nada, John. Conozco al caballero —le dijo tranquilizadora, y luego cerró la puerta tras él.

Respirando hondo para calmarse, se volvió hacia Anatol.

—Deja ya esta exhibición infantil. Tu enfado no cambia nada.

Los puños de Anatol se cerraron a su lado.

—Todavía me perteneces, Alina. Huir a Inglaterra no cambió nada de eso.

Alina respiró hondo, pasándose los dedos por los altos pómulos para calmarse.

—Te equivocas, Anatol. Lo cambió todo. Estoy casada y me he convertido en una súbdita inglesa. No volveré contigo. Ni ahora... ni nunca.

Su rostro se contorsionó en un ceño furioso mientras cruzaba la habitación y la agarraba por el brazo.

—Lo que tú quieras no es asunto mío. Volverás conmigo aunque tenga que llevarte pateando y gritando —Se echó la capa a los hombros y ella jadeó al ver el brillo de las joyas cosidas en su túnica.

—Sí, —susurró él mientras seguía los ojos de ella hasta su pecho—. Soy rico. Más rico de lo que jamás podrías haber imaginado. Mi riqueza puede ser tu riqueza, Alina. Vuelve conmigo y

vive la vida que estás destinada a vivir.

Ella se estremeció y cerró los ojos.

—Tus riquezas no me interesan. Aquí tengo una vida cómoda y soy feliz. Cómprate otra mujer, Anatol.

—Eres la única mujer para mí, Alina. —Habló con tal convicción que ella sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

—No me dejaré intimidar por ti, —dijo ella con una firmeza que no sentía—. Ya no soy la chica ingenua que cayó bajo tus oscuros encantos. No eres mi dueño y nunca lo fuiste. No volveré atrás.

Extendió la mano hacia su brazo, sus dedos presionaron dolorosamente su carne hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Nadie me abandona, Alina. Nadie. Especialmente tú.

La arrastró cerca de sí y posó sus labios sobre los de ella, saboreando con dureza su dulzura. Había llevado a muchas mujeres a su cama, pero no había ninguna como ella. Ella encendió su corazón y su alma hasta que amenazó con quemarlo, arrastrándolo hacia sus ardientes profundidades.

Cogiéndole la cara con un apretón feroz, la miró profundamente a los ojos verdeazulados, los mismos ojos que habían perseguido sus sueños desde que tenía memoria.

Ella estaba llorando, casi histéricamente ahora. Sonriendo, la soltó.

—Vendrás conmigo esta noche, —le ordenó en voz baja.

Antes de que pudiera contestar, la puerta se abrió y una niña de unos tres años entró corriendo en la habitación, con una muñeca en la mano.

—Mamá —dijo tímidamente, corriendo y escondiendo la cara en las faldas de su madre.

—Hannka —jadeó Alina, utilizando el diminutivo del nombre de la niña—. Mamá está ocupada.

Ella cogiendo a la niña en brazos.

—Mamá está ocupada. Vete a jugar. —Corrió hacia la puerta con la niña, pero la firme mano de Anatol en su hombro detuvo sus movimientos.

—¿La niña es tuya? —preguntó Anatol con curiosidad. Alina abrazó a la niña contra su pecho de forma protectora pero no dijo nada.

Anatol se quedó mirando a la niña. Era exactamente igual que Alina, con una nube de rizos rojos y una pizca de pecas en la cara. Bruscamente, alargó la mano y cogió el mentón de la niña con la suya.

—No — jadeó Alina, intentando apartar a la niña de él.

La voz de Anatol era áspera.

—Si vuelves a moverte, la arrancaré a la fuerza de tus brazos. Te advierto que no seré suave.

Alina se quedó inmóvil, y Anatol levantó la barbilla de la niña, hasta que pudo mirarla

directamente a la cara. Unos amplios ojos azul verdoso le devolvieron la mirada, extrañamente sin miedo.

Sorprendido, soltó la mano y dio un paso atrás.

—Jesús y María, —dijo roncamente—. Tiene tus ojos.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Alina.

—Que Dios me ayude, Anatol, si te atreves a hacer daño a esta niña...— Dejó escapar la frase, incapaz de terminarla.

La niña soltó enseguida su muñeca y empezó a gemir, sintiendo la angustia de su madre. Alina acarició los rizos de la niña, susurrándole palabras tranquilizadoras de consuelo. Lena dejó de llorar inmediatamente y empezó a chuparse el dedo, apoyando la cabeza en el hombro de su madre.

Anatol sonrió lentamente.

—Nos vamos esta noche. Todos nosotros, incluida la niña.

Alina dejó a la niña en una silla y se acercó a Anatol. Su temor por la seguridad de su hija le infundió de pronto un nuevo valor.

—No, Anatol. No iré. Ya no estamos en Polonia y no responderé ante ti. Pertenezco a otro hombre y él te matará si te atreves a secuestrarnos.

Anatol respiró hondo, impaciente, obligándose a controlar su ira.

—Sé que tu marido no está en Londres. Se fue hace dos días de viaje a Gales. También sé que esta noche sólo hay unos pocos sirvientes en el recinto. Los mataré si es necesario.

El grito ahogado de horror de ella le produjo un estremecimiento de placer.

—Mi querida, querida Alina, —continuó con un suspiro, tamborileando con los dedos en el respaldo de la silla—. ¿de verdad crees que sería tan estúpido como para venir aquí esta noche sin un plan? Llevo meses en Londres, siguiéndote, observándote, esperando el momento justo para acercarme a ti. Ese momento ha llegado. Ahora, o vienes conmigo pacíficamente o te obligaré. La elección es tuya. —Se acercó despreocupadamente y cogió el hierro de fuego, sosteniéndolo flojamente en la mano, como si quisiera dar a entender algo.

Ella inspiró bruscamente, juntando con fuerza las manos.

—Muy bien, Anatol. Tu argumento está bien expuesto. Yo iré, pero Lena se queda atrás.

Él rió roncamente.

—No estás en posición de regatear conmigo. Os llevaré a las dos, si así lo deseo.

Alina puso las manos en las caderas desafiante, su ardiente cabello se deslizaba suelto de su cinta.

—No. No tocarás a mi hija. Eres un enfermo, Anatol Czarnowski, y no permitiré que arruines la vida de mi hija como has intentado arruinar la mía. Dejarte fue lo mejor que hice en mi vida. Ni por un momento me arrepentí de mi decisión y nunca lo haré.

Le invadió una furia tan poderosa que apenas podía respirar. Aún se atrevía a desafiarle, después de que él hubiera viajado hasta allí para encontrarla y traerla a casa. ¡La muy desagradecida! Sin pensarlo, alargó la mano y agarró su esbelto cuello entre las suyas,

sacudiéndola con todas sus fuerzas.

—No, Alina, —gruñó a través de su ira empañada—, me perteneces y lo sabes. ¿Cómo te atreves a atormentar mis sueños con tus ojos y luego escupirme cuando te declaro mi amor? Eres mía y seguirás siéndolo para siempre. ¿Me oyes? —Podía oír el llanto de la niña pero no podía concentrarse en nada excepto en su furia consumidora y cegadora.

—Di que me quieres, maldita sea, —le ordenó furioso—. Dilo. — Después de que pasaran varios momentos y ella no respondiera, él la soltó, aún temblando de ira. Ella se deslizó hasta el suelo, con el pelo rojo cubriéndole la cara.

Anatol miró horrorizado la forma inmóvil. Como en un sueño, se arrodilló a su lado, apartándole el pelo de la cara. Le levantó la cabeza y los hombros, pero ella permanecía inerte e inmóvil.

Su corazón dejó de latir cuando la miró a la cara. Sus ojos estaban abiertos e inmóviles. Los orbes azul-verdosos le miraban vacíos, sin sentimiento.

—Dios mío, —susurró, presionándose la frente con el dorso de la mano—. ¿Qué he hecho? —Con cuidado, volvió a depositar su cabeza en el suelo.

—No, no —gritó, golpeando el suelo con los puños. Todo estaba mal. Se suponía que debía volver a Polonia con él, convertirse en su esposa y amarle para siempre... hasta que sus destinos se cumplieran.

Ella le pertenecía, maldita sea. Pero ahora ella se le había escapado de las manos. Otra vez.

Loco de dolor, Anatol se puso en pie y miró alrededor de la habitación. La muñeca aún yacía en el suelo, donde se había caído, pero la niña ya no estaba, la puerta ligeramente entreabierta. Agarrando la muñeca, se la metió en el bolsillo y salió a trompicones del salón, con las lágrimas corriéndole por la cara. Dirigiéndose a la puerta, la abrió de un tirón y huyó hacia la fresca noche londinense.

Se detuvo un momento para mirar hacia la casa.

—Sé que vives en esa niña, Alina, —susurró roncamente—. No puedes escapar tan fácilmente de mí.

Lentamente, sacó la muñeca de su bolsillo, dándole vueltas en la mano antes de cerrarla con fuerza.

—La próxima vez, mi pequeña rosa, —prometió en voz baja—. La próxima vez, iré a por ti.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra 1655

Lena Wright, de dieciséis años, permanecía completamente inmóvil bajo el cálido sol del verano, con la respiración contenida y las delicadas cejas fruncidas en feroz concentración. Una pequeña gota de sudor resbalaba por su nariz y se la secó distraídamente en la manga de su brazo izquierdo.

Su mano derecha se cernía sobre la ligera espada que llevaba al cinto en el costado, pero no la desenvainó. Todavía no.

Respirando hondo, se obligó a avanzar, con cuidado de mantener sus pasos ligeros y silenciosos. Mientras se acercaba a su destino, se recordó a sí misma lo que le habían enseñado.

Busque lo inesperado. Esté preparada para cualquier cosa. Pero sobre todo, sea paciente. No deje que su impaciencia pese más que su juicio.

Un siseo hendió el aire tras ella y, sorprendida, volteó su esbelta figura, sacando rápidamente la espada de la vaina.

Instintivamente se agazapó, lista para atacar, cuando un gran gato callejero saltó de entre los arbustos y pasó corriendo junto a ella, desapareciendo en la calle.

Tras un momento de conmoción, Lena se disolvió en carcajadas, cayendo sobre la hierba. Su espada cayó inofensivamente al suelo junto a ella. Levantando una mano, se secó las lágrimas que se derramaban de sus brillantes ojos azul verdoso. Que Dios la ayudara, ¡había acorralado a un felino!

Todavía riendo, se quitó el cinturón de la cintura, tirándolo al suelo. ¿Realmente había llegado a esto? ¿Sería su mayor reto en la vida luchar contra gatos? En un descuido, se echó varios mechones largos de pelo por encima del hombro, sacudiendo con pesar la cabeza. Al menos era mejor que blandir una espada, día tras día, contra una serie de enemigos de pega, pensó. Señor, si Mike pudiera verla ahora, después de todo el tiempo que había pasado entrenándola tan meticulosamente. Pensó en sus profundos ojos azules arrugados de alegría y en sus manos ásperas y callosas enseñándole una y otra vez la forma correcta de sostener una espada.

Aprende los puntos fuertes y débiles de tu enemigo, le había dicho. No dejes que se noten tus emociones. Pero con el tiempo, incluso Mike se había dado por vencido en ese punto. Con cariño, le había dicho que era voluntad de Dios que ella hubiera nacido con el pelo rojo fuego y un temperamento adecuado a juego.

Lena sintió que un destello de tristeza la atravesaba al pensar en su viejo amigo. Le echaba

mucho de menos. Él había sido el único punto brillante de luz en su vida; una vida llena de tanta soledad y dolor. Y ahora no tenía a nadie. A nadie en absoluto...

—¿Dónde estás, pequeña imbécil?

Lena se puso en pie al oír el grito de su tío y entró corriendo en la casa, donde él la esperaba impaciente.

Fugazmente, se preguntó si estaría borracho otra vez.

—¿Llamaste, tío Gregory? —preguntó sin aliento, acomodándose distraídamente un mechón de su cabello rebelde detrás de la oreja.

—Sí, te he llamado, diablos. ¿Por qué has tardado tanto? —La miró de arriba abajo antes de que un repentino ceño fruncido cruzara su rostro—. ¿Qué demonios le has hecho a tu vestido?

Levantó la mano como si fuera a golpearla, y Lena se encogió instintivamente en un movimiento defensivo, preparándose para los golpes que caerían, como siempre hacían cuando él estaba disgustado con ella.

Pero esta vez los golpes no llegaron, y Lena se preguntó por qué. Con curiosidad, miró más allá de la gran figura de su tío hacia el salón, donde estaba sentada un desconocido elegantemente vestido. Apenas tuvo tiempo de echar un rápido vistazo antes de que su tío le pusiera la pesada mano en el hombro, empujándola hacia la habitación.

—Si arruinas este trato, me encargaré de que lo pagues el resto de tú vida, —susurró enfadado—. Ahora estate atenta y habla sólo cuando te hablen.

Lena asintió en silencio, preguntándose qué estaría tramando su tío esta vez. Había insistido en que se bañara y se vistiera con su mejor vestido, mostrando un inusual interés por su aspecto y bienestar.

Normalmente no le importaba si dormía o comía, por mucha atención que le prestara. Excepto cuando estaba enfadado. Entonces recibía su atención, pero era sobre todo dolorosa y la dejaba negra y azul durante días.

Cuando se acercó al desconocido, la mano de su tío la agarró por el hombro hasta obligarla a hacer una reverencia ante él.

—Encantada de conocerle, señor, —murmuró.

El desconocido se puso en pie lentamente, con la boca abierta de asombro ante lo que veía. La muchacha era absolutamente exquisita; su pelo del color de un sol bruñido, sus ojos un mar azul verdoso de promesas. Extendiendo la mano, le agarró la barbilla, girándole la cara de un lado a otro. Lena hizo una mueca ante su tacto, frunciendo las cejas.

—Excepcional, —dijo el desconocido en voz baja, su voz llevaba el rastro de un acento—. Tiene dieciséis años, ¿verdad?

—Sí, cumplirá dieciséis mañana, —respondió su tío con orgullo—. Y tan lista como un látigo. Habla dos idiomas, inglés y polaco. Su madre era polaca y su padre inglés. Es toda una dama.

Lena miró a su tío con asombro. Nunca le había oído decir una palabra amable sobre ella.

El desconocido dejó que su mirada recorriera a Lena, sus ojos brillantes.

—¿No hay ningún otro pariente vivo que pudiera interferir en nuestro pequeño acuerdo?

Gregory negó con la cabeza.

—No, sólo estamos la chica y yo. Ha sido así desde que falleció mi hermano, que en paz descanse. Murió de un corazón roto, dicen, algunos años después de que asesinaran a la madre de la niña. La he criado yo solo.

Lena sintió que la recorría un feroz destello de ira. El tío Gregory había tenido poco que ver con su crianza. Salvo para asegurarse de que ella recibiera una dosis diaria de su ira, había pasado la mayor parte de su tiempo bebiendo y apostando. Lena se mordió la réplica que rondaba en su lengua, sabiendo que sólo le acarrearía una paliza más tarde.

El desconocido enarcó una ceja mirando a Gregory.

—¿Asesinaron a la madre de la chica? Qué horror. ¿Atraparon al canalla?

Gregory se encogió de hombros.

—No, nunca lo hicieron. Hasta el día de hoy, no puedo imaginar quién habría querido hacer daño a una cosita tan bonita. —Se inclinó más cerca del hombre, hablando en un susurro bajo—. Sin embargo, dicen que ella conocía al hombre que lo hizo. Me parece que fue algún tipo de asunto sórdido.

Lena fulminó con la mirada a su tío, con el temperamento encendido. No tenía derecho a decir mentiras tan espantosas sobre su madre. No sólo era inmoral, sino injusto. De repente, una mirada decidida brilló en los ojos furiosos de Lena. Esta vez no dejaría pasar el insulto, aunque eso significara una dolorosa paliza posterior.

Respirando hondo, Lena se movió para colocarse directamente frente a su tío, con su llameante pelo enroscándose desafiante alrededor de su cara.

—Ya basta, tío Gregory, —advirtió en voz baja—. No me quedaré aquí y permitiré que diga tales falsedades sobre mi madre.

Gregory la miró con una mezcla de conmoción y sorpresa en su redondo rostro. Luego resopló entre carcajadas, golpeándose con la palma de la mano abierta contra el muslo.

—Es una moza descarada, ¿verdad? —le espetó al desconocido.

Lena frunció el ceño, sus mejillas enrojecieron de un rojo furioso. —Hablo muy en serio, tío Gregory, —advirtió—. No vuelvas a hablar así de mi madre.

La sonrisa desapareció inmediatamente del rostro de Gregory. Dio un paso hacia ella, con los ojos entrecerrados en pequeñas rendijas.

—Vigila lo que dices, querida, —la amenazó en voz baja—. Tenemos a un caballero en nuestra presencia, no a la escoria de los muelles con la que estás acostumbrada a retozar.

Lena se puso rígida, con las manos apretadas a los lados.

—No te atrevas a hablar mal de Mike, —siseó—. Era más caballero de lo que tú nunca serás.

Gregory gruñó en lo más profundo de su garganta, su rostro se puso rojo remolacha.

—En eso te equivocas, imbécil. El viejo marinero no era más que un patán ignorante y lleno de viruelas—

Lena casi se ahoga de rabia. Puede que el viejo Mike no tuviera estudios, pero estaba lejos de ser un ignorante. Canoso, de corazón amable y gentil, había sido Mike quien le había enseñado el valor de la autoestima y la confianza, interesándose por ella cuando nadie más lo hacía. Al ver los moratones que tenía en los brazos y en la cara, también le había enseñado a protegerse utilizando las manos, así como una espada y un cuchillo. Había sido como un padre para ella, y Lena había apreciado cada minuto que pasaron juntos. Cuando él murió ella había estado inconsolable. Incluso ahora se le hacía un nudo en la garganta al pensar en él, y parpadeaba furiosamente para contener las lágrimas.

Con curiosidad, el desconocido observó el intercambio entre la aguerrida joven y su tío. Una lenta sonrisa de satisfacción se curvó en su rostro cuando sus ojos contemplaron las mejillas acaloradamente sonrojadas, los ojos brillantes y las manos ferozmente apretadas de Lena.

—Magnífica, —exhaló admirado—. Simplemente magnífica.

Gregory miró al desconocido con el rabillo del ojo y vio un brillo de aprobación en los ojos del hombre. Al darse cuenta de que la chica le estaba tomando por tonto, la furia de Gregory aumentó.

—Basta ya, —gruñó enfadado—. Mantén la boca cerrada y ábrela sólo cuando yo te lo diga. Y no vuelvas a hablar de esa escoria de marinero.

Lena se acercó valientemente a su tío. A pesar de sus palizas, siempre se había negado a acobardarse ante él.

—No era escoria, —afirmó, con voz tranquila pero firme—, y hablaré de él siempre que quiera.

Un pesado silencio siguió a sus palabras antes de que el desconocido estallara en una carcajada incontenible. Gregory se quedó con la boca abierta, su cuello y su cara se volvieron carmesí de rabia. Gruñó de furia, sus manos se curvaron en puños mientras se cernía sobre Lena. Ella se tensó de inmediato, preparándose para sus golpes. En ese momento, el desconocido puso la mano en el brazo de Gregory, sus ojos le enviaron una clara advertencia de contención.

—Ya, ya, ha habido bastantes tragedias en esta familia, especialmente para una tan joven y hermosa. No hay necesidad de darle vueltas a esos asuntos, ni de alterarse demasiado. —Se frotó la barbilla con una mano enguantada, mirando pensativamente a Lena.

—¿Mowisz po polsku? —le preguntó, cambiando suavemente de tema—. ¿Hablas polaco?

—Tak, mowie * biegle po polsku —espetó Lena, y luego exhaló profundamente, dejando que un poco de la tensión fluyera de ella—. Sí, hablo polaco con fluidez.

Una niñera polaca había cuidado de ella hasta que la anciana había fallecido dos días antes del octavo cumpleaños de Lena. Lena había seguido estudiando polaco diligentemente con un tutor, sobre todo porque el sonido de la lengua materna le traía de algún modo cálidos recuerdos de una época lejana en la que había sido apreciada y querida.

El desconocido asintió con satisfacción y volvió a mirarla con extrañeza. Lena se sintió incómoda por su mirada. Era un hombre elegantemente apuesto, probablemente cercano a los cuarenta años, pensó Lena. Sin embargo, había algo extraño en la forma en que la miraba y le hizo un nudo en el estómago de aprensión.

Instintivamente dio un paso atrás.

—¿Por qué me hace todas estas preguntas?

Su boca se curvó en una sonrisa oscura.

—¿Te da miedo?

—No lo sé —dijo vacilante—. Pero no me gusta.

Su tío apareció por detrás y la empujó de nuevo hacia el desconocido.

—Lo que te guste no tiene importancia. Harás lo que yo te diga, niña.

El hombre se rió y la cogió por la cintura, tirando de ella hacia su regazo.

—Ah, una belleza con espíritu, —dijo sonriendo, mostrando un destello de blanco—. Dios, como me gusta. ¿Cuánto te prometí?

—¿Cuánto? —Lena chilló y luchó por separarse de su regazo. El desconocido la sujetó con fuerza, negándose a dejarla moverse.

—Me pagaste la mitad del dinero hace cuatro años, —dijo su tío, hurgándose los dientes con la uña—. Tal y como yo lo veo, me debéis la otra mitad más los intereses por mantenerla sana y salva, sólo para vos. —Su rostro entrecerró los ojos mientras intentaba hacer los cálculos.

El desconocido frunció el ceño y se levantó, arrojando a Lena con poca gracia de su regazo. Lena aterrizó con fuerza en el suelo, aullando tanto de dolor como de rabia.

—Cerdo inglés, —dijo el hombre amenazadoramente—. No te atrevas a intentar engañarme.

—¿Engañarle? —dijo su tío, teniendo la gracia de parecer consternado—. Soy un hombre honesto, que hace un trato honesto. Después de todo, es mi sobrina.

El hombre de pelo oscuro rió cruelmente.

—Y será mi esposa.

—¿Esposa? —Lena jadeó horrorizada, pero ambos hombres la ignoraron.

—Estoy dispuesto a ofrecerle un precio justo, —dijo fríamente el desconocido—. Probablemente más de lo que verás en tu vida. —De debajo de su capa sacó una pesada bolsa de terciopelo y la arrojó a los pies de Gregory. Gregory se agachó y abrió la bolsa, con los ojos brillantes, jadeando de asombro ante lo que veía.

—Es incluso más de lo que me ofrecisteis, —tartamudeó, dejando que las monedas cayeran lentamente entre sus dedos.

—Me complace, —dijo el desconocido con arrogancia.

Por un momento fugaz, Gregory tuvo un destello de duda al mirar los ojos oscuros del desconocido. Luego sintió el peso del oro en sus manos y sus dudas se desvanecieron.

—Entonces el trato está cerrado. La chica es toda suya, —dijo Gregory complacido.

Lena seguía sentada en el suelo, donde había caído, mirando asombrada a los dos hombres. Pensó que podría estar enferma, tanto por el comportamiento de su tío como por el brillo hambriento en los ojos del desconocido cuando la miraba.

—Bien, —dijo lentamente el hombre alto—. Volveré mañana para llevármela. Primero debo preparar una compañera de viaje adecuado para la muchacha y asegurar nuestro pasaje en el

próximo barco disponible.

El desconocido se acercó a Lena y la levantó del suelo. La acercó bruscamente, inclinándose para presionar sus labios contra los de ella. Fue un gesto tan frío y repulsivo que Lena sintió arcadas y dio un paso atrás.

El hombre se rió.

—Acostúmbrate, muchacha. Aprenderás a complacerme, moja rozyczka. —Con esas palabras se dio la vuelta y salió de la habitación.

Algo doloroso tironeó de la memoria de Lena con el sonido de su voz, pero el recuerdo se le escapó. Le observó marcharse con las manos apretadas a los lados antes de volverse para mirar a su tío. Seguía mirando las monedas con asombro, con los ojos llenos de codicia y lujuria.

—Tío Gregory, —dijo ella en voz baja—. ¿Cómo pudiste? Soy la hija de tu hermano.

Él no se molestó en levantar la vista de su oro.

—Es mi deber verte casada. Deberías agradecérmelo, muchacha. Después de todo, ya tienes dieciséis años y nadie me hizo siquiera una oferta, excepto él. Ni siquiera le importó que no tuvieras dote.

Lena se estremeció interiormente ante sus palabras. Era cierto que nadie había pedido su mano en matrimonio, pero se debía principalmente a que el tío Gregory había dilapidado la fortuna de su padre y se había bebido hasta la última pizca de respetabilidad que la familia Wright había tenido.

—No es que hubiera aceptado, aunque alguien te hubiera pedido. —continuó su tío, ajeno a la mirada dolida de ella—. No, le prometí hace cuatro años que en tu decimosexto cumpleaños te casarías con él. Así que alégrate por haber alcanzado un precio tan alto. Ciertamente me has hecho sentir orgulloso.

Lena se quedó atónita.

—¿Prometiste mi mano en matrimonio hace cuatro años?

—Sí, lo hice. Ya entonces me dio un saco lleno de dinero. No estaba seguro de que volviera. Verás, cuatro años es mucho tiempo para que un hombre espere, especialmente un hombre tan rico como él. Estaba seguro de que encontraría algo mejor que tú. Pero para mi asombro ha llegado hoy, justo a tiempo. Tengo que decir que me ha sorprendido muchísimo.

Una mezcla de ira e infelicidad llenó a Lena. Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que pudo saborear la sangre. Una pequeña lágrima se deslizó por el rabillo del ojo y ella la apartó rápidamente. No le daría a su tío la satisfacción de verla llorar.

—¿Quién es, tío Gregory? —preguntó tan calmadamente como pudo.

Su tío volvió a meter el oro en la bolsa y ató bien la cuerda.

—Bueno, verás, es una historia un poco extraña. Cuando vino a verme hace cuatro años no quiso darme su nombre. Dijo que quería mantener la petición como un asunto discreto, siendo él un noble en su país. Dijo que te había visto por la calle y que le gustaba tu pelo rojo. Dijo que se sintió atraído por ti como una polilla a una llama, esas fueron sus palabras exactas. Siendo un hombre y todo eso, entendí exactamente a qué se refería, aunque a mí también me gustan las señoras de pelo oscuro. —Se rió entre dientes.

Lena luchó contra la bilis que le subió a la garganta.

—Qué absolutamente fascinante, tío. Le ruego que continúe.

Gregory entrecerró los ojos ante su tono. —Me ofreció dinero por ti en el acto. Le dije que no podía tenerte hasta que cumplieras dieciséis años, por el testamento de tu padre. Verás, si me dejabas antes de eso, me habría quedado sin una moneda a mi nombre. El dinero estaba a tu nombre, y yo siendo tu tutor y todo eso... bueno, podía disponer del dinero cuando quisiera. Si te hubieras casado, tu marido habría tomado el control de la fortuna. —Sus ojos la estudiaron con astucia—. Una vez que cumpliste los dieciséis, ya no importó. Te convertiste en la única propietaria de la fortuna y podrías haberme desheredado, si así lo deseabas.

Lena permaneció en un silencio atónito y de repente se lanzó sobre su tío, golpeándole con los puños.

—Cabrón, —gritó, con lágrimas corriéndole por la cara—. Ya te lo has gastado todo.

Gregory agarró sus puños con facilidad, torciendo la cara en una mueca de desprecio.

—Cuida tu lengua y tu temperamento, querida. Te casarás con un buen caballero que no será tan fácil contigo como lo fui yo. Además, no veo por qué te opones a que tu tío tenga un poco de dinero para la jubilación. Después de todo, yo cuidé de ti, ¿no?

Lena se zafó de su agarre y corrió hacia la puerta.

—Nunca aceptaré este matrimonio, —gritó, deteniéndose en el umbral, con el pecho agitado por la emoción.

Gregory dio un paso amenazador hacia ella, con el rostro amoratado por la ira.

—Harás lo que yo diga, muchacha. Y si haces algo que arruine este trato, te estrangularé con mis propias manos. Que sepas que no pararé hasta que desees estar muerta. —Esperó un momento para dejar que sus palabras calaran.

—Yo lo veo así, Lena. Puedes casarte con él o quedarte aquí conmigo. ¿Qué será, muchacha?

Con un sollozo ahogado, Lena giró sobre sus talones y huyó de la habitación.

Capítulo 2

Varsovia, Polonia 1655

El cortejo fúnebre serpenteaba lentamente por las calles de Varsovia mientras el cielo se abría, derramando torrentes de lluvia sobre los dolientes. Sonó un profundo trueno, seguido de una dentellada de relámpagos que iluminó el cielo sombrío. Aún así, los dolientes continuaron su lento caminar hacia la iglesia y el cementerio que se alzaba en la colina.

Los curiosos se agolpaban en las calles a pesar de la lluvia, susurrando y cruzándose de brazos al paso del féretro. Algunos de los transeúntes eran más atrevidos, gritaban maldiciones y lanzaban comentarios rencorosos a los que llevaban el ataúd.

Un hombre alto, con el pelo oscuro y una larga capa negra, encabezaba la procesión, equilibrando la parte delantera del ataúd sobre su hombro derecho. No miraba ni a la izquierda ni a la derecha, ni parecía oír los insultos mientras guiaba la procesión hacia su destino final. Sólo el brillo de sus ojos y la tensión con la que su mano apretaba el ataúd daban indicios de su enfado.

Lentamente, el grupo llegó al cementerio, pero en lugar de entrar por las puertas, los dolientes caminaron hasta una pequeña elevación con vistas a la iglesia, donde se había cavado una tumba poco profunda. Con cautela, los portadores del féretro bajaron el ataúd al hoyo. Mientras la lluvia seguía cayendo a cántaros, los dolientes se reunieron alrededor de la tumba.

No había ningún sacerdote entre los dolientes, así que el hombre alto se adelantó. Levantó la capucha de su manto, descubriendo su cabeza. Una larga melena de cabello oscuro le caía hasta los hombros, mojada por la lluvia. Su rostro recto y contundente carecía de emociones, como la piedra, y aunque la lluvia le golpeaba implacablemente la cara, no parpadeó. El viento azotaba su ligera capa a su alrededor mientras permanecía de pie frente al grupo, con las piernas muy separadas y las manos en las caderas. Sonó otro fuerte trueno mientras alzaba la voz para hacerse oír.

—Damos sepultura a nuestra querida hermana, Danuta Tarnowska, —habló, su voz elevándose por encima de la tormenta—. Que Dios bendiga y perdone su alma bondadosa y gentil.

Haciendo una larga pausa, escuchó el feroz retumbar de la tormenta y el sonido de la lluvia al caer contra el suelo. Luego, lentamente, sacó una sola rosa blanca de los pliegues de su capa y la dejó caer suavemente sobre el ataúd.

—Buenas noches, querida hermana, —susurró suavemente.

Uno a uno, los dolientes se acercaron al ataúd, dejando caer flores sobre él y presentando sus últimos respetos. Finalmente, el hombre alto se quedó solo en la colina, salvo por un joven de

ojos tristes. Mientras los dos hombres permanecían uno junto al otro en silencio, el parecido entre ellos era notable. Ambos tenían rostros fuertes y duros y exactamente el mismo color de pelo castaño oscuro. Su única diferencia era la altura y el tamaño, siendo el mayor considerablemente más grande.

—Jedrick, —susurró el joven—, esto no puede acabar así. La ha avergonzado a ella y a nuestra familia. No está bien.

Jedrick puso una mano suave en el hombro del joven, preguntándose si la angustia que podía ver en los ojos de su hermano era tan evidente en los suyos.

—Esto no acaba aquí, Mikhail, —dijo en voz baja. —Nos encargaremos de que se haga justicia.

Los ojos de los dos hermanos se encontraron, y una promesa silenciosa pasó entre ellos. La lluvia los desgarraba, pero mantuvieron la mirada fija.

De repente, Mikhail se apartó y cayó de rodillas al borde de la tumba, sollozando entre sus manos.

Jedrick observó a su hermano en silencio durante varios minutos antes de agacharse y ponerlo en pie.

—Llora ahora, Mikhail, —dijo Jedrick en voz baja, tirando de él hacia el interior de su capa—. Porque pronto no habrá tiempo para lágrimas. No dudes de que Anatol Czarnowski sufrirá por lo que le ha hecho a Danuta. Lo juro sobre su tumba.

Sonó un trueno mientras un relámpago rasgaba el cielo. La lluvia continuó su furia cortante y cegadora, pero los dos hombres no se dieron cuenta. En la colina, ante la tumba de su hermana, el joven apoyó la cabeza en el pecho de su hermano y lloró amargas lágrimas de dolor.

Capítulo 3

Jedrick Tarnowski entró a grandes zancadas en la biblioteca, se encogió de hombros, se quitó la capa y se sacudió la lluvia. Cerró la puerta tras de sí, arrojó descuidadamente la capa sobre el respaldo de una silla y se dirigió hacia un armario de madera. Sacó una botella de vodka y llenó una copa, vaciándola de un solo movimiento. Rápidamente, se sirvió otra y volvió a dejar la botella en el estante.

Caminando hacia el hogar, avivó las llamas con una plancha, observando cómo saltaban y silbaban las chispas. Estaba sumido en sus pensamientos cuando sonó un suave golpe en la puerta. Irritado por haber sido molestado, se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón.

Un viejo sacerdote de pelo plateado estaba de pie en el umbral, con la túnica húmeda por la lluvia. No dijo nada, pero miró durante un largo y silencioso instante a Jedrick.

Jedrick enarcó una ceja sorprendido y luego, haciendo una leve reverencia, hizo un gesto al sacerdote para que entrara en la habitación. El sacerdote le obedeció y cruzó lentamente el umbral.

—Padre Witold, —dijo Jedrick, cerrando la puerta tras él—. Qué absolutamente cristiano de su parte venir a nosotros en nuestra hora de dolor. —Levantó su copa en un saludo burlón y luego apuró hasta el último trago.

El sacerdote no se mostró ofendido por el tono de voz de Jedrick.

—Sabes que habría estado allí si hubiera podido, —dijo en voz baja.

—Claro que lo habría hecho, padre —convino Jedrick, con voz fríamente sarcástica.

El sacerdote suspiró.

—Me juzgas con dureza, Jedrick. Quería a Danuta como si fuera mía y lo sabes. ¿No tienes ni idea de cómo me desgarró el corazón saber que esa preciosa niña no podía ser enterrada en tierra sagrada?

Jedrick se puso rígido y dio la espalda al sacerdote.

—¿Espera mi compasión?

—No, sólo tu comprensión.

Jedrick dejó su vaso sobre la mesa con un sonoro golpe.

—No entiendo nada de usted ni de los de su clase. Ella le amaba a usted y a todo lo que representaba la Iglesia, y sin embargo le dio la espalda.

Una lágrima se formó en el rabillo del ojo del sacerdote y resbaló por su mejilla.

—Lo siento profundamente, Jedrick, pero la Iglesia tiene normas muy estrictas. Como

ella.... —El sacerdote se detuvo, ahogándose con las palabras—. Ella se quitó la vida, no pude hacer nada.

Jedrick se giró para mirarle.

—Ella no se quitó la vida, padre, —dijo enfadado—. Su vida, tal como ella la conocía, terminó la noche en que Anatol Czarnowski se la llevó a la fuerza. La mató con tanta certeza como si le hubiera atravesado el corazón con una espada.

El padre Witold se hundió en una silla, levantando sus atribulados ojos castaños para encontrarse con los de Jedrick.

—¿Crees que no lo sé? Si te sirve de consuelo, he rezado una oración por su alma.

Jedrick apretó las manos a los lados.

—Nada de lo que pueda decir me consolaría ahora. Maldito sea usted y maldita sea la Iglesia por su rigidez.

El padre Witold palideció visiblemente, y Jedrick pudo ver lo profundamente que sus palabras habían herido al sacerdote. Enfadado, cogió un leño y lo arrojó al hogar, observando cómo las chispas saltaban locamente.

El sacerdote juntó las manos e inclinó la cabeza. '

—Merezco plenamente esas palabras, Jedrick. Danuta fue la luz de mi vida. Su alma era tan pura como el oro. Si hubiera tenido el valor, habría estado allí hoy para desearle el último adiós. —Susurró las últimas palabras, con la voz espesa por la emoción.

Jedrick oyó la pena del sacerdote en su voz y suspiró profundamente.

—Yo no soy mi hermana, padre. No perdono tan fácilmente. —Hizo una larga pausa, mirando profundamente las llamas—. Pero de algún modo sé que ella, entre todas las personas, habría comprendido su ausencia.

El padre Witold respiró profunda y dolorosamente.

—Eso no lo hace más fácil. Tendré que vivir conmigo mismo y con mis actos.

—Y Anatol Czarnowski pagará por sus acciones. La muerte de Danuta será vengada. —El rostro de Jedrick estaba frío como la piedra.

El sacerdote bajó cuidadosamente los ojos.

—Sí, hijo mío, Dios le castigará justamente por sus pecados.

Los ojos de Jedrick se endurecieron.

—No me refiero a eso.

El padre Witold suspiró y juntó las manos en su regazo.

—Sé lo que quieres decir, Jedrick.

—Se hará justicia, pero en mis términos, no en los de Dios.

—No toleraré la violencia, —dijo el sacerdote en voz baja.

La mandíbula de Jedrick se tensó.

—No le estoy pidiendo permiso.

El sacerdote se levantó lentamente, frotándose la frente con la mano.

—Soy muy consciente de ello. Sólo quiero recordarte que la venganza no siempre resulta como se planea. A menudo los inocentes salen perjudicados.

Jedrick rió roncamente.

—¿Y no había nadie más inocente que Danuta?

—La violencia engendra violencia, Jedrick, —le recordó suavemente el padre Witold.

—¿Y no se dice también: Ojo por ojo, diente por diente?

El sacerdote sacudió la cabeza con tristeza.

—Sólo te pido que pienses en lo que significa vengarse. Eso no traerá de vuelta a Danuta

Jedrick rió roncamente, pero no había humor en su voz.

—No, por desgracia, no lo hará. Pero me dará la satisfacción de enviar a ese asqueroso hombre a la muerte.

—Debes hacer lo que creas correcto.

—Entonces sabe que mataré a Anatol Czamowski.

El padre Witold exhaló pesadamente y volvió a su asiento.

—Sí, harás lo que debas. Es parte de la razón por la que estoy hoy aquí.

Jedrick arqueó una ceja sorprendido. El silencio se hizo pesado entre ellos antes de que el sacerdote volviera a hablar.

—Si tu corazón está decidido a vengarse, hijo mío, procura que tus acciones sean rápidas. Una oscura sombra caerá pronto sobre Polonia.

Jedrick frunció el ceño.

—¿Desea hablarme con acertijos?

El padre Witold sacudió la cabeza.

—Esto no es un acertijo. Hay rumores, oscuros rumores, procedentes de la ciudad de Gdansk.

Jedrick levantó bruscamente la cabeza. Gdansk estaba en el extremo norte de Polonia y era un importante puerto comercial para mercaderes de todo el mundo. Allí no sólo se intercambiaban mercancías, sino también valiosa información sobre los acontecimientos mundiales.

—Un comerciante alemán que regresaba de un viaje a Suecia me dijo que el mar Báltico está lleno de barcos de guerra suecos y que la construcción naval en Gdansk está en pleno frenesí, —continuó el padre Witold. —Vendió todo su cargamento de hierro en un solo día.

Jedrick no pudo ocultar la expresión de sorpresa en sus ojos.

—Parece como si Suecia se estuviera preparando para la guerra.

—Así es, —respondió el sacerdote en voz baja.

Un profundo ceño se frunció en el rostro de Jedrick.

—Suecia ya controla la mayor parte de las tierras bálticas al norte del Ducado de Lituania y varios territorios del norte de Alemania. Quizá sólo planean reforzar sus pretensiones sobre esos territorios.

—Tal vez, —dijo suavemente el padre Witold.

Jedrick se inclinó hacia delante en su silla.

—Usted no lo cree. ¿Suecia se prepara para atacarnos? La tregua de Sztumska Wies debe durar veintiséis años. Aún le quedan seis años a este tratado.

Sin embargo, incluso mientras pronunciaba estas palabras, su mente calculó rápidamente la posibilidad de una ofensiva sueca. Como el coronel más joven al servicio de Su Majestad Yan Casimiro, rey de Polonia, Jedrick tenía fama de brillante estratega y excelente espadachín. Él y sus hombres habían regresado del frente ruso hacía apenas cuatro meses. Polonia seguía en guerra en dos fronteras, con los cosacos y con los rusos. De hecho, él y sus hombres esperaban en ese momento ser reasignados por el rey. Jedrick había supuesto que pronto serían enviados de vuelta al frente ruso, pero dada esta nueva información, quizás se había precipitado demasiado en sus suposiciones.

Miró al sacerdote pensativo.

—Perdóneme, padre, pero intuyo que no cree que el tratado se mantenga.

El sacerdote suspiró con tristeza.

—No lo creo. Hace dos días llegó un enviado de alto rango del Vaticano para hablar con el rey Casimiro.

Jedrick silbó suavemente. El Papa era, con mucho, el aliado más firme del rey polaco. Como Polonia era un país ferozmente católico rodeado de vecinos en su mayoría protestantes, el Vaticano vigilaba de cerca los acontecimientos del país, informando a menudo al rey de situaciones potencialmente peligrosas.

El corazón de Jedrick empezó a latir incómodo en su pecho. Los suecos tenían un enorme ejército de hombres bien entrenados y preparados para la batalla. Si se soltaban en suelo polaco, los resultados serían catastróficos.

—¿Cree que el enviado del Vaticano está aquí para advertir al rey? —preguntó Jedrick, con la boca seca.

El padre Witold asintió.

—Creo que el rey Gustavo de Suecia anhela apoderarse del resto de la costa báltica y acallar los sueños de su primo de ascender algún día al trono sueco.

Jedrick murmuró una maldición en voz baja. El rey Yan Casimiro era, en efecto, primo del rey sueco. Los nobles polacos, temerosos de hacer demasiado poderoso a uno de ellos, habían elegido tres veces seguidas a un miembro de la familia real sueca para que fuera su rey.

Aunque Yan Casimir había renunciado públicamente a su educación protestante y se había bautizado como católico polaco, al igual que los dos reyes suecos que le habían precedido, en el reino seguían existiendo persistentes murmullos de que Yan Casimir soñaba secretamente con convertirse en el próximo rey de Suecia.

Jedrick hizo caer su puño sobre la repisa. —Maldita sea, —gritó—. Ahora no.

El sacerdote se levantó, sus ojos marrones calmados.

—No hay mucho tiempo, hijo mío. Lo que sea que debas hacer para vengar el alma de esa joven, debe hacerse pronto. Antes de que te llamen de nuevo para servir a tu país.

Jedrick levantó bruscamente la cabeza, valorando las palabras del sacerdote.

—Creía que no aprobaba la violencia, padre, —dijo lentamente.

El padre Witold se alisó distraídamente la túnica con las manos, evitando los ojos de Jedrick.

—Como siervo de Dios, no. Como hombre débil y humilde... —Dejó que sus palabras se interrumpieran mientras caminaba lentamente hacia la puerta y la abría.

Jedrick miró al sacerdote con nuevo aprecio.

—Gracias, padre, —dijo finalmente en voz baja—. La información que me ha dado es muy valiosa.

El padre Witold agradeció las palabras con una inclinación de cabeza. Se dio la vuelta para irse y luego se detuvo, como si recordara algo.

—Por cierto, hay algo más que deberías saber, hijo mío, —dijo lentamente, sin volverse.

Jedrick apoyó las manos en el respaldo de la silla.

—¿Sí?

—Anatol Czarnowski se casará dentro de una semana.

Una mirada de sorpresa brilló en los ojos de Jedrick, y luego una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Que Dios le bendiga, padre, —dijo en voz baja mientras el sacerdote cerraba la puerta con firmeza tras de sí.

Capítulo 4

Hacía un calor sofocante en la pequeña capilla. Lena Wright se paseaba de un lado a otro frente al altar, acariciando nerviosamente con los dedos los hilos dorados y marfil de su vestido de novia. Estaba sola, una novia en reclusión antes de la ceremonia matrimonial.

Deteniéndose de repente, se hundió de rodillas en el escalón acolchado, apoyando los codos en la pequeña verja de madera que rodeaba el altar. Juntó las manos y cerró los ojos en oración.

—Dios, sé que no he sido una sierva fiel y verdadera. Pero, por favor, no importa qué transgresiones haya cometido en mi vida, te ruego que me liberes de este hombre malvado.

Esperó un momento y luego abrió los ojos, mirando hacia la pesada cruz dorada del altar. La visión del rostro sufriente de Jesús mientras colgaba sin fuerzas de la cruz le trajo a la memoria las palabras del padre Leszek tal como las había pronunciado aquella mañana en su confesión.

—Hija mía, debes aceptar tu carga y llevar tu cruz sin quejarte, como hizo Jesús.

Suspirando, se puso en pie. Había sido la primera vez que se confesaba y, extrañamente, se había sentido mejor después de derramar su alma ante el sacerdote de ojos dulces. Hacía tiempo que nadie se tomaba realmente el tiempo de escucharla. Hablando entrecortadamente al principio, le había contado todo al padre Leszek, liberando la emoción contenida de los años de dolor y abusos que había sufrido bajo la pesada mano de su tío borracho. Apenas había podido terminar su confesión, de tanto llorar. El sacerdote la había calmado murmurándole suaves palabras de consuelo.

Lena suspiró al recordarlo y se llevó la mano a la frente. En muchos sentidos no se arrepentía de haber estado en Polonia. El sonido de la lengua nativa de su madre la reconfortaba y encendía recuerdos de sentirse cálida, segura y querida. De hecho, si no fuera por Anatol Czarnowski, tal vez no se arrepentiría en absoluto.

Que Dios la ayudara, Anatol Czarnowski la asustaba más de lo que lo había hecho nunca su tío. Se retorció las manos con fuerza. El viaje a través del Canal de la Mancha había sido una pesadilla. Aunque debidamente acompañada por una carabina, Anatol había hecho todo lo que estaba en su mano para atraparla a solas. El hecho de que ella le evitara cuidadosamente sólo parecía excitarle y animarle.

La había atrapado una vez, en un pasillo bajo cubierta. Forzando los dedos en su pelo, había soltado las horquillas y lo había dejado caer sobre ella en una nube roja.

—Jezus Maria, —había susurrado suavemente—. El cabello del color del fuego... el mismo fuego que arde en mi alma por ti.

Asustada por la mirada de sus ojos, había luchado por alejarse, pero él la había sujetado con fuerza, retorciéndole dolorosamente el brazo cuando intentaba apartarse de él.

—Eres una bruja, mi dulce. Siempre supe que serías mía, que volverías a mí. Me hechizaste con esos ojos tuyos del color de un mar infinito. Sabía que nunca me abandonarías.

Lena estaba completamente desconcertada por sus extrañas palabras y su extraña obsesión por sus ojos y su pelo. La mirada sonrojada y ardiente de sus ojos la asustó hasta dejarla sin sentido, aunque no podía explicarse por qué.

Afortunadamente, su carabina había aparecido y Anatol la había liberado, no sin antes prometerle que habría más.

Lena se estremeció al recordarlo, acariciando nerviosamente las cuentas de su vestido. ¿Cómo es posible que mi vida haya pasado de podrida a miserable en sólo unos días? Una lágrima resbaló por su mejilla y se la apartó con rabia. No había nadie que cuidara de Lena Wright, salvo ella misma. Tendría que confiar en su ingenio para superar este calvario.

—¿Qué será de mí? —susurró, pasándose la mano por la frente, sintiendo la humedad a lo largo del nacimiento del pelo.

Suspirando, empezó a pasearse de nuevo hasta que oyó que la puerta se abría tras ella. Dando vueltas, jadeó horrorizada cuando vio a Anatol allí de pie, con una sonrisa de suficiencia en su rostro moreno y apuesto.

—Anatol, —jadeó, con el corazón martilleándole de miedo—. ¿Qué estás haciendo? ¿No sabes que da mala suerte ver a la novia antes de la boda? —En cuanto las palabras salieron de su boca, sintió ganas de reír histéricamente por la ironía de su afirmación.

Anatol no contestó, pero dio un paso hacia ella, sus ojos bebiendo en su belleza. Que Dios le ayudara, ella olía a rosas. Hambriento, dejó que su mirada se detuviera en sus pechos. La caída sombreada de su escote y la suave hinchazón de su pecho le excitaban dolorosamente.

—Eres hermosa, —susurró asombrado—. Y hoy por fin serás mía.

Lena sintió que un frío dedo de miedo envolvía su corazón. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le congelaron en la garganta. Anatol se acercó un paso y alargó la mano para trazar una línea por su pómulo hasta sus labios. Ella se estremeció, un frío escalofrío le subió por la columna vertebral.

—¿No crees que yo también soy guapo? —le preguntó en un ronco susurro.

Ella luchó contra las ganas de salir corriendo y le miró lentamente a los ojos. Por primera vez le miró de verdad. Era un hombre guapo; casi atractivo. Aunque era mucho mayor que ella, la belleza oscura y madura de su rostro y su figura bien esculpida harían arder el corazón de la mayoría de las mujeres. Pero ella no sentía más que frialdad, vacío y miedo cuando le miraba.

—Yo... —graznó, y luego se aclaró la garganta—. Supongo que sí, —susurró con voz ronca.

Un ceño fruncido se dibujó en su rostro, y su brazo salió disparado, agarrándola por la cintura y tirando de ella hacia él. Ella alargó las manos para detenerle pero las encontró aplastadas contra su pecho.

—No, —dijo con voz ahogada, luchando por liberarse de su agarre.

Su aliento era caliente en su mejilla cuando ella giró la cabeza para alejarse de él.

—He estado maldito, —dijo él, asiéndola con más fuerza—. Desde el día en que te vi, tus ojos me han seguido, burlándose y provocándome hasta que ardí de deseo. Llamas tan ardientes como los fuegos del infierno me han atormentado, aplastando mi voluntad y haciéndome desearte más de lo que jamás he deseado nada en mi vida. He esperado durante años para reclamarte, para poner fin al ardor agonizante de mi alma. No volveré a dejarte escapar, mi pequeña rosa. Hoy serás mía, hasta el último día de la eternidad.

Lena tembló, horrorizada por su incoherente confesión. Él vio su miedo y sonrió.

—Bien, bien, mi dulce. Quiero que me temas. El miedo y el deseo van de la mano. Pronto me abrirás tu alma y te enseñaré los placeres de mi cuerpo y del tuyo. Haré que me desees tanto como yo a ti.

Acercó sus labios a los de ella, aplastando su cuerpo contra el suyo.

Introduciendo a la fuerza su lengua en la boca de ella, la succionó hasta que pareció que le arrancaba el propio aliento de los pulmones.

—No, —jadeó Lena, separándose de él. Mientras las manos de él agarraban dolorosamente la carne de sus brazos, ella levantó la rodilla, golpeándole de lleno en la ingle. Aullando de dolor, Anatol cayó de rodillas mientras Lena se zafaba tratando de recuperar el aliento.

Al cabo de unos instantes, Anatol se puso en pie, con el rostro contorsionado por la ira.

—Serás castigada por eso, Lena. Te golpearé una y otra vez hasta que tu alma se derrumbe ante mí, hasta que supliques clemencia. Esto te lo prometo, Lena Wright.

Con esas palabras se dio la vuelta y salió de la capilla, cerrando la puerta tras de sí. Lena cerró los ojos con un alivio momentáneo y luego se dejó caer de rodillas ante el altar.

—Señor Dios Jesús, —rezó, con lágrimas cayendo de sus ojos—, por favor, ten piedad de mi alma y líbrame del mal que me espera.

Tan sincera era su súplica que uno podría creer que Dios se apiadaría efectivamente de su alma.

Capítulo 5

Mikhail Tarnowski agarraba con fuerza la empuñadura de su espada en la mano, intentando contener la feroz excitación que corría por sus venas. Siempre tenía esa extraña sensación en la boca del estómago cuando sabía que iba a igualar habilidades e ingenio con un enemigo. Sus nervios estaban tensos por la tensión y la anticipación, sus manos y su frente sudorosas. Cómo le gustaba una buena pelea. A menudo se preguntaba si era el miedo lo que le impulsaba o un valor temerario.

Qué diferente era de su hermano mayor. Con una mezcla de orgullo y envidia, Mikhail miró a Jedrick, que sentado tranquilamente a horcajadas sobre un corcel marrón oscuro, oteaba los gruesos muros de la finca de los Czarnowski desde el linde del bosque. Hombre de gran estatura física y piel bronceada por la constante exposición a la intemperie, Jedrick formaba una figura impresionante para los hombres reunidos a su alrededor. Una mano sostenía holgadamente un escudo; la otra descansaba sobre su frente, protegiendo sus ojos del brillante sol. Su gran perfil era firme y estable, su sola presencia emanaba fuerza y seguridad. Mikhail veneraba y respetaba a la vez a su hermano, al igual que la mayoría de los hombres que le seguían.

Clavando los talones en el costado de su montura, Mikhail enfiló junto a Jedrick.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó en voz baja.

Una lenta sonrisa de satisfacción cruzó el rostro de Jedrick. Por lo que podía ver, los festejos de la boda habían descuidado a Anatol Czarnowski. No se veía ni un solo soldado haciendo guardia en la puerta abierta, ni el centinela estaba en su puesto asignado. Era tal y como él había esperado.

—Czarnowski encontrará la muerte hoy, —dijo mirando fijamente a su hermano—. No habrá piedad.

Mikhail asintió y rápidamente hizo girar su caballo, dando instrucciones a los hombres que tenía detrás.

Tras unos instantes, Jedrick levantó la mano en el aire y luego la bajó rápidamente. Espoleando a su caballo al galope, condujo a la mitad de sus hombres hacia la puerta, mientras los demás daban la vuelta a la parte trasera de la finca y comenzaban a escalar los muros desde el otro lado.

Jedrick cargó a través de la puerta y entró en el patio. Un centinela de Czarnowski que se dirigía a su puesto gritó una advertencia, pero fue silenciado rápidamente por uno de los hombres de Jedrick. Gritos de terror llenaron el patio mientras los invitados a la boda, elegantemente vestidos, se dispersaban y huían por los terrenos presa de un pánico enloquecido. Un solitario soldado de Czarnowski que bramaba de rabia cargó contra Jedrick e intentó derribarlo de su caballo, pero Jedrick lo abatió fríamente con un rápido golpe de su espada.

Alertados por los gritos, los soldados de Czarnowski comenzaron a derramarse hacia el patio. El sonido del acero chocando llenó el aire. El ruido ensordecedor se mezclaba con gritos airados y agónicos alaridos de dolor. Jedrick blandía su espada con facilidad, apartando metódicamente a cualquiera que se interpusiera en su camino.

El combate terminó rápidamente, y los hombres bien entrenados de Jedrick se impusieron con facilidad a los soldados mal preparados de Anatol Czarnowski. Con un movimiento de la mano, Jedrick hizo un gesto a sus hombres para que reunieran a los invitados a la boda. Enroscando su caballo en el centro del patio, buscó entre el grupo a Anatol Czarnowski. No había rastro de él.

—¿Dónde está Czarnowski? —gritó Jedrick a los invitados mientras su corcel brincaba inquieto por el patio.

Los invitados a la boda le miraron horrorizados, sin que nadie se atreviera a contestar al fiero y furioso soldado.

La boca de Jedrick se curvó con desprecio. Anatol Czarnowski era un cobarde, el último hombre que se encontraba en el fragor de una lucha, el primero en huir a la vista de los problemas. Como siempre, dejaba que sus hombres librarán sus batallas por él, protegiendo lo único que consideraba valioso por encima de todo, su propio pellejo. Rodeando a su corcel, Jedrick dejó escapar un agudo silbido. Mikhail estuvo al instante a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó a su hermano sin aliento, con los ojos encendidos por la lucha.

—Registraremos cada centímetro de esta finca hasta encontrar a Czarnowski. No quiero que quede ni una sola piedra sin remover.

Antes de que Mikhail pudiera responder, un joven soldado se acercó a Jedrick, con una mirada ansiosa en el rostro.

—Anatol Czarnowski ha escapado, señor, —dijo el soldado, jadeando—. Salió de los establos con varios soldados, cabalgando como si le persiguiera el diablo. Piotr recibió un mal corte de uno de ellos, señor. —Se pasó la mano por la frente—. Les perseguimos, pero escaparon.

—¿Czarnowski huyó de su propia casa? —Preguntó incrédulo Mikhail mientras el rostro de Jedrick se ensombrecía de ira—. Psia krew, —gritó Mikhail, y luego soltó otra serie de maldiciones—. Maldito cobarde. ¿No tiene honor? Deja su casa, a sus invitados e incluso a su nueva novia desprotegidos, ¿y para qué salvar su propio pellejo?

Jedrick pensó un momento.

—Sí, fue descuidado por su parte. —Él impulsó a su caballo unos pasos hacia delante—. Traedme a la novia de Czarnowski, —ordenó a sus hombres, su voz resonando claramente por el patio.

Algunos de los invitados a la boda jadearon y dos mujeres se desmayaron mientras sus hombres corrían a cumplir su orden.

Con frialdad, Jedrick se volvió hacia su hermano.

—Tú y Feliks registrad la iglesia, —ordenó—. Ella puede estar escondida allí.

Mikhail asintió mientras él y Feliks se bajaban de sus monturas y entraban en la iglesia. El

enorme edificio de piedra estaba vacío, pero a Mikhail le pareció oír un ruido procedente de una capilla contigua. Con un movimiento de cabeza, hizo un gesto a Feliks para que se acercara. Feliks desenvainó su mortífera espada corta, ideal para luchar en lugares pequeños. Con cautela, se dirigió hacia la puerta.

En ese preciso momento, la puerta se abrió de par en par y una joven de impresionante melena pelirroja, vestida con un traje de novia marfil y oro, se plantó en el umbral. Al encontrarse con sus ojos, se quedó boquiabierta de asombro.

—No, —gritó aterrorizada cuando los dos hombres empezaron a avanzar hacia ella. Rápidamente, cerró la puerta tras de sí, echando el pestillo.

Inmediatamente, los hombres comenzaron a lanzarse contra la puerta. Lena vio enseguida que el pestillo no aguantaría mucho tiempo. No tenía ni idea de por qué aquellos dos hombres se acercaban a ella con las espadas desenvainadas, pero la amenaza de Anatol seguía resonando en sus oídos.

—Serás castigada por eso, Lena.

—Que Dios me ayude, —susurró en voz baja—. Anatol se ha vuelto realmente loco y estoy sin un arma para protegerme.

De repente, sus ojos se clavaron en la pesada cruz de oro del altar. Rezando una rápida oración de agradecimiento en voz baja, levantó la cruz del altar y se apresuró a colocarse detrás de la puerta.

Sosteniendo la cruz sobre su cabeza, contuvo la respiración y esperó.

Los hombres golpearon la puerta unas cuantas veces más y el pestillo cedió, arrojando a uno de ellos a la habitación. Murmurando una oración pidiendo perdón, Lena hizo caer la cruz sobre su cabeza y luego se acercó para tomar su espada en la mano. Girando sobre sí misma, se preparó para enfrentarse al siguiente hombre.

Mikhail atravesó la puerta y se detuvo asombrado al ver a Feliks tendido boca abajo en el suelo.

—¿Qué demonios? —dijo, mirando a su alrededor en busca de otra persona antes de darse cuenta de que la chica sostenía una espada en la mano.

Lena intentó evitar que le temblara la mano.

—No quise hacerle daño. Está vivo. Sentí su pulso cuando le quité la espada.

—¿Tú hiciste esto? —preguntó incrédulo.

Ella se mordió el labio inferior.

—No dejaré que me haga daño. No sé con qué malvado propósito te ha enviado aquí, pero no permaneceré pasiva ante tanta crueldad. O me deja en paz o me mata. De hecho, preferiría esto último, si puedo opinar al respecto.

Mikhail pensó que la muchacha se había vuelto completamente loca.

—Baja la espada. Sólo te harás daño.

El joven parecía tener ojos honestos, así que ella dudó un momento.

—¿Puede decir sinceramente, señor, que no me guarda rencor? —Ella hizo una pausa,

mirándole fijamente—. Será mejor que diga la verdad. Recuerde que está en una casa de Dios.

Mikhail miró por encima del hombro hacia el altar vacío y frunció el ceño.

—Baja la espada, mujer, —dijo irritado—. No te prometo nada.

Lena asintió. No esperaba menos de uno de los hombres de Anatol. Lentamente, dio un paso atrás, midiendo mentalmente a su oponente. Era joven pero fuerte y podría arrancarle fácilmente la espada de la mano si la pillaba desprevenida.

Mejor dejar que piense que soy inexperta y que no tengo ni idea de cómo sostener esta espada. Rezó una oración silenciosa de agradecimiento a Mike por todas las veces que habían practicado juntos. Mi único amigo, pensó con tristeza.

Lena dio un cauteloso paso atrás, casi tropezando con su vestido. En silencio, maldijo el pesado material por restringir sus movimientos. A la primera oportunidad posible tendría que liberarse del pesado vestido o nunca sería capaz de moverse con la rapidez que necesitaba.

Feliks empezó a gemir y Mikhail se arrodilló a su lado, vigilando con cautela a la muchacha.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Feliks grogui.

—La chica te golpeó en la cabeza con una cruz. —Mikhail no pudo evitar sonreír al pronunciar esas palabras. Que Dios le ayudara, pero esto sería una buena historia en casa.

—¿Una qué? —dijo Feliks, sentándose derecho y luego gimiendo de dolor.

Mikhail no tuvo oportunidad de responder; la muchacha rasgó de repente el material de su vestido con la espada. Antes de que los hombres pudieran cerrar sus bocas abiertas, ella se encogió de hombros para quitarse el vestido y se quedó frente a ellos tranquilamente, vestida sólo con una fina chemise.

Mikhail se obligó a cerrar la boca y se levantó lentamente. Feliks también se puso en pie, aún sujetándose la cabeza.

—La chica se ha vuelto completamente loca, —dijo Mikhail en voz baja a Feliks. Feliks asintió, sus ojos aún reflejaban asombro ante sus acciones.

Volviéndose hacia ella, Mikhail le tendió la mano.

—Dame la espada, —dijo bruscamente.

Lena negó con la cabeza, cambiando el peso a su pie trasero.

—No. No dejaré que me tortures. Tendrás que matarme primero.

Mikhail y Feliks intercambiaron una desconcertada mirada de disgusto y entonces Mikhail avanzó. Clavó ligeramente su espada en la de ella, esperando arrancársela de la mano, y aulló sorprendido cuando ella tiró fácilmente la suya al suelo.

—¿Qué demonios? —Dijo mirando primero su mano y luego su espada, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—Aléjate de mí, —volvió a advertir Lena.

Mikhail ignoró sus palabras y se abalanzó sobre ella, intentando agarrarle la mano con la espada. Ella lo esquivó con facilidad, cortándole una larga tira de tela de la manga. Al mismo tiempo, Feliks se abalanzó sobre la espada de Mikhail y la cogió del suelo. Los dos hombres se

pusieron frente a ella, jadeantes y furiosos.

—Estoy cansado de este juego, Mikhail, —dijo Feliks lentamente, dando vueltas a su izquierda—. Pongámosle fin cuanto antes. Yo digo que no le mostremos piedad. —Esperaba que sus palabras asustaran a la muchacha para que se rindiera.

Para su asombro, ella sonrió.

—Esto es un verdadero desafío: dos contra uno. Veamos cómo lo hacen, caballeros.

Feliks y Mikhail intercambiaron una mirada de incredulidad antes de que sus ojos se endurecieran. Que una mujer se burlara de ellos era algo que ninguno de los dos toleraría.

—La llevaremos, señora, aunque hagan falta dos de nosotros—, dijo Mikhail, con voz fría.

—Entonces ya veremos, ¿no? —dijo Lena dulcemente, levantando su espada.

Jedrick Tarnowski estaba a medio camino por el pasillo de la iglesia cuando oyó el repentino tintineo de una espada chocando contra otra. Rápidamente, se dirigió hacia el ruido, empujando una puerta astillada que estaba ligeramente entreabierta. Se quedó con la boca abierta de asombro ante lo que vio.

Una mujer joven, a medio vestir, se defendía de dos de sus hombres. Furioso porque sus hombres se habían atrevido a levantar una espada contra una mujer, se puso en marcha antes de detenerse bruscamente en seco.

Estaba claro que la joven sabía utilizar la espada. A pesar de que era la mitad de grande que cualquiera de los hombres, manejaba su espada con tal facilidad y destreza que sus dos oponentes apenas progresaban contra ella.

Jedrick se relajó lentamente al darse cuenta de que ella no corría peligro. Era pequeña pero hábil, y era un placer observarla. Incluso sonrió cuando la chica avanzó, obligando de hecho a los dos hombres a retroceder un paso. Mikhail había empezado a sudar profusamente mientras intentaba desequilibrarla, y Feliks se había descuidado, lanzando temerarias cuchilladas contra ella.

Jedrick se apoyó en la puerta, cruzando los brazos contra el pecho. Que le maldigan, pero la chica estaba ganando de verdad. Observó cómo Mikhail daba un paso atrás para limpiarse la frente y recuperar el aliento. Al quedarse sola con sólo Feliks para atender, la chica presionó inmediatamente su ventaja, centrando toda su atención en él. Desvió fácilmente uno de sus golpes y luego deslizó su espada para atravesarle limpiamente el cinturón. Mientras los pantalones le caían por los tobillos, Feliks profirió un juramento soez.

—Debería darle vergüenza, señor, —le reprendió Lena—. Por favor, recuerde que estamos en la casa de Dios.

Jedrick no pudo contenerse más y rugió de risa. Mikhail y Feliks se volvieron rápidamente, enrojeciendo al darse cuenta de que su comandante les había estado observando durante algún tiempo.

Lena jadeó al mirar al hombre que estaba de pie en la puerta. Era el hombre más corpulento que había visto nunca. Sus poderosos brazos estaban cruzados contra un amplio pecho y sus muslos eran tan gruesos como troncos de árbol. Sus ojos, aunque divertidos ahora, parecían como si pudieran enfriar un día de verano si estuvieran disgustados. Se le cortó la respiración. Que Dios la ayudara, pero nunca sería capaz de luchar contra este hombre. Era

enorme.

Los dos hombres se apartaron con deferencia y Lena supuso que el hombre grande era su líder. Mordiéndose el labio inferior, levantó su espada hacia él.

Jedrick se rió.

—¿También quieres luchar contra mí, mujer?

Ella asintió con firmeza.

—Te atravesaré con esta espada si te acercas un paso más.

Oyó el ligero acento en su voz y frunció el ceño.

—¿Eres extranjera?

—¿No lo sabe? —preguntó ella, sorprendida de que Anatol no hubiera dicho a sus propios hombres que ella era inglesa.

Él enarcó una ceja.

—¿Debería?

Ella pensó un momento, con sus delicadas cejas fruncidas.

—No lo sé. Mi madre era polaca, —concedió finalmente.

—¿Y tu padre?—

—Inglés.

—Ya veo, —dijo Jedrick pensativo. Su ceño se frunció mientras dejaba que su mirada recorriera lentamente su cuerpo hasta el suelo, donde el destrozado vestido de novia yacía en un montón. Señor, no pudo evitar fijarse en la belleza ardiente que era. Los tirabuzones de su pelo rojo fuego caían como la seda alrededor de sus hombros desnudos y su piel era fresca y sonrosada. Sus fulgurantes ojos azul verdoso se encontraron con los suyos, aunque pudo ver por sus pechos agitados que estaba asustada. Aun así, la respetaba por tener el valor de enfrentarse a él. Anatol había elegido bien, pensó para sí.

Obligó a su mente a volver al asunto que tenía entre manos y dio despreocupadamente un paso adelante.

—¿Y bien? —Preguntó con calma—. ¿Pretendes atravesarme?

—No te daré otra oportunidad, —volvió a advertir Lena, deseando que su voz dejara de flaquear—. No te acerques más.

Ignorando su amenaza, Jedrick volvió a avanzar hasta que la punta de acero de su espada le presionó el pecho.

—Bien, señora, le sugiero que cumpla su amenaza... o entregue su espada.

Lena inspiró y le miró a los ojos. Tenían el color más inusual que jamás había visto: un profundo tono gris, el color de un cielo tormentoso, con largas pestañas negras cubriéndolos. Tenía una pequeña cicatriz cerca del ojo izquierdo y ella se preguntó cómo se la había hecho. Sintió que el corazón le daba un vuelco. Señor, era guapo y su presencia emanaba fuerza.

—Estoy esperando, señora, —repitió Jedrick pacientemente.

Cerrando los ojos, Lena dejó que la espada cayera lentamente a su lado. Sabía que no era capaz de matar a un hombre, aunque eso significara su vida.

—No derramaré sangre en la casa de Dios, —dijo en voz baja.

Feliks se apresuró a coger la espada de su mano, pero se congeló bruscamente ante la dura orden de Jedrick.

—No la toques, Feliks.

Feliks asintió lentamente, intercambiando una mirada desconcertada con Mikhail. Mikhail se encogió ligeramente de hombros y apartó la mirada.

Jedrick alargó la mano y le quitó la espada. La joven retrocedió un paso asustada, pero él no hizo ningún intento de tocarla, limitándose a mirarla fijamente hasta que un rubor rosado apareció en sus mejillas. A medida que su color se hacía más intenso, Jedrick se encontró reaccionando físicamente ante ella. Era delgada, pero tenía espíritu.

A pesar de su posición más bien precaria, sus ojos centelleantes no dejaban de desafiarle. En ese momento, pensó que nunca había conocido a una mujer tan encantadora y vibrante.

—¿Puedo preguntarle dónde aprendió a manejar así una espada? —Le preguntó. Maldita sea, pero no pudo evitar que en su voz apareciera un rastro de admiración.

—Aprendí para protegerme, —dijo ella, alzando sus orgullosos ojos para encontrarse con los de él.

—¿Protegerte? —Preguntó él, arqueando las cejas—. ¿No tuviste ningún hombre que te protegiera?

Lena se sonrojó pero enderezó los hombros.

—No necesito a ningún hombre para eso. Puedo cuidar de mí misma, —dijo con altivez.

—Ya veo, —respondió Jedrick sin compromiso, pero había visto un breve destello de dolor en sus ojos.

¿Qué inquietantes secretos escondía ella tras esa melena de deslumbrante pelo rojo? se preguntó, sorprendido de que ese pensamiento se le pasara por la cabeza. Sacudió la cabeza y gruñó. Fieran cuales fueran sus secretos, una cosa era cierta: Ella le intrigaba enormemente.

Lena observó cómo sus ojos recorrían su cuerpo y tuvo la clara sensación de que la estaba desnudando con ellos. De repente se sintió cohibida, consciente de lo escasamente vestida que estaba. Lo que antes había sido una ventaja para ella, ahora parecía ser toda una desventaja.

Ella cruzó los brazos sobre sus pechos.

—Le exijo que deje de mirarme así. Si deseas matarme o hacerme daño, te pido que lo hagas ahora y acabes de una vez.

Jedrick la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Matarla? —Su risa era profunda y ronca—. No tengo planes de matarla, señora. Eres demasiado valiosa para mí.

—Perdóname si le digo que no le creo, —respondió ella, apretando los labios y levantando la cabeza para encontrarse con sus ojos.

Jedrick se rió y luego le sostuvo la mirada. Permanecieron mirándose fríamente durante

unos largos instantes, ninguno dispuesto a ser el primero en apartar la mirada.

Finalmente, Jedrick se cernió sobre ella en su postura más intimidatoria. Había hecho huir a muchos hombres, y él no dudaba de que ella pronto se desharía en lágrimas, implorando su clemencia. Confiado, puso las manos en las caderas y esperó.

Ella levantó la barbilla en señal de desafío y lo miró furiosa.

Las oscuras cejas de Jedrick se arquearon con sorpresa. Así que no era de las que se dejaban intimidar fácilmente. Parecía decidida a desafiarle; él podía verlo en la forma en que fruncía los labios.

Su mirada recorrió su rostro y se detuvo en sus labios. Sintió que se le aceleraba el pulso. Que Dios le ayudara, nunca debería haber dirigido su atención a sus labios carnosos, redondos y completamente sensuales. Eran demasiado tentadores para la tranquilidad de un hombre. De pronto se imaginó estrechándola entre sus brazos y explorando los tiernos recovecos de su boca...

Asqueado de su hilo de pensamientos, la agarró bruscamente por la cintura y se la echó al hombro, como si fuera un saco de patatas.

Jadeando de indignación, Lena cerró los puños y le golpeó la espalda tan fuerte como pudo.

—¡Cómo se atreve a tocarme! Insisto en que me baje inmediatamente.

Él la ignoró, haciendo señas a sus hombres para que abandonaran la capilla. Lena decidió que aquel hombre estaba completamente trastornado. Respirando hondo, soltó un grito lo bastante fuerte como para que las vibraciones resonaran por toda la iglesia. Esperó algún tipo de reacción por su parte, pero él parecía totalmente desinteresado en su estruendo.

La llevó hasta el patio antes de dejarla en el suelo. Lena estaba preparada para decirle lo que pensaba de su imperdonable comportamiento cuando de repente se fijó en los cuerpos de los soldados de Anatol esparcidos por el suelo. Tapándose la boca horrorizada, miró rápidamente a su alrededor y vio al grupo de aterrorizados invitados a la boda rodeados por los soldados de su captor. No vio a Anatol por ninguna parte.

Aturdida, miró al hombre que se alzaba sobre ella.

—Dios mío, señor, ¿ha perdido el juicio? Ha matado a estos hombres. Lord Czarnowski se pondrá furioso.

Sus ojos se entrecerraron oscuramente. Su rostro parecía tan frío y prohibitivo que a Lena se le cortó la respiración. Dio un tembloroso paso atrás, deseando no haber abierto la boca. Mientras ella observaba con creciente terror, él se quitó lentamente la camisa y dio un paso hacia ella.

Lena casi se desmaya del susto. Se colocó justo delante de ella, su alta figura se cernía sobre ella. Cerrando los ojos, rezó una pequeña plegaria para tener valor ante la paliza que estaba a punto de recibir. Cuando pasaron varios momentos y no había ocurrido nada, abrió cautelosamente un ojo.

El enorme hombre estaba de pie frente a ella, con una mano en la cadera y la otra tendiéndole la camisa. Asombrada, abrió el otro ojo.

—¿Qué está haciendo? —Tartamudeó.

—Si no desea cubrirse, señora, —Jedrick se encogió de hombros y empezó a ponerse de nuevo la camisa.

Lena se dio cuenta de repente de su estado de desnudez y sus mejillas enrojecieron de color carmesí. Los soldados del patio la miraban abiertamente y los invitados a la boda contemplaban horrorizados sus piernas desnudas.

Rápidamente, le arrebató la camisa de las manos y metió los brazos por las mangas. La camisa le cayó hasta las rodillas.

Lentamente, Jedrick se volvió hacia los encogidos invitados a la boda.

—Dígale a Czarnowski que si quiere ver a su novia con vida, tendrá que enfrentarse a mí primero. —Su voz, fríamente formal, resonó en el patio. Asintiendo a sus hombres, Jedrick montó rápidamente en su caballo. En silencio, tendió la mano a la joven.

Lena dio un tembloroso paso atrás.

—¿Quiénes sois, si no sois los hombres de Anatol?

Él ignoró su pregunta, sin dejar de tenderle la mano. Ella dio otro paso atrás.

—Puedes montar con dignidad o puedes ser forzada, —dijo Jedrick, encogiéndose de hombros—. La elección es suya, señora.

Lena sacudió la cabeza con obstinación.

—No iré a ninguna parte hasta que sepa quién es usted y por qué está haciendo esto.

Jedrick suspiró exasperado y espoleó a su caballo hacia delante, inclinándose para agarrarla por la cintura, arrastrándola hasta su caballo.

—¡No! —gritó ella mientras él tiraba de ella hacia delante y la obligaba a sentarse cómodamente entre sus piernas. Mortificada, Lena se dio cuenta de que su trasero estaba firmemente pegado a sus duros muslos. Antes de que pudiera abrir la boca para protestar, él instó a su corcel a avanzar al galope.

—Pare, —gritó ella, intentando zafarse de su férreo agarre.

—Quédese quieta, mujer, —dijo fríamente su captor, con el brazo apretándole la cintura.

Al darse cuenta de que se rompería el cuello si caía del caballo, Lena cesó en su forcejeo. Él la recompensó disminuyendo ligeramente su agarre. Galoparon a una velocidad vertiginosa desde la finca mientras él guiaba el camino. Cuando salieron de los terrenos de los Czarnowski aminoraron la marcha.

Luchando contra su miedo, Lena se sentó rígidamente hasta que le dolieron los hombros. Sabiendo que su captor no tenía vergüenza, no se atrevió a echarse hacia atrás para no tocarle el pecho desnudo. ¿No tenía vergüenza de ponerla en una posición tan indecente?

Lena mantuvo el cuerpo rígido mientras él guiaba el corcel hacia delante, sus muslos presionando con fuerza contra los de ella. Cerró los ojos con fuerza, intentando bloquear de su mente la imagen de aquel feroz guerrero. Pero incluso con los ojos cerrados, podía sentir cada centímetro de duro músculo en el brazo que la rodeaba con fuerza por la cintura. Además, su olor penetró en sus fosas nasales, una mezcla masculina de sudor y humo. Curiosamente, Lena

descubrió que no era un olor desagradable. Al contrario, le resultaba inusualmente intrigante y atrayente.

Consternada por sus pensamientos, Lena intentó desplazar su peso para aliviar el dolor de sus hombros. Fue inútil; el brazo izquierdo de su secuestrador era como una banda de acero inflexible. Incapaz de moverse, el dolor empezó a extenderse desde sus hombros hasta su espalda hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Con un gemido de fastidio, de repente la atrajo con fuerza contra su pecho. Lena lanzó un grito de indignación, aunque eso supuso un alivio para su dolorida espalda.

—Estarás más cómoda cabalgando así, —dijo en voz baja, su voz un susurro ronco—. Aún nos queda un trecho.

Lena sintió que sus mejillas se sonrojaban ante la posición íntima en la que se encontraba. Intentó apartarse, pero él la sujetó con firmeza. Hasta cierto punto estaba agradecida; era una posición más cómoda, y no le agradaba la idea de permanecer sentada rígidamente durante todo el viaje, por muy largo que fuera. Aun así, era claramente impropia, cautiva o no, y trató una vez más de zafarse de su agarre. El hombre la estrechó contra su pecho, un gruñido feroz salió de sus labios. Con un suspiro de resignación, Lena se relajó por fin, dejando que la tensión se drenara de sus hombros.

Cabalaron durante algún tiempo sin hablar hasta que Lena no pudo soportar más el silencio ni su curiosidad.

—¿Señor? —Preguntó de repente, girándose ligeramente para mirarle—. ¿No me dirá al menos quién es usted?

Él miró fijamente hacia delante, sin contestarle. Lena frunció el ceño cuando se dio cuenta de que la estaba ignorando deliberadamente. Sus delicadas cejas se fruncieron en señal de frustración, pero sus ojos adquirieron un brillo de obstinada determinación. Tendría su respuesta aunque tardara todo el viaje en conseguirla.

—Sabe, es bastante grosero por su parte ignorarme, —insistió—. Aliviaría mucho mis temores si tuviera la cortesía de decirme su nombre.

Jedrick gimió para sus adentros. Parecía que su cautiva pretendía volverle loco con sus insistentes preguntas, a pesar de su determinación de ignorarla a ella y al suave cuerpo tan íntimamente apretado contra él.

Había sido más que consciente de su presencia durante el viaje hasta el momento. Su pelo se había escapado de sus horquillas y acariciaba suavemente la piel de su cuello y hombros desnudos mientras cabalgaban. Peor aún, ella olía fresca y maravillosa... como un campo lleno de flores. Exhaló con fuerza. Infierno y condenación, veía que iba a ser un largo viaje hasta su finca.

—Soy Jedrick Tarnowski, —dijo secamente, esperando que eso pusiera fin a sus preguntas.

—Jedrick Tarnowski, —susurró Lena, dejando que el nombre rodara por su lengua—. ¿Puedo llamarle Jedrick? —preguntó apresuradamente, esforzándose por levantarle la vista.

Él se sorprendió ante su pregunta.

—¿Por qué querría hacerlo? —preguntó con curiosidad.

Ella se sonrojó.

—Creo que suena mejor que “Señor”.

Se lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—Puedes llamarme Jedrick.

Animada por su respuesta, Lena le devolvió la sonrisa.

—Entonces, Jedrick, ¿puedo preguntarte con qué propósito me has secuestrado?

Un largo silencio se cernió entre ellos.

—No puedes, —contestó finalmente con brusquedad.

Lena dio un pequeño grito de indignación. Estaba demostrando ser un hombre de lo más difícil.

—Maldito cerdo podrido y maleducado, —murmuró en inglés en voz baja.

Su mano se apretó alrededor de su cintura.

—Un vocabulario bastante colorido para una dama, —dijo Jedrick en perfecto inglés.

Lena se retorció en la silla, con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¿Hablas inglés?

Una sonrisa rozó sus labios.

—Lo hablo.

El calor subió a sus mejillas al recordar cómo le había llamado.

—¿P... pero cómo es eso posible?

Él sonrió irónicamente.

—¿Que un polaco aprenda inglés? ¿O que yo en particular conozca el idioma?

Ella oyó un deje de diversión en su voz y sonrió a pesar suyo.

—¿Cómo aprendiste a hablar inglés? —aclaró ella.

Se preguntó si debía contestar y decidió que no podía resultar perjudicial.

—Pasé tres años en Londres, entrenándome a las órdenes del general Robert Lyle.

—¿Entrenamiento en Londres? ¿Por qué?

—Soy coronel al servicio de Su Majestad, el rey Yan Casimiro. Tiene una especial predilección por la estrategia inglesa.

Lena consideró sus palabras durante un momento.

—Tres años en Londres, —reflexionó—. ¿Por qué no me dijo antes que hablaba inglés?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Ella frunció el ceño ante su indiferencia.

—Bueno, no lo sé. Simplemente no fue muy educado por tu parte. —Se sonrojó al

pronunciar las palabras, dándose cuenta de lo tonto que era acusar a un hombre de descortés cuando estaba en proceso de secuestrarla.

Jedrick estuvo a punto de reírse, pero logró contenerse. Lo último que quería era que le gustara su cautiva, pero ella se lo estaba poniendo muy difícil. Su perfume y su conversación estaban empezando a tener un efecto extraño en él.

Suspirando, apretó los labios. Era hora de poner fin a esta charla sin sentido. Conocer a su cautiva sólo traería complicaciones. Frunciendo el ceño, volvió a concentrarse en el viaje que tenía entre manos.

—Por favor, ¿no me dirás adónde vamos? —Preguntó Lena al cabo de unos instantes.

Jedrick negó con la cabeza, decidido a poner fin a su conversación. Con un silbido bajo y una firme presión de sus muslos, instó a su caballo a avanzar más deprisa. Lena sintió que el calor subía a sus mejillas, agudamente consciente de cómo cada movimiento de sus poderosas piernas le apretaba más contra ella.

Enfadada, obligó a su mente a volver a su peligrosa situación. Al parecer, a su captor no le interesaba nada de lo que ella tuviera que decir, ni se preocupaba por su bienestar. Bueno, ella no se dejaría intimidar, a pesar de su tamaño.

—No te tengo miedo, —le anunció de repente en polaco.

Jedrick puso los ojos en blanco, preguntándose cómo se atrevía ella a no tener miedo.

—De hecho, —continuó ella con firmeza—. Me gustaría darte las gracias por salvarme de Anatol Czarnowski. Cuando hayas terminado con su jueguito espero que me permita marcharme y seguir mi propio camino.

Tiró de las riendas con tal fiereza que ella habría salido volando del corcel si él no la hubiera sujetado con fuerza.

Deslizándose del caballo, la bajó de la silla con no demasiada suavidad. Sus hombres llegaron cabalgando detrás de él, con la alarma escrita en sus rostros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mikhail, desmontando y acercándose para situarse junto a su hermano.

Jedrick no respondió, limitándose a mirar a la joven, con el ceño fruncido.

—Creo que ya es hora de algunas respuestas. ¿Cómo te llamas? —preguntó, con la mandíbula rígida.

Ella se estremeció ante el tono frío de su voz.

—L... Lena, —respondió—. Lena Wright.

—¿Por qué Anatol Czarnowski fue a Londres a buscar una novia?

Ella se quedó perpleja ante su pregunta.

—No lo sé. Mi tío dijo que me vio en la calle y le gustó mi pelo. —Sus mejillas se sonrojaron al oír una risita de uno de los soldados.

Jedrick entrecerró los ojos hacia los hombres y un silencio sepulcral llenó el aire. Volvió a centrar su atención en la chica.

—¿Estás intentando decirme, Lena, que Anatol Czarnowski fue hasta Inglaterra para

buscarse una novia pelirroja?

Lena asintió nerviosa.

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

Jedrick respiró hondo.

—Mi paciencia se está agotando, mujer. Te sugiero que me digas la verdad.

Avanzando hacia ella, se detuvo en seco cuando la vio encogerse, girándose instintivamente para proteger sus órganos vitales. Había visto ese movimiento muchas veces; se lo enseñaba a sus propios hombres cuando les instruía sobre cómo protegerse de un golpe enemigo.

Su boca se abrió de asombro. Dios santo, ¿acaso pensaba que iba a golpearla?

—Lena, —dijo en voz baja, alargando la mano para cogerla suavemente por los hombros. Ella abrió los ojos lentamente.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, levantando la barbilla desafiante. Él podía ver que estaba muy asustada, a pesar del desafío de sus ojos.

—¿Por qué te alegras de que te haya sacado de la casa de Anatol Czarnowski? —le preguntó suavemente.

Aunque era un día cálido, ella se rodeó con los brazos para no tiritar.

—¿Por qué debería importarte?

Jedrick frunció el ceño, armándose de paciencia.

—Sólo contéstame, Lena.

Ella le miró con fiereza, pero se echó atrás al ver la expresión decidida de su rostro.

—Hay algo raro en él, —dijo lentamente—. Me da miedo.

—¿Qué quieres decir con “raro”? —preguntó él, notando que los hombros de ella habían empezado a temblar. Cuando ella no contestó, él levantó un poco la voz—. ¿Lena?

—La verdad es que no lo sé, —le contestó ella finalmente—. Está tocado de la cabeza por mí. Es una obsesión, creo. Quiere h... hacerme daño—. Hablaba tan bajo que él apenas podía oírla.

Jedrick apretó la mandíbula y soltó bruscamente las manos de los hombros de Lena.

—Que Dios me ayude, —gruñó—, pero me acabas de dar otra razón para matar a ese bastardo.

Permanecieron en silencio hasta que Jedrick ordenó por fin a sus hombres que volvieran a montar. Entonces, con sorprendente delicadeza, cogió a Lena en brazos y la subió a su corcel. Con un movimiento fluido, se unió a ella e impulsó a su montura hacia delante.

De repente, Lena no podía dejar de temblar. Los acontecimientos de las últimas horas la habían dejado exhausta e indefensa.

Jedrick sintió temblar sus delgados hombros y frunció el ceño. Maldita sea, no había querido asustarla, pero necesitaba que le trajera a Anatol Czarnowski. Era importante que supiera si Anatol valoraba a la chica lo suficiente como para arriesgarse a ir tras ella. Aun así, se sintió

como un canalla por asustarla. Suspirando, la acercó, esperando que su calor la tranquilizara.

Momentáneamente sorprendida por sus acciones, Lena no se resistió. Agotada por las abrumadoras emociones que había experimentado en las últimas horas, no deseaba otra cosa que cerrar los ojos y fingir que alguien en este mundo se preocupaba por ella. Extrañamente, allí sentada en sus brazos, sí se sentía protegida y segura.

Jedrick la sintió acurrucarse más. Se sobresaltó por la oleada de protección que le invadió cuando apoyó ligeramente la barbilla sobre la cabeza de ella.

Cabalaron largo rato sin decir palabra hasta que ella habló, sobresaltándolo de sus pensamientos.

—Jedrick, —susurró ella.

Él bajó la mirada hacia su cabeza y se maravilló del color rojo bruñido de su pelo.

—¿Sí, Lena? —le susurró él, con voz suave.

La forma en que pronunció su nombre sonó como una caricia, y su corazón se agitó de repente en su pecho.

—Sé por qué me secuestraste. Me utilizarás para atraer a Anatol hacia ti.

Guardó silencio durante un largo momento. De repente, por alguna razón desconocida, era importante que no le mintiera.

—Sí, Lena, por eso.

Su respuesta le hizo llorar. Parpadeó rápidamente para evitar que las lágrimas cayeran. El calor que había sentido en sus brazos desapareció de repente.

Jedrick sintió que se ponía rígida y se inclinó hacia ella, con la mejilla apartándole el pelo de un lado de la cara.

—¿Y vendrá a por ti? —susurró suavemente, acercando la boca a su oído.

Lena se estremeció al imaginar el rostro oscuro y cruel de Anatol.

—Serás mía, Lena Wright, esto te lo prometo. —Sus palabras resonaron malévolamente en sus oídos.

—Sí, —consiguió finalmente susurrar ella—. Sí, Jedrick Tarnowski, puedes estar segura de que vendrá a por mí.

Capítulo 6

Parecía como si hubieran cabalgado durante días, aunque Lena sabía que sólo habían sido unas horas. Jedrick no le dirigió la palabra durante el resto del trayecto, ni le explicó más a fondo sus motivos para secuestrarla.

Estaba insoportablemente dolorida cuando por fin llegaron a la finca de los Tarnowski. Sus piernas desnudas estaban escocidas por el roce inmisericorde contra la silla de montar. Jedrick desmontó y la levantó del caballo, sus grandes manos le abarcaban fácilmente la cintura. Sus piernas casi se desplomaron al tocar el suelo y ella se agarró a su brazo para estabilizarse. Mirándole, vio que tenía una mirada divertida.

—Excelente con la espada, pero no mucho para los caballos, —observó secamente.

Ella se puso rígida, retirando la mano de su brazo.

—Resulta que disfruto mucho con los caballos... cuando los monto sola, —dijo con frialdad.

Jedrick se encogió de hombros; luego se dirigió hacia el establo. Uno de los hombres que la habían atacado en la capilla le hizo un gesto para que la siguiera.

Suspirando, empezó a caminar tras él y luego se detuvo en asombro para mirar el patio. El castillo Tarnowski era magnífico. Hechos de la piedra más fina, los muros de la enorme estructura se cernían sobre ella. Dos altas torres, una al este y otra al oeste, flanqueaban el castillo, y Lena sólo podía imaginar la impresionante vista que presentarían de la campiña circundante.

Sus ojos viajaron lentamente hasta una inmensa iglesia situada junto a la casa. Una alta aguja en lo alto de la enorme estructura de piedra parecía llegar hasta el mismísimo cielo. Era una vista tan impresionante que la dejó sin aliento.

—¿Esta es su finca?, —susurró asombrada, con los ojos clavados en Jedrick, que estaba de pie en la entrada.

—Es la finca Tarnowski, —dijo Mikhail, agarrándola bruscamente por el codo—. Y yo también soy un Tarnowski; el hermano de Jedrick. Tienes suerte de pisar nuestra tierra.

Lena se detuvo en seco y trató de arrancarse el brazo de su agarre.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? ¿Sigues pensando en lo que pasó en la capilla? Sólo intentaba protegerme.

—¿Te atreves a hacerme semejante pregunta? —gritó él.

Ella se sintió sorprendida por la vehemencia de sus palabras, pero se recompuso.

—No creo que sea mucho preguntar por qué me frunces el ceño como si te hubiera

ofendido de alguna manera.

Mikhail resopló.

—¿Debo creer que no tienes ni idea de lo que ha pasado?

Ella le frunció el ceño perpleja.

—Me hablas en acertijos.

Mikhail se inclinó cerca de su cara.

—Anatol Czarnowski y aquellos a los que ama pagarán caro lo que ha hecho, —se mofó—. A pesar de tus conmovedoras palabras allá en el bosque, eso significa que tú también, milady.

La miró con tal ira y repugnancia que ella dio un paso atrás. —¿Voy a pagar por los pecados de Anatol Czarnowski? —susurró ella, con las palabras repentinamente atascadas en la garganta—. Dios mío, ¿qué ha hecho?

Mikhail la agarró más fuerte del brazo.

—No te hagas la inocente conmigo. Todo el mundo en Varsovia sabe lo que Anatol Czarnowski le hizo a Danuta.

Lena negó lentamente con la cabeza.

—Pero yo no soy de Varsovia. ¿Quién es Danuta?

Mikhail la miró incrédulo; luego la agarró por los hombros, sacudiéndola dolorosamente.

—No te atrevas a pronunciar su nombre en voz alta, —le gritó.

Lena se quedó atónita ante la mirada de crudo dolor y rabia de sus ojos. La sacudió con tanta fuerza que sus dientes empezaron a traquetear.

—Mikhail —oyó gritar furiosamente a Jedrick mientras atravesaba el patio—. ¡Maldita sea, quítale las manos de encima... ahora!

Mikhail la soltó bruscamente y dio un paso atrás, con la cara enrojecida por la furia. Se encaró a su hermano, con una mirada desafiante en los ojos.

—Ella afirma ignorar todo conocimiento sobre Danuta. Sin embargo, sé que miente. Es la novia de Czarnowski. —Su voz era alta y amenazadora.

Jedrick se alzaba sobre su hermano, con los ojos oscuros.

—No volverás a tocarla. Es nuestra cautiva, no nuestra enemiga. Harías bien en recordarlo.

Temblorosa, Lena se acercó instintivamente a Jedrick, su mano se deslizó hasta la de él. Jedrick parpadeó y la miró, asombrado tanto por su tacto como por la feroz oleada de posesividad que lo invadió mientras ella se aferraba a su mano.

—Pero, Jedrick... —Mikhail empezó a protestar acaloradamente.

—He dicho que ya basta, Mikhail —Jedrick levantó los ojos para encontrarse con los de su hermano, su voz peligrosamente suave.

Mikhail se encontró con la mirada inquebrantable de Jedrick y finalmente retrocedió.

—No se merece menos de lo que le pasó a Danuta, —murmuró en voz baja antes de darse

la vuelta y alejarse.

Jedrick miró a Lena y vio que le temblaban los hombros. Suspirando ante la extraña serie de sentimientos que ella había despertado de repente en él, empezó a guiarla hacia la casa en silencio.

—N... no lo entiendo, —dijo ella de repente en voz baja.

—No debes volver a hablar de Danuta.

—Por favor, —dijo ella, deteniéndose en seco—. ¿Quién es ella?

Jedrick buscó su rostro lentamente.

—Realmente no lo sabes, ¿verdad?

Lena negó con la cabeza, y Jedrick se apartó de ella, pasándose la mano cansinamente por el pelo oscuro y espeso.

—Danuta Tarnowska era nuestra hermana... un alma muy gentil y confiada. Planeaba dedicar su vida a la iglesia. Pero eso fue antes de...

Se detuvo, su voz repentinamente llena de emoción. Lena le miró asombrada, incapaz de creer que aquel hombre físicamente imponente pudiera mostrar tal sentimiento. Extrañamente, se sintió un poco mejor, como si el hecho de que él mostrara tal vulnerabilidad le hiciera de algún modo más humano, más accesible.

Ese sentimiento se desvaneció rápidamente cuando él se volvió para mirarla, su rostro cuadrado sombrío, sus ojos negros de ira.

—Anatol Czarnowski la violó una noche cuando salía del teatro del castillo de Varsovia. Mató a dos de mis hombres que estaban con ella antes de cometer este acto repugnante.

Lena jadeó horrorizada, tapándose la boca con la mano.

—Jezus Maria, —susurró—, lo siento mucho.

La voz de Jedrick era áspera.

—Nunca nos dijo quién lo había hecho; simplemente se le fue la cabeza. Tres meses después descubrimos que estaba embarazada. Se volvió febril, trastornada. Me quedé con ella, intenté ayudarla. Estaba inquieta y empezó a tener pesadillas. Una noche, cuando estaba junto a su cama, la oí gritar un nombre asustada. Era el nombre de Anatol Czarnowski. A la mañana siguiente se tiró de la torre. —Su voz era un sonido frío y monótono.

—Hice averiguaciones discretas y descubrí que Anatol había alardeado de su hazaña ante otros. Le reté abiertamente, pero él negó públicamente todo conocimiento de la hazaña. Fue entonces cuando me di cuenta de que tendría que obligarle a pelear.

Lena escondió la cabeza entre las manos, incapaz de asimilar todo el horror de lo que acababa de oír. Las lágrimas corrían por su rostro.

—No pudo tener un entierro cristiano porque se quitó la vida, —dijo rotundamente—. Se lo quitó todo... incluso en la muerte. Y ahora lo pagará.

Jedrick permaneció en silencio durante un largo momento, observando cómo Lena sollozaba entre sus manos. Lentamente, extendió una mano y tiró de ella hacia la casa, obligándose a ignorar su desesperación.

—No me importa si lo sabías o no, —dijo, más para convencerse a sí mismo que a ella—. Eres nuestra cautiva, Lena. Necesito que me traigas a Anatol Czarnowski. Hasta ese momento harás lo que yo diga, actuarás como yo diga. No abrirás la boca con una sola palabra de protesta. Hay muchos en esta casa que con gusto te matarían o te harían daño por el dolor que podría causar a Czarnowski. Recuérdalo bien. —Su voz era suave pero firme.

Lentamente, Lena se incorporó y se secó las lágrimas de las mejillas.

—Puede que sea tu cautiva, Jedrick Tarnowski, pero no seré castigada por los pecados de Anatol Czarnowski, ni permitiré convertirme en un peón en tu búsqueda de venganza. Escaparé de ti.

Jedrick la miró atónito.

—¿Escapar?

—Sí, escapar, —dijo Lena desafiante, esperando que él no notara lo mucho que le temblaba el labio inferior.

Él casi sonrió ante sus valientes palabras.

—No escaparás, —dijo él con suavidad.

—Sí, lo haré, —prometió ella fervientemente en voz baja, aunque él ya no la escuchaba y ya había empezado a conducirla hacia el castillo.

Capítulo 7

Los días pasaron lentamente para Lena. Estaba confinada en una pequeña habitación cerca de la cima de una de las torres que albergaba una pequeña cama y un amplio hogar. Había una ventana con postigos de madera, pero era demasiado alta para considerarla un medio de escape. Aun así, escaparé, pensó Lena con obstinada determinación. Debo hacerlo.

Ya se había formado un plan en su mente. Tan pronto como se alejara del castillo Tarnowski, intentaría asegurarse un puesto como institutriz inglesa de una familia polaca adinerada. Sus habilidades lingüísticas en inglés, así como en polaco, le servirían de mucho; estaba segura de ello. Sólo tenía que tramar la forma de salir del castillo.

La desesperación empezó a invadirla mientras pensaba en las posibilidades. ¿Cómo se las arreglaría ella, una mujer solitaria sin dinero ni montura, para encontrar un puesto así? Lena se tiró del pelo trenzado, suspirando de frustración. No importaba que no tuviera dinero; tendría que escapar de algún modo. Cualquiera cosa era mejor que esperar a ser recapturada por Anatol Czarnowski. Firme, decidió que su primera tarea sería salir de la confinada habitación de la torre para poder echar un vistazo por los alrededores.

No había visto ni a Jedrick ni a Mikhail en los tres días que llevaba retenida en la torre. Un criado le trajo un puñado de vestidos que sospechó habían sido de Danuta. Eran un poco ajustadas en el busto, pero como no tenía otra ropa, se las puso.

Mientras tocaba pensativa el material, sintió un destello de envidia. Danuta había tenido suerte de contar con una familia que obviamente la quería y se preocupaba por ella. ¿Qué era lo que había dicho Jedrick?

—Una noche, cuando estaba junto a su cama... —Dios santo, ¿se había preocupado tanto por su hermana que se había sentado junto a su cama noche tras noche, tratando de consolarla? Un anhelo tan fuerte recorrió a Lena que le dolió. Cerrando los ojos, buscó en su memoria aquellos preciosos y escasos momentos que recordaba de haber sido amada y apreciada.

Puedes soñar todo lo que quieras, pero no hay nadie en el mundo que te quiera así, Lena Wright. No tienes a nadie más que a ti misma, así que será mejor que te acostumbres.

Lena respiró hondo y pensó en lo desafortunado que había sido para Danuta cruzarse con Anatol Czarnowski.

—A mí también estuvo a punto de arruinarme la vida, y aún podría hacerlo si no escapo de aquí, —susurró en voz alta.

Lena se presionó las sienes con los dedos, sintiendo un parentesco con la joven.

—Ojalá hubiera podido conocerte, Danuta Tarnowska, —dijo en voz baja—. Estoy segura de que habríamos tenido mucho de qué hablar.

Malhumorada, Lena se puso en pie de un salto, no dispuesta a permitirse pensar en el pasado. Tenía que encontrar la forma de echar un vistazo al exterior. Aparte del criado, no había visto a nadie, salvo a la joven sirvienta que le traía comida y agua. La chica estaba claramente asustada de Lena, y nunca la miraba directamente mientras se ocupaba de sus asuntos. Exasperada, Lena decidió finalmente que haría algo al respecto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la joven cuando entró en la habitación, llevando ropa de cama fresca para Lena.

La muchacha dio un respingo al formular la pregunta y, tras echar una mirada apresurada a la habitación, miró temerosa a Lena.

—Me llamo Dorota, milady.

Lena le sonrió.

—No hay razón para tenerme miedo, Dorota. No te haré daño.

Dorota tragó saliva nerviosamente.

—Parece usted simpática, milady. Nos dijeron que no habláramos con usted... siendo usted miembro de la familia Czarnowski y todo eso.

Lena jadeó indignada.

—¿Estás diciendo que pretenden mantenerme en confinamiento total sin que nadie me dirija la palabra?

Dorota estaba claramente agitada por la ira en la voz de Lena.

—Por favor, milady, no debe levantar la voz. Milord Jedrick. . . se enfadará mucho.

Lena se tragó las ganas de gritar. No le serviría de nada asustar a la muchacha. No era culpa de Dorota que Jedrick hubiera dado órdenes tan bárbaras. Además, era esencial que averiguara más cosas sobre sus captores y lo que habían planeado para ella.

—Por supuesto; tienes razón, —dijo Lena, esperando que su voz sonara más tranquila—. Quizá podría decirme, Dorota, quién es el señor de esta mansión. Seguramente, no puede ser milord Jedrick. Su padre, sin duda, administra la finca.

Dorota sacudió la cabeza con tristeza.

—Sir Stanislaw Tarnowski murió antes de que yo naciera, que en paz descanse, —dijo, cruzándose apresuradamente de brazos—. Era militar, como milord Jedrick, pero perdió la vida durante una campaña en Moscovia. Milord Jedrick sólo tenía entonces siete años; mi madre me lo contó.

Lena sintió una punzada de simpatía por Jedrick. Sabía bien lo que era para un niño perder a uno de sus padres.

—¿Y su madre? —preguntó, aumentando su curiosidad.

—Lady Marta Tarnowska murió hace cinco años de fiebre. La trataron durante veinte días y veinte noches, pero murió de todos modos. Era la hora bruja, cuando falleció. Un mal presagio, si me lo pregunta. Puede preguntar a cualquiera en el castillo; le dirán lo mismo. Una horrible maldición cayó sobre esta casa aquel día. —Dorota hizo la señal de la cruz, como para alejar a los malos espíritus.

Lena frunció los labios dubitativa, pero no interrumpió. Ella no creía en supersticiones, y menos en maldiciones. Pero cada dato que lograba obtener de Dorota podía resultarle útil. Suspirando para sus adentros, dejó que la sirvienta continuara.

—Los señores Jedrick y Mikhail tenían el corazón destrozado, pero lady Danuta fue un gran consuelo para ellos. Sin embargo, ya era demasiado tarde para arreglar la maldición, —dijo, su voz descendiendo a un susurro apagado—. Lady Danuta fue la siguiente en caer bajo su hechizo. Sí, nada más que mala suerte ha caído sobre esta casa desde aquella noche.

Lena frunció el ceño, repentinamente molesta por el relato de la sirvienta sobre la continua perdición de la familia Tarnowski.

—Tonterías, —dijo enérgicamente—. Nuestros destinos se decidieron mucho antes de que nacéramos. Es la mano de Dios la que dirige nuestros destinos, no una tonta maldición.

La sirvienta se mordisqueó el labio inferior.

—Sigo diciendo que es obra del diablo.

—Me temo que no estoy de acuerdo contigo. Pero vamos, no hablemos más de asuntos tan angustiosos. —Lena se afanó con un hilo de su manga, intentando parecer despreocupada—. Preferiría saber si lord Jedrick tiene una... ah... esposa. —Se sintió mortificada al sentir cómo se le calentaban las mejillas.

Afortunadamente, Dorota no pareció darse cuenta de la vergüenza de Lena.

—No, milady, no la tiene. Milord Jedrick rara vez está en casa el tiempo suficiente para preocuparse de tales asuntos. Me imagino que se marchará pronto. Ya se ha quedado en casa mucho más tiempo de lo habitual.

Lena asintió, guardando la información para estudiarla en el futuro.

—Gracias, Dorota. Has sido amable conmigo y te lo agradezco.

La sirvienta sonrió ante sus palabras.

—Ha sido un placer, milady. Quiero que sepa que no la culpo por la muerte de Lady Danuta. —Su voz bajó a un susurró—. Pero hay muchos en esta casa que sí lo hacen. Milord Jedrick hace bien en mantenerla encerrada aquí. Es por su propia seguridad, milady.

Lena frunció el ceño. Mantenida encerrada por su propia seguridad.

Eso, pensó, era ciertamente una contradicción. Sí, y ya era hora de hacer algo al respecto.

Lena sonrió dulcemente.

—Dorota, simplemente me apetece un soplo de aire fresco. ¿Serías tan amable de acompañarme a ver a Lord Jedrick?

Dorota parecía horrorizada.

—¿Qu... qué? —tartamudeó.

—Deseo ver a lord Jedrick, —repitió Lena con firmeza.

La muchacha sacudió violentamente la cabeza.

—Oh, no, milady. Está muy ocupado y nadie se atreve a interrumpirle.

—Yo me atrevo a interrumpir, —dijo Lena, alzando la voz—. No tiene derecho a

mantenerme encerrada en esta torre olvidada de Dios sin compañía ni ejercicio.

Dorota parecía dispuesta a huir. —Por favor, milady. Si la oye, se enfadará. Su temperamento es realmente feroz y...

Lena agitó la mano.

—No temo su ira. Deseo verle de inmediato.

La joven parecía muerta de miedo.

—Milady... —susurró, con los ojos muy abiertos por el horror—. P-por favor.

—Dorota, —dijo Lena con suavidad, poniendo una mano en el hombro tembloroso de la muchacha—, no temas ser castigada. La ira de Milord Jedrick será sólo para mí. Pero debes decirle que quiero verle, o me verá obligada a gritar a pleno pulmón hasta que venga.

Aterrorizada, la muchacha salió corriendo de la habitación, casi tropezando con un cubo de madera que había dejado junto al hogar. Lena la vio marchar, lamentando el tono brusco que había empleado con la criada. No había pretendido asustar a Dorota con su mal genio, pero salir de aquella habitación era su máximo objetivo.

Sumida en sus pensamientos, Lena se paseaba de un lado a otro, con las manos entrelazadas a la espalda, pensando en qué decir cuando viera a Jedrick. Tenía que idear alguna forma de persuadirle para que le permitiera dar un paseo por los terrenos.

Se detuvo frente al hogar y se aclaró la garganta.

—Si una dama va a ser retenida contra su voluntad, al menos se merece un breve paseo por el jardín para tomar un poco de aire fresco,

Lena sacudió la cabeza inmediatamente. No, era demasiado cortés. Probablemente le convendría sonar más firme.

—Exijo que se me permita tomar un poco de aire fresco, —dijo en su tono más autoritario.

Frunció el ceño. Ahora era demasiado atrevida. Tenía que haber un término medio en alguna parte. Tenía que pensar en algo, como una súplica teñida de desesperación. Pensó un momento y luego cerró los ojos, frustrada.

—Por el amor de Dios, sólo quiero salir de esta maldita habitación, —dijo finalmente exasperada.

—¿Por eso querías verme?

Dándose la vuelta, Lena vio a Jedrick de pie en el umbral de la puerta, con una mirada divertida en el rostro. El calor subió a sus mejillas mientras luchaba por parecer tranquila.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie? —exigió.

—El tiempo suficiente para discernir que quieres salir de esta maldita habitación, —respondió él con calma.

El calor en su rostro se intensificó. Dios del cielo, siempre la pillaba desprevenida. Debía de pensar que ella no tenía modales en absoluto.

Los ojos divertidos de Jedrick la recorrieron abiertamente, fijándose en el ceñido ajuste del vestido sobre sus pechos y en los mechones de pelo rojo que escapaban de su trenza y se enroscaban suavemente alrededor de su cara. Que Dios le ayudara, pero era hermosa y

deliciosamente desafiante.

Había intentado durante tres días sacarla de su mente, olvidar la forma en que su cuerpo se sentía contra el suyo en la silla de montar y el dolor en sus ojos cuando hablaba de Anatol Czarnowski. Durante tres largos días había estado a punto de ir a verla una docena de veces, pero cada vez lograba convencerse de no hacerlo. Aún así, para ser una mera cautiva, ella estaba demasiado en sus pensamientos.

Sin embargo, en cuanto la sirvienta le había hablado de la petición de Lena, había saltado de su silla en su prisa por verla. Cuando había puesto los ojos en ella había sentido que se le aceleraba el pulso ante la expectativa de volver a hablar con ella. Un ceño feroz cruzó su rostro. En nombre de Dios, ¿qué me pasa?

Lena vio inmediatamente su enfado y se preguntó qué había provocado. Temerosa de haber perjudicado involuntariamente sus posibilidades de abandonar la torre, tomó aire, alisando una arruga imaginaria de su bata.

—¿Me negarás esta petición? —preguntó en voz baja, mirándole directamente a los ojos.

Jedrick estudió su rostro con atención. Era una chica enérgica, en absoluto mansa y temblorosa, como él había imaginado que sería. Tenía la nariz respingona más adorable y unas cuantas pecas rebeldes salpicaban sus mejillas. No estaba seguro de que ella le temiera en absoluto, y frunció el ceño ante eso.

Lentamente, cruzó los brazos contra el pecho y se apoyó en la puerta. —¿Y por qué debería permitirte un paseo por el jardín?

Ella le sonrió dulcemente.

—Porque un verdadero caballero no negaría una petición tan humilde de una dama, cautiva o no.

Jedrick se rió.

—Ya veo. Ahora quizá me digas de verdad por qué debería acceder a tu petición.

Lena mordió su desaliento, viendo que su tímido enfoque no iba a funcionar.

—Por favor, debes permitirme esta única petición. No soporto más el confinamiento. Necesito respirar aire fresco y sentir el cálido sol sobre mis hombros. Me volveré loca si me dejas sola aquí un momento más. —Respiró agitadamente, sin darse cuenta de la desesperación en su voz.

—Ah, mucho mejor. Prefiero cuando una mujer es sincera conmigo.

—¿Sincera? —gritó ella, perdiendo inmediatamente los estribos—. Me raptas a la fuerza, me llevas a kilómetros de distancia a algún castillo olvidado de la mano de Dios, me mantienes prisionera en una torre para poder colgarme como cebo con el fin de matar a un hombre, ¿y luego esperas honestidad de mí? No he oído semejante basura en toda mi vida. Obviamente disfrutas atormentando a jóvenes inocentes.

Lena vio que un rubor furioso manchaba el rostro de Jedrick mientras caminaba hacia ella.

—Y tú, señora, estás poniendo a prueba mi paciencia. Tienes suerte de que siquiera haya respondido a tu citación. ¿Crees que estoy a tu entera disposición?

Lena dio un pisotón enfadada.

—¿Respondiendo a mi llamada? Me has tenido encerrada en una torre, prohibiendo que nadie me hablara. Incluso la sirvienta se moría de miedo de mí. ¿Qué mentiras les has contado a todos sobre mí?

Jedrick alargó la mano y la agarró del brazo, obligándola a mirarle.

—Nada de mentiras, Lena. Sólo la verdad sobre lo que tu marido le hizo a Danuta.

—No es mi marido, —espetó Lena.

Jedrick se quedó helado, atónito ante sus palabras.

—¿No lo es?

Ella negó con la cabeza.

—Por supuesto que no lo es. Llegaste antes de que se hubiera celebrado la ceremonia.

Jedrick se quedó boquiabierto. Que Dios le ayudara, había supuesto que la ceremonia de la boda acababa de terminar. Había sido mediodía, por el amor de Dios, y todo el mundo sabía que era costumbre en Polonia celebrar la boda en las horas de la mañana para que la celebración pudiera comenzar a mediodía y prolongarse durante días.

—¿Quieres decir que aún no te has casado con él? —bramó, preguntándose por qué su corazón dio un brinco de repente al pensarlo.

—¿Y tú eres tonto? —le bramó ella con igual ferocidad—. Acabo de decir que no.

Jedrick cerró los ojos. Señor todopoderoso, la situación no hacía más que empeorar. Había secuestrado a una joven, aún no debidamente casada, y se la había llevado a su finca. ¿Cómo iba a explicarle que por ser soltera acababa de arruinar sus posibilidades de contraer un matrimonio adecuado una vez que hubiera matado a Anatol Czarnowski? Su reputación quedaría totalmente arruinada. Una viuda era una cosa, pero una cautiva soltera era algo totalmente distinto. Jedrick suspiró profundamente.

—Oh, maldita sea, —murmuró, pasándose la mano por el pelo oscuro.

—Ah, ja, —dijo Lena, sonriendo triunfante—. Y decías que yo tenía un vocabulario colorido.

Jedrick no pudo evitar reírse. La risa le salió de lo más profundo del pecho y retumbó por toda la cámara. Ella le ponía tonto, pero le caía realmente bien. Incluso más sorprendente, en realidad empezaba a importarle lo que le ocurriría a ella una vez consumada su venganza.

—Me desconciertas, Lena, —dijo, mirándola de cerca. Sus mejillas estaban sonrojadas por su intercambio, sus ojos brillantes. Era una luchadora, eso era evidente. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse cuántas batallas había perdido a lo largo de su vida.

De repente, sacudió la cabeza, frunciendo el ceño. Su creciente atracción por ella era condenadamente peligrosa y él lo sabía.

—¿Por qué tienes esa mirada extraña? —le preguntó Lena, sacándole de sus pensamientos.

—Tendrás tu paseo por el jardín, —dijo bruscamente—. Pero con mis condiciones. Si incumples alguna de esas condiciones, este privilegio será rescindido inmediatamente.

Lena asintió.

—De acuerdo. ¿Y cuáles son esas condiciones?

—Yo fijaré la hora y la duración de cada paseo. Estarás debidamente escoltada en todo momento.

Ella resopló.

—Vigilada, querrás decir.

—Llámalo como quieras, —dijo él, encogiéndose de hombros.

Ella se lo pensó un momento y luego suspiró.

—Condiciones aceptadas.

Jedrick enarcó una ceja. Él no le había ofrecido ninguna opción y, sin embargo, aquí estaba ella, actuando como una generala, decidiendo si aceptaba o no. Suspirando, sacudió la cabeza y, extendiendo el brazo, hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Empezamos?

—¿Ahora? —dijo asombrada.

—Dije que yo fijaría la hora de cada excursión. Elijo ahora. ¿Vienes o no?

Ella se agarró las faldas y pasó corriendo junto a él.

—Ya voy, —dijo apresuradamente al atravesar el umbral de la puerta.

Jedrick sonrió mientras descendían las sinuosas escaleras de piedra. Era evidente que ella estaba ansiosa por salir... lo más probable era que quisiera tramar su huida. Se rió por lo bajo. Tendría que vigilarla. Estaba claro que era una mujer inusual con una mente propia. Eso en sí mismo era un hecho inquietante. Sí, tendría que tener mucho cuidado con ella.

Mientras le hacía señas para que caminara por el largo pasillo, se fijó en su forma de andar y en el suave y provocativo contoneo de sus caderas.

Demonios, ella tenía un efecto de lo más perturbador en él.

Cuando llegaron al final del pasillo, Jedrick abrió una puerta y la condujo a una enorme sala de techos abovedados. Lena jadeó de asombro ante el tamaño abrumador de la cámara. Dando vueltas mareada, pensó que toda su casa de Londres cabría fácilmente en esta única habitación.

Recuperando el aliento, se acercó a la enorme mesa de madera bordeada de largos y duros bancos que se extendían por el centro de la sala. Cabrían al menos cien personas, pensó Lena. Una gigantesca chimenea se alzaba en el extremo de la sala; hileras de leña se apilaban ordenadamente a lo largo del hogar, y una agradable brisa entraba por una ventana abierta.

Sacudiendo la cabeza con incredulidad, Lena volvió a mirar los altos muros de piedra que rodeaban la cámara. De ellas colgaban hileras de magníficos tapices tejidos que añadían un toque de color a la estancia. Un tapiz en particular llamó la atención de Lena y se acercó a inspeccionarlo.

—Vaya, es el tapiz más hermoso que he visto nunca, —declaró Lena en voz baja, acariciando suavemente el basto material—. ¿Es una escena de batalla de las fuerzas polacas triunfando sobre Moscovia y el emperador Maximiliano?

Jedrick se quedó con la boca abierta, asombrado de que ella conociera tan bien la historia polaca.

—Sí, lo es, —consiguió decir finalmente—. ¿Cómo lo sabía?

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta leer, y la historia polaca siempre me ha fascinado.

—¿Sabes leer? —preguntó Jedrick, realmente sorprendido.

Lena le miró como si fuera tonto.

—Claro que sé. ¿Tú no puedes?

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Sí, puedo, Lena.

—Apostaría a que tuve un tutor mejor —replicó ella, con los ojos bailándole alegremente—. ¿Te importaría aceptar un reto sobre eso?

Jedrick se rió.

—En otra ocasión, tal vez. Aunque debo admitir que me intrigas, Lena. Hay pocas mujeres que conozca que tengan tanta habilidad.

Lena sonrió bellamente, extrañamente complacida por su cumplido.

—¿Están los jardines ahí fuera? —preguntó, dirigiéndose a la ventana abierta.

Jedrick se unió a ella, tomándola suavemente por el codo.

—Por aquí —dijo, guiándola a través de otra habitación y hacia el brillante sol.

Lena sonrió encantada al sentir el cálido sol en la cara. El jardín era una vista hermosa, y ella respiró profundamente el aroma celestial de las flores. Con un ligero rebote en su paso, se dirigió por el estrecho sendero bordeado por dos arboledas de altos árboles.

—Esto es precioso, —dijo Lena, sonriéndole.

Jedrick sintió una oleada de placer ante su cumplido, y luego una punzada de tristeza. A Danuta le habían encantado los jardines y había pasado muchas largas horas cuidando con esmero las flores y los árboles. No había venido desde el funeral, pero de repente se alegró de haberlo hecho ahora.

Lena notó el dolor en sus ojos y le miró con curiosidad.

—¿He dicho algo malo?

Él suspiró.

—No, Lena. No has dicho nada malo.

Uno al lado del otro, caminaron por el sendero hasta que llegaron a un largo banco enclavado entre dos grandes árboles. Jedrick se sentó en el banco mientras Lena admiraba un parterre lleno de romero y lavanda. Arrodillándose, sujetó suavemente uno de los tallos entre sus dedos.

—Nunca las había visto florecer tan hermosamente, —dijo Lena en voz baja, sonriéndole.

Jedrick le devolvió la sonrisa y se inclinó para tomar entre sus manos un puñado de la rica tierra negra.

—Es tierra polaca. No hay tierra igual en ningún otro lugar del mundo.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto. La tierra polaca es fructífera y rica.

Jedrick dejó caer la tierra entre sus dedos.

—Es el tesoro más importante de Polonia y su mayor debilidad. Todo el mundo desea poseer para sí una tierra tan fértil. —Él habló con tal agudeza y emoción que Lena levantó la cabeza rápidamente. Exhalando, Jedrick se sacudió la suciedad de las manos y la miró fijamente.

—Eres una mujer muy poco corriente, Lena Wright, —dijo, dejando que su mirada se detuviera en su rostro—. Por favor, hábleme más de ti.

Lena se ocupó inmediatamente de una flor, y Jedrick percibió su reticencia a hablar de sí misma.

—¿Cómo es que hablas tan bien el polaco? —la animó suavemente—. ¿Te lo enseñó tu madre?

Ella negó con la cabeza, y Jedrick sonrió mientras la luz del sol bailaba en los mechones de su pelo rojo fuego.

—Fue mi primer idioma, pero mi madre murió cuando yo sólo tenía tres años.

—¿Entonces cómo lo aprendiste?

Respiró hondo.

—Mi niñera era polaca. Murió unos días antes de mi octavo cumpleaños. Después de eso, mi padre se encargó de que tuviera un tutor polaco. Creo que a él también le gustaba oír hablar esa lengua. A él también le traía recuerdos de mi madre. —Le temblaban ligeramente las manos, pero consiguió mantenerlas firmes—. Conseguí mantener al tutor incluso después de que mi padre muriera y el tío Gregory viniera a cuidar de mí. Por desgracia, el dinero se acabó cuando cumplí catorce años. Pero para entonces no importaba; ya dominaba el idioma.

Jedrick la miró pensativo. Tenía más que un buen dominio; lo hablaba con naturalidad, con sólo un ligero rastro de acento.

—Sin embargo, no fue tu excelente dominio de la lengua polaca lo que atrajo a Anatol hacia ti, —reflexionó en voz alta—. ¿Dijiste que le había dicho a tu tío que le gustaba tu pelo?

Lena asintió, con la cabeza aún inclinada.

—Sé que es extraño que se fijara en mi pelo e inmediatamente pidiera mi mano. Entonces sólo tenía doce años.

Jedrick no estaba seguro de haberla oído bien.

—¿Te pidió la mano cuando tenías doce años?

—Lo hizo, pero el tío Gregory lo rechazó. Si me casaba, el tío Gregory habría perdido el acceso a la fortuna de mi padre. Como mi tutor, podía disponer de la mayor parte del dinero que quisiera. Pero cuando cumplí dieciséis años, obtuve el control exclusivo de la fortuna de mi padre. Aunque para entonces mi tío se había asegurado de que quedara muy poco. En pocas palabras, el tío Gregory no tenía nada que perder casándose.

Jedrick pudo oír la nota amarga en la voz de Lena. Señor, debió de tener una vida difícil, siendo criada por un tío que vació la fortuna de su padre y probablemente también la golpeó. Eso

explicaría la forma en que se encogía cada vez que él se acercaba a ella. La ira le invadió y de repente sintió el deseo de encontrarse con ese tío maldito y hacerle probar un poco de su propia medicina. Respiró hondo.

—¿Quieres decirme que Anatol Czarnowski visitó Londres hace cuatro años y pidió tu mano, pero que tu tío le dijo que no podías casarte hasta los dieciséis? Entonces, el día de tu cumpleaños, ¿Anatol reapareció dispuesto a llevarte a Polonia? —Su tono era incrédulo.

Ella asintió.

—El tío Gregory dijo que incluso dejó un saco de oro la primera vez que estuvo allí, para asegurarse de que no me casara antes de cumplir los dieciséis.

Jedrick se frotó la nuca, con el ceño fruncido. Algo iba mal, condenadamente mal, en toda aquella situación. ¿Por qué demonios Anatol Czarnowski había ido hasta Inglaterra, dos veces, para buscarse una novia? ¿Y por qué insistió en Lena Wright?

A pesar de la belleza de Lena, era obvio que no era rica, y Jedrick estaba seguro de que había muchas pelirrojas más atractivas y bien dotadas económicamente que se podían conseguir aquí mismo, en Polonia. Anatol era un hombre rico; podría haber elegido entre cientos de mujeres disponibles. Entonces, ¿por qué, en nombre de Dios, había insistido en tener a Lena?

Jedrick dejó que su mirada se posara en el rostro de Lena mientras ella jugueteaba con el tallo de una flor. Cualquiera que hubiera sido la razón de Anatol, Jedrick sabía que no era por amor o preocupación por el bienestar de Lena. Anatol Czarnowski era incapaz de amar o preocuparse por nadie más que por sí mismo.

Jedrick se frotó las sienes con cansancio. Fuera lo que fuese lo que motivo a Anatol, Jedrick tenía que llegar al fondo del asunto. Por el bien de Lena, aunque sólo fuera por eso. Se negaba a permitir que Anatol Czarnowski victimizara a otra mujer inocente.

—¿No tienes parientes en Polonia? —preguntó Jedrick con curiosidad.

—No lo sé, —dijo Lena, mirándole—. Mi padre decía que mi madre se negaba en redondo a hablar de Polonia. Ella sólo le hablaba de una tierra hermosa con leyendas maravillosas y héroes valientes.

Sonrió cuando ella se llevó una flor a la nariz y olió profundamente su agradable aroma. Jedrick pensó que bajo ese exterior desafiante era tan frágil como la flor que sostenía ligeramente en la mano. No era de extrañar que hubiera aprendido a protegerse. No había tenido a nadie más de quien depender. Recordó el dolor en sus ojos cuando él le había preguntado si no tenía un hombre que la protegiera.

Lena sintió la mirada curiosa de Jedrick sobre ella, y sus mejillas empezaron a calentarse.

—¿Por qué no te has casado? —soltó de repente, horrorizada en el momento en que las palabras salieron de sus labios.

Una lenta sonrisa cruzó su rostro al notar el color carmesí de sus mejillas. Cruzó las manos sobre el pecho y se recostó en el banco.

—Nunca he tenido tiempo ni ganas. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé —dijo Lena, ruborizándose de nuevo—. Era una pregunta tonta. —Bruscamente, se puso en pie de un salto y empezó a caminar por el sendero. No podía creer que

le hubiera preguntado semejante cosa. Dios mío, ¿qué me ha pasado para que siga teniendo tales pensamientos sobre él cuando está decidido a utilizarme y luego desecharme en cuanto haya satisfecho su venganza?

El estallido de ira que sintió ante la mera idea de un comportamiento tan cruel agudizó su mente. No tenía ni idea de cuánto tiempo más le permitiría Jedrick estar a la intemperie, y tenía que utilizar este tiempo a su favor, para tramar su ruta de escape. Mirando inocentemente a su alrededor, se fijó en la altura de los muros y se preguntó si sería capaz de escalarlos. Se detuvo frente a un enorme árbol, midiendo la distancia entre la rama más alta y la copa del muro del castillo. Era muy buena trepando a los árboles y no dudaba de que sería capaz de dar el salto.

—Puedes dejar de conspirar.

Al girarse, vio a Jedrick observándola con una mirada divertida.

—No vas a ir a ninguna parte, Lena.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No estaba conspirando, —dijo con tanta indignación como pudo reunir, pero su rostro enrojeció de culpabilidad.

Una carcajada brotó de su pecho.

—Estabas conspirando, pero eso no cambiará nada. Ahora me perteneces.

¿Q... qué? —espetó ella indignada.

—Me perteneces. ¿No es cierto que el vencedor puede reclamar lo que desee del vencido?

No soy algo que se pueda reclamar, —dijo ella, sus ojos chasqueando furiosamente.

—Anatol Czarnowski te abandonó en el altar. Como no quiso darme la satisfacción de una lucha, me quedé con lo que dejó atrás. Hay pocos que discutirían mi lógica.

—Pues yo soy una de las que lo haría, —dijo furiosa, intentando rodearle—. Además, sé que aún anhelas la satisfacción de una pelea. No olvidemos la verdadera razón por la que me trajiste aquí.

Jedrick alargó la mano y la agarró por el brazo.

—No pongas a prueba mi paciencia, Lena. Soy un hombre que tiene sus límites.

—Bueno, yo también tengo límites, —dijo ella, apartándole el brazo de su agarre y empezando a andar por el sendero.

—Lena, —dijo él en tono de advertencia y salió tras ella.

Lena apresuró sus pasos hasta casi correr. No había ido muy lejos cuando una mano pesada cayó sobre su hombro desde atrás.

—¿Recuerdas las condiciones de tu paseo? —preguntó Jedrick, tirando de ella para que le mirara.

Atrapada fuertemente en su agarre, Lena asintió con la cabeza, su respiración se aceleró de repente.

—Lo recuerdo.

—¿Y no dije que fijaría claramente la duración de cada paseo? —dijo él con firmeza,

inclinándose para que su cara quedara directamente frente a la de ella.

Lena volvió a asentir con la cabeza. Estaba tan cerca que podía sentir su cálido aliento en sus mejillas. Tenía las manos apretadas contra su pecho y podía sentir los latidos de su corazón a través de la camisa de algodón. Su tamaño era intimidante y ella sabía que podía hacerle mucho daño con sus brazos gruesos y musculosos. Pero, extrañamente, no sintió miedo, aunque él estuviera enfadado con ella. Instintivamente, sabía que él nunca le haría daño.

—¿Y dije que el paseo había terminado? —dijo Jedrick, molesto porque su voz se volvió ronca cuando un mechón de su pelo le rozó la mejilla. Su larga trenza se había desenredado durante su intento de huida y su pelo llameante colgaba en una masa gloriosa sobre su cara y sus hombros.

—No lo hiciste, —aseguró en voz baja mientras su corazón empezaba a agitarse en su pecho. Señor, él tenía el efecto más extraño sobre ella. Allí de pie, entre sus brazos, se preguntó de repente qué sentiría al estar apretada contra toda la longitud de su cuerpo fuerte y musculoso. De repente, el calor subió a sus mejillas y apartó la mirada.

Jedrick notó el rubor que se extendió por sus mejillas y lo condenadamente bien que se sentía. Su aroma llenó sus sentidos, completamente dulce y femenino. Su mirada se detuvo en sus labios suaves y tentadores, y entonces suspiró, liberándola de su agarre.

—Puede que te sorprenda, pero mis órdenes son para protegerte.

—No te creo, —dijo ella con obstinación, cruzándose de brazos.

Un fugaz fruncimiento de ceño transformó su rostro.

—Bueno, lamento que te sientas así. Ahora ven; creo que nuestro paseo ha terminado, —dijo él suavemente, cogiéndole el brazo y colocándolo en el pliegue de su codo. No dijo ni una palabra más hasta que hubieron regresado a la habitación de la torre. Una vez que la depositó allí a salvo, se dio la vuelta bruscamente para marcharse.

—Jedrick —preguntó Lena en voz baja cuando se quedó en el umbral de la puerta—. ¿Cuándo podré dar mi próximo paseo?

—Cuando crea que te mereces uno.

—¿Merecer uno? Tú... bruto, —dijo enfadada.

Una lenta sonrisa cruzó sus labios, un destello en sus ojos.

—Si tu objetivo es adularme, Lena, tendrás que esforzarte más.

Agachándose, cogió la almohada de su cama y se la lanzó mientras él salía de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. La almohada golpeó la madera y cayó al suelo inofensivamente.

Furiosa, se acercó a recoger la almohada, aplastándola contra su pecho.

—Cuando crea que te mereces uno, —le imitó. ¿Cómo se atrevía a tratarla tan groseramente? En silencio, le llamó con todos los nombres de su lista de malas palabras... una lista creada a base de pasar largas horas en los muelles con Mike. Aunque no sabía lo que significaban la mitad de las palabras, en realidad se sintió mejor cuando terminó.

Con el temperamento aún a punto de estallar, Lena dejó caer la almohada y golpeó furiosamente la puerta con los puños.

—Abre esta puerta de una vez, —gritó—. Necesito agua. No puedes tenerme encerrada aquí sin agua. —Al cabo de unos instantes se detuvo para escuchar, pero sólo oyó silencio.

Apretando los labios con fuerza, estiró la mano con determinación y tiró de la puerta con todas sus fuerzas. Para su total asombro, la puerta se abrió con facilidad y ella cayó sin gracia al suelo, de bruces sobre su derrière.

¡No había corrido el pestillo al salir!

Lena se puso en pie. Su arrogancia debía de haberle vuelto descuidado, pensó, sonriendo. Sin aliento, escuchó cualquier sonido procedente de la escalera, pero no oyó ninguno. Forzándose a ser paciente, esperó hasta estar segura de que Jedrick se había ido.

Cuando no pudo soportar un momento más, bajó en silencio de puntillas los sinuosos escalones de piedra. Cuando estaba a mitad de camino se detuvo en seco y escuchó. Podía oír el débil sonido de gente riendo, pero determinó que estaba demasiado lejos para ser una amenaza. Con cuidado, continuó su descenso.

Para cuando llegó abajo, su corazón martilleaba tan fuerte en su pecho que estaba segura de que todos en el castillo podrían oírlo. Aplanándose contra la pared, se obligó a mantener la calma y respiró hondo. En silencio, dio un paso adelante y luego otro, hasta que llegó a la curva del pasillo. Con cuidado, dobló la esquina, mirando primero a ver si había alguien. Cuando vio que el pasillo estaba vacío, empezó a caminar rápidamente, dirigiéndose a la puerta que había al final del pasillo.

—¿Vas a alguna parte?

Sobresaltada, ahogó un grito antes de darse la vuelta.

—Jedrick —jadeó, llevándose una mano al pecho al verle. A pesar de que casi la había asustado, sus ojos brillaron con rabia—. ¡Cómo te atreves a asustarme!

Él le enarcó una ceja.

—¿Asustarte? ¿Puedo preguntar adónde vas?

Ella se revolvió el pelo, esperando que la expresión furiosa de su rostro le distrajera de ver sus manos temblorosas.

—Sólo estaba echando un vistazo, —dijo con fiereza, sabiendo inmediatamente lo ridículas que sonaban sus palabras.

—¿Siempre te arrastras tan sigilosamente cuando estás echando un vistazo?

—Sí. Cuando no deseo molestar a nadie, —replicó ella.

Jedrick se rió y se acercó a ella lentamente.

—Dime, Lena, ¿adónde creías que ibas?

—Ya te lo he dicho, —balbuceó ella, sintiendo que le flaqueaban las piernas.

Su físico era francamente abrumador, decidió, y por eso su corazón martilleaba en su pecho. Su forma alta se alzaba sobre ella, su mandíbula fuerte y cuadrada daba a su rostro un aspecto de fuerza bruta. Una espesa melena oscura colgaba en una masa rebelde sobre sus hombros. Tenía una mirada de confianza y arrogancia que resultaba a la vez exasperante y convincente.

—No intentabas escapar, ¿verdad? —dijo en voz baja, con la cara cerca de la de ella. Le levantó la barbilla hasta que ella le miró directamente.

Mirándole a los ojos grises plateados, Lena asintió, de repente incapaz de decir una palabra. Una lenta sonrisa curvó su boca.

—La puerta de la torre permanecerá sin cerrar, Lena. Pero no escaparás. Sabiendo que pronto se espera a Anatol Czarnowski, ¿de verdad crees que dejaría mis terrenos desprotegidos? Tengo cincuenta hombres protegiendo los muros de mi castillo y los bosques que lo rodean. ¿Hasta dónde creías que llegarías?

—No lo sé, —susurró ella—. Cualquier lugar sería preferible a aquí.

Él enarcó una ceja.

—Ya veo. ¿Y cómo esperabas llegar a 'cualquier sitio' sin una montura o una moneda a tu nombre?

—Estoy segura de que podría encontrar a un auténtico caballero polaco dispuesto a ayudar a una dama en apuros, —dijo ella con seguridad.

—No habrías dado ni dos pasos desde este castillo, —respondió él con arrogancia.

Lena resopló indignada.

—Tú... canalla. Realmente encuentras placer en atormentarme.

Jedrick se acercó más, con la intención de rebatir sus palabras, cuando volvió a percibir el dulce aroma de ella. Señor, tenía un efecto desconcertante en él. Inhaló profundamente, tratando de aclarar sus pensamientos, pero en lugar de eso recibió otra bocanada completa de su aroma.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó irritado. Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Qué es qué?

—Ese aroma... el perfume que llevas.

Ella le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Mi qué?

—Ese aroma. —volvió a decir él olfateando—. ¿Qué es? Es condenadamente distractivo.

Ella se liberó airadamente de su agarre.

—¡Cómo te atreves a intentar cambiar el tema a mi perfume! Me estabas informando de cuántos hombres protegían tu castillo.

Su sonoro suspiro resonó en las paredes del pasillo vacío.

—¿Tienes que esforzarte tanto para provocar mi mal genio, Lena?

—¿Te irrita mi temperamento? ¿Acaso te secuéstré por la fuerza y te encerré en una torre?

Era una afirmación tan ridícula que no se le ocurrió una respuesta apropiada. Un ceño fruncido cruzó su rostro; su paciencia se estaba agotando.

—Lena, te dije las condiciones para pasear por mi finca. Estuviste de acuerdo con ellas. ¿Siempre rompes tu palabra tan fácilmente?

—No he faltado a mi palabra —dijo ella, con la boca puesta en una línea obstinada—T. e

dije que escaparía.

—No escaparás de mí. Jamás.

La mirada de Jedrick era tan feroz y posesiva que Lena dio un paso inseguro hacia atrás.

—¿P... puedo volver a mi habitación ahora? —susurró vacilante.

—No puedes.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida.

—¿Qu... qué?

—Primero debes pagar el precio de tu desobediencia.

Su aliento murió en su garganta.

—¿Precio? —Se le había secado la boca de repente.

—Ven aquí, Lena, —dijo Jedrick, su voz suave pero firme.

Lena sacudió la cabeza con recelo. Rápidamente, sus dedos salieron disparados y la atraparon por la muñeca, acercándola. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra de protesta, Lena se encontró presionada contra toda la longitud de su cuerpo alto y musculoso, con las manos atrapadas con fuerza contra su pecho. Empujó con todas sus fuerzas en un esfuerzo por liberarse, pero fue inútil. Sus brazos eran tan duros e inflexibles como gruesas bandas de acero.

—No volverás a desobedecerme, mujer, —dijo en voz baja, su voz un rumor grave.

Lena levantó los ojos para encontrarse con los suyos y jadeó al ver que sus ojos plateados se habían vuelto oscuros y turbulentos. De repente, el aire chisporroteó de expectación y su corazón empezó a latir tan furiosamente en su pecho que estaba segura de que estallaría.

—Un beso, Lena, —susurró él con fuerza—. Un beso es todo lo que pido.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—¿Un beso? —preguntó, su voz sonaba curiosamente sin aliento.

Jedrick dejó que su mirada vagara audazmente sobre ella, deteniéndose en sus labios maduros y apetecibles. Que Dios le ayudara, sabía que estaba jugando con fuego, pero no podía contenerse. Además, argumentó consigo mismo, un beso seguramente acabaría con esta inquietante atracción que sentía por ella.

—Sí, un beso es el precio que tendrás que pagar. ¿Aún te atreves a desobedecerme? —Su voz estaba rasgada por la anticipación.

Lena sabía instintivamente que si retrocedía, él no la forzaría. También sabía que alejarse de él era lo último que quería hacer. Bajó los ojos hacia su boca fuerte y dura, y sin más estímulo, deslizó los brazos alrededor de su cuello, levantando los labios para encontrarse con los suyos.

Jedrick tiró de ella hacia él, su boca se encontró con la de ella con una fácil naturalidad. Lena jadeó al sentir el calor de su boca y los dedos de él entrelazándose en su pelo. Aprovechando el jadeo, Jedrick movió rápidamente la lengua entre los labios ligeramente separados de ella, sondeando ardientemente los suaves recovecos de su boca.

Lena estaba aturdida por las sensaciones que recorrían su cuerpo. No se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Era como si un fuego hubiera comenzado en su estómago y se hubiera arrastrado hacia el exterior, inundando sus sentidos con un ardiente fervor.

Mientras su lengua se movía lánguidamente dentro de su boca, se sintió invadida por un anhelo que no podía explicar. Dejó que sus dedos exploraran los ondulantes músculos de sus hombros y cuello y luego los enredó en su largo y espeso cabello. Con mucha cautela, alargó tímidamente la lengua para rozar ligeramente la de él. Sus acciones fueron recompensadas con un gemido de placer.

Jedrick deslizó las manos alrededor de su cintura. Que Dios le ayudara, pero ella le estaba besando de verdad, y con un abandono inocente que hacía arder sus sentidos. Con brusquedad, la apretó contra él.

Era tan cálida y suave que estuvo a punto de perder la compostura. Un gruñido bajo de placer surgió del fondo de su garganta. Ella sabía insoportablemente dulce, encendiendo en él un deseo que no había sentido en mucho tiempo.

Lena ni siquiera se dio cuenta de que le estaba besando. Sus dedos acariciaban ligeramente su espalda, provocándole un cosquilleo de excitación y anhelo. Su tacto hizo imposible para ella mantener un solo pensamiento coherente.

Jedrick bajó las manos hasta las caderas de ella y la apretó con fuerza contra él. La sensación de su cuerpo amoldado al de él fue su perdición. Su boca buscó la de ella una y otra vez hasta que se estremeció de necesidad. Dándose cuenta de repente de que no estaría satisfecho hasta que la bajara al suelo y se introdujera entre sus piernas, la apartó bruscamente.

Dando un paso atrás, inhaló un suspiro entrecortado. Señor, estaba horrorizado ante su propia falta de disciplina. Sólo había pretendido darle una lección, señalarle su precaria posición. En lugar de eso, ella le había sorprendido dándole una respuesta completamente excitante a su beso.

Lena se quedó aturdida ante lo que acababa de experimentar. Un dolor tan dulce la invadió que no deseaba otra cosa que permanecer entre sus brazos y sentir el cálido tanteo de su lengua. Su beso la emocionó a la vez que la asustó, al darse cuenta de que había despertado en ella sentimientos que podían hacerla vulnerable y despojarla de toda defensa.

De repente, su rostro se tiñó de escarlata y alargó la mano para propinarle a Jedrick una sonora bofetada en la cara. Él la miró atónito.

—¡Cómo te atreves a ordenarme que te bese! —dijo furiosa, apartándose de él.

Él frunció el ceño.

—Era un precio adecuado por tu desobediencia. Además, parecías estar disfrutando, —añadió, refunfuñando.

Lena se puso rígida de mortificación ante la verdad de sus palabras.

—Tú... me obligaste, bestia —anunció, como si eso zanjara el asunto.

Jedrick puso los ojos en blanco. Era inocente, desde luego. Lo había sabido desde el momento en que la había besado. Pero, Dios todopoderoso, había percibido a una mujer apasionada ardiendo bajo aquel ardiente pelo rojo. Ella le había respondido con una especie de abandono temerario que le había inflamado como no lo había hecho ninguna otra mujer antes.

que ella.

Frunció el ceño con fiereza. Maldita sea, no debería haberla besado. Su beso había sido peligroso y embriagador. Maldiciendo en voz baja, se pasó los dedos por el pelo con frustración. Lo hecho, hecho estaba, y ya no podía hacer nada más al respecto. Levantando el brazo, señaló hacia las escaleras.

—Vuelve a tu habitación—, dijo con frialdad.

—Con mucho gusto —murmuró Lena, recogiendo las faldas y apresurándose a pasar junto a él. Lágrimas de vergüenza llenaron sus ojos. No tenía ni idea de lo que le había pasado. Dios de los cielos, se había lanzado sobre él como una vulgar moza, y por el ceño fruncido de su rostro él estaba muy disgustado con sus acciones.

Un rubor se deslizó por su cuello. Durante esos pocos momentos, mientras se habían besado, se había sentido querida y deseada. Pero él la había apartado, evidentemente disgustado por su comportamiento. Su labio inferior empezó a temblar y cerró la boca con fuerza mientras subía las escaleras.

Jedrick la vio marchar, con el deseo aún doliéndole dentro. Ella había parecido tan dulce, con los labios hinchados y las mejillas sonrosadas. Su respuesta había sido tierna y desprevenida. Dios, eso le hizo desearla aún más.

—Oh, diablos —murmuró, su humor se volvía viciado.

Su plan de venganza se complicaba cada día que pasaba. No quería admitirlo, pero de repente supo una cosa con certeza: no quería que le ocurriera nada a la belleza pelirroja que tenía prisionera en su torre.

Suspirando, sacudió la cabeza para disipar los inquietantes pensamientos que competían por la atención de su mente. Dejas que una mujer confunda las cuestiones más claras, pensó irónicamente mientras se daba la vuelta y caminaba por el pasillo.

Capítulo 8

Lena daba vueltas en un sueño agitado. De repente, se despertó y se sentó erguida en la cama. Un suave viento entró por la ventana abierta de la torre, levantando suavemente las ligeras mantas de la cama.

Sobresaltada, miró a su alrededor, preguntándose qué hora era y qué la había despertado. Presionándose la frente con la mano, quiso que la niebla del sueño la abandonara.

A través de la ventana, la luz de la luna entraba en la habitación, llenándola de una luz plateada. Mirando alrededor de la habitación, vio que todo estaba exactamente igual que cuando se fue a dormir.

Nada había cambiado, salvo la persistente ansiedad que la acompañaba desde que se había despertado.

Lena aguzó el oído, escuchando. No había sonidos inusuales, pero la quietud parecía extraña. Echando las mantas a un lado, salió de la cama y metió los brazos por las mangas de una bata ligera. Recogiendo la vela que había dejado en su mesilla de noche, la encendió de las brasas de la chimenea.

Lentamente, se dirigió hacia la puerta y se detuvo a escuchar.

No se oía ningún ruido. Puso la mano en el pestillo y abrió la puerta con cuidado, asomándose a la oscuridad. De repente, un hombre salió de la negrura y la agarró por el hombro, empujándola de nuevo a la habitación.

Dejó caer la vela y logró pegar medio grito antes de que una pesada mano descendiera sobre su boca. Luchando furiosamente, dio patadas con las piernas y los brazos. Se detuvo cuando se dio cuenta de que no llegaba a ninguna parte.

—Estate quieta, mujer, —susurró una voz con aspereza—. Me envía Anatol Czarnowski.

Ella dejó de forcejear y su captor aflojó su agarre. Deslizándose de sus brazos, corrió hacia la ventana abierta.

—Socorro, —gritó con todas sus fuerzas.

El hombre se abalanzó sobre ella, pero ella se apartó ágilmente. Pero la habitación era pequeña, y él consiguió agarrarla por el hombro y lanzarla contra la pared de piedra, dejándola sin aliento con un fuerte silbido.

—Estúpida moza —siseó, apretándola contra la pared y sacando una daga larga y dentada de su cinturón—. Te atreves a traicionar a mi señor. Debería matarte ahora.

Lena miró aterrorizada a su atacante. El hombretón iba vestido de negro de pies a cabeza, con el rostro oculto por una máscara oscura.

Apretó el cuchillo contra su garganta y Lena cerró los ojos. De repente, oyó un ruido y la puerta de su habitación se abrió de golpe.

Mikhail entró corriendo en la habitación, con la espada desenvainada. En su prisa por alcanzarla tropezó con un haz de troncos que habían dejado junto al hogar y cayó de bruces. Su espada cayó estrepitosamente al suelo y se deslizó por la habitación.

El hombre de la túnica negra se rió y levantó su daga hacia Mikhail. Lena gritó y se lanzó contra su brazo, luchando por evitar que el cuchillo llegara a su destino. Murmurando un juramento, el hombre la arrojó fácilmente, y ella cayó contra la chimenea con un sonoro golpe, y luego se deslizó hasta el suelo.

Sus esfuerzos permitieron a Mikhail ponerse en pie, donde permaneció cauteloso, observando su espada. El hombre se rió al darse cuenta de que el arma de Mikhail estaba demasiado lejos de su alcance. Con una estocada despiadada, apuntó la daga en dirección al cuello de Mikhail.

Mikhail se echó a un lado y la hoja se clavó en su hombro. Con un grito de triunfo, el hombre se la clavó, forzando la espalda de Mikhail contra la pared. Mikhail aulló de dolor mientras el hombre giraba la hoja y volvía a sacarla.

Lena observaba aturdida y horrorizada, con los oídos zumbándole por el golpe en la cabeza. Luchando por mantenerse en pie, sintió el haz de troncos detrás de ella. Sin darse cuenta del todo de lo que hacía, agarró un tronco con la mano y se puso en pie.

El hombre había levantado la daga y estaba a punto de hacerla caer de nuevo sobre Mikhail cuando Lena, haciendo acopio de todas sus fuerzas, le lanzó el tronco a la cabeza. El tronco rebotó en el cráneo del intruso, haciéndole retroceder dos pasos. Con el esfuerzo, Lena se estrelló contra el suelo.

En ese momento, Jedrick entró bramando por la puerta. Sosteniendo su espada, envió al aturdido hombre volando contra la pared con el dorso de su puño. El hombre se estrelló pesadamente contra la piedra, agarrando aún su cuchillo. Con un gruñido de rabia, se abalanzó hacia delante, pero Jedrick desenvainó rápidamente su espada, cortándole limpiamente de un solo tajo.

El hombre vaciló, agarrándose el estómago, se tambaleó y luego se desplomó a los pies de Lena. Extendiendo una mano ensangrentada, agarró la parte inferior de su túnica.

—Morirás por tu traición, —dijo con voz estrangulada antes de emitir un gorgoteo y callarse. Lena observó con fascinado horror cómo su mano inerte se deslizaba de su ropa.

Jedrick envainó su espada y se agachó para arrancar la máscara del rostro del muerto. Lena lo reconoció inmediatamente como uno de los vasallos de Anatol.

Se apretó las manos con fuerza en el regazo, pensando que podría estar enferma. La mano del muerto aún parecía alcanzarla, amenazando con arrastrarla más cerca de él, y del olor a muerte que lentamente empezaba a impregnar la habitación.

Un grito estremecedor atravesó la torre. Jedrick levantó bruscamente la cabeza y vio a Lena gritando, mirando aterrorizada al hombre muerto. Rápidamente, se arrodilló frente a ella, impidiéndole ver al hombre.

—Calla, Lena, —le dijo tranquilizadoramente—. Ya ha pasado todo. Estoy aquí y estás a

salvo.

Ella dejó de gritar y empezó a sollozar en cuanto estuvo en sus brazos. Él le acarició suavemente el pelo hasta que su temblor se calmó. Con un solo movimiento, la estrechó entre sus brazos y se puso en pie.

—Reúne a mis oficiales, —dijo enérgicamente a Mikhail mientras la sala empezaba a llenarse de sus hombres—. Y que alguien te mire el hombro.

—Estoy bien, —protestó Mikhail, pero su rostro estaba tan blanco como una hoja virgen de pergamino.

Jedrick le dirigió una mirada larga y dura.

—No desobedezcas mis órdenes, Mikhail.

Mikhail miró la expresión inflexible en el rostro de su hermano y asintió a regañadientes. Satisfecho con su respuesta, Jedrick se volvió para marcharse con su fardo humano.

—Espera, Jedrick, —dijo Mikhail en voz baja, y su hermano se detuvo en el umbral de la puerta—. Antes de irme, hay algo que quiero decirte.

Jedrick negó bruscamente con la cabeza.

—Podemos hablar más tarde.

—No, ahora, —dijo Mikhail con firmeza, avanzando valientemente.

Jedrick miró sorprendido a su hermano menor. Dos veces en una noche Mikhail había desafiado sus órdenes. No recordaba que Mikhail lo hubiera hecho antes y se preguntó irónicamente si la mujer que sostenía en brazos tendría algo que ver con la repentina desobediencia de su hermano.

Sus sospechas se confirmaron cuando Mikhail miró fijamente durante un largo momento a Lena. Lentamente, Jedrick siguió los ojos de su hermano y dejó que su mirada se posara ligeramente en el rostro de Lena. Ella se había desmayado, pero incluso en la inconsciencia, seguía agarrada a sus brazos con miedo.

—Ella me salvó la vida... dos veces, —dijo Mikhail en voz baja—. Pensé que deberías saberlo.

Lentamente, Jedrick levantó la cabeza y suspiró resignado.

—Muy bien, Mikhail. Cuéntame lo que pasó—

Mikhail le dio una escueta explicación de los hechos. Cuando terminó, Jedrick se pasó una mano por el pelo.

—Fue una maldita tontería por su parte poner su vida en semejante riesgo. ¿En qué demonios estaba pensando?

Mikhail negó con la cabeza, haciendo una leve mueca de dolor al mover el brazo.

—No lo sé. Esperaba que tú pudieras decírmelo.

El ceño de Jedrick se frunció.

—La mujer es un misterio para mí. Pero podemos hablar más de esto más tarde. Quiero que te curen ese brazo de una vez.

Mikhail empezó a protestar pero vio la mirada sombría de su hermano y sabiamente no ofreció más argumentos. Suspirando, salió de la habitación, acunando cuidadosamente su brazo herido.

En cuanto Mikhail hubo partido, Jedrick ladró una orden para que uno de sus hombres le siguiera a sus aposentos. Una vez en su aposento, depositó suavemente a Lena sobre la cama. Había sangre en su vestido, así que se la quitó y la tiró al suelo. Con ternura, le apartó el pelo de la frente, sacudiendo la cabeza.

—Valiente tonta, —susurró suavemente—. ¿Qué voy a hacer contigo? —Lentamente, se volvió hacia el hombre que permanecía atento ante su puerta.

—Encárgate de que atiendan a la mujer tan pronto como Mikhail esté vendado, —ordenó al hombre—. Y que alguien le prepare otra habitación. Ya no se quedará en la torre.

El hombre asintió bruscamente, y Jedrick se dirigió por el pasillo hacia la biblioteca, donde sus oficiales de confianza estaban reunidos, esperando.

Los hombres saltaron a la atención cuando él entró en la sala.

—Informen, —dijo Jedrick con brusquedad, atravesando la sala a grandes zancadas para colocarse detrás de su escritorio.

Alexander Walczynski, el corpulento capitán de campo de Jedrick, se levantó y dio un paso al frente.

—Parece que el hombre de Czarnowski vino solo. Se acercó al castillo desde el oeste, matando a dos de nuestros hombres en el perímetro exterior.

Los ojos de Jedrick se endurecieron.

—¿Cómo consiguió entrar en el castillo?

—Por el sótano, —dijo Alexander, frunciendo el ceño mientras se acariciaba su espeso y poblado bigote—. Mató al guardia apostado allí.

Jedrick frunció el ceño y se sentó, sumido en sus pensamientos.

—No tiene sentido. No es imposible que un solo hombre penetre las defensas de un castillo preparado para un ataque a gran escala. Pero nunca habría escapado con la mujer. Ella habría sido una carga demasiado pesada.

El estratega de batalla de Jedrick, Marek Kaczynski, asintió con la cabeza.

—Fue un intento absurdo. Nunca hubo ninguna posibilidad de éxito.

Jedrick se frotó la nuca con cansancio.

—No puedo creer que Czarnowski fuera tan insensato. Debe haber algún elemento que estemos pasando por alto.

Los hombres se miraron, negando con la cabeza. De repente, los ojos de Marek se oscurecieron.

—Supongamos que esperaba tener ayuda para sacarla de aquí.

Alexander levantó la cabeza bruscamente.

—¿Qué tipo de ayuda?

Marek se acercó y se puso justo delante de Jedrick.

—Ayuda de dentro del castillo.

—Qué absurdo. —Alexander soltó una carcajada—. ¿Un traidor entre nosotros?

Jedrick se puso de pie lentamente y juntó las manos a la espalda. Tras varios momentos de silencio, habló.

—Quizá fuera una prueba, —dijo pensativo.

—¿Una prueba? —Staszek Buczkowski, el más joven de los oficiales de Jedrick, habló por primera vez—. ¿De qué? ¿De nuestras defensas? interrumpió Alexander

—No tiene sentido. Si sólo quería poner a prueba nuestras defensas, ¿por qué molestarse con la chica? ¿Por qué no entrar y salir con la información, si es eso lo que vino a buscar?

—Quizá no sea esa la información que vino a buscar, —dijo Jedrick en voz baja.

Todos los ojos se volvieron sorprendidos hacia su comandante.

—¿Y si Anatol deseaba poner a prueba a la chica? —Explicó Jedrick, extendiendo las manos—. Para ver si ella se resistiría a sus intentos de rescate.

Marek frunció el ceño, su cara larga y delgada mostraba incredulidad.

—Eso es una locura. ¿Por qué querría la mujer de Anatol resistirse a su intento de rescate?

—Ella no sentía ningún cariño por Anatol Czarnowski, —respondió Jedrick—. Y no es su esposa... al menos no todavía.

Alexander dejó escapar un silbido bajo.

—¿Estás diciendo, Jedrick, que la chica vio con buenos ojos el secuestro?

Jedrick sonrió secamente.

—No exactamente. Ya intentó escapar una vez, pero no con la intención de volver con Anatol Czarnowski.

Staszek sacudió su oscura cabeza, desconcertado.

—Sigo sin entenderlo. Si Czarnowski sospechaba que la chica podría resistirse, entonces también sabía que estaba enviando a su propio hombre a una misión casi imposible.

El rostro de Jedrick adquirió un tinte peligroso.

—Tal vez. Pero tenía que estar seguro de dónde estaba la lealtad de la chica. Ahora lo sabrá con certeza.

En ese momento, Mikhail entró en la habitación sin camisa, con un vendaje blanco enrollado en el brazo y el hombro. Los hombres le saludaron con la cabeza.

Alexander pensó un momento y luego se inclinó hacia delante sobre el escritorio, con el bigote crispado.

—Pero tu teoría significa que alguien tiene que llevarle el conocimiento de su reacción. Czarnowski tenía que contar con eso.

Jedrick asintió.

—Sí, y por eso creo que Marek tiene razón. Hay un traidor entre nosotros. ¿Cómo si no iba

a saber exactamente dónde la tenían?

Hubo un silencio atónito antes de que Staszek hiciera caer su mano sobre el escritorio.

—Ese bastardo. Si descubro quién es, lo mataré con mis propias manos.

La voz de Jedrick era cortante y fría.

—Esa información no saldrá de esta habitación, y es una orden. No permitiré una caza de brujas entre mis filas.

—Pero señor, —empezó Staszek; luego se detuvo al ver la fría expresión en el rostro de su comandante.

—Hay una razón para esa orden, Staszek, —dijo Jedrick en voz baja pero con firmeza—. Nuestro regimiento ha sido convocado para guerra. Partimos dentro de tres días. Las órdenes vinieron directamente del rey.

Hubo un jadeo concertado en la sala.

—¿Guerra? —jadeó Mikhail—. ¿Entonces los rumores de que el rey de Suecia planea invadir Polonia son ciertos?

Jedrick se pasó la mano por su espesa cabellera, las líneas alrededor de sus ojos se hicieron más profundas.

—Sí, Mikhail, son ciertos.

—Pero el tratado de Sztumska Wies... —Staszek protestó débilmente, su rostro se volvió gris—. ¿Por qué lo romperían los suecos?

—La costa del Báltico es vulnerable a los ataques y los suecos lo saben, —respondió Jedrick en voz baja—. Polonia es débil y lucha en dos frentes. Además, Yan Casimiro puede haber provocado esta situación al soñar abiertamente con ascender algún día al trono en Suecia y quizás unir las dos tierras.

Mikhail se burló de la idea.

—Los suecos son protestantes. Nosotros somos una nación católica. ¿Cómo podría ser posible tal unión?

Jedrick suspiró profundamente.

—No es posible, Mikhail. Sin embargo, es el destino de los reyes soñar y el de sus súbditos lidiar con esos sueños. Marek tiene, por desgracia, razón.

—¿Podemos detener a sus ejércitos? —La pregunta procedía de Alexander, que volvía a acariciarse el bigote pensativamente.

Marek sacudió la cabeza dubitativo.

—Esto no podría llegar en peor momento para Polonia. Estratégicamente, nunca podremos defendernos de tres agresores a la vez, y mucho menos de un ejército tan curtido como el de los suecos.

Jedrick frunció profundamente el ceño ante las palabras de Marek.

—Polonia nunca ha capitulado sin luchar. No lo olvidemos.

Marek se enderezó inmediatamente ante las palabras de Jedrick y asintió con firmeza.

—Por supuesto que no, señor.

Jedrick se hundió en una silla.

—Sin embargo, eso sigue sin zanjar el asunto de la chica. Sólo puedo suponer que Anatol Czarnowski ha recibido órdenes similares para movilizar a sus hombres. A menos que actúe en los próximos tres días para recapturar a ella, tendrá que permanecer bajo nuestra protección, pero sin nuestra presencia.

—¿Dejarás atrás un contingente para protegerla? —preguntó Mikhail.

—Sí, para defenderla a ella y a la finca. Aunque eso complica mucho las cosas.

—No tenemos ni idea de lo que Czarnowski hará a continuación, —dijo Marek—. Lo único que sabemos con certeza es que no actuará con honor.

Mikhail maldijo en voz baja y se sentó pesadamente en una silla cercana. Un silencio se apoderó de la sala.

—¿Informo a los hombres de que nos movilizaremos dentro de tres días? —preguntó finalmente Alexander.

Jedrick asintió.

—Sí; díselo. Y elije un regimiento para que se queden. Tendremos que replantearnos nuestra estrategia para proteger a la chica en nuestra ausencia.

Alexander asintió bruscamente y salió de la habitación, seguido de cerca por los demás.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Mikhail se puso en pie y se acercó a su hermano.

—¿De verdad crees que hay un traidor entre nosotros?

Jedrick se pasó los dedos por el pelo.

—Sí, aunque me apena pensarlo. Hay más de sesenta habitaciones en este castillo. Que el hombre de Anatol fuera capaz de penetrar nuestras defensas con tanta exactitud y llegar directamente a la torre donde ella estaba retenida es demasiada coincidencia.

Mikhail comenzó a pasear por la habitación.

—Estoy de acuerdo. Pero que Dios me ayude, Jedrick, aún no puedo creer lo que hizo. Ella se puso entre yo y ese cuchillo dos veces. ¿Por qué me ayudó? Nosotros la secuestramos, por el amor de Dios. Ella no significa nada para nosotros. La odio porque pertenece a Anatol Czarnowski.

Jedrick suspiró.

—Tú no la odias, Mikhail, y yo tampoco.

Mikhail frunció el ceño; luego se paseó por la habitación durante un minuto antes de detenerse ante su hermano.

—De acuerdo; no la odio. Pero ¿por qué gritó pidiendo ayuda? Podría haberse ido con él tranquilamente.

—Creo que ella preferiría morir antes que casarse con Anatol Czarnowski.

Mikhail miró a su hermano con asombro.

—¿De verdad no le es leal?

Jedrick negó con la cabeza.

—No, que yo sepa.

Mikhail silbó suavemente.

—Entonces me he comportado vergonzosamente. No tiene más culpa de la que tuvo Danuta.

—Sí, Mikhail, creo que es cierto.

—Entonces, ¿qué debemos hacer, hermano?

—Debemos partir hacia la guerra dentro de tres días. Si no podemos forzar un enfrentamiento con Anatol Czarnowski para entonces, tendremos que dejarla aquí, bajo vigilancia. Creo que es seguro suponer que Anatol también será llamado desde Varsovia. Sin embargo, estoy seguro de que dará instrucciones a los hombres que deje atrás para que sigan intentando llevársela. Ella corre un gran peligro ahora que ha resistido su intento de liberarla.

—¿Y el traidor? —preguntó Mikhail.

Jedrick exhaló.

—Poco podemos hacer al respecto ahora. Su protección seguirá siendo una prioridad. Asignaré a Boguslaw Dobrowolski para que la vigile.

Mikhail enarcó una ceja.

—¿El gigante?

Jedrick sonrió ante el apodo.

—No hay hombre en quien confíe más, fuera de mis oficiales. Él se encargará de que no le pase nada.

Mikhail asintió, tocándose con cautela el hombro vendado.

—Supongo que tienes razón.

Jedrick se frotó la nuca.

—Por desgracia, nuestros planes para Anatol Czarnowski tendrán que esperar por el momento. Debemos fijarnos en la batalla que se avecina. Me temo que la lucha será encarnizada.

—¿Y si nos encontramos con Anatol durante la batalla?

—Ambos somos polacos y luchamos contra un invasor extranjero. No levantaré mi espada contra él a menos que él me amenace primero..

Mikhail inhaló profundamente y cerró los ojos.

—Aun así, tendremos que cuidarnos las espaldas.

El rostro de Jedrick se endureció.

—No te preocupes por Anatol Czar-nowski, Mikhail. Tendremos nuestra venganza, te lo prometo.

Mikhail asintió lentamente mientras se dirigía a la ventana y abría los postigos. Aunque estaba a punto de amanecer, no había luz. El cielo estaba negro de nubes y a lo lejos se oía un

leve retumbar de truenos.

—Parece que nos espera algo de lluvia, —dijo Mikhail en voz baja.

Jedrick asintió con la cabeza, aunque ni siquiera había mirado por la ventana.

—Sí, Mikhail. Se avecina una fuerte tormenta.

Capítulo 9

Lena volvió lentamente a la consciencia. Sintió una suave almohada bajo su cabeza y se acurrucó más contra ella antes de sentarse bruscamente erguida en la cama. Los acontecimientos de la noche volvieron a ella precipitadamente, y miró a su alrededor alocadamente, intentando orientarse.

Estaba sola en una habitación grande; la habitación de un hombre, para estar seguros. Era una cámara austera con una sola ventana, una amplia cama con una funda acolchada en la que ahora estaba sentada, y un pequeño arcón de madera apoyado contra los pies de la cama. Una silla de gran tamaño estaba colocada cerca del hogar, y Lena se sonrojó al ver un par de calzones descuidadamente colgados sobre ella. No había cuadros en las paredes, ni alfombras, ni siquiera un espejo.

Rápidamente, se deslizó fuera de la cama, pasándose distraídamente los dedos por el pelo enmarañado. No recordaba nada después de que el intruso cayera muerto a sus pies, agarrando su vestido con su mano ensangrentada.

Mirando hacia abajo, vio que sólo estaba vestida con su bata de dormir. ¿Dónde estaba su vestido?

El calor subió a sus mejillas cuando la vio en el suelo, empujada parcialmente bajo la cama. Dios del cielo, ¿quién la había desvestido? Se llevó las manos a las mejillas, repentinamente segura de conocer la respuesta.

Suspirando, se puso de puntillas hacia la puerta y la abrió una rendija. Jadeó cuando un hombre, que había estado de pie contra ella, cayó en la habitación.

Asombrados, ella y el hombre se quedaron boquiabiertos hasta que él empezó a reírse.

—No se sorprenda tanto, milady; sólo la estaba vigilando.

—¿Custodiándome? —preguntó ella de repente, sintiéndose desfallecer—. ¿Entonces sigo siendo una prisionera?

El guardia alargó una mano para sujetarla cuando de repente salió volando por la habitación.

—No vuelvas a tocarla, —rugió Jedrick.

Lena se quedó estupefacta ante la repentina llegada de Jedrick y su extraño comportamiento. Al ver la expresión aterrorizada en la cara del guardia, se volvió para mirarle directamente.

—Por el amor de Dios, —dijo exasperada—, sólo intentaba ayudarte.

—Sal, —ordenó al guardia—. Y cierra la puerta detrás de ti.

Lena jadeó atónita.

—¡Cómo te atreves a ordenarle que nos deje a solas en esta alcoba! —Su rostro se sonrojó sólo de pensarlo—. No te muevas de esta habitación, —ordenó al guardia con tal autoridad que el hombre se detuvo en seco.

Jedrick dirigió al guardia una mirada dura; el hombre huyó de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Jedrick se acercó a ella, con la mirada fría e inquebrantable.

—No vuelvas a contravenir una de mis órdenes, —le dijo en voz baja.

Ella levantó la barbilla y le miró desafiante.

—Soy tu prisionera, no uno de tus soldados. No tengo por qué obedecer tus órdenes.

—En eso te equivocas, Lena. —Habló en voz baja, pero ella sintió el peligro bajo sus palabras. Se encontró con su gélida mirada, pero decidió que no sería prudente insistir.

—Lo que tú digas, —comentó sin mucha convicción, apartándose de él.

Jedrick alargó la mano y la cogió, tirando firmemente de ella hacia él. Inmediatamente, Lena sintió que su corazón empezaba a acelerarse. Contuvo la respiración, preguntándose qué haría él a continuación, pero él la condujo hasta la silla y le hizo un gesto para que se sentara. Ella se sentó obedientemente, preguntándose por qué se sentía tan decepcionada.

Despreocupado, Jedrick se apoyó en la repisa de la chimenea, con la mano apoyada en la cadera. Sus ojos viajaron hasta su costado, donde vio la daga clavada en su cinturón.

Desconcertada, levantó la vista hacia él. La expresión de su rostro indicaba que había visto la reacción de ella ante su arma.

—¿Eres capaz de utilizar una daga tan bien como una espada? —preguntó lentamente, sacando el cuchillo de su cinturón.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, puedo.

Bruscamente, blandió la hoja hacia sí y sostuvo el mango hacia ella.

—Entonces cógela —dijo en voz baja.

Ella le miró asombrada.

—¿Qué? —susurró.

—Cógela.

Vacilante, alargó la mano y cogió la daga de su mano.

—¿Por qué me das esto?

Él le puso las manos sobre los hombros y ella sintió que una descarga recorría su cuerpo ante la calidez de su tacto.

—¿Has matado alguna vez a un hombre? —le preguntó en voz baja.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No, por supuesto que no.

Sus ojos eran oscuros, su expresión ilegible.

—El primer asesinato siempre se queda contigo.

Ella sintió que se le revolvía el estómago y apartó la mirada.

—P... por favor. No deseo seguir discutiendo esto.

Él se agachó y le quitó la daga de la mano.

—Entonces, ¿por qué te entrenaste con dagas y espadas? No son juguetes, sino herramientas. Si sacas una, más vale que estés preparada para usarla.

Bajó la mirada hacia sus manos temblorosas y las apretó con fuerza en su regazo.

—Aprendí para protegerme.

Jedrick la agarró de la barbilla, obligándola a mirarle.

—¿Y si tuvieras que luchar hasta la muerte para proteger tu propia vida? ¿Podrías hacerlo?

Ella se mordió el labio inferior.

—No lo sé.

Él le soltó la barbilla.

—Bueno, será mejor que lo pienses. Después de tu lucha de esta noche tu vida corre un peligro aún mayor.

—Lo sé, —susurró ella.

Jedrick suspiró y se pasó los dedos por el pelo.

—Llevarás la daga contigo en todo momento. Y si la desenvainas, la usarás. ¿Me entiendes?

Ella sacudió ligeramente la cabeza.

—No, no te entiendo en absoluto.

—Te permito que te protejas, Lena, —dijo él rotundamente.

—Pero tú me protegerás, ¿no es así? —Sus mejillas se tiñeron de carmesí en cuanto las palabras salieron de su boca.

Cruzó sus gruesos brazos.

—Me marchó de Varsovia.

Ella levantó la vista consternada.

—¿De verdad?

—Desgraciadamente. Polonia entrará en guerra con Suecia, y he sido convocado a la ciudad de Pila.

Ella se puso en pie, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Suecia? Dios del cielo, Polonia estará en guerra en tres frentes. Será imposible.

—Nada es imposible, Lena.

—¿Y Anatol? —Ella casi tenía miedo de preguntar.

—Él también será llamado a filas. Pero eso no le impedirá intentar recuperarte.

Ella asintió.

—Sí, no lo hará. —Permaneció en silencio durante un largo momento—. ¿Cómo está Mikhail? —preguntó finalmente con timidez.

Jedrick exhaló profundamente.

—Malditamente confundido sobre por qué lo salvaste. Pero agradecido... al igual que yo.

Ella bajó los ojos.

—Él habría muerto intentando salvarme. No quería ser responsable de su muerte.

Jedrick no podía creer lo que oía.

—¿Tú responsable de su muerte? Por Dios, Lena, ¿has olvidado que te secuestramos? Si es responsabilidad de alguien, es nuestra.

—Ya te lo he dicho, puedo cuidar de mí misma —desafió ella, pero para su horror su labio inferior empezó a temblar y se le formaron lágrimas en las comisuras de los ojos. Lena deseó con todas sus fuerzas que no cayeran. No dejaré que me vea débil y vulnerable. Por favor, Dios, por favor, no dejes que me vea llorar.

A pesar de su súplica, una lágrima rodó por su mejilla. Jedrick la miró sorprendido y luego alargó la mano para apartar la siguiente con el pulgar.

Diablos, se había olvidado de lo frágil y sola que estaba realmente. Nunca dejaba de desafiarle, y eso le hacía olvidar que seguía siendo una joven en una tierra extranjera que había sido arrastrada contra su voluntad al centro de una peligrosa y mortal contienda.

Se frotó la nuca con frustración. Aún así... una conversación con ella y se sentía como si hubiera luchado él solo contra todo un regimiento de cosacos.

Y había perdido.

Jedrick la atrajo hacia él, apretando firmemente su cabeza contra su pecho. —

No llores, Lena, —le dijo suavemente—. Todo saldrá bien. Te prometo que no dejaré que te pase nada.

Jedrick acarició su sedoso cabello, asombrado de que las palabras hubieran salido de sus labios. ¿Qué le había pasado para hacerle semejante promesa? Estaba claro que era la mujer más testaruda, franca y obstinada que había conocido.

Y es mi cautiva, se recordó a sí mismo. Sin embargo, que Dios le ayudara, la responsabilidad no era todo lo que sentía por esta mujer. La deseaba. Muchísimo.

Lena levantó su rostro bañado en lágrimas de su pecho.

—¿Por qué dices esas cosas? No te importa lo que me pase. Soy tu prisionera, un peón en tu venganza.

—Sí me importa, —susurró él con fiereza—. Y lo maldigo.

Lena cerró los ojos y volvió a apoyar la cabeza en su pecho. Los latidos de su corazón retumbaban a través de su camisa de algodón y, de algún modo, eso la reconfortó. Deseaba tanto creer sus palabras; que por una vez en su vida a alguien le importara por ella y la protegiera...

permitiéndole bajar los muros que había construido en torno a sí misma y a sus emociones.

Son palabras dichas con culpa, Lena Wright. No olvides ni por un momento que eres su cautiva y que sólo te necesita para una cosa: para que le traigas a Anatol Czarnowski. Se estremeció interiormente al pensarlo, preguntándose por qué la verdad dolía tanto.

—Lo siento, Lena, —dijo Jedrick en voz baja—. Es muy desafortunado que las cosas sean como son. Tal vez si las circunstancias fueran diferentes... —Dejó que la frase se le escapara, sin estar seguro de lo que quería decir. Por la sangre de Cristo, ni siquiera quería considerar el resto de ese pensamiento.

Otra lágrima resbaló del ojo de Lena. Si las cosas hubieran sido diferentes, nunca me habrías conocido, Jedrick Tarnowski. Y quién sabe, quizá las cosas habrían sido diferentes. Pero nunca lo sabremos, ¿verdad?

Lena se apartó de él, secándose las mejillas.

—Lo siento. No sé qué me pasó, —dijo con evidente vergüenza.

Jedrick la soltó de mala gana. Se sentía tan bien en sus brazos. Trazó una línea desde su mejilla hasta sus labios con el dedo.

Sus preciosos ojos se encontraron con los de él y brillaron. Nunca había visto unos ojos tan extraordinarios: tonos cambiantes de azul y verde que le hacían pensar en las infinitas brazas del océano. Brazas en las que un hombre podría ahogarse fácilmente.

—Ojos del color del mar, —murmuró en voz baja. Señor, era realmente una belleza. Su pelo rojo fuego caía a su alrededor en una nube de rizos. Por primera vez se dio cuenta de que sólo iba vestida con una fina bata de dormir. Pudo ver el suave contorno de su cuerpo a través del material transparente y se excitó de inmediato.

Por todos los demonios, quería besarla. Sabía lo bien que sabría, y la idea de que ella pudiera responderle de nuevo con un abandono tan inocente casi le hizo perder la cabeza.

Lena vio cómo su mirada se posaba en sus labios y se detenía allí. De repente se sintió sin aliento, recordando la cálida presión de su boca y las sensaciones de hormigueo que habían recorrido su cuerpo cuando él la besó.

De repente, Jedrick parpadeó y se apartó de ella, apretando las manos a los lados.

—No volveré a perder el control, —murmuró en voz baja.

—¿No lo harás? —preguntó Lena, incapaz de ocultar la decepción en su voz.

Él rió roncamente.

—No lo haré, aunque me tientes mucho.

Se miró las manos mientras él se acercaba a ella. Con cuidado, las abrió y colocó allí la daga, cerrando firmemente sus dedos sobre ella.

—Lena, Polonia es un lugar muy peligroso en estos momentos. Vamos a entrar en guerra con un pueblo muy feroz. No quiero que intentes algo tonto como tratar de escapar. ¿Me prometes que no lo intentarás?

Lena mantuvo la mirada baja y él se arrodilló a su lado.

—¿Lena?, —preguntó de nuevo, empujando su barbilla hacia arriba con la mano.

—De acuerdo. Lo prometo, —dijo ella en voz baja tras un largo silencio.

—Bien, —dijo él, sintiendo que algo de su ansiedad disminuía—. He asignado a uno de mis hombres de mayor confianza para que te proteja. Puede confiar en él implícitamente, y quiero que no recibas órdenes de nadie más que de él. ¿De acuerdo?

Ella asintió lentamente.

—De acuerdo.

Le tocó suavemente la mejilla.

—No dejaré que te pase nada malo, Lena. No volverás con Anatol Czarnowski. Tienes mi palabra. —Vio la expresión de alivio que cruzó su rostro y la miró fijamente durante un largo momento antes de ponerse en pie.

—Recuerda lo que te dije sobre esto, —dijo señalando la daga.

Lena abrió la mano y miró el arma. Lentamente, levantó la mirada para encontrarse con la de él. Él seguía observándola, con una extraña mezcla de deseo y arrepentimiento en los ojos. Ella no comprendía la emoción de su rostro, ni el repentino sentimiento de tristeza que la invadió cuando se dio cuenta de que se marchaba. Finalmente, se apartó de ella y caminó hacia la puerta.

—J... Jedrick, —dijo ella en voz baja cuando él se detuvo en el umbral. Él se volvió para mirarla, sus ojos interrogantes.

—Niech zyje * Polska, —susurró ella—. Larga vida a Polonia.

Sus ojos oscuros ardieron en los de ella.

—Niech zyje, —asintió él en voz baja.

Apartándose de ella, salió de la habitación, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí.

Capítulo 10

El viaje hacia el oeste hasta Pila fue largo y duro para Jedrick y sus hombres. Finalmente llegaron al campamento al anochecer del tercer día. Jedrick pensó que apenas podía llamarse campamento; la zona era un desorden de tiendas dispersas y hogueras desatendidas. Algunos de los hombres que no tenían refugio se limitaban a tumbarse en la hierba junto a hogueras encendidas.

No parecía haber centinelas y los únicos que les saludaban eran un grupo de hombres mal vestidos que bebían y discutían a gritos. Jedrick y sus oficiales fruncieron el ceño ante la falta de orden o disciplina.

Eso cambiaría inmediatamente, pensó Jedrick para sí. El rey le había nombrado comandante en Pila y pensaba utilizar esa autoridad para convertir a esta banda de desarrapados en soldados. Cabalgó lentamente alrededor del campamento, saludando con la cabeza a los hombres que aún estaban despiertos.

Jedrick sabía que la tarea no sería fácil. La mayoría de los hombres eran reclutas campesinos, enviados a luchar por los nobles ricos que los poseían. También estaban presentes algunos de los propios nobles, que habían sido llamados personalmente por el rey. Habían traído consigo carros de suministros personales y un pequeño ejército de sirvientes para cumplir sus órdenes. Los otros miembros no tan ricos de la alta burguesía llegaron con un caballo y una sola arma. Los pobres vinieron con nada más que las camisas.

Al día siguiente, Jedrick reunió a todos los hombres en un gran claro. Era un cálido día de verano y el aire olía a hierba dulce y fresca y a flores. Rodeado de sus oficiales, Jedrick anunció que había recibido la orden de asumir el mando en Pila.

Levantando el pergamino del rey, invitó a los hombres a acercarse e inspeccionarlo. Aunque Jedrick sabía que muchos de los hombres no sabían leer, también sabía que la mayoría se conformaría con ver la prueba del sello del rey.

Murmullos recorrieron el grupo ante la proclamación de Jedrick, pero la curiosidad tiró de los hombres. Uno a uno se adelantaron para mirar el pergamino. Finalmente, cuando el último hombre hubo mirado las órdenes del rey a su satisfacción, los hombres se apiñaron nerviosos, mirando expectantes a su nuevo comandante.

Jedrick dejó que su mirada recorriera lentamente el grupo, un mechón de su oscuro cabello cayendo sobre su frente. Su voz resonó en el claro.

—Hay algunas reglas que deben establecerse inmediatamente. En primer lugar, el campamento debe estar vigilado a todas horas por al menos una docena de centinelas. No deseo que me maten mientras duermo. Estoy seguro de que ninguno de ustedes tiene ese deseo.

Algunas risitas nerviosas se extendieron por el grupo, pero la sabiduría de las palabras de

Jedrick caló hondo. Muchos se daban cuenta ahora de que había sido peligroso e insensato dejar el campamento indefenso y abierto a un ataque sorpresa. Con los suecos a sólo unas semanas de distancia, había sido un error nacido del descuido y la pereza.

—Segundo, —continuó Jedrick—, a cada hombre se le proporcionará un refugio o una tienda para dormir. Las construiremos nosotros mismos, aunque tengamos que utilizar trapos y pieles de animales. Los que tengan alojamientos más grandes se verán obligados a compartirlos. —Jedrick miró fijamente a varios nobles, que fruncieron el ceño ante su sugerencia pero no ofrecieron ninguna palabra de protesta.

—En tercer lugar, no habrá más bebida. Quiero que cada uno de ustedes sea agudo de ingenio, capaz de luchar al instante a mi orden. Si alguien es sorprendido con la bebida, será severamente castigado. Esta orden va para todos los hombres aquí presentes. Quiero que quede perfectamente claro.

Jedrick chasqueó bruscamente los dedos y Alexander, Staszek y Mikhail aparecieron a la vista, rodando varios barriles delante de ellos.

Un grito ahogado de horror salió de muchos de los nobles, y un caballero bastante corpulento se precipitó hacia delante, arrojándose sobre uno de los barriles.

—Dios mío, comandante, ¿no tiene sentido común? —le gritó a Jedrick—. Este es un vino francés caro. Me costó una fortuna. Por favor, como caballero, se lo suplico.

Jedrick hizo un gesto con la muñeca y Mikhail se adelantó, arrastrando al hombre del barril. Cuando todos estuvieron despejados, Alexander se alzó un mosquete al hombro y disparó un tiro a cada uno de los barriles.

Un fuerte grito de protesta surgió de los nobles, pero se silenció bruscamente cuando Alexander disparó otro tiro sobre sus cabezas. Atónitos, muchos de los nobles se llevaron las manos a la frente, horrorizados.

Jedrick resistió el impulso de sonreír ante su conmovida sensibilidad, aunque muchos de los campesinos no pudieron contener las risitas y los resoplidos de risa. Finalmente, Jedrick hizo un gesto con la mano para pedir silencio.

Plantando firmemente las manos en las caderas, encaró al grupo con calma.

—Muy bien, hombres. He establecido las reglas. Ahora sólo queda una cuestión por tratar. Como súbditos de este reino, debemos comprometernos a trabajar juntos para proteger a nuestro rey y a nuestro país. Quiero que cada uno de ustedes jure su obediencia y lealtad al rey... y a mí, vuestro oficial al mando. A cambio, me comprometo a no pedirlos nada más que aquello que sirva a la causa y a la defensa de nuestro reino.

Unos cuantos susurros y murmullos apagados recorrieron la multitud antes de que un muchacho campesino de cabeza clara diera un paso al frente, arrodillándose frente a Jedrick.

—Juro mi lealtad y obediencia, señor, —dijo tímidamente, extendiendo la mano para besar la empuñadura de la espada de Jedrick.

Durante mucho tiempo después, los hombres se arrodillaron ante él, jurándole lealtad. Sus propios oficiales también lo hicieron, y por fin llegaron los nobles, refunfuñando en voz baja pero sin dejar de pronunciar lealtad al rey y a la patria.

A medida que cada hombre se retiraba, el bosque circundante se llenaba de vida,

expectación y ruido. Cuando Jedrick se acercó a la multitud para estrechar las manos de los hombres, un fuerte vitoreo resonó entre los árboles, llenando el aire con los sonidos de la esperanza y el propósito.

Los días pasaron lentamente, pero finalmente la zona de las afueras de Pila empezó a parecerse a un campamento militar establecido. Los hombres seguían llegando a medida que la llamada a las armas del rey recorría el país. Artesanos, músicos, comerciantes y granjeros se presentaron en el campamento. Por desgracia para Jedrick, la mayoría de ellos nunca había empuñado una espada, y aún menos habían oído la pólvora.

Los nobles del campamento eran los peores con los que tratar. Protestando enérgicamente por lo duro que Jedrick les hacía trabajar, varios de ellos se negaban a salir de sus tiendas. El propio Jedrick entró en algunas tiendas, arrastrando a los hombres fuera por el pescuezo. Jedrick insistió en que todos los hombres hicieran exactamente la misma cantidad de entrenamiento en el campamento. Cuando los nobles vieron que Jedrick no daría marcha atrás empezaron a acatar las órdenes, aunque con disgusto. Poco a poco, empezó a formarse en todo el campamento un respeto a regañadientes por Jedrick y sus oficiales.

Jedrick instaló zonas de entrenamiento alrededor del campamento y comenzó a enseñar a los hombres a utilizar la espada y el arco. A algunos de los más experimentados aprendieron a manejar los pocos mosquetes y pequeños cañones que tenían a su disposición.

Los días de julio eran sofocantes; la mayor parte del entrenamiento pesado tuvo que hacerse a primera hora de la mañana y a última de la tarde, cuando el sol no calentaba tanto. Los ánimos estaban a menudo caldeados, especialmente entre los nobles, que seguían discutiendo y quejándose a gritos.

Tras una sesión especialmente agotadora, Jedrick reunió a los oficiales en su tienda. El sudor goteaba de la nariz de Alexander mientras hurgaba en su bolsillo, buscando un paño.

—Señor, ten piedad de nosotros. Ahí fuera hace más calor que el aliento de un cosaco moribundo, —dijo secándose la frente.

Jedrick se secó su propia frente con el dorso de la mano.

—El tiempo es el menor de nuestros problemas, caballeros. El entrenamiento va más lento de lo que esperaba.

Alexander resopló.

—¿Más lento? Nunca había visto un grupo de hombres tan desesperanzados. Apenas puedo encontrar a uno de ellos que sea lo bastante fuerte como para sostener una espada ancha durante más de unos instantes. La mayoría de los nobles se pelean como un puñado de mujeres.

Mikhail se dejó caer al suelo, frustrado.

—La mayoría de nuestras tropas experimentadas siguen en Ucrania o en la frontera rusa. Pero al menos el rey desvió algunas de nuestras tropas para defender el ducado de Lituania en caso de que los suecos ataquen en dos frentes.

—Mi preocupación por el momento es el frente occidental al que hemos sido asignados, —dijo Jedrick secamente—. Necesito algunas ideas de cómo convertir este campamento en un grupo de soldados bien entrenados.

Marek tomó un trago de agua de una cantimplora de madera.

—No creo que pueda hacerse. Además, técnicamente hablando, no vamos a poder mantener a raya a las fuerzas suecas durante mucho tiempo. Al menos no aquí en Pila.

Jedrick se encogió de hombros.

—Mantenerlos a raya para siempre no es nuestro objetivo. Simplemente necesitamos dar tiempo a las fuerzas polacas para que se preparen para la defensa de Varsovia. Ese es nuestro objetivo más importante.

Alexander asintió enérgicamente.

—Estoy de acuerdo. Puede que no seamos capaces de superar en armamento a los suecos, pero al menos podemos darles una pequeña muestra de la hospitalidad polaca.

Marek resopló y Mikhail asintió con la cabeza.

—Supongo que podría añadir algunos ejercicios más a las sesiones de entrenamiento, —dijo Alexander, tirándose del bigote.

Mikhail se puso en pie de un salto, impaciente.

—Pues bien, pongámonos manos a la obra. Tanto hablar me pone nervioso. Al menos cuando estoy entrenando mi mente no está pensando en el número de tropas suecas que marchan hacia nosotros.

—Siéntate, Mikhail, —ordenó Jedrick—. Tengo algo más que quiero discutir con todos ustedes. He decidido solicitar un regimiento tártaro al rey.

Alexander jadeó.

—¿Un regimiento tártaro? Por Dios, Jedrick, son difíciles de manejar y poco proclives a seguir órdenes.

Jedrick asintió reconociendo la preocupación de Jedrick. Los tártaros eran feroces pueblos de habla turca, muy hábiles en el arte de la lucha. Los polacos habían tenido la suerte de disponer de muchos regimientos tártaros, aunque su lealtad al rey polaco no había resultado fácil. Los comandantes polacos tuvieron que prometerles riquezas y el derecho al botín arrebatado a las fuerzas enemigas.

—Soy plenamente consciente de cómo luchan los tártaros, —dijo Jedrick secamente—. Creo que son exactamente lo que necesitamos.

Marek, que había estado escuchando en silencio el intercambio, se echó a reír de repente.

—Por Dios, es brillante, Jedrick. Los suecos se asustarán tanto al ver a los tártaros agitando sus espadas como locos y aullando a pleno pulmón, que seguro que nos dará algún elemento de sorpresa.

Jedrick se frotó la calva pensativamente.

—Seré el primero en admitir que los tártaros son muy buenos luchadores. Pero también son inquietantes y bastante impredecibles. ¿Vale realmente la pena?

Jedrick se enfrentó directamente a sus oficiales.

—Desgraciadamente, no veo otra alternativa. Dada nuestra situación actual, necesitamos la ventaja sorpresa que podría darnos un regimiento tártaro.

—¿Cuánto tardaría en llegar un regimiento tártaro? —dijo Alexander, frotándose su calva

cabeza.

—Una semana como mínimo, —respondió Marek—. Eso si el rey accede a la petición de Jedrick.

—Accederá, —dijo Jedrick con firmeza—. Necesita tiempo desesperadamente, y nosotros somos los únicos que podemos dárselo. Enviaré un mensajero al rey inmediatamente.

Los hombres asintieron y salieron de la tienda. En cuanto se hubieron marchado, Jedrick se sentó en un pequeño taburete de madera. Iba a ser un combate duro, probablemente la campaña más difícil de su vida. Tal y como estaban las cosas, les superaban claramente en número de hombres, armas y habilidades. Pero esto era suelo polaco, y él y sus hombres eran polacos. Por Dios, eso tenía que contar para algo.

Aun así, ¿saldría alguno de ellos vivo de esta? Por un instante, dejó que su mente se desviara hacia una rebelde belleza pelirroja que le había encendido la sangre con un beso. Por primera vez en su vida sintió el anhelo de algo más que ir de batalla en batalla.

Frunció el ceño. Maldita sea, no quería pensar en Lena, pero ella seguía apareciendo en su mente. Recordó cómo se sentían sus labios y el contorno de sus suaves curvas a través de su camisón transparente.

—Maldita sea, —murmuró en voz alta—. Nunca debí haberla besado.

Maldiciendo para sus adentros, se dirigió a la solapa abierta de su tienda, llamando en voz alta a un mensajero para que llevara su petición al rey.

Capítulo 11

Lena no tardó en hacerse amiga de su protector, Boguslaw Dobrowolski. Era un hombre gigantesco, de pelo castaño claro y ojos de un azul suave. Una cicatriz dentada que le iba desde el ojo izquierdo hasta el labio superior le daba un aspecto feroz, pero Lena no se sintió intimidada en absoluto por su rudo exterior. Al contrario, le recordaba mucho a Mike; franco y directo, pero con un corazón bueno y leal.

Boguslaw rara vez se separaba de ella, aunque sólo se aventuraba a salir de la casa una o dos veces al día para dar un paseo por el jardín. La finca seguía estando fuertemente vigilada, y la mayoría de los soldados no intentaban ocultar su vigilia. Por la noche, Boguslaw dormía en el suelo fuera de su habitación, mientras otro hombre montaba guardia en la puerta.

A medida que pasaban lentamente los días, y luego las semanas, Boguslaw y la muchacha habían llegado a conocerse bastante bien, y él estaba impresionado con lo que había descubierto sobre ella. Lena era inteligente, de ingenio rápido. Y también muy guapa, con su melena de precioso pelo rojo. Tenía un carácter despreocupado y nunca fue condescendiente, como muchas mujeres de su estatura y aspecto solían serlo con él. Su decepción inicial por haber sido elegido a dedo por Jedrick para cuidar a la chica hacía tiempo que se había desvanecido. Aunque echaba de menos estar en el fragor de la batalla, no podía decir con toda sinceridad que no estuviera disfrutando.

Una tarde, mientras estaban sentados tranquilamente en el salón, Lena bordando y Boguslaw sacando brillo a sus botas, oyeron de repente que llamaban a la puerta. Boguslaw se levantó rápidamente, desenvainó su espada y le indicó a ella que se colocara detrás de él.

—¿Quién es? —preguntó, acercándose a la puerta—. Soy yo, Tomek.

Boguslaw levantó el pestillo, reconociendo la voz como perteneciente a Tomek Niebudek, uno de los jóvenes vasallos de Jedrick.

Lena exhaló el aliento que había estado conteniendo cuando el joven entró en silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó Boguslaw, envainando su espada.

—Acaba de llegar un mensajero a la puerta—, informó rápidamente Tomek—. Dice que tiene un mensaje del parlamento polaco para quien se ocupe de la finca en ausencia de Jedrick Tarnowski.

—Dile que te lo entregue, —ordenó bruscamente Boguslaw.

—Lo hice, señor, pero se negó, diciendo que el mensaje sólo puede entregarse directamente al apoderado de Jedrick Tarnowski.

Boguslaw frunció el ceño.

—¿Cabalga solo?

Tomek asintió.

—Lo hace.

—¿Va armado?

—No.

Boguslaw pensó durante un largo momento.

—Entonces tráelo aquí.

Los ojos de Tomek se detuvieron en Lena.

—¿Y ella? ¿La llevo a otra habitación?

Boguslaw negó con la cabeza e hizo un gesto hacia la puerta.

—Tienes tus órdenes, Tomek. Déjame a la chica a mí.

Tomek asintió bruscamente y salió de la habitación. Boguslaw se frotó las manos, frunciendo el ceño.

—Puede que sea una trampa de algún tipo, milady. No obstante, no quiero perderla de vista.

Se acercó a una de las pesadas cortinas de terciopelo que colgaban de la ventana y la levantó.

—¿Sería tan amable de esperarme detrás de una de ellas?

Lena sonrió a pesar del latido nervioso de su corazón.

—Como desee, —dijo con calma, y Boguslaw sintió un ramalazo de admiración por la muchacha. No hubo histeria, ni cuestionamiento de su decisión; ella simplemente aceptó su juicio y actuó en consecuencia.

Lena se escabulló detrás de la cortina y se aplastó contra la pared. Boguslaw tiró y reacomodó la cortina hasta que tuvo la certeza de que ella no podía ser detectada. Luego esperó, con la mano apoyada ligeramente en su espada. Tomek condujo al mensajero a la habitación y salió, cerrando silenciosamente la puerta tras de sí.

—¿Es usted el apoderado que actúa en nombre del coronel Jedrick Tarnowski? —preguntó secamente el mensajero.

Boguslaw observó que el hombre vestía uniforme de soldado y llevaba una coraza polaca blanca y roja con un águila coronada.

—Así es, —respondió en voz baja—. ¿Qué es lo que requiere de mí?

—He sido enviado en misión especial por ciertos miembros del parlamento. Es mi deber informarle de una amnistía general que se concederá a las casas de aquellos nobles polacos que no resistan a las fuerzas de Su Majestad Carlos Gustavo, rey de Suecia. El parlamento está recopilando esos nombres. Discretamente, por supuesto.

Lena casi jadeó de asombro ante la declaración y apretó las manos. Pudo oír la sorpresa en la voz de Boguslaw y supo que debía de estar tan estupefacto como ella.

—¿Los miembros de nuestro parlamento hacen algo así? —preguntó Boguslaw, su voz sonaba estrangulada—. ¿Mientras el rey Casimiro sigue sentado en el castillo de Varsovia

planeando la defensa de nuestro país?

El joven soldado tuvo la delicadeza de sonrojarse, pero ignoró las punzantes palabras de Boguslaw.

—Algunos miembros del parlamento creen que ha llegado el momento de dar pasos prudentes y realistas hacia lo inevitable. Su Majestad el rey Carlos Gustavo les asegura que se preservarán los privilegios de la nobleza polaca y del clero. Para aquellos que acepten acogerlo no habrá impuestos nuevos ni aumentados, ni los ejércitos de Suecia se acuartelarán en sus tierras. He venido a pedirle, como apoderado designado del coronel Jedrick Tarnowski, que hable en su nombre sobre tal cuestión.

¿—Pasos hacia lo inevitable? —dijo Boguslaw incrédulo, y Lena pudo oír el peligroso trasfondo en su voz.

—Sí, señor, —respondió el soldado.

Un pesado silencio cayó sobre la habitación. Era tan silencioso que Lena estaba segura de que el mensajero podría oír su respiración acelerada desde detrás de la cortina.

—¿Señor? —preguntó vacilante el joven, cambiando nerviosamente su peso de un pie a otro—. ¿Me da su respuesta?

En las mejillas de Boguslaw aparecieron brillantes manchas rojas de ira.

—¿Lo inevitable? —espetó—. ¿Me hace esta pregunta mientras las fuerzas polacas aún se están reuniendo para luchar contra los suecos?

El joven volvió a sonrojarse.

—Técnicamente, sí. Pero es sólo cuestión de tiempo antes de que...

—Fuera, bastardo traidor, —gritó Boguslaw, dando un paso amenazador hacia el soldado—. No mereces llevar el águila polaca en tu coraza.

El joven retrocedió un paso cauteloso.

—Creo que debería reconsiderar sus duras palabras, señor. Después de todo, soy un mensajero del parlamento...

—Fuera, he dicho, —volvió a atronar Boguslaw, y Lena se estremeció al notar la ira en su voz.

Los hombros del soldado se pusieron rígidos.

—Entonces, ¿debo suponer que la hacienda Tarnowski no debe contarse entre los amigos de Su Majestad Carlos Gustavo?

Boguslaw respiró profunda y airadamente.

—No sé qué clase de nobles regateadores tenemos en nuestro parlamento que les llevaría a vender su país tan fácilmente, pero dígame a su preciado rey Gustavo que un verdadero polaco cree que nunca será bienvenido en una pulgada de este suelo. Conozco a Jedrick Tarnowski desde hace casi quince años y estoy seguro de que hablo por él cuando digo que Su Majestad el Rey Gustavo, y todos sus supuestos amigos, pueden irse al infierno.

El soldado se sintió claramente sorprendido por la vehemencia de las palabras de Boguslaw, pero se recompuso rápidamente.

—Tenga la seguridad de que su posición será claramente expuesta, señor, —dijo el joven, girando sobre sus talones y abandonando la habitación.

En cuanto se hubo ido, Lena levantó la cortina y se deslizó en la habitación. Boguslaw estaba de pie apoyado en la repisa de la chimenea, con la cabeza entre las manos. Ella se acercó detrás de él en silencio y le puso una mano suave en el hombro.

—Que Dios nos ayude, nuestro propio parlamento está abandonando al país, —gimió.

—El parlamento no es el pueblo, —dijo ella suavemente, y por un momento, Boguslaw sintió algo de esperanza y consuelo. Luego suspiró, frotándose las manos grandes y callosas.

—¿Pero cómo puede ser que nuestros propios nobles estén dispuestos a cometer traición simplemente para proteger sus propios intereses egoístas? ¿Es que nadie en este país tiene honor?

—No todos los nobles polacos son tan traicioneros, Boguslaw. —dijo Lena en voz baja—. Si lo que dices es cierto, entonces la familia Tarnowski puede contarse entre los polacos con honor. Estoy segura de que también hay más familias como ellos. Lucharán hasta el último hombre para proteger la tierra y el honor polacos.

Boguslaw inhaló profundamente.

—Tiene usted razón, milady. La familia Tarnowski es una de las que tienen honor. Pero, ¿es suficiente para proteger a Polonia de la codicia y la corrupción de su propio gobierno?

Lena negó con la cabeza en silencio, incapaz de responder a su pregunta. Suspirando, Boguslaw se frotó las sienes con cansancio.

—Necesito que alguien vaya a Pila inmediatamente —dijo, con voz pesada—. El coronel necesita saber, cuanto antes, lo que está ocurriendo en Varsovia.

Lena asintió, preguntándose, con no poca esperanza, si Jedrick seguía vivo y si volvería a verle o no.

Capítulo 12

Jedrick Tamowski estaba sentado a horcajadas sobre su corcel marrón oscuro, oteando el horizonte con su telescopio de campo. Vestido con una camisa de cota de malla, calzones de algodón y pesadas botas negras caladas hasta las rodillas, tenía calor, un hilillo de sudor resbalaba por su frente y se deslizaba lentamente por su cuello, desapareciendo en su túnica. Sería un día abrasador para luchar, pensó para sí.

Segundos después las tropas suecas aparecieron a la vista. Jedrick hizo una señal a sus hombres para que se mantuvieran a la espera, hasta que las primeras líneas del ejército contrario hubiesen entrado en el valle. El ánimo de Jedrick se ensombreció al ver las líneas bien organizadas marchar con precisión hacia el constante redoble de los tambores del regimiento. El sol brillaba en los cientos de corazas y picas relucientes.

Jedrick se volvió hacia su portaestandarte. "Espere mi orden", dijo secamente. El tiempo pareció arrastrarse hasta que Jedrick levantó su espada.

Espoleando a su caballo hacia delante, hizo descender la reluciente hoja.

—A las armas, —gritó mientras el portaestandarte agitaba la bandera sobre su cabeza para señalar la orden de avanzar. Una trompeta gritó mientras las banderas y estandartes polacos blancos y rojos se izaban en los regimientos. Los sables brillaron bajo el sol radiante mientras los soldados cargaban contra las tropas suecas.

Los aullidos de las fuerzas polacas que avanzaban desde todos los flancos eran ensordecedores. Los oficiales suecos intentaban gritar órdenes por encima del estruendo.

—¡Fuego! —gritó un coronel sueco, y un estruendoso eco llenó el valle.

Jedrick cargó contra el espeso humo, girando y acuchillando su sable tan rápido como un rayo. Sintió que una espada golpeaba su grueso chaleco de cota de malla y rebotaba. Rápidamente, giró en la silla de montar, acuchillando en la dirección del ataque. Su espada encontró su blanco y Jedrick oyó un aullido de dolor.

De nuevo, sonó el fuerte informe de los mosquetes y vio el aire espesarse con un denso humo negro. Haciendo girar a su caballo, Jedrick cabalgó hasta el borde del humo y se llevó un pequeño cuerno de madera a los labios. Sopló en él tres veces; entonces se agachó cuando una bala de mosquete pasó silbando junto a su cabeza.

Al levantar la vista, vio que dragones de tártaros atacaban los carros de suministros. Los hombres cargaron de frente, aplastados en las monturas, y sus gritos espeluznantes sembraron el terror en los corazones de los soldados suecos.

Jedrick sonrió con satisfacción. Los suecos se estaban dispersando en todas direcciones, exactamente como él había predicho. Reuniendo a algunos de sus oficiales a su alrededor,

Jedrick cargó de nuevo a la batalla, gritando ánimos a sus hombres. Luchó con una precisión fría y decidida, heladamente consciente de los tajos de las espadas y las estocadas de las lanzas.

Implacablemente, presionó a sus hombres hacia delante, introduciendo sus regimientos en las líneas suecas como una cuña. La lucha se volvió encarnizada, con las espadas plateadas brillando en un río interminable de espadas, mosquetes y caballos.

Hamid-Bey y sus camaradas tártaros lucharon valientemente mientras el sol abrasador del verano golpeaba incesantemente a los guerreros hasta que finalmente comenzó un lento descenso tras las colinas. Los tártaros se detuvieron durante una pausa en la batalla para beber un poco de agua y se dieron cuenta de que el valle estaba ahora bañado por un atardecer rojo sangre que surcaba el cielo y reflejaba la carnicería en el suelo. Metiendo su cantimplora en una funda de su cinturón, Hamid-Bey tiró con fuerza de las riendas de su montura y se dirigió hacia el joven coronel polaco.

Jedrick se enfrentaba a un oponente particularmente difícil cuando vio que Hamid-Bey se abría paso hacia él. Acuchilló con renovado vigor, su espada atravesó finalmente un agujero en la camisa de cota de malla de su oponente. Mientras el hombre caía, Jedrick guió su caballo hacia el tártaro.

—Uno de mis exploradores acaba de informar desde la frontera norte de Pomerania, —gritó Hamid-Bey por encima del tintineo de las espadas—. Hay más refuerzos suecos reuniéndose allí. Tendremos que retirarnos por la noche y reevaluar nuestra estrategia.

—Maldita sea—, maldijo Jedrick. Su plan había funcionado, y habían casi dividido la línea sueca. Hizo una mueca mientras miraba la luz que se desvanecía en el cielo. El comandante tártaro tenía razón; la oscuridad pronto estaría sobre ellos.

—Ordenaré a las tropas que retrocedan, —gritó Jedrick.

Enroscando bruscamente su caballo hacia la izquierda, se llevó el cuerno a los labios y emitió una larga nota. Los abanderados oyeron la llamada y comenzaron a agitar locamente su señal de retirada. Los regimientos de Jedrick comenzaron a retirarse, dirigiéndose lentamente hacia el campamento. Los soldados suecos también se retiraban y se reagrupaban, a la espera de sus refuerzos.

En cuanto se hubo dado cuenta de la mayoría de sus hombres, Jedrick ordenó que un pequeño destacamento regresara al campo de batalla para recoger al mayor número posible de heridos. Luego reunió a los oficiales en su tienda para una reunión.

—Informe, —dijo secamente a Staszek.

El joven se puso rígido en posición de firmes. —Uno de mis hombres acaba de regresar de Drahim, cerca de la frontera con Pomerania. Una enorme división de tropas suecas llegó allí anoche y ya estaba en marcha hacia Pila esta mañana. Son los mismos refuerzos que divisaron los exploradores de Hamid-Bey. El ejército lleva artillería pesada y cañones enormes, como nunca he visto antes—.

Jedrick se paseaba de un lado a otro de la tienda, con las manos fuertemente entrelazadas a la espalda. Nadie dijo una palabra y un pesado silencio se apoderó de ellos. Finalmente, Jedrick se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Si están sacando artillería pesada, significa que no podrán moverse con rapidez. Debemos centrar nuestro ataque en destruir esos cañones. —No tuvo que decir en voz alta el

pensamiento que estaba en la mente de todos.

Si uno solo de esos cañones atraviesa nuestras líneas, Varsovia será vulnerable al asedio y la destrucción. Podría ser el fin... de Polonia.

Los días siguientes en Pila estuvieron llenos de gritos de batalla que resonaban por todo el valle, el estruendo de los cascos de los caballos y los gritos y alaridos de hombres atormentados y triunfantes.

La defensa de Pila por el coronel Jedrick Tarnowski duró unos milagrosos siete días. Pero al amanecer del octavo día el ejército sueco rompió las líneas, dispersando a los valientes soldados polacos por todo el campo.

Pronto, las tropas suecas se pusieron en marcha hacia Varsovia.

Capítulo 13

Era casi medianoche cuando Boguslaw despertó a Lena de un sueño agitado.

—Deprisa, milady, —le dijo, instándola a vestirse—. Me han informado de que un destacamento de soldados suecos viene hacia aquí.

Durante días había habido informes intermitentes sobre los combates en los alrededores de Varsovia. La mayoría de las noticias eran sombrías; los enormes cañones de las fuerzas suecas estaban destruyendo sistemáticamente las defensas exteriores de la ciudad. Se había dicho que el rey Yan Casimiro ya había huido de Varsovia, presumiblemente a Cracovia, para pedir ayuda extranjera. Nadie había oído una palabra de Jedrick ni de ninguno de los hombres de su regimiento desde que el ejército sueco había roto las líneas en Pila.

Lena se levantó ansiosamente de la cama, agarrando una de sus vestidos. Para su sorpresa, Boguslaw le arrebató el vestido de las manos y le puso en los brazos una túnica y unos calzones negros.

—Ponte esto, —le ordenó.

Lena miró la ropa estupefacta.

—¿Qué? —susurró horrorizada.

Boguslaw se acercó a la puerta.

—Por favor, milady, haga lo que le digo. Es necesario.

Impaciente, se quedó fuera de su habitación, esperando a que ella se vistiera. Pasaron unos minutos antes de que Lena abriera la puerta. La túnica le caía hasta las rodillas y se había enrollado las perneras de los calzones en los tobillos. Se sujetaba la cintura de los pantalones con una mano.

Boguslaw estuvo a punto de reírse, parecía tan adorable. Luego, recordando su precaria situación, se puso sobrio, sacó un trozo de cuerda de su saco y se lo entregó.

—Átesela a la cintura, —ordenó.

Lena dobló la camisa y luego ató la cuerda alrededor de su cintura, asegurando los calzones y la camisa. Luego miró sus pies descalzos y arrugó la nariz cuando Boguslaw le entregó unas medias y un par de botas viejas de niño.

—¿Cómo iba a saber que me las ibas a dar? —dijo irónica, sentándose en el borde de la cama y tirando de ellas. Eran demasiado grandes para sus pies, se las quitó y le miró interrogante.

Boguslaw se tomó un momento para evaluar la situación. Luego, tirando de ella para ponerla en pie, le desató rápidamente la cuerda de la cintura y le cortó la parte inferior de la

camisa. Lena se agarró a los calzones para evitar que se le cayeran.

Boguslaw cogió la tela cortada y la metió en la puntera de las botas mientras Lena se volvía a atar rápidamente la cuerda a la cintura. Esta vez, cuando metió los pies en las botas, el ajuste era soportable. Luego le entregó un gorro grasiento y le dijo que se recogiera el pelo en él.

Lena arrugó la nariz ante el sucio gorro pero se lo colocó en la cabeza, metiéndose el pelo dentro como le había ordenado.

Boguslaw evaluó su aspecto. Podría pasar por un chico, aunque seguía siendo demasiado guapa y bien formada, pero tendría que bastar por el momento. Suspirando, alargó la mano y le bajó el gorro por la frente.

—Vamos, milady, debemos irnos, —dijo, guiándola por el pasillo.

—Espere, —pidió Lena, dándose la vuelta y corriendo hacia el dormitorio donde cogió la daga de su mesilla de noche. Arrancó un trozo de la ropa de cama y envolvió la daga en ella antes de colocarla con cuidado en su bota. El pesado peso del arma le resultó extrañamente tranquilizador—. Al menos no estaré completamente indefensa, —susurró para sí mientras se apresuraba a volver con Boguslaw.

Lena podía oír portazos, voces apagadas y los pies apresurados de los sirvientes mientras el castillo empezaba a cobrar vida. Agarrándola firmemente por el codo, Boguslaw la condujo hacia el jardín. Estaban casi en la puerta cuando dos mujeres pasaron corriendo junto a ellos, y una de ellas chocó contra el hombro derecho de Lena. Dándose la vuelta, Lena miró directamente a la cara de la joven sirvienta, Dorota. La chica no reconoció a Lena disfrazada de chico y simplemente murmuró una apresurada disculpa y siguió su camino.

—¿Adónde vamos? —susurró Lena con ansiedad mientras Boguslaw la dirigía hacia el jardín y hacia la muralla del castillo.

—Por encima del muro, —dijo, cogiendo una cuerda de escalada de la mochila que llevaba colgada al hombro. Con un rápido lanzamiento, la arrojó por encima del muro, tirando de la cuerda lentamente hasta que los ganchos metálicos se engancharon y sujetaron en la áspera superficie. Tiró de ella varias veces hasta que estuvo satisfecho de que estuviera bien sujeta.

—¿Nunca has oído hablar de una puerta? —preguntó Lena, riendo débilmente.

—No es seguro, milady. Venga, súbase a mi espalda, —le ordenó él, cogiendo con firmeza la cuerda entre sus manos.

Lena se quedó con la boca abierta.

—¿Q... qué? —preguntó asombrada.

El ruido procedente del exterior de los muros del castillo era cada vez más fuerte. Lena podía oír el choque de metales y el estruendo de cascos lejanos.

—Haga lo que le digo. Por favor, milady, —le instó Boguslaw, alargando su enorme mano para estrechar la de ella con fuerza—. Jedrick me ha confiado su vida. Nunca le haría daño.

Lena apretó la mano del gigante.

—Te creo, —aseguró en voz baja, y se subió a su espalda.

Con un fuerte gruñido, Boguslaw comenzó la tediosa escalada hasta lo alto de la muralla. Lena se aferró con fuerza a sus hombros, preguntándose a cada momento si la cuerda sería lo

bastante fuerte para sostenerlos.

Parecieron horas hasta que llegaron a lo alto de la pared. Lena respiró aliviada cuando Boguslaw reajustó el gancho. Su descenso por el otro lado fue rápido y fácil.

Fuera de la muralla del castillo, Boguslaw condujo apresuradamente a Lena al oscuro bosque. Ella tropezó varias veces en la oscuridad, pero Boguslaw la sostuvo, caminando con paso seguro. No tardaron en llegar a un claro y, a la tenue luz de la luna, Lena vio dos caballos. Cuando se acercaron a los animales, uno de los caballos emitió un relincho nervioso. Extendiendo la mano, Lena acarició tranquilamente el morro suave y aterciopelado.

—¿Montamos? —preguntó Lena en voz baja.

Oyó a Boguslaw gruñir una respuesta mientras intentaba sujetar su mochila a uno de los caballos. Debía de llevar días planeando su huida, pensó.

Lentamente, miró alrededor del claro, preguntándose a qué distancia del castillo se encontraban realmente. No demasiado lejos, decidió, a juzgar por los sonidos aún audibles de la batalla.

—Arriba, milady, —dijo Boguslaw, levantando de pronto a Lena del suelo y colocándola con un plop en la silla de montar. Su gorra se deslizó hasta su nariz e, impaciente, la echó hacia atrás. Boguslaw montó rápidamente en el caballo y luego volvió a mirarla con expresión preocupada.

—Sabe montar, ¿verdad?

Lena asintió.

—Sí, claro que sé.

Boguslaw suspiró aliviado.

—Bien, porque no estoy seguro de cuánto duraría una montura con dos de nosotros montándola. Manténgase cerca detrás de mí en el sendero. —Con un cloqueo bajo impulsó a su caballo hacia delante.

Lena lo siguió obedientemente, preguntándose de qué sendero hablaba. Todo lo que podía ver a la tenue luz de la luna era una espesa maleza nada parecido a un sendero de ningún tipo.

Afortunadamente, su montura no pensaba lo mismo; fue capaz de abrirse paso cuidadosamente a través del denso bosque. Lena se concentró en evitar las ramas afiladas y punzantes que le desgarraban la cara y la ropa.

Llevaban apenas diez minutos cabalgando cuando el bosque se llenó de un fuerte estruendo y del sonido de voces lejanas.

Murmurando una suave maldición, Boguslaw se bajó de su montura, agarrando rápidamente las riendas de ella.

—Bájese, —le instó, y ella se apresuró a obedecer sus órdenes. Rápidamente, condujo a los caballos detrás de un gran árbol cerca del borde de un claro y sujetó un paño alrededor de sus hocicos para mantenerlos quietos.

—Eres mi primo sordomudo, —le dijo Boguslaw acercando la boca a su oído—. Mantenga la cabeza gacha y no responda, no importa lo que le digan.

Lena asintió, con la boca repentinamente seca. Se colocó cerca de Boguslaw, con el corazón martilleándole con fuerza en el pecho. El gigante se inclinó de repente, recogiendo algo de tierra en sus manos. Antes de que Lena pudiera abrir la boca en señal de protesta, él le había untado una buena cantidad en la cara. Luego levantó la mano y le tapó la cara todo lo que pudo.

—Shh, —la instó de repente—. Ahí vienen.

Lena observó fascinada cómo varios soldados aparecían a la vista, atravesando pesadamente el bosque y adentrándose en el claro. Lena contuvo la respiración, esperando que los hombres pasaran a su lado en la oscuridad.

Uno de los caballos de carga de los soldados relinchó y se encabritó, captando el olor de los otros caballos, y Lena oyó a Boguslaw maldecir en voz baja de nuevo.

—¿Quién es? —Lena oyó una voz muy acentuada que gritaba en polaco. Un soldado sueco, sin duda, pensó.

Ni ella ni Boguslaw movieron un músculo, pero el caballo del hombre volvió a levantar las patas delanteras y el soldado se bajó de su montura con un juramento murmurado.

—Komma här, —gritó el hombre en sueco a sus compañeros. Alertados por su grito, varios soldados cabalgaron entre la maleza.

—¿Vad? —preguntó un soldado, que llevaba las marcas de un oficial.

—Algo o alguien está aquí. Mi caballo los huele.

El oficial desmontó lentamente.

—¿Quién está ahí? —gritó en polaco, haciendo un gesto con la mano para que sus hombres se desplegaran.

Lena sintió que Boguslaw se ponía rígido y, de repente, avanzó.

—No nos hagan daño; somos gente sencilla, —oyó decir al gigante en un dialecto rural polaco. Contempló horrorizada cómo Boguslaw avanzaba arrastrando los pies, con su alta figura desplomada y la cabeza gacha.

Los ojos del oficial sueco se entrecerraron con desprecio.

—Ah, es sólo un asqueroso campesino. ¿Cuántos más hay como tú?

Boguslaw mantuvo la mirada cuidadosamente apartada.

—Sólo mi primo, señor. Es un muchacho sordomudo. No vale mucho, salvo que saca bastante cuando pide limosna.

Dándose la vuelta, Boguslaw caminó hacia el árbol donde estaba Lena y tiró de ella por el brazo. Ella mantuvo la cabeza gacha y rezó para que el gorro le cubriera la cara.

El sueco soltó una risita y se acercó para inspeccionarla.

—Avskum, —murmuró en voz baja—. Escoria campesina polaca.

Lena sintió que su ira aumentaba pero mantuvo sus ojos estudiadamente fijos en la parte superior de sus botas. Pronto regresaron los otros soldados de su barrido de la zona.

—No hay otros, señor. Sólo dos monturas, —informó uno de ellos con crudeza—. Parece que dice la verdad.

El oficial asintió y miró a Lena pensativamente.

—Sordomudo, ¿verdad? —murmuró en voz baja. De repente, la agarró del brazo, sus dedos presionando profundamente en su carne. Cogida por sorpresa,

Lena estuvo a punto de gritar. Mordiéndose el labio inferior, luchó por reprimir un grito de agonía.

Por el rabillo del ojo, vio a Boguslaw tenso, su mano rondando peligrosamente cerca de la espada que había escondido bajo su ligera capa. Para entonces, habían llegado más soldados; eran cinco en total, contó. Estaba claro que disfrutaban viendo a su oficial atormentando al campesino. Si gritaba ahora, los soldados se les echarían encima sin dudarlo.

Cerrando los ojos, Lena reunió fuerzas para soportar el dolor. Cuando pensó que no aguantaría ni un momento más, el oficial la soltó de repente y dio un paso atrás.

—'Marchaos, parásitos despreciables', —dijo, con la voz llena de disgusto—. Y saber que vuestro nuevo rey es Su Majestad Carlos Gustavo Décimo.

Boguslaw se inclinó con lo que esperaba que fuera una humildad apropiada y se volvió para coger a Lena por el codo. Antes de que hubieran dado dos pasos, un caballo atravesó la maleza y se detuvo junto a Boguslaw. Al levantar la vista, Lena fue incapaz de controlar un grito de sorpresa al ver que se trataba de Tomek.

—Este hombre no es un campesino, —anunció Tomek a los soldados suecos, bajando de la silla de montar—. Es uno de los hombres de Jedrick Tarnowski. Y no este otro no un campesino. Apuesto un ducado de oro a que es la prometida de Lord Anatol Czarnowski, amigo del imperio sueco y la chica que estáis buscando.

Tomek alargó la mano y arrancó el gorro de la cabeza de Lena. Su melena rojo fuego se soltó y cayó en una masa enmarañada sobre sus hombros.

Hubo un grito ahogado de sorpresa por parte de los soldados. Tomek se frotó las manos, riendo alegremente ante la expresión de sus rostros. Ponerse del lado de Anatol Czarnowski y los suecos había sido la mejor decisión que había tomado nunca. Le había costado tan poco cambiar su lealtad, y le había hecho ganar una fortuna.

—Bastardo, —gruñó Boguslaw.

Tomek sonrió, encantado por la expresión de pura furia en el rostro de Boguslaw.

—Vamos hombre, aceptemos la derrota con elegancia.

Boguslaw escupió al suelo.

—Tú eras el traidor entre nosotros. Sabías desde el principio que intentaría escapar con la chica. Fuiste tú quien envió a estos soldados a buscarnos.

—Sí, muy cierto, pero nunca imaginé que vestirías a la chica como un muchacho. Fue una gran suerte que apareciera cuando lo hice. Muy astuto, Dobrowolski; sí, muy astuto en verdad.

—Asqueroso traidor, —siseó Boguslaw—. Traicionaste a tu señor por nada más que unas monedas de oro.

Tomek resopló.

—¿Unas pocas monedas de oro? Por Dios, hombre, ¿de verdad no tienes ni idea de cuánto

está dispuesto a pagar Czarnowski por ella? Esta encantadora joven me ha convertido en un hombre muy, muy rico. —Bruscamente, Tomek alargó la mano y agarró un puñado del pelo de Lena.

—Como ves, he tenido el oro rojo al alcance de la mano todo el tiempo. —Echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

Fue el último sonido que hizo Tomek. El hecho de que se atreviera a tocar a Lena selló su destino. Con un bajo gruñido de rabia, Boguslaw sacó su espada de debajo de su capa y la atravesó de un tajo en el cuello de Tomek. Por un instante, Lena vio cómo una expresión de sorpresa recorría el rostro de Tomek al darse cuenta de lo que había ocurrido. Luego cayó pesadamente al suelo y permaneció en silencio. Lena ahogó un grito contra el dorso de la mano y se dio la vuelta para apartar la espeluznante visión.

Atónitos ante la ferocidad del acto, los soldados se limitaron a mirar, con la boca abierta. Antes de que hubieran recuperado el sentido lo suficiente como para moverse, Boguslaw había atraído bruscamente a Lena tras de sí, tendiéndole la espada en un desafío silencioso.

En ese momento, otros dos soldados suecos se acercaron a caballo. El más alto desmontó y exigió saber qué ocurría.

—Es uno de los hombres de Tarnowski, capitán, —el joven oficial explicó nerviosamente, señalando a Boguslaw—. Y esa mujer fue secuestrada por otro noble polaco, al parecer amigo de Su Majestad Carlos Gustavo.

El capitán sueco se acarició pensativamente su rizada peluca rubia mientras dejaba que sus ojos recorrieran a la mujer, que era claramente una belleza a pesar de su ridículo traje. La forma feroz en que ella le miró a los ojos con rebelde desafío hizo que de repente su virilidad saltara en una dolorosa erección.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó el capitán en perfecto polaco.

Ella le devolvió la mirada sin contestar. El capitán suspiró.

—Tendrás que responderme de una forma u otra. No deseo hacerte daño.

Lena negó con la cabeza y se apretó más al colosal hombre, que parecía dispuesto a arrancarle la cabeza al capitán si se acercaba más. Los ojos del sueco se entrecerraron. El hombre era claramente peligroso; parecía capaz de derribar a varios de sus hombres él solo.

—¿Y quién es ése? —preguntó el capitán en voz baja, señalando al muerto.

—Uno de nuestros informantes polacos, señor.

El capitán arrugó la nariz ante la sangrienta visión.

—Una pena, supongo. —Volvió su mirada hacia la chica—. ¿A quién pertenece? —preguntó al joven oficial.

—A un noble llamado Anatol Czarnowski, señor.

El capitán sintió una punzada de decepción. Había conocido a Anatol Czarnowski muchas veces durante su período de servicio en Varsovia. Era una maldita lástima que la chica perteneciera al polaco; le hubiera gustado mucho quedarse con ese delicioso bocadito.

Quizá hubiera alguna forma de convencer a Czarnowski para que le cediera a esta belleza bajo su custodia. Desde luego, valdría la pena que lo intentara. Pero hasta entonces, pensó

sombríamente, tendría que ocuparse de que la chica permaneciera intacta. Suspirando para sus adentros, obligó a sus pensamientos a volver al asunto que tenía entre manos. Miró directamente a Buguslaw.

—¿Qué hacemos con éste?

El gigante gruñó una advertencia en lo más profundo de su garganta, y el oficial dio un paso atrás, a su pesar. Un pesado silencio se apoderó del grupo mientras el capitán y Boguslaw se evaluaban mutuamente en silencio.

Su concentración se rompió de repente cuando otro caballo entró en el claro. Lentamente, el hombre se bajó del caballo, con su oscura capa arremolinándose a su alrededor. A Lena se le cortó la respiración al ver de quién se trataba.

—María, Madre de Dios, —exhaló suavemente y sintió que Boguslaw se tensaba a su lado.

Anatol Czarnowski iba vestido completamente de negro excepto por un llamativo fajín dorado que se había atado alrededor de la cintura y que sujetaba su espada. Su largo cabello oscuro había sido peinado hacia atrás y atado a su nuca. Sus ojos se posaron en Lena y su rostro se torció en una fría mueca de triunfo.

—Lena, dulce mía, me alegro tanto de que estés a salvo, —dijo, su voz goteaba preocupación—. Ven a mí de inmediato.

Lena sintió que sus piernas empezaban a temblar y se preguntó si podría desmayarse de puro terror. No, no debo distraer a Boguslaw. Que Dios me ayude, pero Boguslaw es todo lo que se interpone entre ese loco y yo. Respirando hondo, levantó la cabeza y miró desafiante a Anatol.

El oficial sueco dejó que su mirada oscilara lentamente entre Anatol y la muchacha. Tras unos instantes, se volvió hacia el noble polaco.

—Tengo entendido que le pertenece —dijo, con la voz teñida de no poco pesar.

Anatol asintió, sin apartar los ojos del rostro de Lena.

—Sí, es mía.

La nota posesiva en la voz de Anatol hizo que el corazón de Lena retumbara dolorosamente en su pecho. Nunca había sentido tanto miedo en toda su vida.

El capitán carraspeó ligeramente.

—¿Y qué hay de él? —preguntó, volviendo la mirada hacia el protector de la muchacha.

Una lenta sonrisa se curvó en el rostro de Anatol.

—Mátelo. Pero no haga daño a la chica.

—No, —gritó Lena.

La mandíbula de Boguslaw se tensó y luego respiró hondo.

—Ven y quítamela, Czarnowski —desafió.

—No malgastaría el esfuerzo en alguien tan inútil como tú, —dijo Anatol con una risa áspera.

Boguslaw resopló.

—Cobarde.

La mandíbula de Anatol se tensó de rabia. Bruscamente, chasqueó los dedos a los soldados que seguían sentados en sus caballos.

—Matadle ahora, —ordenó tajantemente.

Los soldados miraron a su comandante, que asintió lentamente, confirmando la orden. Vacilante, uno de los hombres se adelantó, y Boguslaw le sonrió, su sonrisa intensificando la grotesca cicatriz que le recorría un lado de la cara.

Lena apretó las manos con tanta fuerza que la sangre se le escurrió de ellas. En silencio, rezó una oración y luego se persignó.

De repente, Lena vio al capitán sueco hacer un leve gesto con la mano, y uno de los hombres cargó su caballo hacia delante, clavando su espada en Boguslaw. El gigante desvió fácilmente la afilada hoja y obligó a su atacante a bajar del caballo con un fuerte grito. De repente, otros dos se abalanzaron sobre él, acuchillándole.

Lena se mantuvo lo más cerca posible de Boguslaw, con cuidado de no separarse de él. Sabía que los soldados tendrían cuidado de no herirla, así que permaneció ligeramente detrás de él, protegiéndole de la retaguardia. Apretando los dientes, se dio cuenta de que Anatol se mantenía alejado de la lucha, sin desenvainar ni una sola vez su espada.

Cuando la lucha continuó y Boguslaw aún no había sido desarmado, el rostro de Anatol enrojeció de rabia.

—Maldita sea, matad a ese bastardo, —gritó furioso—. ¿Por qué, en nombre de Dios, tardan tanto?

Lena sintió que su repugnancia por Anatol se acentuaba mientras crecía su respeto por la habilidad con la espada de Boguslaw. Desviaba estocada tras estocada, luchando contra tres hombres a la vez. Sus movimientos se volvieron borrosos y Lena se preguntó cuánto tiempo más podría aguantar. Se sentía agotada sólo por intentar mantenerse cerca de él sin interponerse en su camino.

La lucha continuó hasta que Lena pensó que el combate a espada se había convertido en parte de un sueño. Sus miembros parecían lastrados y estaba tan cansada que no estaba segura de poder seguir moviéndose. Sin embargo, se obligó a mantener su posición detrás de Boguslaw. Después de lo que parecieron horas hubo una súbita pausa en la lucha, y Lena miró por encima del hombro de Boguslaw y vio a tres hombres muertos a sus pies. Retrocediendo, su boca se abrió en un grito silencioso.

Volvió sobresaltada a la realidad cuando Boguslaw le puso la mano en el hombro. Miró temerosa al gigante. Su respiración era pesada y errática y un extraño brillo brillaba en sus ojos. Aturdida, Lena se dio cuenta de que era la mirada de un hombre que luchaba por su vida.

Inhalando profundamente para calmarse, Lena evaluó rápidamente el estado de Boguslaw. Sus ropas estaban acuchilladas en varios lugares y la sangre goteaba de una profunda herida en el brazo de su espada. Sus ojos se posaron en los soldados suecos restantes, que se estaban reagrupando para otro ataque. Anatol y el capitán intercambiaban algunas palabras apresuradas. De repente, se dio cuenta de que Boguslaw nunca sería capaz de contener al resto de los hombres. Moriría intentando salvarla... a menos que ella hiciera algo para evitarlo.

Lena miró una vez más el brazo del gigante y tomó una decisión. Agachándose, tomó con cuidado la espada de uno de los hombres muertos en su mano.

—Ahora somos dos armados, —dijo en voz baja, mientras Boguslaw la miraba con total asombro.

—Milady... —empezó él, con la voz ronca por la protesta, pero ella le cortó con un gesto del brazo.

—Os advierto que sé usar una espada, —dijo ella a los soldados—. No permitiré que me tomen sin luchar. Si intentan llevarme por la fuerza, tendrán que herirme.

Un silencio sobresaltado se apoderó del grupo mientras se miraban unos a otros sorprendidos. De repente, Anatol echó la cabeza hacia atrás y aulló, un grito lleno de rabia y furia. Los soldados suecos le miraron confundidos y asustados.

—Ni un pelo de su cabeza será dañado, —gritó Anatol, con el rostro convertido en un gruñido furioso.

Lena levantó su espada hacia él.

—Entonces déjale marchar —dijo, señalando con la cabeza a Boguslaw—, y yo iré contigo pacíficamente.

Oyó el grito de indignación de Boguslaw.

—¿Qué? —gritó con voz ronca—. ¿Se atreve a sugerir que no puedo protegerla, milady?

Lena suspiró.

—No estoy sugiriendo nada de eso. —Se acercó más a él, con la voz baja—. Lo que estoy sugiriendo es que burlemos a estos soldados. Alguien debe encontrar a Jedrick y contarle lo que ha sucedido.

Boguslaw la miró como si se hubiera vuelto completamente y completamente tonta.

—Está muy equivocada si cree que voy a dejarla aquí, milady.

Lena frunció profundamente el ceño, preguntándose cómo podría convencer al gigante de que se fuera de su lado.

—Es tú deber protegerme, ¿no es así? —preguntó finalmente, su voz no era más que un susurro. Boguslaw asintió lentamente—. Entonces no debes morir aquí o nadie sabrá qué ha sido de mí. Por favor, te lo ruego, busca a Jedrick y cuéntale lo que ha sucedido. A ninguno de los dos nos servirá que perezcas. Si eres vencido, no tengo esperanza. Pero si escapas, podré alimentar la esperanza de que tú u otra persona vendrá a buscarme algún día. Necesito esa esperanza para vivir. Por favor, Boguslaw, haz lo que te pido.

El rostro de Boguslaw se retorció de dolor mientras sacaba un paño de su bolsillo y lo presionaba sobre su herida sangrante.

—No. No puedo hacerlo. Que Dios me ayude, milady, pero me niego a dejarla aquí en las garras de ese repugnante traidor.

Lena sintió que una oleada de desesperación la invadía.

—En nombre de Dios, Boguslaw, te lo suplico. Por favor. No me hará daño.

La mente de Boguslaw bullía de ira, miedo e impotencia. Ella tenía razón. Si moría aquí, podrían pasar meses antes de que Jedrick se enterara de lo que le había ocurrido. Es decir, si Jedrick seguía vivo, pensó irónicamente. Y sin embargo, si Jedrick estaba vivo, estaría de camino

a Varsovia. Y Boguslaw sabía qué camino tomaría Jedrick.

El rostro de Boguslaw se contorsionó cuando un espasmo de dolor sacudió su cuerpo. Tenía el brazo malherido y estaba claro que no podría luchar contra el resto de los hombres. Probablemente tenía razón. Moriría si se quedaba. Sin embargo, no temía a la muerte, sólo al fracaso. Y si no conseguía ayuda, faltaría a su deber de proteger a Lena.

Boguslaw tragó con fuerza, forzando las palabras a salir de su boca.

—Cumpliré sus órdenes... milady. —Cada palabra sonaba como si se la hubieran arrancado.

Lena cerró los ojos aliviada y respiró entrecortadamente.

—Gracias, Boguslaw. Sé que es una decisión difícil. Pero es la correcta.

Lentamente, se volvió hacia Anatol.

—Se marchará —gritó, con la espada aún en alto—. Pero no bajaré mi espada hasta estar segura de que ha tenido tiempo suficiente para escapar.

Anatol entrecerró los ojos hasta convertirlos en pequeñas rendijas.

—Lena, te insto a que bajes la espada ahora y pongas fin a esta tontería. ¿Por qué luchas contra mí?

Ella ignoró su pregunta.

—Vete, —siseó a Boguslaw—. Y buena suerte.

El gigante la miró durante un largo momento.

—Le prometo, milady, que volveré con otros.

Su expresión era tan solemne que a Lena se le encogió el corazón. Que le pidiera que se marchara en medio de una batalla era probablemente una de las cosas más duras que podría haberle pedido.

Contuvo la respiración mientras Boguslaw se daba la vuelta y desaparecía a pie por el bosque. Un soldado comenzó a seguirle bruscamente cuando ella giró la espada sobre sí misma.

—Lo digo en serio, Anatol. Si le siguen, me mataré.

Anatol hizo un gesto al soldado para que se detuviera.

—Lena, —dijo suavemente, acercándose a ella—. No tienes por qué tenerme miedo. Nunca te haría daño. No necesitas proteger la vida de un hombre inútil. Además, responde ante Jedrick Tarnowski, el hombre que te secuestró despiadadamente el día de nuestra boda.

Lena sacudió la cabeza.

—Te equivocas, Anatol. Jedrick Tarnowski me salvó de ti. Me contó lo que le hiciste a su hermana.

Un oscuro rubor se extendió por el rostro de Anatol mientras hacía otro movimiento hacia ella.

—Él ha envenenado tu mente contra mí. Ahora veo por qué te resististe a mis intentos de rescatarte. Dame la espada, Lena. Te lo explicaré todo.

Apretó la hoja contra su abdomen.

—No te acerques ni un paso más o me haré daño. Lo juro.

Suspirando, Anatol sacó un pañuelo de su bolsillo, enjugándose delicadamente la frente.

—Te estás comportando tontamente, Lena. Ahora baja la espada inmediatamente y vámonos a casa.

Le tendió la mano, pero Lena negó con la cabeza. Anatol murmuró una maldición mientras el pañuelo resbalaba de su mano y revoloteaba por el suelo. Lentamente, se agachó para recogerlo. Lena le observó con recelo, manteniendo la hoja firmemente apretada contra su estómago. Demasiado tarde, vio que Anatol hacía un rápido movimiento con la mano y se dio cuenta de que le había lanzado un puñado de tierra a los ojos.

Momentáneamente cegada, Lena tropezó. Anatol alargó la mano y le quitó la espada de la mano. Con fuerza, se abalanzó sobre ella, arrojándolos a ambos al suelo.

—Coged al otro, —gritó Anatol a los soldados mientras rodaba sobre ella. Los hombres salieron atronando para cumplir su orden.

—No, —gritó Lena, golpeando con sus manos el pecho de Anatol. Su cuerpo pesaba tanto que ella sólo podía respirar en pequeños jadeos.

Anatol se sorprendió de su fuerza y determinación para luchar contra él. Apretó su peso contra ella, sin aliento por el feroz deseo que de repente corría por sus venas mientras ella se debatía bajo él. Dios, era hermosa a pesar de su traje de campesina y de la suciedad embadurnada en su rostro. Y ella era suya.

Lena Wright sería su esposa, y él no la tomaría como un animal en celo en el suelo del bosque. Tenía que ser cuidadoso, muy cuidadoso, o todos sus planes meticulosamente trazados podrían torcerse.

Permitiéndose un áspero beso, se levantó finalmente, arrastrándola con él. Ella luchó contra él como una gata salvaje, pataleando y gritando. Anatol sonrió ante su esfuerzo, esperando que ella actuara con la misma ferocidad en la cama.

—Cesa en tus forcejeos, Lena, —le advirtió, tirando de ella hacia el oficial sueco que la miraba divertido.

—No creo que le gustes mucho, —observó secamente el capitán.

Anatol se rió, pero no había humor en su voz.

—Oh, sí que le gusto. Sólo que tiene una extraña forma de demostrarlo.

Lena le dio una fuerte patada en las espinillas, y Anatol la agarró dolorosamente del brazo en represalia. Arrastrándola hasta su caballo, sacó un rollo de cuerda de la silla. Rápidamente, le ató las manos y las piernas y la dejó cerca de un árbol. Lena luchó ferozmente con sus ataduras pero fue en vano; Anatol las había atado con fuerza, sin dejar nada al azar.

Frustrada y al borde de las lágrimas, siguió luchando hasta que su piel estuvo en carne viva y sangrando.

Finalmente, se detuvo y se apoyó contra el árbol para recuperar el aliento. Rezó con todas sus fuerzas para que Boguslaw hubiera escapado sano y salvo. Ella sabía que con cada momento que pasaba, él tenía más posibilidades de permanecer en libertad.

Pasaron los minutos y el humor de Anatol se enrareció. Discutió en voz alta con el capitán sueco y luego se acercó para sentarse junto a Lena. Le cogió un mechón de pelo entre los dedos.

—Le encontrarán, Lena, —dijo en voz baja.

Ella negó con la cabeza obstinadamente.

—No lo harán.

Un breve fruncimiento de ceño se dibujó en su rostro aunque le sonrió con indulgencia.

—¿Me has echado de menos, cariño?

Ella se estremeció con sólo pensarlo.

—No.

—Yo te he echado de menos.

—Es poco probable que tuvieras tiempo de hacerlo. Estabas demasiado ocupado dando la bienvenida al enemigo a Polonia.

Anatol se inclinó cerca de ella hasta que su cara estuvo a centímetros de la suya.

—¿Por qué tienes que ver a los suecos como enemigos? Hay muchos polacos como yo que creen que no podríamos resistir a las fuerzas suecas.

Lena levantó la barbilla.

—¿Así que les diste la bienvenida? ¿Les diste la espalda al país donde naciste para salvarte a ti y a tus propiedades?

Le pasó un dedo por el pómulos. Lena se estremeció y apartó la mirada. '

—Los suecos tienen un ejército poderoso y bien organizado. Mucho mejor y más fuerte que el nuestro. No podríamos haber resistido a sus fuerzas.

—Suenas como si los admiraras.

—Los admiro. No ocultaré el hecho de que valoro la fuerza y el poder por encima de todo. Hay muchos como yo que vieron una ventaja en ponerse del lado de los suecos. Si van a conquistarnos, ¿por qué no unimos a ellos? Nuestros privilegios permanecerán intactos y quizá incluso se amplíen.

Lena se puso rígida.

—¿No tienes honor? Hablas de traición.

—Hay quien lo llamaría sentido común. El rey Gustavo ha prometido no cobrarnos impuestos ni alojar a ninguno de sus soldados en las fincas de aquellos nobles dispuestos a acogerle. Fue una gran ventaja para mí que Jedrick Tarnowski no compartiera mis sentimientos.

—Gracias a Dios que él no comparte su sentido del honor. Jedrick Tarnowski actúa con auténtica preocupación, valor y amor por su país. Tú... te comportas sin una pizca de virtud, decencia o valor.

Una niebla de rabia empezó a acumularse en el interior de Anatol. Involuntariamente, sus dedos se deslizaron alrededor de su garganta.

—Me respetarás, Lena. Lo harás; te lo juro.

Lena luchó por respirar mientras los dedos de él le apretaban el cuello.

—P... para —susurró ella, las palabras saliendo como una súplica ahogada. Él la ignoró, sus dedos apretando su carne.

Cuando Lena estaba a punto de desmayarse sintió que él soltaba su cuello. Respiró hondo antes de inclinarse para acercar su rostro al de ella.

—No dejaré que vuelvas a escaparte de mí, moja rozyczko. Eres mía, por ahora y hasta la eternidad. No lo olvides nunca.

Con un débil grito, se apartó de él, tragando profundas bocanadas de aire. Deliberadamente, él se inclinó, apartándole un mechón de pelo de la frente, y depositó un frío beso en cada uno de sus párpados.

Lena se estremeció.

—¿Por qué haces esto? —susurró temerosa—. ¿Por qué me atormentas así?

Él le ahuecó la cara entre las manos.

—Porque estábamos destinados a estar juntos.

La bilis le subió a la garganta y tragó con fuerza. El deseo de Anatol era tan extraño y retorcido que se preguntó si poseía la fuerza para luchar contra él. Las náuseas se agitaron en la boca de su estómago y estaba segura de que le darían arcadas o se desmayaría. Haciendo uso de su fuerza interior, se obligó a mirarle directamente a los ojos.

—Nunca seré tuya, —dijo con una firmeza que no sentía.

Vio que una sonrisa cruzaba el rostro de Anatol, pero no tocó la fría profundidad de sus ojos.

—Te equivocas, Lena. Me perteneces desde hace mucho, mucho tiempo.

Un dedo de pavor envolvió el corazón de Lena ante sus palabras. Anatol Czarnowski estaba loco, demente y cruel. Pero ahora, más que nunca, ella temía que él pudiera tener razón.

Capítulo 14

Dos horas más tarde, Lena se removía inquieta bajo el árbol, las ataduras le cortaban la circulación, la garganta le dolía de una sed punzante. Minutos antes había visto cómo varios de los soldados suecos regresaban de su cacería y se reunían en torno a su capitán, escuchándoles mientras él y Anatol hablaban en voz baja. Se le apretó el estómago de miedo. ¿Habían capturado o matado a Boguslaw?

Se humedeció los labios agrietados con la lengua mientras luchaba por aflojar sus ataduras. Sintió que cedían un poco cuando Anatol la miró y se encontró con sus ojos. Dando una palmada en la espalda al capitán, le dijo algo al oficial sueco, y éste dio bruscamente una señal para que sus hombres montaran.

Anatol se acercó a Lena y la puso en pie.

—Ya es hora de volver a casa, cariño, —le dijo suavemente.

Ella volvió la cara hacia otro lado mientras él se agachaba y cortaba las ataduras de sus manos y pies. Apretando los dientes contra el dolor, Lena hizo una mueca mientras la sangre volvía a sus manos y dedos rígidos. Al ver su incomodidad, Anatol la subió a su caballo y luego se subió él mismo. Agarrando las riendas con una mano, las golpeó contra la grupa del caballo, impulsándolo hacia delante. Los soldados suecos avanzaron detrás de él. El grupo viajó en silencio a través de la espesa maleza hasta que llegaron a un camino bien trillado.

Se cruzaron con varias patrullas suecas por el camino, muchas de ellas mirando abiertamente a Lena. Dos veces vio a campesinos polacos siendo golpeados por soldados suecos, y el humo ascendente del campo indicaba que los soldados también estaban quemando sus aldeas.

Lena sintió un nudo en la garganta ante aquella injusticia. ¿Quiénes eran esas personas que venían del otro lado del mar para acabar con una cultura tan rica y hermosa como la polaca?

Las palabras de Jedrick resonaron de repente en sus oídos.

—Las tierras de Polonia son su tesoro más importante y, sin embargo, su mayor debilidad.

Lena respiró hondo para calmarse.

—¿Me das un poco de agua? —le preguntó a Anatol.

Él se agachó y sacó una petaca de la mochila de cuero sujeta a la silla de montar. Lentamente, sacó el corcho y se lo entregó.

Ella aceptó la petaca, ignorando el roce deliberado de los dedos de él contra su mano. Bebiendo con avidez, dejó que el agua aliviara su garganta reseca. Casi a regañadientes, le devolvió la cantimplora.

—Me gusta cuando me pides cosas, Lena, —dijo Anatol en voz baja—. Deberías saber que puedes tener lo que quieras.

Sus labios se afinaron para ocultar su repulsión.

—Entonces deseo, —dijo lentamente—. saber qué le ocurrió al hombre que luchó por mí en el bosque.

Sintió que Anatol se ponía rígido.

—Está muerto, —dijo rotundamente.

El corazón de Lena se detuvo en su pecho.

—¿Muerto? —logró susurrar.

—Muerto, Lena, —repitió Anatol bruscamente—. Puedes olvidarte de intentar dejarme alguna vez.

Todo el color se drenó del rostro de Lena. ¿Boguslaw muerto? Por un momento, no pudo respirar. Entonces un sollozo escapó de sus labios mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas.

—Lena—, dijo Anatol, acariciándole suavemente el pelo—. ¿Por qué lloras por un hombre tan insignificante?

—Te odio, —susurró ella entre lágrimas.

Él se rió.

—Ah, hay tan poca distancia entre el amor y el odio. Tus palabras sólo me complacen, querida.

Lena apretó los ojos con más fuerza mientras las lágrimas seguían rodando por su rostro. Tal vez debería haber tenido el valor de presionar la hoja contra su estómago y poner fin a la pesadilla. Sin embargo, una pequeña parte de su mente se rebeló contra ese pensamiento. La vida era demasiado valiosa para desperdiciarla.



Era mediodía cuando llegaron a la finca de los Czarnowski. Su corazón se hundió cuando la puerta del castillo se cerró tras ellos con un fuerte y chirriante portazo. Anatol desmontó y alargó la mano para bajarla del caballo. Cada músculo de su cuerpo le dolía de cansancio y de una profunda fatiga.

La condujeron a la habitación donde se había alojado a su llegada a Polonia, el armario aún lleno de sus vestidos y zapatos. Pasó los dedos por el suave material, que ya no parecía pertenecerle.

—Me sentía más cómoda con tus vestidos, Danuta, —dijo en voz alta, y luego se detuvo bruscamente.

Danuta Tarnowska. El nombre le trajo de repente un inquietante recuerdo del incalificable crimen que Anatol había cometido contra ella.

—Dios mío, —susurró Lena en voz baja—. ¿Qué voy a hacer?

La distrajo de sus pensamientos un golpe seco en la puerta. Al abrirla, se sobresaltó al ver que dos sirvientes arrastraban una bañera de humeante agua caliente.

—Un baño para usted, milady, —dijo uno de ellos antes de salir apresuradamente.

Lena se acercó a la bañera y sumergió los dedos en el agua humeante. Suspiró de placer mientras sus dedos recorrían ligeramente la sedosa humedad. Parecía que hacía siglos que no se lavaba.

—Que el diablo se lleve a Anatol Czarnowski, —murmuró para sí misma—. Voy a darme un baño.

Sin pensarlo dos veces, se desnudó y se hundió en el relajante calor. Estiró sus músculos doloridos mientras el agua lamía sus hombros. Los criados le habían dejado una áspera torta de jabón, y ella se la frotó sobre su piel como si pudiera borrar el recuerdo de las manos de Anatol sobre ella.

Lena permaneció en la bañera hasta que el agua empezó a enfriarse. Finalmente, salió de la bañera, secándose con el paño que le habían dejado. De camino a la chimenea tropezó con sus botas y se sobresaltó al oír un ruido seco. Metiendo rápidamente la mano en la bota, sintió el pesado peso de su daga.

—Jezus Maria, —susurró emocionada. En medio de todo el peligro, se había olvidado por completo de su daga.

Rápidamente, se puso un camisón sobre la cabeza y metió las manos en una pesada bata. Colocó la daga en el bolsillo más profundo de su bata y dejó que sus dedos presionaran la dureza contra su pierna.

—La llevaré encima en todo momento, —se prometió a sí misma en voz alta, y luego se sentó junto al fuego, pasándose los dedos por el pelo para ayudar a secarlo.

Inquieta, caminó hacia la ventana. Levantando la pesada cortina, miró hacia la oscuridad. Aún no era invierno, así que no había pesadas pieles protegiendo la ventana, y pudo sentir el suave roce de la brisa nocturna en su rostro. Era una noche clara; las estrellas ardían brillantes en el cielo oscuro.

Tenía que enfrentarse a la verdad: ahora había pocas esperanzas de escapar, sobre todo desde que las patrullas suecas estaban barriendo la ciudad. Sin embargo, ella tendría que intentarlo. Para ello, tenía que aprender la disposición del castillo y los hábitos de las patrullas suecas. Poco después, emprendería la huida. No viviría ni un instante más de lo necesario bajo el mismo techo que Anatol Czarnowski. Decidida, se asomó más a la ventana y respiró profundamente el aire fresco del atardecer.

Estás sola... sola... sola. Las palabras resonaban sin cesar en su mente. Un inquietante grito de un búho nocturno la sacó de sus pensamientos. Lena miró la luna, envuelta en la bruma humeante del cielo nocturno.

¿Estás vivo, Jedrick Tarnowski? Le dolía el corazón de anhelo por conocer la respuesta.

—No me importa, —susurró con fiereza. Pero no era cierto y ella lo sabía.

Capítulo 15

Boguslaw Dobrowolski estaba huyendo. Una vez fuera de la vista de los soldados suecos, la ventaja era suya. Estaban en su bosque. Había pasado toda su vida vagando por este bosque y lo conocía por dentro y por fuera. Y tenía la ventaja adicional de la oscuridad.

Él no se lo pondría fácil a los soldados.

—Psia krew, —maldijo en voz baja cuando su brazo herido rozó una rama afilada. Extendiendo la mano, se apoyó en el tronco de un árbol con su brazo bueno para estabilizarse. Respiró hondo varias veces hasta que se le pasó el dolor. Maldita sea, si algo le delataría sería la desgraciada herida. Rasgando lo que quedaba de su camisa, se la envolvió con fuerza alrededor de la parte superior del brazo, haciendo una mueca mientras la ataba con firmeza. Se le formaron gotas de sudor en el labio superior, pero apretó los dientes hasta cerciorarse de que la hemorragia se había detenido.

—Muy bien, en marcha, —murmuró para sí, deslizándose más hacia el interior del bosque. Las ramas le arañaban implacablemente, pero él las ignoró con firmeza, negándose a frenar su paso. Tenía que poner la mayor distancia posible entre él y los soldados suecos lo antes posible.

Al cabo de varios minutos su brazo empezó a palpar horriblemente. Se había detenido apenas un instante cuando oyó un estruendo entre los arbustos y unas voces apagadas. Rápidamente, se agachó detrás de un árbol cercano. Permaneció inmóvil hasta que las voces se alejaron de él.

Los soldados suecos ya le estaban buscando. Eso significaba que Lena no había podido contenerlos durante mucho tiempo. Pero fue el tiempo suficiente, Me encargaré de entregar mi mensaje, aunque sea lo último que haga. Y por Dios, puede que lo sea.

Se permitió unos preciosos instantes para mirar a través de las ramas y consultar las estrellas para trazar su rumbo. Una vez seguro de su dirección, se movió rápidamente entre los árboles, vigilando cuidadosamente para asegurarse de que no dejaba rastro. Sólo una vez más los soldados se acercaron a su posición, pero él permaneció inmóvil, oculto entre la espesa maleza. Pasaron a pocos metros de él.

Cuando estuvo seguro de que se habían ido continuó su camino con pasos lentos y obstinados. Tengo que seguir hasta llegar al camino que sólo conocen Jedrick y sus hombres. Alguien en quien confío vendrá por ese camino en algún momento. No tengo otra opción. Es mi única oportunidad de salvarla.

Siguió adelante, aplastando su feroz anhelo de tumbarse en la hierba, cerrar los ojos y descansar su cuerpo cansado y dolorido. Aunque sólo fuera un momento...

No. Puede que esta vez no me levante. No descansaré hasta llegar al sendero. Debo seguir adelante.

Herido y desarmado, Boguslaw se abrió camino con cuidado. Su estómago se retorció de náuseas y dos veces se dobló de dolor, pero no se detuvo. Cuando el cielo empezó a clarear Boguslaw se permitió un breve descanso y un trago de un burbujeante arroyo.

Empujándose para ponerse en pie, siguió adelante. Ya casi había llegado.

Al mediodía alcanzó el empinado sendero. Tras subir los dolorosos últimos escalones del terraplén, se dejó caer de rodillas en el borde cubierto de hierba.

Demasiado tarde, Boguslaw se dio cuenta de que estaba peligrosamente cerca del borde del terraplén. Intentó levantarse pero no pudo. Su cuerpo rodó pesadamente colina abajo, deteniéndose con un ruido sordo cerca del borde de los árboles. Un dolor abrasador le desgarró el brazo y jadeó débilmente.

Luego se hizo un bendito silencio.



Una pequeña pero exitosa incursión contra unos pocos soldados suecos en las afueras de Varsovia había proporcionado al regimiento de Jedrick algunas armas, forraje para caballos y dos barriles de excelente cerveza. La incursión había sido la primera desde que habían acampado no lejos de la capital, y había aligerado considerablemente los ánimos entre sus hombres. Un tanto a regañadientes, Jedrick les había permitido distribuir y beber la cerveza. Aunque iba en contra de su buen juicio dejar que sus hombres bebieran, habían viajado y trabajado duro durante días.

Jedrick pensó que se merecían un breve descanso, aunque sólo fuera para liberarlos del dolor de las magulladuras en sus cuerpos así como en sus corazones.

Habían sido tiempos difíciles para todos ellos. Tras la batalla de Pila, Jedrick había reunido a todos los soldados supervivientes que pudo encontrar y había establecido un campamento a veinte kilómetros de la ciudad, en lo profundo del bosque.

Su primera prioridad sería ganar fuerza en número. Después, por orden del rey, recuperarían la capital.

Había elegido un lugar concreto del bosque llamado Zaklety * Bór, o el Bosque Mágico, para los que vivían cerca de él. Los campesinos creían que estaba encantado y rara vez lo recorrían. Jedrick dudaba que los suecos se molestaran en hacerlo. La maleza era densa y oscura. Era perfecto para su campamento.

Esa misma noche, tras su asalto a la patrulla sueca, Jedrick y diez de sus hombres se dirigieron a su finca para sacar del castillo todas las provisiones que pudieran. Aunque Mikhail tenía un fuerte dolor de cabeza por la cerveza, había insistido en que se le permitiera acompañar a su hermano. A regañadientes, Jedrick había accedido. Pronto se hizo evidente que Mikhail no podía permanecer sobre su caballo, y Jedrick suspiró para sus adentros. Su hermano no toleraba los licores y lo poco que había bebido había sido obviamente más de lo que podía soportar. Obligándose a mantener su temperamento bajo control, Jedrick le había ordenado que cabalgara con Feliks y dispuso que el caballo de Mikhail fuera conducido por otra persona. Era una maldita molestia, aunque podría haber sido gracioso en otras circunstancias. Pero se acercaban a la finca

de los Tarnowski y no podía haber lugar para errores. Aunque en terreno conocido, ahora también era territorio enemigo. En la oscuridad, no tenían capacidad para detectar una trampa si es que se había tendido una.

Jedrick instó a su corcel a avanzar con cautela y de repente hizo un gesto a sus hombres para que se detuvieran. Oyó cómo susurraban su orden a lo largo de las filas. Estaban a pocos kilómetros de la finca y quería reevaluar su aproximación.

Al ver que su hermano pedía alto, Mikhail aprovechó la oportunidad para hacer sus necesidades. Deslizándose del caballo, se precipitó por el terraplén y se metió entre los arbustos. No había dado más que unos pasos cuando tropezó con algo y cayó de cabeza sobre la hierba. Aturdido, se puso en pie.

'—En nombre de Dios, ¿qué...?, —murmuró. Arrodillándose, examinó con qué se había tropezado.

—Jedrick, —siseó Mikhail—. Ven y echa un vistazo a esto.

Jedrick desmontó rápidamente y se dirigió al lado de su hermano. A la débil luz de la luna, vio a Mikhail inclinado sobre una forma grande y acurrucada que yacía en el suelo. Varios de los otros soldados también se acercaron a echar un vistazo.

Un ceño fruncido cruzó el rostro de Jedrick.

—Enciendan una luz, —ordenó bruscamente.

De repente, la noche se llenó del sonido chirriante del hierro golpeando contra el pedernal, y una pequeña chispa saltó a la vida contra una antorcha de maleza seca. Jedrick cogió la antorcha y la sostuvo sobre la forma.

—Es un hombre, —susurró alguien.

Jedrick buscó el pulso.

—Está vivo, —dijo, pasando lentamente sobre el cuerpo. Acercó la antorcha, iluminando el rostro. Hubo un jadeo concertado entre los hombres, y Jedrick inspiró bruscamente. La cicatriz dentada del rostro era inconfundible.

—Tráeme agua, —ordenó Jedrick, y un joven soldado corrió a cumplir su orden. Regresó al cabo de unos instantes, poniendo un vaso de madera en las manos de Jedrick. Jedrick levantó con cuidado la cabeza del gigante. Boguslaw balbuceó y luego tosió.

—Tranquilo, viejo amigo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Boguslaw.

—Jedrick Tarnowski, —graznó—. Alabado sea Dios. Has vuelto.

Jedrick tomó suavemente la mano del gigante entre las suyas.

—Vaya saludo, Boguslaw. Más vale que tu historia sea buena.

—Lo es, señor. Puede estar seguro de ello.

Capítulo 16

Habían pasado tres largos y miserables días desde que Lena había estado en la finca de los Czarnowski. Afortunadamente, Anatol no había estado allí con ella. Poco después de su llegada, se había apresurado a atender unos asuntos con el mariscal sueco en Varsovia. Probablemente ofreciéndole algo a cambio de mi entrega segura, pensó irónicamente. Sólo Dios sabía qué más estaba tramando con los suecos.

Aún así, contó esos días de ausencia de Anatol como una bendición y no dejó que se desperdiciaran. Vagó por el castillo, aprendiendo su estructura, pasadizos y salidas. Habló con los criados para aprender todo lo que pudo sobre los hábitos de los guardias y centinelas. Entonces, una tarde temprano, Anatol regresó al castillo, poniendo en marcha su plan de acción. Esta noche sería la de su huida.

Una hora antes, un criado le había dicho que debía vestirse para cenar tarde. Consternada, Lena había fingido estar enferma, pero el criado había regresado, diciendo cortésmente que lord Anatol había insistido en que le acompañara.

Lena frunció el ceño, se inquietó y luego cedió. Tendría que sufrir una velada en compañía de Anatol para presentar una sensación de normalidad. Se le revolvió el estómago ante la mera idea de tener que comer en su presencia, pero se obligó a mantener la calma. Se vistió con su vestido más sencilla y luego se quedó junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad y rezando por tener fuerzas para pasar la velada.

Seguía junto a la ventana cuando oyó sonar el pestillo a su espalda. Al girarse, vio a Anatol de pie en la puerta. Se había puesto un kontusz azul real, el abrigo largo y acampanado de un noble polaco. Su chaleco era de brocado plateado y su rica camisa de paño estaba prendida en el cuello con un deslumbrante zafiro. Un sable corto y curvado colgaba de unos cordones de seda bajo un fajín dorado atado holgadamente a su cintura.

Anatol se quedó con la boca abierta al ver a Lena. A pesar de su intento de parecer sencilla, irradiaba una belleza regia. Iba vestida con un vestido azul marino de corpiño cuadrado. Las mangas eran amplias y la falda se recogía en su cintura, donde se sujetaba con un cinturón enojado. Su exuberante cabello había sido trenzado en una gruesa trenza que le colgaba hasta la cintura. Se le cortó la respiración en la garganta.

Lentamente, levantó los ojos para encontrarse con los de ella y frunció el ceño al no ver en ellos ni calidez ni gratitud. Sintió que su ira aumentaba. Por Dios, era un hombre apuesto, quizá el más apuesto de Varsovia. Tenía una riqueza más allá de la imaginación de la mayoría de los polacos, y ahora también tenía el oído del nuevo rey. ¿Qué más podía desear una mujer?

Con las manos apretadas a los lados, sintió un deseo abrumador de forzar palabras de amor de su boca. Luchó contra el impulso y se obligó a respirar hondo. Paciencia.

Una sonrisa se curvó lentamente en su rostro.

—Buenas noches, Lena. Estás deslumbrante esta noche. ¿Y yo no estoy guapo? —le preguntó, con las manos extendidas a ambos lados de la puerta.

Lena no pudo evitar la mueca que cruzó su rostro. Volviéndose para mirarle, quiso decirle que para ser un hombre que se acercaba a los cuarenta, tenía todos los atributos físicos que le calificarían de guapo. Su cuerpo era firme y en forma, su rostro cincelado y bonito. Pero años de maldad interior habían destruido al hombre por dentro, convirtiéndolo en un cascarón vacío. Nunca había conocido a una persona tan vanidosa y egoísta. Le daba asco. Giró la cabeza hacia otro lado, un pequeño escalofrío la recorrió.

Anatol vio el ligero escalofrío recorrer su cuerpo y se preguntó qué estaría pensando. Parecía un ángel caído del cielo, y su corazón empezó a acelerarse ante la idea de poseerla por fin. Sentir el roce de su piel suave y satinada contra la suya, desenredar su cabello y que éste envolviera su cuerpo. El calor empezó a acumularse incómodamente en su ingle y jadeó, apretando los dientes.

Dios, tenía que tenerla. Ahora. Bruscamente, Anatol entró en la habitación, cerrando la puerta firmemente tras de sí.

Lena olió inmediatamente el peligro y sus ojos se abrieron de par en par alarmados.

—A... Anatol, —dijo, odiando el hecho de que su voz vacilara de forma poco natural, —no debemos llegar tarde a cenar.

Anatol sonrió.

—No habrá cena esta noche, Lena, —susurró.

Lena sintió que su corazón palpitaba de miedo.

—Tengo hambre, —insistió débilmente.

—¿Tienes hambre de mí, dulce?

Lena sacudió la cabeza.

—N... n... no, —susurró.

Anatol vio que le temblaban las manos. La mezcla de su excitación y el miedo de ella era casi más de lo que podía soportar. Cruzó la habitación a grandes zancadas y la cogió por los hombros. Lena intentó apartarse, pero él la sujetó con firmeza, mirándola profundamente a los ojos verdeazulados.

—Esta noche plantaré mi semilla en ti, y juntos, con nuestro hijo, gobernaremos el reino más grande de Europa, —susurró sombríamente.

—E... estás loco.

Él no contestó, pero se inclinó para darle un beso en los labios. Cuando las manos de él se deslizaron de sus hombros, Lena lanzó hacia atrás, casi tropezando con una silla. Desesperada, buscó en la habitación cualquier medio de escapar.

—No tienes adónde ir, —dijo Anatol, con el deseo ardiendo en sus ojos—. Soy el señor de esta mansión y nadie se atreverá a interferir conmigo. Puedes gritar, chillar, incluso intentar escapar, pero no servirá de nada. Te tomaré ahora, en esta misma habitación.

Lena se pasó el dorso de la mano por la boca para no gritar de horror. Anatol se había vuelto completamente loco. Peor que eso, ella sabía que él cumpliría su amenaza. Nadie le impediría violar a la mujer que planeaba convertir en su esposa.

Oh Dios, esta vez no habría escapatoria. Ninguna escapatoria... ninguna escapatoria...

—¿Lena?

Cogió aire, intentando detener los frenéticos latidos de su corazón. Tenía que calmarse. Pensar.

—Todavía eres virgen, ¿verdad, Lena? Ese bastardo de Tarnowski... no te tocó, ¿verdad?

Lena sintió que se le revolvía el estómago.

—No te concederé la decencia de una respuesta, —consiguió decir.

Él la miró con cierta curiosidad y luego se rió.

—Por Dios, no te ha tocado. ¿Es por eso que sientes un extraño impulso de defenderle? ¿Se hizo el caballero contigo, Lena?

—Tú... me das asco.

Anatol se encogió de hombros.

—Le mataré, en su momento, por secuestrarte.

—En realidad, poco importa si eres virgen o no. Las sábanas pueden servir de prueba, si es necesario. Verás, Lena, mi palabra y esas sábanas son todo lo necesario para sellar nuestros destinos juntos. Eso y la bendición de nuestro nuevo rey, Carlos Gustavo, por supuesto. Él bendecirá nuestro matrimonio, Lena. De hecho, estoy seguro de que estará absolutamente encantado.

Lena pensó que se había vuelto completamente loco. Había un brillo enfermizo en sus ojos mientras divagaba. Sin embargo, ella sabía que hablaba muy en serio sobre su intención de tenerla ahora. Se le hizo un nudo en el estómago con un miedo tan espantoso, que pensó que no sería capaz de mantenerse en pie, y mucho menos de escapar.

Piensa, Lena, piensa. Debe haber alguna forma de salir de esta situación. Apretando las manos contra su costado, sintió de pronto el pesado peso de la daga oculta entre los pliegues de su vestido.

Lena sintió ganas de llorar de alivio. Tenía un arma. Que Dios la ayudara, sólo tenía que encontrar el valor para usarla. Las palabras de Jedrick resonaron de repente en sus oídos.

—¿Y si tuvieras que luchar hasta la muerte para proteger tu propia vida? ¿Podrías hacerlo, Lena?

Su corazón seguía latiendo furiosamente en su pecho. Tendría que hacer lo que fuera necesario para protegerse, incluso si eso significaba enviar su alma inmortal a las profundidades del infierno. Nunca cedería ante Anatol Czarnowski, no mientras le quedara un ápice de fuerza.

Respirando hondo, se volvió para enfrentarse directamente a Anatol.

—No seré tu esposa, Anatol. Ni ahora, ni nunca.



Jedrick Tarnowski se movía tan silenciosamente como la noche, aguzando los ojos y los oídos en busca de cualquier indicio de pasos enemigos. Un búho ululó en la distancia, perturbando momentáneamente su concentración, pero siguió adelante con cautela, haciendo señas a sus hombres para que le siguieran.

Se detuvo cerca de una mata de arbustos y les hizo señas para que se estuvieran quietos. Desde una posición agazapada, escudriñó los muros del castillo en busca de cualquier señal de movimiento. Contó tres centinelas sólo desde su posición. Anatol Czarnowski no corría riesgos esta vez.

La mano de Jedrick jugueteaba inquieta con su daga, intentando contener su ira. ¿Y si había llegado demasiado tarde? ¿Y si Czarnowski le había hecho un daño irreparable a Lena, como se lo había hecho a Danuta?

Su puño se enroscó alrededor de su daga, preguntándose qué sentiría al clavar la fría hoja en la garganta de Czarnowski. En aquel momento, no podía pensar en un placer mayor.

La impaciencia empezó a recorrer su cuerpo, pero se ordenó a sí mismo mantener sus pensamientos en el peligroso asunto que tenía entre manos. Había suecos a los que enfrentarse, además de los hombres de Czarnowski. Lo que estaba haciendo era condenadamente peligroso y él lo sabía. Si pretendía rescatar a Lena sin que resultara herida, tendría que hacerlo con mucho cuidado.

Jedrick hizo un gesto brusco con la mano y al instante Mikhail estaba a su lado. A la brillante luz de la luna, Jedrick vio la mirada ansiosa en el rostro de su hermano. Mikhail estaba tan ansioso por matar a Anatol Czarnowski como él.

—Entraremos por este lado, —dijo Jedrick en voz baja—. Es donde Czarnowski es más vulnerable. Hay tres centinelas apostados a este lado del muro. Ya sabes qué hacer, Mikhail, pero por el amor de Dios, no hagas ruido.

Mikhail asintió y retrocedió para transmitir las órdenes de su hermano. Jedrick vio a Mikhail y a varios de sus hombres desaparecer en la oscuridad. Lentamente, Jedrick volvió a su guardia en el muro del castillo.

El tiempo parecía arrastrarse mientras Jedrick esperaba su regreso.

Haciendo acopio de su paciencia, Jedrick estiró sus miembros uno a uno, manteniéndolos sueltos y flexibles. Respiró hondo varias veces para ayudar a su concentración y luego volvió a agacharse para esperar.

Pasó casi una hora hasta que un pequeño movimiento entre los arbustos hizo que Jedrick y varios otros desenvainaran bruscamente sus espadas. Rápidamente, Mikhail y algunos otros soldados salieron de entre los arbustos llevando una pesada carga. Suspirando aliviados, los soldados volvieron a envainar sus espadas.

—Dos centinelas muertos. Aquí está el tercero, —informó Mikhail en voz baja mientras él y sus hombres dejaban caer al suelo el pesado cuerpo de un hombre fuertemente atado y amordazado. Jedrick oyó un gemido y se inclinó sobre el cuerpo.

—No te mataré si me das la información que necesito, —dijo en voz baja al hombre—. Pero habla en falso y te prometo una muerte dolorosa. ¿Entiendes lo que te digo?

El centinela asintió y Jedrick le arrancó la mordaza de la boca. El hombre se lamió los labios nerviosamente.

—¿Está Anatol Czamowski en la residencia? —preguntó Jedrick.

Los ojos del hombre parpadearon rápidamente entre Jedrick y Mikhail.

—Lo está.

—¿Dónde están sus aposentos?

El hombre tragó saliva, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

—N... no lo sé.

Jedrick sacó lentamente la daga de su cinturón.

—Será mejor que lo pienses mejor antes de volver a hablar.

El hombre miró temeroso el cuchillo antes de cerrar los ojos.

—P... primer piso, habitación de la esquina orientada al este.

—¿Está también en la residencia la prometida de Czamowski?

El hombre asintió.

—Sí, ella está aquí. Su habitación está junto a la de él.

Jedrick se puso rígido.

—Si lo que dices es cierto, no sufrirás ningún daño. Si has hablado en falso, morirás. —Rápidamente, metió el trapo de nuevo en la boca del prisionero y ordenó a Mikhail que lo ocultara bajo unos arbustos.

Mikhail asintió y, con la ayuda de otro soldado, arrastró al hombre. Tras varios minutos regresó para situarse junto a su hermano.

—Estaremos a salvo hasta que entremos en las murallas del castillo, —dijo Mikhail en voz baja—. Pero debemos darnos prisa, pues pronto alguien se dará cuenta de que faltan los centinelas.

Jedrick devolvió su daga a su cinturón.

—Entraré solo. Dos hombres me acompañarán hasta la muralla del castillo. El resto de los hombres deberán dispersarse a lo largo de los muros y estar preparados para una furiosa persecución. Si todo va según lo planeado, tendremos que hacer una salida condenadamente apresurada.

—Pero yo quiero ir contigo, —protestó acaloradamente Mikhail.

Jedrick negó con la cabeza.

—No. Tendré más posibilidades si voy solo. Además, te necesito para asegurarme de que nuestra huida sale según lo planeado.

Mikhail sofocó la discusión que se elevó a sus labios al ver la dura expresión en el rostro de su hermano.

—Buena suerte, Jedrick —dijo en voz baja.

Jedrick asintió a su hermano y luego hizo una señal a los hombres para que se pusieran en marcha. Los soldados se fundieron silenciosamente en el bosque.

Sigilosamente, Jedrick y sus hombres se acercaron al muro del castillo. Jedrick lanzó la cuerda de escalada por el costado, tirando hasta que el gancho se mantuvo firme. Con la cuerda entre las manos, comenzó a ascender por la muralla. Cuando llegó a la cima miró rápidamente a su alrededor y luego instó a los otros dos a subir. Dejándose caer al otro lado del muro, los tres hombres se agazaparon entre los arbustos, atentos a cualquier señal de descubrimiento. Al no oír ningún grito de alarma, Jedrick susurró una orden más y desapareció en la oscuridad.

Capítulo 17

-He esperado toda una vida este momento.

Anatol dio un paso amenazador hacia Lena, que se acurrucó en un rincón de la habitación, observándole con recelo. Su voz le produjo un escalofrío.

—Estás verdaderamente loco, —susurró ella.

Anatol sonrió, notando cómo sus hombros temblaban ligeramente.

—Me juzgas mal, mi dulce y temblorosa rosa. Pero saborear tu miedo... no puedes imaginar cómo me excita.

Lena le miró con disgusto.

—Disfrutas tomando mujeres por la fuerza, ¿verdad, Anatol? ¿Es así como te sentiste cuando violaste a Danuta Tamowska?

Anatol se tensó, con las manos apretadas a los lados. Lentamente, se obligó a sonreír.

—Ah, sí, un sabroso bocadito, aunque no tan tentador como tú, mi dulce.

Lena levantó la barbilla en señal de desafío.

—No seré tuya, me tomes por la fuerza o no.

—Oh, cómo voy a disfrutar con esto. —Anatol rugió de risa—. Fue mi día más afortunado cuando decidí ponerme del lado de los suecos. Fue tan fácil, tan lastimosamente fácil.

—Maldito traidor, —susurró ella con fiereza, alejándose más de él.

Los ojos de Anatol se entrecerraron mientras rodeaba la habitación lentamente.

—No seas tan ingenua, Lena. Los suecos han venido a poner orden en este patético país. Somos débiles y estamos mal organizados. Yan Casimir es un soñador, un insensato que no tenía visión para Polonia. El rey Gustavo cambiará todo eso.

Sacudió la cabeza.

—No eres más que un cobarde, temeroso de defender lo que es correcto. Sigues insistiendo en que debo amarte y respetarte. Bueno, si es respeto y amor lo que quieres de mí, Anatol Czarnowski, nunca lo tendrás. Nunca podría amar a un traidor.

Anatol la miró en un momento de incredulidad y luego, con un aullido de ira, se lanzó sobre ella, agarrándola dolorosamente por la muñeca. Lena se lanzó hacia un lado, pero él la agarró por el hombro, haciéndola perder el equilibrio y chocar de lleno contra el muro de piedra. Lena jadeó al chocar contra la pared, y una silla cercana se estrelló contra el suelo.

Anatol la apretó sin piedad contra la fría pared, su cuerpo aplastando el suyo hasta que ella

luchó por respirar. Al cabo de unos instantes se apartó ligeramente, dejando que sus ojos bebieran su ardiente belleza.

Era absolutamente magnífica, tan hermosa como una reina. Su respiración se aceleró mientras su mirada recorría lentamente su rostro y luego se detenía en sus labios carnosos. Se inclinó para besarla, pero ella apartó la cabeza. Gruñendo de fastidio, le retorció el pelo con las manos, obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

—He esperado mucho tiempo para esto. Pensabas que podías pasarte tu vida burlándote y provocándome hasta que enloqueciera de deseo por ti. Pero estabas equivocada, Alina. Ahora por fin te reclamaré.

Lena se quedó helada. ¿Alina? ¿Por qué, en nombre de Dios, la había llamado por el nombre de su madre? Pero no tuvo tiempo de pensar en ello, pues Anatol posó su boca con dureza sobre la de ella.

Lena le mordió el labio.

Aullando de dolor, Anatol dio un paso atrás, tocando su labio sangrante con asombro. Al instante, Lena se deslizó hacia un lado, metiendo la mano en los pliegues de su vestido y sacando la pequeña daga. Los ojos de Anatol registraron sorpresa, pero con asombrosa rapidez se abalanzó sobre el brazo de ella. Retrocediendo, Lena tropezó con la silla caída, y Anatol cayó encima de ella. Al aterrizar, Lena blandió el cuchillo salvajemente. Su visión se nubló momentáneamente cuando todo el peso del cuerpo de Anatol se abalanzó sobre ella.

Lena oyó su grito de rabia y luchó por liberarse de su aplastante peso. Consiguió alejarse unos metros y se puso de rodillas, agachada. Luchando por recuperar el aliento, levantó los ojos para encontrarse con los de él y jadeó al ver su apuesto rostro sangrando por un largo y feo arañazo que le recorría el lado izquierdo de la mejilla.

—Pagarás por esto, —dijo roncamente, con la respiración entrecortada y furiosa.

¡Que Dios me ayude, le he desfigurado!

Lena retrocedió en el suelo, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Miró a su alrededor en busca del cuchillo y vio que estaba muy lejos de su alcance al otro lado de la habitación. Mordiéndose el labio inferior, se sintió desfallecer ante la mirada asesina de Anatol.

Sus labios gruñeron en una sonrisa retorcida mientras se acercaba a ella.

—Voy a tomarte, Lena, y puede ser doloroso o placentero. La elección es tuya.

—Preferiría morir antes, —le siseó ella, con la espalda tocando la fría pared de piedra. Estaba atrapada.

Anatol tiró bruscamente de ella para ponerla en pie, levantando la mano para golpearla.

—No, dulce mía, no morirás. Pero pagarás por lo que has hecho, te lo prometo. —Mientras bajaba el puño sobre ella, una forma oscura se precipitó a través de la ventana abierta.

—En nombre de Dios, ¿qué...? —rugió Anatol. Distraído por la intrusión, su golpe rebotó en un lado de la cara de Lena. Aun así, la fuerza de su mano la hizo trastabillar de lado, golpeándose la cabeza contra la pared con un fuerte crujido.

Lena luchó por mantener el equilibrio, preguntándose si el golpe le había hecho perder los últimos vestigios de su cordura.

En su estado de aturdimiento, le pareció ver a Jedrick Tarnowski poniéndose en pie para enfrentarse a ella, con una daga en la mano.

Lena sacudió la cabeza para intentar despejarla, pero en ese momento Anatol la agarró, protegiendo su cuerpo con el de ella. Su brazo rodeó cruelmente la parte superior de su cuerpo, ella sintió la fría hoja de su sable presionada contra su cuello.

—Si me tocas, la mataré, —advirtió Anatol, arrastrándola lentamente hacia la puerta.

—¿Por qué debería importarme tu prometida? —Dijo Jedrick con frialdad, su mano apretando la daga.

El rostro de Anatol se torció en una sonrisa malévola.

—Quizá desees protegerla, igual que protegiste a tu hermana.

Negros fragmentos de hielo brillaron en los ojos de Jedrick.

—Morirás por eso, Czarnowski.

Anatol rió roncamente.

—Si llegas a tocarme, mataré a la chica.

—Asqueroso bastardo. ¿Eres tan cobarde que debes esconderte detrás de una mujer?

—¿Te niegas a matarme mientras la tenga en mis brazos?

Cuando Jedrick no respondió, Anatol se rió.

—Ah, entonces debo concluir que sí te importa la mujer. Supongo que debo elogiarte. Tu gusto es de lo más admirable, pero tu proteccionismo es insensato... casi risible. Lena me pertenece y siempre me pertenecerá.

—Nunca, —gritó Lena, luchando por liberarse.

Jedrick dio un paso adelante pero se congeló cuando Anatol pinchó la piel de Lena con la hoja. Lena sintió que un cálido hilillo de sangre empezaba a bajar por su cuello y cerró los ojos.

—Ya ves, —dijo Anatol con calma.

—Tengo el poder de la vida y la muerte sobre ella. Si me tocas, ella muere. Lo juro.

Jedrick se obligó a contener su furia.

—Déjala ir, Czarnowski, y lucha como un hombre por una vez en tu vida.

Anatol resopló.

—¿De verdad crees que podrías engañarme para que luchara contigo? No eres más que un forajido, un criminal en tu propio país. —Apretó más a Lena contra su pecho hasta que ella jadeó en busca de aire—. Me encargaré de que te persigan mientras te atrevas a permanecer en Polonia. ¿Sabes que hay un precio considerable por tu cabeza, coronel?

Los ojos de Jedrick se oscurecieron, pero ignoró los intentos de Anatol de arrastrarle a una discusión.

—Esta conversación no es sobre mí —dijo, su voz calmada pero peligrosa—. Suelta a la mujer.

—Suelta primero la daga.

Un silencio sepulcral se apoderó de la habitación.

—No —dijo finalmente Jedrick, sus ojos tan oscuros que Lena no pudo leer ni un atisbo de emoción en ellos—. Pero podría considerar perdonarte la vida si sueltas a la chica.

Anatol se lamió los labios nerviosamente.

—Entonces te propongo un trato, Tarnowski. Soltaré a la chica cuando llegue a la puerta. Si te mueves hacia mí antes de eso, la mataré.

Lena jadeó ante sus palabras.

—No le escuches, Jedrick. Si le dejas ir, llamaré a los guardias. Nunca escaparás. Hay soldados suecos por todo el castillo.

Los ojos oscuros de Jedrick se posaron brevemente en su rostro, y ella vio la ira mortal en sus profundidades. El endurecimiento de su mandíbula y la tensión de su cuerpo le hicieron pensar en una pantera lista para atacar. Cerrando los ojos, pronunció una plegaria silenciosa.

—Muy bien; tienes paso seguro hasta la puerta, —dijo finalmente Jedrick en voz baja—. Pero te lo advierto, intenta sacarla de la habitación y morirás. Incluso si eso significa que la chica debe morir en el proceso. Te lo prometo.

Lena empezó a forcejear.

—No, Jedrick, es un truco. Nunca actuaré con honor.

Anatol sonrió y se dirigió hacia la puerta. Aún sosteniendo a Lena frente a él, Anatol alcanzó el pestillo y abrió la puerta de un tirón. Por un momento fugaz, Lena pensó que Anatol la arrastraría fuera de la puerta con él, pero de repente la empujó hacia Jedrick y cerró la puerta de golpe con un fuerte grito.

—Guardias, —le oyó gritar.

Jedrick corrió rápidamente el cerrojo de la puerta y luego la agarró por el codo, impulsándola hacia la abierta ventana. Ella alcanzó la cuerda que aún colgaba de la ventana, pero él se la quitó de las manos.

—No tenemos tiempo de bajar. Salta, —le ordenó.

Lena le miró atónita.

—¿Saltar? —balbuceó. Aunque no estaban lejos del suelo, estaba segura de que era posible hacerse daño saltando desde una ventana abierta.

—Salta —repitió Jedrick pacientemente—. El cerrojo no los retendrá por mucho tiempo.

De repente oyeron un ruido sordo al otro lado de la puerta y un fuerte golpe, seguido de un astillamiento contra la puerta. Antes de que pudiera decir otra palabra, Jedrick la levantó y la dejó caer por la ventana. Esperando chocar contra suelo duro, Lena se sorprendió al aterrizar en un cojín de hojas y hierba suave. Jedrick debía de haberlo preparado con antelación, pensó agradecida. Se esforzó por levantarse justo cuando Jedrick salía disparado por la ventana, aterrizando a su lado.

—Por aquí —siseó, poniéndose en pie.

Cogidos de la mano, huyeron por el jardín mientras los gritos de alarma sonaban por todo el castillo. Antes de que ella pudiera recuperar el aliento, estaban en la muralla del castillo, y

Jedrick ladró una orden a dos de sus hombres, que esperaban allí. Uno de ellos escaló inmediatamente el muro y miró hacia abajo.

Jedrick cogió a Lena de la mano.

—Voy a subirme a mis hombros. Quiero que te agarres a la cuerda y te subas todo lo que puedas. Uno de mis hombres te ayudará a subir el resto del camino. ¿Crees que puedes hacerlo?

Lena asintió resueltamente.

—Sí, puedo. Soy bastante buena escalando, de hecho.

Jedrick le dedicó una breve sonrisa, pero a la luz de la luna Lena pudo ver la preocupación en sus ojos.

Sin esfuerzo, la alzó sobre sus hombros. Alargando los brazos, Lena agarró la cuerda con firmeza. Mano sobre mano, tiró de sí misma hacia arriba, hacia la libertad. Cuando estaba cerca de la cima del muro sintió que alguien la agarraba de la muñeca y tiraba de ella para ponerla a salvo.

Apenas tuvo tiempo de tomar aliento antes de que el hombre le pusiera otra cuerda en las manos e hiciera un gesto hacia abajo.

—No se preocupe, milady, —le susurró alentador—, hay alguien esperándola para cogerla abajo.

Lena oyó los gritos de alarma cada vez más cerca de su posición y supo que tenía que darse prisa. Los hombres esperarían a que ella se pusiera a salvo antes de venir ellos mismos.

Tomando aliento, Lena comenzó el descenso. Cuando estaba casi en el fondo sintió una fuerte mano en su cintura. Exhalando profundamente, soltó la cuerda y cayó agradecida contra una forma sólida.

—Gracias, —susurró al hombre que la había ayudado. Momentos después, Jedrick y su hombre saltaron ligeramente al suelo junto a ellos.

—Vamos —instó Jedrick, agarrando a Lena de la mano y llevándola hasta su montura. Se quedó sin aliento al ver que los hombres cabalgaban en distintas direcciones. Antes de que pudiera llamar la atención de Jedrick, éste había saltado sobre su corcel y se agachó para subirla a la silla.

—¿Adónde van los demás?—preguntó desconcertada.

—No te preocupes, Lena. Estarás a salvo conmigo, —dijo Jedrick, con los labios apretados contra su oreja. Ella asintió y él le dio un suave apretón en el hombro. A diferencia de la primera vez que se había visto obligada a compartir su montura, ahora Lena agradecía el calor y la protección de sus brazos.

Los gritos del interior del castillo habían crecido hasta convertirse en un rugido, y Lena jadeó al oír abrirse las puertas y el estruendo del galopar de los cascos. El ulular de un cuerno hendió la noche.

—Que Dios nos ayude —susurró—. Ahí vienen.

Jedrick impulsó a su caballo a todo galope, el silencio ya no era un factor. Lena se agarró a las crines del caballo para salvar su vida, deseando que Jedrick pudiera rodearle la cintura con el brazo. Pero era imposible; él sostenía las riendas en una mano y un escudo en la otra,

anticipándose y bloqueando las ramas que los habrían arrojado a ambos de la silla de montar.

Pronto el corazón palpitante de Lena empezó a latir al compás de los cascos del caballo. Por el rabillo del ojo le pareció ver una forma oscura, pero desapareció en un borrón y volvió a concentrarse en permanecer en la silla de montar.

No se detuvieron ni una sola vez durante su agotador y tortuoso viaje a través de la oscuridad. Cuando Lena estaba segura de que no podría permanecer ni un momento más en la silla, Jedrick dio de repente un fuerte tirón de las riendas del semental, haciendo que se detuvieran bruscamente. Rápidamente, se deslizó fuera de la silla, haciendo un gesto silencioso a Lena para que se quedara donde estaba.

Ella le vio desaparecer en el bosque, con el corazón latiéndole enloquecido por el miedo y la desesperación. Decidida, apretó las manos para no gritarle que volviera. Sin embargo, pasaban los minutos y no había rastro de él. El miedo empezó a retumbar con fuerza en su corazón. Dios mío, ¿dónde estaba?

El caballo debió percibir su desesperación porque emitió un relincho suave y nervioso. Agachándose, acarició tranquilamente la cabeza del corcel.

—No te preocupes —murmuró—, Volverá.

Jedrick regresó, pero sólo después de varios agonizantes minutos. Lena suspiró audiblemente aliviada cuando lo vio,

—Los perdimos, —dijo Jedrick con una sonrisa cansada. Lena juntó las manos y rezó una oración silenciosa de agradecimiento.

—¿Dónde están los demás? —preguntó mientras él la ayudaba a bajar de la silla de montar.

—Esperemos que en la misma posición que nosotros, —dijo Jedrick, apartando unos matorrales—. Dividimos filas para confundir a nuestros perseguidores. Ninguno de nosotros tomó la misma ruta. Un hombre solo es mucho más difícil de encontrar en el bosque, especialmente en nuestro bosque.

Lena asintió lentamente, frotándose la dolorida espalda.

—¿Cómo os encontraréis después?

—En el campamento, —dijo Jedrick, desatando una mochila de cuero y sacando un saco de dormir.

—¿El campamento? —preguntó Lena sorprendida.

—Sí, los restos de las fuerzas polacas en Pila y otros se han reagrupado en un pequeño campamento militar en las afueras de Varsovia. Mis hombres están allí. —Extendió el saco de dormir en el suelo. —No te preocupes, Lena. Todo saldrá bien.

Jedrick le indicó con la mano que se sentara y ella, cansada, le obedeció. Un pequeño gemido se escapó de sus labios. Le dolían todos los músculos del cuerpo y tenía frío.

—¿Podemos encender un fuego? —preguntó, envolviéndose con los brazos para entrar en calor.

Jedrick frunció el ceño. Sabía que su vestido era poca defensa contra el viento fresco de la tarde, pero no podía arriesgarse a encender un fuego. Su situación era aún demasiado precaria.

Jedrick sacudió la cabeza con pesar.

—Lo siento, pero aún estamos demasiado cerca de la finca de los Czarnowski para hacer una hoguera. —Se desabrochó el cinturón y se pasó la túnica por la cabeza—. Toma, ponte esto —le dijo, pasándole la pesada túnica por los hombros.

Lena se sintió extrañamente conmovida por su gesto desinteresado. Era la segunda vez desde que se conocían que él le ofrecía su camisa. Tímidamente, levantó la vista; inhaló bruscamente cuando sus ojos recorrieron la amplia extensión de su pecho y sus hombros. Había olvidado lo grande que era, su cuerpo emanaba fuerza y poder. Después de no haberle visto en meses, se maravilló de nuevo ante su tamaño y su buen aspecto.

—¿No tendrás frío? —tartamudeó, ruborizándose cuando se dio cuenta de que él la había pillado mirando.

Jedrick negó con la cabeza.

—No. Ahora bebe un poco de esto. Creo que te ayudará.

Lena alargó la mano y aceptó el frasco. Dio un gran trago y luego tosió, limpiándose la boca de forma poco delicada con el dorso de la mano.

—Es fuerte —jadeó. Pero tenía razón; el ardiente líquido pronto empezó a calentarla.

Jedrick sonrió.

—No hay nada como un poco de vodka para calentar a un hombre... o a una mujer, para el caso.

Lena sonrió irónicamente mientras Jedrick se arrodillaba a su lado.

—¿Habías oído alguna vez este poema, Lena? —preguntó suavemente, con una sonrisa en la voz. Suavemente se aclaró la voz.

Hermanos, hermanos, ¡a vuestros caballos! Ya hay una botella sobre la mesa, ¡Cojamos esas armas de cristal, Y dirijámonos al campo de batalla!

Lena se rió.

—¿"Armas de crista"? No, no puedo decir con toda honestidad que haya oído ese poema antes, pero puedo imaginarme bien el espíritu con el que se dijo.

Ambos rieron, disfrutando del momento. Ella volvió la cabeza hacia él, y Jedrick frunció el ceño cuando vislumbró su rostro a la luz menguante de la luna. Extendiendo la mano, volvió su rostro hacia él para inspeccionarlo más de cerca.

—Bastardo —dijo en voz baja, notando la hinchazón morada bajo su ojo y la roncha roja a lo largo de su pómulo. Su tacto era suave y cálido y Lena sintió que el corazón le daba un vuelco.

Levantó la mano para tocarle el hombro.

—Debo darte las gracias. Anatol Czarnowski está verdaderamente loco.

Su tacto fue ligero y fresco sobre su piel desnuda.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño, Lena? —preguntó Jedrick en voz baja.

Sus ojos estaban llenos de tanta preocupación que Lena sintió que la emoción le apretaba la garganta. —No. Sólo me golpeó una vez. Pero le desfiguré con un corte en un lado de la cara.

Nunca me lo perdonará.

Jedrick gruñó, con las manos apretadas a los lados.

—Juro que le haré pagar. Por todo.

Lena se estremeció ante el escalofrío de su voz y se ajustó más la túnica alrededor de los hombros. Ninguno de los dos habló durante varios minutos.

—Jedrick —preguntó de pronto en voz baja—. ¿cómo sabías que me habían llevado a la finca de los Czarnowski? Sólo B-Boguslaw lo sabía. —Su voz se entrecortó con el nombre del gigante, y Jedrick levantó rápidamente la cabeza para mirarla.

—Pues fue Boguslaw quien me lo dijo. Nos cruzamos con él en un camino conocido sólo por mí y mis hombres. Sabía que si estaba vivo, regresaría a Varsovia por esa ruta.

Lena le miró estupefacta, con la boca abierta por el asombro.

—¿Boguslaw está vivo?

Jedrick asintió, frunciendo el ceño.

—¿No lo sabías? Le salvaste la vida.

Lena cerró los ojos aliviada.

—Alabado sea Dios. Anatol me dijo que estaba muerto.

Jedrick resopló.

—Un deseo, sin duda.

—Oh Dios, Boguslaw está vivo, —susurró maravillada—. ¡Vivo!

Jedrick sintió de repente una punzada de celos.

—¿Te importa ese hombre? —dijo despreocupadamente, pero las palabras le salieron más agudas de lo que pretendía.

—Claro que me importa. Es mi amigo.

—¿Amigo? —preguntó Jedrick, enarcando una ceja. El gigante tenía pocos amigos; la mayoría de la gente se sentía intimidada por su tamaño y su aspecto.

Lena oyó la nota de incredulidad en su voz y frunció el ceño.

—¿Es tan difícil de creer?

Supuso que en realidad no era tan difícil de creer que aquella pequeña tentadora pelirroja hubiera encandilado incluso al impenetrable gigante. Sí, podía creerlo. pero no tenía por qué gustarle.

—Puedes ser amiga de quien quieras, Lena, —dijo, apartándose de ella—. Toma un poco más de vodka y cepillaré al caballo. —Se alejó en la oscuridad y Lena pudo oír la ira en sus pasos.

¿Qué he hecho ahora? pensó consternada. En un momento se había mostrado tierno, y en el siguiente le frunció el ceño con fiereza. Sus acciones eran confusas, por no decir otra cosa. Su ceño se frunció aún más mientras cogía la petaca para beber otro sorbo.

—¿Qué quiso decir Anatol cuando dijo que eras una proscrita en tu propio país? —,ritó

mientras oía el sonido constante de Jedrick cepillando al caballo.

—Quiere decir que nunca renunciaré a intentar librar a Polonia de sus invasores... ni de sus traidores.

—Dijo que había un precio por tu cabeza.

El cepillado se detuvo bruscamente.

—Supongo que impresioné al mariscal de campo sueco en Pila. Los suecos aún me consideran una amenaza... alguien que podría liderar una rebelión contra ellos. —Había un rastro de fría amargura en su voz.

—¿Rebelión? —susurró Lena.

Jedrick reanudó el cepillado.

—Esta tierra pertenece a Polonia. Las llamas de la resistencia arden con más fuerza bajo la pesada mano de la opresión.

—¿Pero cómo obligarán a los suecos a marcharse? El ejército polaco ha sido casi derrotado y Varsovia ha sido tomada. El rey Casimiro está en Cracovia, y la gente dice ahora que planea huir a Silesia. ¿Qué se puede hacer?

Jedrick volvió a la vista y se arrodilló junto a ella.

—Los suecos no entienden en absoluto al pueblo polaco. Creen que dividiéndonos podrán conquistarnos. Sin embargo, olvidan que hay una cosa que mantiene unidos a los polacos, independientemente de su clase.

Lena pensó un momento.

—La Iglesia —susurró, la comprensión asomando a su rostro.

Jedrick asintió.

—Sí, la Iglesia. Los suecos son protestantes y, por tanto, amenazan lo que todos los polacos consideran más sagrado. En cuanto el pueblo se dé cuenta de ello, será sólo cuestión de tiempo que recuperemos nuestro país.

Habló con tanta confianza que Lena sintió una chispa de esperanza.

—Rezo para que tengas razón, —dijo en voz baja.

—Tengo razón, —dijo él con fría y dura certeza. Se levantó y regresó al caballo.

Lena apretó los labios pensativamente y bebió otro sorbo de la petaca. El líquido quemó un rastro desde su garganta hasta su estómago, y suspiró satisfecha. Aunque aún no estaban completamente fuera de peligro, se sentía más cálida y segura de lo que se había sentido en semanas. Sin embargo, aún había tantas cosas que la desconcertaban, tantas preguntas que ansiaba formular. ¿Por qué Anatol Czarnowski me llamaba por el nombre de mi madre? ¿Qué significaba?

Lena se presionó la frente con la punta de los dedos. Si no estuviera tan cansada, tal vez sería capaz de descifrarlo todo. Pero estaba agotada y la bebida la había mareado.

—¿Lena?

Lena parpadeó y luego se frotó los ojos. Debía de haberse quedado dormida sin darse

cuenta.

—¿Sí? —preguntó, sacudiendo la cabeza para despejarla.

—Podrías dormir durante una incursión cosaca, —dijo Jedrick, con una sonrisa en la voz.

—Tumbate y duérmete. —La empujó suavemente sobre el saco de dormir.

Demasiado cansada para protestar, Lena se acomodó lo más cómodamente posible, tirando de una esquina del delgado cubrecama sobre ella. Pronto, la pesada atracción del sueño la drogó y sucumbió lentamente a sus suaves ondas. Estaba casi dormida cuando sintió que alguien se estiraba a su lado.

Alarmada, Lena se incorporó, súbitamente despierta. Se asombró al ver a Jedrick tumbado a su lado, con una fina manta enrollada alrededor de los hombros y los brazos cruzados sobre el pecho aún casi descubierto.

—¿Qué estás haciendo? —chilló ella.

—Durmiendo.

Lena se quedó boquiabierta.

—¿Durmiendo? ¿Por qué? No puedes dormir aquí... junto a mí. —Sintió que sus mejillas se sonrojaban—. No es apropiado.

Jedrick exhaló con fuerza.

—Es el único lugar para dormir. Sólo hay un saco de dormir.

Lena apretó la túnica' más fuerte alrededor de su pecho.

—Entonces tendrás que buscar otro sitio para dormir.

Jedrick gimió.

—¿Necesito recordarte que este es mi saco de dormir? Ahora acuéstate, Lena; estoy demasiado cansado para discutir.

Lena sacudió la cabeza con obstinación.

—No me acostaré a tu lado. ¿Y si intentas aprovecharte de mí? — El calor de su rostro aumentó, para su mortificación.

Jedrick casi se rió en voz alta ante lo absurdo de su afirmación. Estaba tan agotado por las actividades de las últimas semanas que casi no había tenido fuerzas para cepillar y dar de beber al caballo.

—Estoy demasiado cansado para ser una amenaza para ti, o para cualquier mujer en realidad, Lena.

—P... p... pero... —empezó ella pero no terminó cuando Jedrick alargó la mano con la velocidad del rayo y la agarró de la muñeca, tirando de ella hacia abajo junto a él. Mientras ella escupía indignada, él lanzó uno de sus poderosos muslos sobre las piernas de ella y luego cerró los ojos.

—Buenas noches, —dijo con firmeza.

Lena se quedó boquiabierta. Luchó durante varios minutos para liberarse de él y luego golpeó con las manos su pecho desnudo. Ni siquiera se molestó en abrir los ojos.

—Suéltame, —le exigió en voz baja.

Él no se movió ni acusó recibo de sus palabras. Comprendiendo que seguir luchando sería inútil, apretó los labios y se quedó rígida, sin atreverse a moverse no fuera a rozarle.

Finalmente, el calor de su cuerpo la arrulló con su tibieza. Era una sensación extraña, tumbarse junto a un hombre, pero la encontró extrañamente agradable y reconfortante, en absoluto pecaminosa, como había esperado que fuera. El calor de su aliento en la mejilla y el cuello de ella era cálido y sensual, y le ponía la piel de gallina cada vez que él exhalaba.

Poco a poco, Lena se relajó, saboreando el calor del cuerpo de Jedrick. Nunca se había sentido tan segura y protegida. Un destello de anhelo la atravesó. Ojalá este momento pudiera durar para siempre.

Al cabo de un rato sin que Jedrick se moviera, Lena estaba convencida de que dormía. Con cuidado, giró la cabeza para mirarle. Tenía los ojos cerrados y el rostro tranquilo. Su pecho subía y bajaba rítmicamente con cada respiración. Al observarle, Lena tuvo de repente el extraño impulso de tocarle la cara y trazar una línea por sus mejillas rastrojadas hasta llegar a sus labios. Era un hombre apuesto, pero a pesar de su imponente tamaño su rostro era apacible cuando dormía. Ella tiró de la manta más abajo sobre sus hombros. Sus dedos se cernieron sobre su mejilla y luego los retiró, cerrando el puño y apretándolos a su lado. Que Dios la ayudara, ¿qué estaba haciendo?

Suspirando suavemente, consiguió ponerse de lado, rezando por dormir.

Sin embargo, el sueño no llegaba. Estaba inquieta, deseosa de explorar cada centímetro masculino del hombre que se extendía a su lado. El calor subió a sus mejillas. Señor, ¿cómo podía tener pensamientos tan pecaminosos?

En ese momento, Jedrick murmuró algo somnoliento y le pasó el brazo por la cintura, acercándola. El trasero de ella encajó bien contra sus muslos, y su boca descansó cómodamente contra su cuello. Suspirando, le acarició con el rostro la piel de detrás de la oreja, y el pecho de Lena se tensó mientras un destello de calor recorría su cuerpo. Jedrick se despertó de inmediato, buscando a tientas su espada.

—¿Qué demonios? —dijo irritado, cuando vio a Lena sentada, mirándole con los ojos muy abiertos.

Ella se apartó de él a una distancia prudencial. Jedrick se pasó cansinamente los dedos por el pelo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Lena contestó tan rápido que Jedrick la miró sorprendido.

—Qué mala suerte —dijo irónicamente, tumbándose en el saco de dormir—. ¿Ahora puedo volver a dormir?

Lena sonrió a su pesar. Se tumbó, con cuidado de dejar una distancia decente entre ellos.

—Jedrick, ¿puedo preguntarte algo? —preguntó después de que hubieran pasado varios momentos.

Jedrick abrió un ojo.

—¿Te dormirás si te contesto?

Ella fingió que no había oído su pregunta.

—¿Por qué no mataste a Anatol Czarnowski cuando tuviste la oportunidad? ¿Tenías miedo de no acertarle con tu daga.

Jedrick rodó sobre un costado, apoyándose en el codo.

—¿Qué? —repitió, asombrado por la pregunta. La estudió rostro, pero ella le devolvió la mirada abiertamente, claramente inconsciente de lo mucho que le había insultado a él y a sus habilidades.

Se obligó a alejar su ira.

—No. No habría fallado, Lena.

Ella frunció el ceño ante su respuesta.

—¿Entonces por qué no arrojaste la daga y le mataste? ¿Qué te detuvo?

Él alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Un hombre tarda unos instantes en morir. Anatol sólo necesitaba unos instantes para clavarte el puñal en la garganta. Si hubiera sabido que estaba a punto de morir, ¿te habría perdonado la vida, Lena?

Ella se estremeció.

—No —susurró—. No lo habría hecho.

Jedrick se recostó de nuevo en el cubrecama, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—Entonces tienes tu respuesta. Ahora vete a dormir.

Lena guardó silencio durante varios minutos.

—P...pero yo debería haber sido prescindible para ti, —dijo finalmente, su voz no más alta que un suave susurro—. Podrías haberle matado. Es lo que querías más que nada, vengar la muerte de tu hermana.

—Vengaré su muerte —dijo él, su voz fría y distante, con un duro filo de certeza—. Pero no a costa de tu vida, Lena.

Su corazón dio un salto ante sus palabras.

—¿Realmente no me habrías dejado morir? Dijiste que si me sacaba de la habitación, lo matarías, incluso si eso significaba matarme en el proceso.

Jedrick suspiró profundamente.

—Mentí. Fue un farol. Aposté a que Anatol Czarnowski estaba más preocupado por escapar con vida que por ti. No deberías haber dudado de mí. Te di mi palabra de que te protegería de Anatol Czarnowski. Además, le debo la vida de mi hermano. Y ahora también por la de uno de mis hombres.

Lena sintió una punzante decepción. Por un momento, había creído que Jedrick la había salvado porque ella significaba algo para él. Pero en realidad, sólo la había rescatado por su honor y por la deuda que tenía con ella. Y ahora la deuda había sido saldada.

—Ya veo, —dijo ella en voz baja.

Jedrick oyó la angustia en su voz y pensó erróneamente que los acontecimientos del día por fin la habían superado. Le envió una mirada de reojo mientras intentaba pensar en algo que decir que la hiciera sentir mejor.

—Hoy has sido valiente, Lena. Me complació. —En cuanto las palabras salieron de su boca, frunció el ceño. No era exactamente lo que había querido decir, pero maldita sea, no estaba acostumbrado a hacer cumplidos, especialmente a las mujeres.

Lena se inclinó más hacia él para ver si sonreía, su pelo se derramó sobre su pecho. El corazón de Jedrick latió con fuerza.

Estaba tan cerca, sus labios redondos y carnosos a sólo unos centímetros de su cara. Su aliento era cálido, dulce y sensual en su cara.

El cansancio de Jedrick se desvaneció al instante mientras su deseo se multiplicaba por diez. Señor, si ella no se apartaba, sin duda él haría algo de lo que podría arrepentirse. Con un movimiento lento y deliberado, rodó sobre un costado, dándole la espalda.

—Duérmete, Lena, —le ordenó suavemente—. Te prometo que no me aprovecharé de ti.

Lena exhaló profundamente, en cierto modo decepcionada. Durante varios minutos, se movió, intentando ponerse cómoda. Un dolor de soledad e infelicidad comenzó en su pecho y se extendió por todo su cuerpo.

—Te debo la vida de mi hermano. Y ahora también por la de uno de mis hombres. —Que Dios la ayudara, eso era todo lo que ella significaba para él. Había sido tan tonta al esperar más. Las lágrimas ardían en sus ojos mientras se revolvía.

Jedrick apretaba los dientes cada vez que ella le rozaba. Ella lo volvería loco de deseo si se movía una sola vez más. Finalmente, se acomodó en una posición y se quedó quieta. Él exhaló suavemente y trató de dejar que la tensión de su cuerpo se aflojara. Señor, ella le afectaba como ninguna otra mujer lo había hecho jamás. Peor aún, era tan inocente; no tenía ni idea de cómo lo tentaba.

Jedrick rodó sobre su espalda, poniendo el codo bajo su cabeza. Ya no tenía sueño. Las estrellas eran hermosas y la noche estaba nítida y clara. Era una noche de otoño perfecta. Salvo que todo iba mal.

Giró ligeramente la cabeza cuando un mechón de pelo de Lena le rozó la mejilla. Había arriesgado mucho para volver a por ella. Sin embargo, no había podido dejar de pensar en ella. Pensar en Lena en brazos de Anatol Czarnowski le enfurecía y le daba asco con tal ferocidad que le sorprendía. Quizá porque no pudo salvarla de él, Danuta. Sí, debe ser por eso que volví a por ella.

Jedrick frunció inmediatamente el ceño ante aquel pensamiento. No había vuelto por venganza, ni para absolverse de la muerte de Danuta, y lo sabía. Había vuelto por una sola razón: porque se preocupaba por Lena Wright.

Girándose ligeramente, intentó ver su rostro en la oscuridad. ¿Qué haría con ella ahora que la había salvado de Anatol Czarnowski? Ya no deseaba utilizarla en sus planes de venganza, pero no podía ponerla en peligro manteniéndola cerca de él. Era un soldado, y ahora un hombre perseguido en su propio país.

Sólo podía hacer una cosa. A la primera oportunidad, tendría que embarcarla de vuelta a

Inglaterra. Pero, ¿qué tenía allí, salvo un tío que la golpeaba?

Le tocó ligeramente la sedosa curva de la mejilla. Fuera lo que fuese lo que le esperaba en Inglaterra, seguro que sería mejor que lo que podría ocurrirle si se quedaba en Polonia. Pero la idea de renunciar a ella hizo que su cuerpo se tensara.

Somnolienta, Lena se acurrucó más cerca, las suaves hebras de su cabello rozándole el pecho. Sin pensarlo dos veces, Jedrick la atrajo hacia la protección de sus brazos, con la barbilla apoyada ligeramente en su pelo.

Dios, era hermosa y valiente. Cuando Boguslaw le habló de sus acciones, Jedrick se sintió furioso de que se hubiera puesto en semejante peligro, pero al mismo tiempo, se sentía orgulloso de ella. Se había preguntado durante días si debía estrangularla o besarla. Ahora le apretó un beso en la parte superior de la cabeza.

Lena se acurrucó más cerca de él y algo le dio un tirón en el corazón. Apretó los brazos en torno a ella. Dios, se sentía bien entre sus brazos. Cerró los ojos.

Su cuerpo era demasiado suave para la tranquilidad de un hombre. Pasaría mucho tiempo antes de que el sueño lo reclamara esta noche.

Capítulo 18

Lena estaba teniendo el sueño más maravilloso. Estaba bailando con un hombre apuesto bajo las estrellas, con un hermoso vestido plateado. La noche era cálida y la luna brillaba en el cielo, proyectando una luz dorada a su alrededor. Los brazos que la sujetaban eran fuertes, y ella se sentía amada, querida y protegida. Mientras daba vueltas y vueltas bajo la luna, deseó que el baile no acabara nunca.

—¿Lena?

Sus ojos se abrieron de golpe y miró directamente a un par de ojos grises sonrientes. Parpadeó sorprendida y luego sacudió la cabeza para despejar el sueño de su mente.

—Confío en que hayas dormido bien, —dijo Jedrick, con un brillo en los ojos. Lena empezó a incorporarse y luego se quedó congelada en el sitio. ¡María Madre de Dios! Estaba despatarrada casi encima de él, con el vestido arremangado alrededor de las rodillas, su pierna descansando entre los muslos de él. Con un pequeño grito de consternación, rodó hacia un lado y se sentó, luchando por bajarse el vestido por encima de las piernas.

—Lo siento, —dijo apresuradamente, con la cara caliente—, No t... tengo ni idea de cómo ha pasado.

Jedrick la miró divertido.

—Afortunadamente, no puedo decir lo mismo.

Lena sintió que su vergüenza aumentaba.

—¿No puedes?

Jedrick soltó una risita y se levantó.

—No te preocupes, Lena. Has sobrevivido a la noche con tu virtud intacta.

Dándose la vuelta, Lena levantó la vista para ver los tenues rayos rosados del amanecer en el cielo. ¿Era ya de día? Se sentía como si apenas hubiera cerrado los ojos. Se ruborizó de nuevo, recordando lo íntimamente que había apretado su cuerpo contra él. Dios mío, ¿cómo dejé que eso sucediera?

Jedrick observó cómo una serie de emociones cruzaban su rostro. Sus expresiones eran abiertas, sinceras y fáciles de leer. Sonrió cuando el rubor de ella se deslizó desde sus mejillas hasta la columna de marfil de su cuello. Le tendió una mano y ella la cogió, poniéndose apresuradamente en pie. Rápidamente, se agachó y recogió su túnica del saco de dormir, entregándosela tímidamente. Su sonrisa se ensanchó al cogérsela.

—¿Dónde está el arroyo? —preguntó Lena, intentando mantener cierta apariencia de dignidad.

Jedrick señaló más allá de los árboles y ella se puso en marcha, frotándose la rigidez de los brazos y la espalda. Arrodillada en la orilla del arroyo, ahuecó el agua fresca entre sus manos y se la salpicó generosamente en la cara y el cuello. Se sintió maravillosa y refrescante, aunque cuando terminó estaba temblando.

Sentada en el suelo, hizo balance de su pelo. Hacía tiempo que la mayor parte se había escapado de su trenza y ahora colgaba suelto sobre sus hombros. Pacientemente, desató la trenza, pasándose los dedos por el pelo y alisando los enredos.

Casi había terminado cuando sintió que alguien la observaba. Alarmada, se volvió y vio a Jedrick apoyado en un árbol, mirándola fijamente. Aún no se había puesto la túnica y los primeros rayos del sol brillaban en su ancho torso. A la luz del día sus rasgos parecían aún más masculinos y poderosos. Su cuerpo era esbelto y musculoso, y su pecho estaba cubierto de espesos rizos oscuros. Por primera vez

Lena se fijó en sus cicatrices, la más larga de las cuales iba desde la parte superior de sus costillas y desaparecía bajo la cintura de sus calzones. Fascinada, contó seis cicatrices en total. Seis cicatrices que ella podía ver claramente.

Al darse cuenta de que llevaba un rato mirándole fijamente, apartó rápidamente la vista.

Jedrick la observó, extrañamente complacido por la admiración que veía en sus ojos. Sólo había venido a instarla a que se diera prisa, ya que quería abandonar la zona lo antes posible. Sin embargo, cuando la había encontrado en la orilla del arroyo, con su cabello rojo extendido a su alrededor como una cortina centelleante, se había detenido atónito. Era dolorosamente hermosa. Sus mejillas estaban recién lavadas y las gotas de agua brillaban como diamantes en su cuello y su pecho. Parecía tan inocente como un ángel y tan tentadora como una ninfa. Jedrick respiró hondo, sacudido por la fuerza de su repentino deseo por ella.

—Sólo me estaba arreglando el pelo, —dijo Lena lentamente, poniéndose en pie. Jedrick no se movió, pero mantuvo los ojos fijos en el rostro de ella.

—¿Qu... qué pasa, Jedrick? —preguntó ella, su voz sonaba curiosamente sin aliento.

—No pasa nada, —contestó finalmente Jedrick, su voz un rumor bajo y ronco—. Sólo deseo mirarte. Eres absolutamente exquisita. —Su ardiente mirada tocó cada centímetro de ella, y el corazón de Lena revoloteó furiosamente mientras apartaba rápidamente la mirada.

Me desea. ¡Oh Dios, ¡me desea! Pensar en ello la emocionaba a la vez que la asustaba. Lentamente, levantó la cabeza para mirarle.

Los ojos gris acero se encontraron con los verde azulado con una pregunta tácita. Lena sintió un cosquilleo en la boca del estómago. Cerró los ojos, intentando dar algún sentido a los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza, pero no podía pensar por encima del latido de su corazón.

Abriendo los ojos, dio un paso tembloroso hacia él.

Una ráfaga de deseo al rojo vivo recorrió a Jedrick. Su disciplina le estaba abandonando. Podía sentir cómo se alejaba, pero no podía encontrar dentro de sí mismo la orden de que volviera. Con fiereza, se dijo a sí mismo que se diera la vuelta y se alejara de ella. Si permanecía un momento más en su presencia, la tendría, quisiera o no.

—Aléjate, Lena, —dijo roncamente, su voz un susurro desgarrado.

Pero Lena no prestó atención a sus palabras. Una extraña sensación de inevitabilidad se había apoderado de ella. Quería estar en los brazos de Jedrick, sentir sus labios en los suyos. Estaba cansada de luchar con él y consigo misma. Al menos por ese momento, nada más importaba que estar cerca de él. Lo sentía con una certeza que no sabía que poseía.

Una gota de sudor apareció en la frente de Jedrick. Él había visto los primeros despertares de su deseo y cómo ella luchaba por comprenderlo. Un rubor rosado cruzó sus mejillas y sus ojos estaban oscuros de pasión. Apretó las manos a los lados. Señor, podía ser capaz de contener sus propios impulsos con un esfuerzo supremo, pero si ella seguía mirándole así, la razón pronto le abandonaría.

—Te lo advierto, Lena, —dijo Jedrick entre dientes apretados—, no podré negarme a mí mismo si te acercas un paso más.

Lena se tambaleaba al borde de la razón y el deseo. No deseaba nada más que vivir ese momento con él. Independientemente del resultado, sabía en el fondo de su corazón que nunca se arrepentiría. Respirando hondo, miró a Jedrick directamente a los ojos y dio otro paso adelante.

Jedrick hizo el resto. Con un rápido movimiento, cerró la distancia entre ellos y la estrechó entre sus brazos. Sus dedos se entrelazaron en su pelo y su boca cubrió la suya con un hambre ardiente.

Lena jadeó ante la ferocidad de su beso, sus labios se separaron voluntariamente bajo los de él. Sus dedos se enroscaron en los crujientes pelos de su musculoso pecho mientras él la aplastaba contra sí. Sus labios estaban calientes y hambrientos mientras sondeaba los rincones de su boca, explorando y saboreando hasta que Lena pensó que se desplomaría de puro placer.

La boca de Jedrick se cerró sobre la suya una y otra vez, su beso cada vez más feroz y exigente. Nunca había deseado tanto a una mujer. Quería saberlo todo de ella, explorar cada centímetro de su cuerpo y descubrir cada secreto de su alma. Era como una droga; no podía pensar con claridad cuando estaba con ella.

—Tocas mi alma con tu dulzura, —murmuró, estrechando su cuerpo contra el suyo. Sus pechos se aplastaron contra su pecho, y él pudo sentir la dureza de sus pezones a través del fino material de su bata. Acarició un pecho, frotando suavemente el pezón con el pulgar. Ella gimió, arqueando su cuerpo contra él, sus dedos clavándose en sus omóplatos.

—Jedrick, —susurró ella, su aliento caliente contra su cuello.

Jedrick exhaló apresuradamente. Dios, la pasión de ella le estremecía. Con un gruñido, sus manos capturaron las nalgas de ella, apretándola contra su excitación. Ella era exquisita y completamente excitante. Levantó la cabeza de los labios de ella y respiró entrecortadamente.

Demasiado tarde, oyó la suave pisada detrás de él. Antes de que pudiera moverse, sintió la fría hoja de un cuchillo presionando su cuello.

—Aléjese de ella, —dijo fríamente una voz.

Maldiciendo suavemente en voz baja, Jedrick soltó a Lena, retrocediendo con cuidado. Se maldijo por hacer lo único que un soldado nunca debe hacer: quedarse desarmado y fuera del alcance de su arma.

Los ojos de Lena se abrieron de golpe.

—Es uno de los hombres de Anatol, —jadeó, con el corazón saltándole de terror.

—Cállate, muchacha, —le gritó el hombre, mostrando una boca llena de podridos dientes negros.

—Cuidado con cómo le hablas a la dama, —dijo Jedrick, con voz baja y peligrosa.

El hombre sonrió malvadamente.

—Tal y como yo lo veo, coronel, usted no está en posición de decirme lo que tengo que hacer. Si me enfada, le mataré. Usted vale más vivo, pero yo no dudaría en cortarte el cuello si te me cruzas. De hecho, podría disfrutarlo. —Resopló su risa y Lena retrocedió.

—¿Adónde vas, bonita? —le preguntó a Lena, con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué no vienes aquí para que pueda echar un vistazo más de cerca?

Lena sacudió la cabeza con recelo y el hombre sonrió torcidamente.

—No importa. Pronto me hartaré de usted. —Encogiéndose de hombros, se soltó una mochila del hombro y sacó un rollo de cuerda.

—Ven aquí, chica, y átale, —dijo, lanzándole la cuerda a Lena.

Lena miró a Jedrick a los ojos y asintió levemente. Lentamente, se agachó y cogió la cuerda.

—Deprisa, —ordenó el hombre con impaciencia. Lena se acercó a él mientras obligaba a Jedrick a poner las manos a la espalda—. Átale bien, muchacha. Si haces las ataduras demasiado flojas, le cortaré una oreja. —Se rió de nuevo, presionando el acero detrás de la oreja de Jedrick.

Lo bastante cerca como para oler al hombre, Lena sintió arcadas ante su hedor nauseabundo. Por un momento, vaciló insegura, antes de que sus ojos se clavaran en la hoja de acero contra la piel de Jedrick. Con cuidado, empezó a atar las ligaduras alrededor de las muñecas de Jedrick. Los huesos de sus manos eran tan grandes que le costó enrollar la cuerda alrededor de ellos.

—¿Por qué tardas tanto, muchacha? —preguntó el hombre con impaciencia—. Date prisa o le cortaré la oreja.

—Malditamente improbable, —murmuró Lena en inglés, bajando la cabeza de cerca por encima de las ataduras.

El hombre gruñó, mirando por encima del hombro de Jedrick lo que ella hacía.

Era el momento que Jedrick había estado esperando. Desplazando todo su peso hacia su lado derecho, lanzó su cuerpo firmemente contra el hombre. Cogido desprevenido, el degollador luchó por mantener el equilibrio, pero la fuerza del cuerpo de Jedrick era demasiado abrumadora. Gritando un juramento, el hombre cayó al suelo con un ruido sordo. Jedrick aterrizó parcialmente sobre él, arrancándole las manos de la cuerda.

Todavía empuñando el cuchillo, el degollador lanzó un tajo a la cara de Jedrick, fallando sólo por centímetros. Jedrick se abalanzó sobre la muñeca del hombre, agarrando carne y metal. El hombre dio una patada hacia atrás con saña, y su rodilla conectó de lleno con la ingle de Jedrick. Gruñendo de dolor, Jedrick apretó la mano de su adversario con un agarre que aplastaba los huesos, intentando obligarle a soltar el cuchillo. El hombre aulló de rabia pero se aferró obstinadamente a la hoja.

Lena observó la feroz lucha, congelada por el terror. Finalmente recobró el sentido y corrió

hacia el caballo para coger la espada de Jedrick. Volvió corriendo hacia los hombres que peleaban y vio cómo Jedrick arrancaba la daga y se la clavaba en la garganta al hombre. Volviéndose, Lena soltó la espada y cayó de rodillas, con arcadas. Las lágrimas le ardían en los ojos y los cerró con fuerza para evitar que la humedad se derramara por sus mejillas.

Jedrick se levantó furioso, arrojando la daga ensangrentada a los árboles. Estaba furioso consigo mismo por haberles permitido llegar a semejante situación. Su descuido casi les había costado la vida.

—Maldita sea, —maldijo en voz baja, pasándose los dedos por el pelo. Un minuto con Lena y había olvidado todo lo que había aprendido. Control, férreo control, era lo que necesitaba un soldado. Preocuparse por una mujer aunque sólo fuera un poco podía hacerle vulnerable. Y para un soldado, ser vulnerable significaba la muerte instantánea.

Maldita sea, había estado actuando como un completo y absoluto idiota. Como resultado, había fracasado a la hora de proteger a Lena y casi había perdido su propia vida en el proceso. Hoy había aprendido una dura lección. Más le valía controlar su atracción por Lena. Era peligroso para él interesarse por ella, y aún más peligroso que ella se relacionara con él. Se acercó y se arrodilló junto a Lena.

—Todo ha terminado, —dijo suavemente, tocándole el hombro tembloroso. Lentamente, Lena abrió los ojos. Templando su corazón contra el torrente de emociones que amenazaba con aflorar, tiró de ella para ponerla en pie.

—Vamos, debemos irnos, —dijo con suavidad—. Aquí no estamos a salvo.

Lena asintió sin decir palabra y se dejó llevar hasta el caballo. Habían tenido suerte. Casi habían matado a Jedrick y ella había estado muy cerca de ser devuelta a Anatol Czarnowski. Un nudo se le hizo en la garganta.

Jedrick la ayudó a subir a la silla de montar y luego se subió detrás de ella. Tirando de las riendas, espoleó al caballo hacia delante. Ninguno de los dos habló durante un largo rato, hasta que Lena consiguió calmar su acelerado corazón.

—Jedrick, —llamó en voz baja, volviéndose para mirarle. La parte superior de su cabeza chocó con la barbilla de él.

—¿Hmmm? —dijo él distraídamente, y Lena pudo ver que sus pensamientos estaban muy lejos.

—Lo siento.

Él la miró sorprendido.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Por lo que pasó allá en el arroyo, —Jedrick se quedó atónito ante su disculpa.

—¿Lo sientes?

Lena asintió miserablemente.

—Si no hubiera pasado tanto tiempo en el agua...

Jedrick la cortó con una carcajada ronca.

—Maldita sea, Lena, la responsabilidad es mía. Yo actué tontamente, no tú. No debería

haber dejado que ocurriera. —Su voz era áspera y definitiva.

La vergüenza y el bochorno la invadieron. Dios, se arrepentía de haberla besado. Las lágrimas inundaron sus ojos e intentó desesperadamente no llorar.

¿Qué esperabas, Lena Wright? ¿Que un momento entre sus brazos pudiera llevarse el vacío de su vida? ¿Que él pudiera sentir algo más por ti? No fuiste más que una distracción momentánea. Tus esperanzas son tontas. Juntó las manos en su regazo, forzando los pensamientos de su mente.

Viajaron en silencio, deteniéndose varias veces durante el trayecto mientras Jedrick comprobaba cuidadosamente si les seguían. Lena sospechaba que se movían en círculos; estaba segura de que habían pasado por el mismo camino más de una vez.

Los últimos rayos del sol hacía tiempo que habían desaparecido cuando Jedrick tiró por fin de las riendas, haciendo que se detuvieran. Cansada, Lena se dio la vuelta en la silla para mirarle, con una pregunta formándose en sus labios. Jedrick negó con la cabeza y luego la sorprendió dando un agudo silbido. Varios minutos después, como por arte de magia, otro silbido respondió en respuesta. Jedrick movió inmediatamente el caballo hacia el sonido. Esta acción se repitió varias veces hasta que un hombre salió de la maleza, sosteniendo una espada al lado de Jedrick.

—¿Quién va ahí? —desafió.

—El coronel Jedrick Tarnowski. —Otro hombre salió cautelosamente de los arbustos detrás de él, sosteniendo una antorcha.

El hombre echó un vistazo a la forma oscura sobre el caballo.

—¿Contraseña?

—Shaitan, —respondió Jedrick bruscamente.

Inmediatamente, ambos hombres saludaron. El hombre que sostenía la antorcha se acercó y sonrió ampliamente, mostrando una hilera de dientes perdidos.

—Bienvenido de nuevo, comandante.

Jedrick asintió con brusquedad e impulsó al caballo hacia delante. Lena le miró.

—¿Shaitan? —preguntó, desconcertada.

Una sonrisa tocó los labios de Jedrick.

—Es la palabra tártara para diablo.

—¿Tártaro? —preguntó Lena, incrédula. Ella había oído hablar de los feroces soldados que eran legendarios por su ferocidad y crueldad.

Tragó saliva con dificultad.

—Aquí no hay tártaros, ¿verdad?

Jedrick oyó el nerviosismo en su voz y sonrió.

—Todavía no.

—¿Todavía? —chilló Lena.

Jedrick le apretó el hombro.

—Los tártaros son gente muy interesante, Lena. Creo que los encontrarás fascinantes.

Lena no tuvo oportunidad de responder ya que fueron desafiados una vez más por un centinela. Cabalgaron a través de más maleza espesa antes de llegar finalmente a un claro. Lena no podía creer lo que veía. Era como si el bosque se hubiera separado para revelar una pequeña aldea.

Cientos de tiendas de campaña e hileras de antorchas iluminaban el claro. Los hombres estaban reunidos alrededor de hogueras, hablando y riendo en voz baja.

Corrió rápidamente la voz de que Jedrick había regresado y muchos de los hombres salieron a saludarle. La mayoría miró con abierta curiosidad a Lena, y el calor inundó su rostro ante sus silbidos de aprobación. Aun así, Lena se maravilló del aparente buen humor de los hombres y de su evidente alivio al ver a su comandante.

Jedrick saludó a muchos de los hombres por su nombre antes de detenerse frente a una gran tienda. Lena estaba segura de que era al menos cuatro veces más grande que las demás tiendas. Un joven soldado que había estado agazapado frente a una pequeña hoguera se puso rígidamente en posición de firmes, saludando elegantemente cuando vio a Jedrick.

Jedrick sonrió al joven mientras desmontaba. Radiante por la atención de su comandante, el joven soldado se precipitó hacia delante para coger las riendas de la mano de Jedrick. La brusca acción hizo que el caballo relinchara y se acobardara. Lena, que intentaba desmontar sin la ayuda de Jedrick, cayó del caballo y aterrizó de bruces con un golpe muy poco femenino.

El joven soldado la miró horrorizado.

—M... mis disculpas, milady, —balbuceó, acercándose rápidamente para ayudar a Lena a levantarse. Acababa de ponerle la mano en el codo cuando de repente salió volando por los aires a una velocidad asombrosa.

—No vuelvas a tocarla, —tronó Jedrick, frunciendo al chico el ceño de la forma más feroz.

El chico miró a Jedrick, con la cara roja de vergüenza. El corazón de Lena se compadeció inmediatamente de él. Volviéndose hacia Jedrick, plantó ambas manos firmemente en sus caderas y le fulminó con la mirada por asustar al chico.

—No hay necesidad de gritar, Jedrick. El joven sólo estaba sujetando el caballo mientras yo desmontaba. Por desgracia, el tacón de mi zapato se enganchó en mi vestido, provocando mi caída.

El soldado miró a Lena con asombro antes de volverse hacia su comandante. Los ojos de Jedrick estaban fijos en Lena. El joven tragó saliva nerviosamente, mirando a ambos de un lado a otro.

Jedrick tenía ganas de reír, pero dada la expresión seria del rostro de Lena, se abstuvo de hacerlo. Parecía una tigresa protegiendo a sus crías. Su pelo ondeaba alborotado sobre sus hombros, el color ardiente hacía juego con su temperamento. Había un destello de acero en sus ojos y un furioso rubor se encendía en sus mejillas. Le pareció entrañable que siempre intentara proteger a los que la rodeaban, como si ella misma no necesitara protección.

Jedrick asintió secamente al joven, despidiéndole. El soldado respiró profundamente aliviado, lanzando a Lena una mirada de gratitud por intervenir en su favor. Ella le sonrió en cuanto Jedrick apartó la mirada.

En ese momento, Mikhail abrió la solapa de la tienda.

—Jedrick, ¿por qué, en nombre de Dios, has tardado tanto? —preguntó, dando una palmada cariñosa a su hermano en el hombro.

Jedrick sonrió irónicamente.

—Tuvimos un pequeño encuentro con uno de los hombres de Anatol.

Los ojos de Mikhail se nublaron de preocupación al mirar a Lena.

—¿Qué ha pasado? Estuve a punto de enviar una patrulla a buscarte.

—Me deshice de él, pero quería asegurarme de que no me seguían. Tomé la ruta larga, acercándome por el este, —Jedrick estaba a punto de añadir algo más cuando vio que el rostro de Lena se iluminaba de repente. Volviéndose, siguió su mirada hasta la parte delantera de su tienda, donde se encontraba Boguslaw Dobrowolski.

De repente, Lena se lanzó a los brazos del gigante.

—Boguslaw, —gritó—, ¡gracias a Dios que estás vivo!.

Jedrick contempló asombrado cómo Boguslaw la levantaba y la abrazaba, con una media sonrisa en el rostro del enorme hombre. Jedrick estaba tan sorprendido por la evidente muestra de afecto de Boguslaw hacia Lena que se quedó boquiabierto. Ni una sola vez, en todos los quince años que llevaba conociendo a Boguslaw, el gigante había mostrado el menor atisbo de emoción. Que lo hiciera aquí, delante de todos los hombres, indicaba obviamente que Lena le importaba mucho.

Jedrick sintió un ramalazo de celos e irritación ante su abrazo.

—Entremos, —ordenó secamente—. ¡Ya!

Boguslaw soltó instantáneamente a Lena, y ella vio enrojecer su rostro lleno de cicatrices. Asombrada por el tono de voz de Jedrick, Lena se volvió para mirarle. Se estremeció ante el ceño feroz de su rostro. ¿Qué he hecho esta vez? pensó. Se quedó mirándole consternada hasta que él le hizo un gesto impaciente para que entrara en la tienda.

Con la decepción obstruyendo su garganta, Lena pasó apresuradamente junto a Boguslaw y desapareció en la tienda. Mikhail lanzó una larga mirada a su hermano y luego la siguió. Todavía con el ceño fruncido, Jedrick se agarró a la solapa de la tienda para seguirla, pero se detuvo cuando sintió una mano en su brazo.

—Te preocupas por la chica, ¿verdad? —preguntó Boguslaw, sus ojos se encontraron con los de Jedrick de manera uniforme.

—No es asunto tuyo, —dijo Jedrick secamente, sacudiéndose la mano de Boguslaw.

Boguslaw cruzó sus gruesos brazos sobre el pecho, sin sentirse ofendido por el tono cortante de Jedrick. Los dos hombres eran amigos desde hacía años y ninguno dudaba de la amistad o la lealtad del otro.

—Tal vez, —dijo Boguslaw con suavidad.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —Preguntó Jedrick, mirando ferozmente al gigante.

—Quizá sea asunto mío. A mí también me importa Lena.

El rostro de Jedrick mostró sorpresa ante la confesión de su amigo.

—No deberías, —ordenó secamente.

Boguslaw enarcó una ceja.

—¿No debería?

Jedrick frunció el ceño con fiereza.

—Ella es mi responsabilidad.

—Ah, ya veo.

Jedrick gruñó irritado.

—Maldita sea, Boguslaw, esto no es asunto tuyo.

—Cualquier cosa que afecte a mi oficial al mando y a mi amiga es de mi incumbencia. Tú lo sabes.

El ceño de Jedrick se frunció, pero no contestó. Boguslaw puso ligeramente la mano en el hombro de Jedrick.

—Sé lo que sientes. Dime, ¿se quedará en el campamento?

Jedrick se pasó los dedos por el pelo con cansancio.

—Francamente, no sé qué voy a hacer con ella.

Boguslaw miró las estrellas brillantes del cielo.

—Si se queda, sugiero que la apartes de tu presencia inmediatamente.

Jedrick enarcó una ceja.

—¿Eres tú quien da las órdenes aquí?

—En este caso, tal vez. No necesitas distracciones, y ella podría ser peligrosa.

—No me sermonees, Boguslaw.

—Digo la pura verdad. Harías bien en apartarla de tu vista y de tu mente, amigo.

—Eso no será necesario, —dijo Jedrick rotundamente.

Boguslaw exhaló profundamente.

—Te sugiero que lo reconsideres. Le debes a los hombres dar toda tu concentración a la tarea que tienes entre manos.

—Este campamento es mi primera preocupación.

—¿Lo es realmente?

Jedrick se quedó callado un momento antes de exhalar el aliento en un siseo frustrado.

—Diablos, Boguslaw, ella me necesita.

—Ella se merece más de lo que tú puedes ofrecerle.

Jedrick se estremeció ante la dura verdad de las palabras de Boguslaw. El gigante tenía razón. Lena merecía un hombre que la protegiera y pusiera su seguridad por encima de todo. Como comandante del campamento, responsable de la seguridad de todos los hombres a sus

órdenes, era imposible que pusiera la vida de ella por encima de las demás. Miró fijamente a su amigo, pero no se le ocurrió ningún argumento.

Boguslaw se inclinó hacia él, sus ojos brillaban a la luz de la luna.

—Lena es una mujer poco común, Jedrick. Hermosa, valiente y leal. El hombre que gane su corazón será realmente afortunado.

—Es demasiado testaruda y obstinada, si me lo preguntas. —murmuró Jedrick en voz baja.

Boguslaw rió suavemente.

—Ah, los mismos rasgos que me recuerdan a un coronel que conozco.

Jedrick miró a su amigo y esbozó una sonrisa irónica.

—Muy conmovedor.

Boguslaw sonrió en respuesta.

—Sólo te pido que pienses en lo que es mejor para todos, incluida Lena. Sabes que respetaré cualquier decisión que tomes.

Jedrick suspiró profundamente.

—Sé que lo harás. A cambio, tendré en cuenta tu consejo, viejo amigo.

Boguslaw asintió levemente y se alejó en la oscuridad. Sacudiendo la cabeza, Jedrick levantó la solapa de la tienda y se agachó bajo ella.

Alexander, Marek y Mikhail estaban sentados alrededor de una pequeña mesa de madera, mostrándole a Lena algo en un mapa. Ella dijo algo en voz baja y luego miró a Alexander, sonriendo tímidamente. El hombre calvo sonrió alegremente y luego tosió nervioso al ver que Jedrick le miraba con gesto sombrío.

Todavía con el ceño fruncido, Jedrick acercó su taburete a la mesa. ¿Todos sus hombres tenían que ser tan malditamente complacientes con ella? pensó de mal humor.

—Informa, —espetó Jedrick.

Alexander se puso en pie rápidamente.

—Hemos estado ocupados. Hasta ahora hemos determinado la ubicación del cuartel general militar sueco en Varsovia, varios de sus depósitos de municiones y dos edificios de suministros.

—¿Alguna noticia del rey?

Alexander asintió.

—Ha ido a Silesia, donde espera noticias tuyas. Tiene dos divisiones completas a las afueras de Cracovia y otra en la frontera lituana. Intentaremos coordinar nuestros esfuerzos.

—¿Quién está al mando de esas divisiones? —preguntó Jedrick.

—El Gran Hetman Robert Pawinski en Lituania, y los coroneles Adam Piotrowski y Jerzy Smolenski en Cracovia, —respondió Marek.

Jedrick asintió satisfecho.

—Son buenos hombres. ¿Cuáles son nuestras órdenes del rey?

Mikhail se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Pequeños ataques concentrados contra los puestos suecos en Varsovia y sus alrededores. Debemos robar, sabotear y destruir, centrándonos en los depósitos de municiones y suministros. Sobre todo, debemos crecer en número y fuerza, aceptando a todos los hombres tanto de la alta burguesía como del campesinado dispuestos a luchar.

Jedrick se frotó la barbilla pensativamente.

—Ya veo. ¿Y yo debo dirigir estas bandas de la alta burguesía armada y de campesinos rebeldes que hostigarán a los suecos para que abandonen Varsovia?

—Ya ha sido una táctica exitosa antes, —respondió Marek rápidamente—. Los suecos pronto se cansarán de su conquista.

—¿Y qué hay de Carlos Gustavo?

—Está en el castillo de Varsovia, —respondió Alexander.

A Lena le entró sueño mientras la charla seguía zumbando sobre divisiones militares y estrategia táctica. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba tanto física como emocionalmente. Sacudiendo la cabeza, apoyó la barbilla en la mano y se esforzó por parecer interesada. Pero a pesar de sus esfuerzos, los párpados le pesaban demasiado como para mantenerlos abiertos.

La charla continuó un rato más antes de que Jedrick la mirara y viera que se había quedado dormida sentada. Suspirando, se puso en pie.

—Suficiente discusión por esta noche. Continuaremos por la mañana.

Asintiendo, los hombres salieron uno a uno excepto Mikhail, que se quedó atrás para hablar en privado con su hermano.

—¿Qué pasó en la finca de los Czarnowski? —preguntó Mikhail en cuanto se quedaron solos. —No tenemos noticias de la muerte de Anatol Czarnowski.

Jedrick sacudió la cabeza, con expresión sombría.

—No lo maté. Negocié por la vida de Lena.

—¿Negociar? —preguntó Mikhail, sin poder ocultar la sorpresa en su voz.

—Czarnowski le puso un cuchillo en la garganta, amenazando con matarla a menos que le dejara marchar.

Mikhail juró escuetamente en voz baja.

—¿Le había hecho daño?

—La golpeó cuando entré por la ventana. No sé nada más que eso.

Mikhail había notado la roncha roja en la mejilla de Lena.

—Maldito cobarde.

Jedrick logró esbozar una sonrisa cansada.

—Lena no se lo tomó con pasividad. Le cortó gravemente en la cara. Goteaba sangre cuando llegué.

Mikhail silbó suavemente en voz baja.

—Bien por ella. Sólo lamento que no le diera en el corazón.

—Yo no, —dijo Jedrick, endureciendo su voz—. No cederé esa tarea a nadie.

Mikhail asintió en silencio y luego miró a Lena.

—¿Qué vamos a hacer con ella ahora?

Jedrick negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Desde luego, no puede quedarse aquí. Es un campamento militar, por el amor de Dios, Jedrick. No es lugar para una mujer.

Jedrick frunció el ceño.

—Me doy cuenta de eso. Pero ella no tiene un hogar, ni a nadie a quien acudir en busca de seguridad.

—Seguro que tiene a alguien en Inglaterra.

—Un tío que la golpeó.

Una mirada de preocupación cruzó el rostro de Mikhail.

—Es muy desafortunado. Pero seguro que incluso eso es más seguro que dejarla quedarse aquí.

Jedrick se encogió de hombros.

—Tal vez.

Mikhail dejó caer los brazos a los lados.

—Señor, Jedrick, no quiero ponerla en peligro. Me he encariñado bastante con ella. — Sintió que la sangre le subía a la cara y bajó rápidamente la cabeza.

Jedrick miró a Mikhail sorprendido. ¿Hasta su hermano había sucumbido a su encanto?

—Ten la seguridad de que no tengo la intención de poner a Lena en peligro, —dijo Jedrick con ironía.

Mikhail se enderezó.

—Por supuesto que no. Pero, ¿y esta noche? ¿Hago que alguien prepare una tienda para ella?

Jedrick lanzó una breve mirada a Lena.

—Sería apropiado, pero está tan agotada y no tengo valor para despertarla. Además, tendré que hacer arreglos adicionales para asegurarme de que esté debidamente vigilada. Una mujer sola en un campamento de hombres no está segura sin protección. Pero la hora es demasiado tardía para que hagamos tales arreglos ahora. Por esta noche, ella se quedará aquí, bajo mi supervisión directa. Estará a salvo conmigo.

Mikhail enarcó una ceja sorprendido.

—Ya veo.

Jedrick oyó la nota de interés en la voz de su hermano.

—Puedes dejar de especular, Mikhail. Sólo quiero vigilarla.

—¿Porque te preocupas por ella?

—Nunca he dicho eso, —replicó Jedrick bruscamente, arrepintiéndose de su tono en el momento en que las palabras salieron de su boca. Suspiró, suavizando la voz—. Estoy demasiado cansado para pensar, Mikhail. Ahora mismo lo único que quiero es una noche de sueño decente.

—Como quieras—, dijo Mikhail, mirando fijamente a su hermano durante un largo momento antes de salir de la tienda.

Jedrick se volvió para mirar a Lena. Estaba profundamente dormida, con la cabeza apoyada en las manos, el pecho subiendo y bajando con cada respiración. Su rostro estaba terso por el sueño, sin las pesadas preocupaciones de la vida. Parecía tan tranquila como una niña, aunque él era muy consciente de que no era una niña. Era una mujer encantadora y vibrante por la que se sentía sumamente atraído.

Dejó que sus ojos se deleitaran con su tranquila belleza. Había pasado por muchas cosas en los últimos días y, sin embargo, ni una sola vez había pronunciado una palabra de queja. De hecho, había demostrado valor, fuerza y buen juicio ante el peligro. Sintió una repentina oleada de orgullo. No podía haber pedido más a uno de sus hombres.

Con cuidado, la estrechó entre sus brazos y la tumbó sobre la pila de pieles de animales, quitándole suavemente los zapatos. Una vez acomodada, apagó la lámpara, tosiendo ligeramente al inhalar directamente un poco del espeso humo. Se desabrochó el cinturón, dejándolo caer al suelo antes de despojarse de la túnica. En silencio, se acomodó en posición sentada sobre las pieles y se quitó las botas una a una.

Por deferencia a Lena, se dejó los calzones puestos mientras se estiraba junto a ella, echándose una manta por encima.

Esta noche, ella dormiría a su lado. No deseaba despertarla ordenando a uno de sus hombres que trajera más pieles. Por la mañana, sin embargo, tendría que tomar alguna decisión sobre ella. Pero por esta noche, al menos, compartirían el calor del otro.

Apenas se había relajado cuando Lena se acurrucó más cerca de él, emitiendo pequeños ruidos somnolientos. Rodando hacia su lado, le apartó suavemente un mechón de pelo de la frente. Le gustaba sentir las hebras suaves y sedosas entre sus dedos. Lentamente, le pasó la yema del pulgar por las mejillas, sonrió cuando ella dio un suspiro de satisfacción y se acurrucó más cerca.

Maldita sea, pensó, con la frustración corriendo por sus venas. Se está metiendo en mi corazón y no puedo hacer nada para evitarlo. Soy total y absolutamente impotente cuando se trata de ella.

Le pasó el brazo por la cintura. Le gustaba dormir a su lado, y eso le sorprendía. Nunca había dormido toda la noche con ninguna mujer; prefería acabar con la ropa de cama y marcharse. Siempre había sido más fácil así. Sin embargo, Lena se sentía tan bien entre sus brazos. El pecho se le apretó de emoción. Dios me libre, me estoy enamorando de ella.

Por mucho que la deseara, sabía que no podía permitirlo. Había jurado proteger y luchar

por el honor de Polonia. Y ahora Polonia luchaba por su propia existencia.

El honor exigía que renunciara a ella ahora, antes de que se encariñara aún más. Pero mientras acariciaba la suave piel de su nuca, no sabía cómo lo haría. Ella le miraría una vez con sus ojos verdeazulados y él sería incapaz de mantenerse a distancia.

Se estremeció ante la debilidad que ella había creado en él. ¿Qué me has hecho, Lena Wright? ¿Cómo podré echarte?

La abrazó con fuerza, deseando que las cosas pudieran ser diferentes entre ellos. Pero no podía cambiar la historia ni el curso de sus vidas, por mucho que lo deseara.

Se quedó tumbado sin poder dormir hasta que los débiles rayos de la luz de la mañana se colaron bajo la tienda. Saliendo de debajo de las cálidas pieles de animal, Jedrick se estiró, dejando que el aire fresco le refrescara. Se vistió en silencio, abrochándose la espada a la cintura. Levantando la solapa de la tienda para echar un rápido vistazo al exterior, vio que el amanecer coloreaba el cielo con un impresionante despliegue de vetas rojas y doradas. Volviéndose de nuevo hacia Lena, se arrodilló junto a ella y le rozó los labios con un ligero beso.

—El Señor da y el Señor quita, —susurró suavemente antes de levantarse y salir de la tienda.

Capítulo 19

Lena se despertó sobresaltada, insegura de su entorno. Al incorporarse, vio que estaba sola en la tienda, abrigada bajo un montón de gruesas pieles. Frunciendo el ceño, intentó recordar cómo había llegado a estar en esta cama. Lo último que recordaba era estar sentada a la mesa, escuchando a los hombres hablar de estrategia militar. Se llevó las manos a las mejillas avergonzada. Santo cielo, debía de haberse quedado dormida delante de todos.

Mirando a su alrededor, se preguntó dónde habría dormido Jedrick. No vio ninguna otra cama. ¿Habría vuelto a dormir a su lado?

Apartándose el pelo de los hombros, se levantó y miró con pesar su vestido. Dos noches seguidas había dormido vestida y sabía que su aspecto era lamentable. Se alisó las faldas antes de sentarse en el borde de las pieles y ponerse los zapatos. Era una mañana fresca y el aire refrescaba.

Con cautela, levantó la solapa de la tienda y entrecerró los ojos a la brillante luz del sol. Boguslaw montaba guardia en la tienda y sonrió cuando ella apareció a su vista.

—Dzien dobry, —dijo, inclinándose ligeramente ante ella—. Buenos días.

—Dzien dobry, Boguslaw, —respondió ella alegremente, con una sonrisa iluminando su rostro.

—Me alegro de verla, milady. ¿Ha dormido bien?

Lena apartó rápidamente la mirada de él al preguntarse de nuevo dónde había dormido Jedrick.

—Muy bien, gracias, Boguslaw. —Antes de que pudiera decir nada más, su estómago rugió con fuerza.

—¿Tiene hambre? —preguntó Boguslaw, con un brillo en los ojos.

Lena asintió con pesar.

—Sí, estoy famélica. Pero antes me gustaría asearme un poco.

Boguslaw asintió y la condujo amablemente a un arroyo cercano.

—Le proporcionaré un poco de intimidad, milady, aunque no estaré demasiado lejos. Si necesita mi ayuda, sólo tiene que gritar.

Lena asintió agradecida mientras él se marchaba. Rápidamente, se despojó de la ropa, jadeando mientras se deslizaba en el agua fría. Se salpicó a conciencia, incapaz de soportar ni un momento más la suciedad y la mugre de su cuerpo. Debatió si debía lavarse el pelo pero decidió no hacerlo; el viento era especialmente fresco.

Temblorosa pero limpia, Lena salió del agua sacudiéndose las gotas del cuerpo. Agarró su muda, se la puso, y acababa de alcanzar su vestido cuando oyó el crujido de una rama detrás de ella. Dando vueltas, vio a Jedrick emerger de detrás de los árboles.

—Jedrick, Dios mío, me has dado un susto, —gritó. Luego, dándose cuenta bruscamente de su estado de desnudez, se aferró apresuradamente la bata a sus pechos—. Aún no me he vestido.

Jedrick dejó que sus ojos se detuvieran en sus piernas desnudas.

—Soy muy consciente de ello, —dijo con ironía. Extendiendo los brazos, Lena vio varios vestidos y una capa.

Lena le miró a él y luego a las prendas con asombro.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Esta mañana dirigí con éxito una incursión contra un carro de suministros sueco que se dirigía al castillo de Varsovia. No descubrimos armas, pero sí un alijo de ropa de mujer ropa y joyas de mujer, así como varias botellas de vino fino. Parece que Carlos Gustavo planeaba atraer a una mujer a su cama. Supongo que ahora tendrá que recurrir a otros medios.

Lena bajó los ojos mientras imaginaba cuáles podrían ser esos otros medios.

—Gracias —dijo, levantando los ojos para encontrarse con los de él.

Jedrick sonrió y le tendió las manos.

—Por favor, coge las prendas.

Lena sonrió y alargó la mano para coger la ropa entre sus brazos. Asintiendo cortésmente con la cabeza, Jedrick giró sobre sus talones y se marchó.

Lena acarició el elegante material pensativamente, viéndole desaparecer entre los árboles. Haciendo balance de su nueva ropa, se puso rápidamente un vestido amarillo con hilos rojos, retorciéndose para abrocharse los corchetes y los botones ella sola. El corpiño estaba cortado mucho más bajo de lo que ella estaba acostumbrada y el dobladillo era un poco demasiado largo, pero por lo demás le quedaba casi perfecto. Aún temblando por el aire frío, se puso la capa y se apartó el pelo de los hombros. Se lo trenzaría más tarde.

Una vez vestida, se apresuró a volver a la tienda. Boguslaw ya no montaba guardia; en su lugar estaba el joven soldado que la había derribado del caballo.

—Buenos días, milady —dijo, en posición de firmes. Lena le sonrió y el joven le devolvió la sonrisa tímidamente.

Lena entró en la tienda y encontró a Jedrick sentado a la mesa, sumido en una profunda discusión con Mikhail. Ambos hombres se levantaron cuando ella entró, y Mikhail se quedó con la boca abierta de asombro.

—Por Dios, eres encantadora, —jadeó.

Jedrick frunció el ceño ante las palabras de su hermano, pero dejó que sus propios ojos la recorrieran. Efectivamente, estaba preciosa. Llevaba el pelo suelto y se derramaba sobre sus hombros en un río de gloria en cascada. El corpiño de su vestido era bajo y le dio una tentadora vista de la parte superior de sus pechos blancos y cremosos cuando su capa cayó abierta. Tragó saliva y luego empujó bruscamente a su hermano. Mikhail cerró bruscamente la boca abierta.

—Te han preparado algo de comer, —dijo Jedrick señalando la mesa. —Por favor, siéntate.

Lena obedeció, encaramándose al borde del taburete. En silencio, se llevó un pequeño trozo de pan a la boca y lo masticó.

Obligándose a apartarla de sus pensamientos, Jedrick se separó de ella y los dos hombres reanudaron su conversación. Estaban planeando otro asalto a un edificio de suministros sueco. Bebió un trago de una copa que había sobre la mesa e hizo una mueca al saborear la cerveza caliente. Estaba a punto de probar un trozo de carne seca cuando Mikhail se puso en pie bruscamente.

—Discutiré la estrategia con Marek y te haré saber lo que piensa, —dijo Mikhail, dirigiéndose a la salida. Volviéndose, inclinó ligeramente la cabeza hacia Lena, con una sonrisa en los labios.

Lena sonrió a Mikhail mientras se marchaba. Luego, volviéndose hacia la mesa, vio que Jedrick la miraba con el ceño fruncido. Ninguno de los dos habló y el silencio se prolongó en una larga e incómoda pausa.

—Me gustaría hablar contigo, —dijo finalmente Jedrick.

Su voz era tan seria que a Lena le dio un vuelco el corazón. La expresión de su rostro no presagiaba nada bueno.

—Te escucho, —dijo ella, apretando con fuerza las manos sobre el regazo. De repente deseó no haber comido nada, sentía el estómago tan lleno de mariposas.

—Voy a enviarte de vuelta a Inglaterra, —dijo Jedrick, con voz llana y sin emoción.

Lena lo miró con estupefacta incredulidad.

—¿Vas a hacer qué? —consiguió decir finalmente.

—Volverás a Inglaterra en el próximo barco disponible. Si no te saco pronto de Polonia, el Canal de la Mancha se congelará y te verás obligada a quedarte aquí hasta la próxima primavera.

Lena se puso en pie lentamente.

—No voy a volver a Inglaterra.

—Sí, lo harás, —respondió Jedrick con calma—. Tu vida corre peligro aquí.

Lena negó con la cabeza, poniendo las manos firmemente en las caderas.

—He dicho que no volveré a Inglaterra, Jedrick. No tengo nada allí.

—Y no tienes nada aquí, —contestó él rápidamente, odiándose a sí mismo por el dolor que se reflejó en el rostro de ella y por la forma en que sus propias manos se apretaban en protesta a sus costados.

Lena luchó por evitar que su labio inferior temblara ante su brusquedad.

—Puede que eso sea cierto, pero no volveré con el tío Gregory, digas lo que digas. Polonia es mi hogar ahora.

—Estamos en guerra, por el amor de Dios. No es seguro para ti.

—No obstante, pienso quedarme en Polonia.

Jedrick suspiró, pasándose los dedos por su espesa cabellera.

—Esto es un campamento militar. Estamos librando una guerra y muchos de nosotros moriremos intentando expulsar a los suecos de Polonia. No es lugar para una mujer.

—No tengo miedo.

Jedrick se levantó, mirándola con el ceño fruncido desde el otro lado de la mesa.

—Independientemente de lo que sientas, temo por tu seguridad, Lena. Sé que no deseas volver a Inglaterra, pero no tengo otro recurso. ¿Qué quieres que haga?

Lena puso ambas manos sobre la mesa, inclinándose hacia él.

—No me has dado la oportunidad de demostrar que soy útil aquí, —dijo en voz baja.

—¿Útil?

Lena asintió, notando la expresión de sorpresa en el rostro de Jedrick.

—Sí. Puedo manejar una espada tan bien como muchos de los hombres de ahí fuera. Puedo montar a caballo y estoy dispuesta a que me entrenen con un arco y una flecha.

Jedrick la miró, asombrado.

—¿Entrenarte? —bramó cuando consiguió encontrar la voz.

—Dijiste que necesitabas toda la gente capacitada que pudieras encontrar para ayudarte a resistir a los suecos.

—Dije hombres aptos. —La tienda tembló con la fuerza de su voz.

Lena dio un pisotón de frustración.

—¿Qué importa si puedo igualar a un hombre a espada?

—A mí me importa. —Frunciendo el ceño, respiró hondo para calmarse. Señor, ella le había hecho perder el control de nuevo. Intentó poner una expresión más razonable en su rostro.

—Además, podrías resultar herida, —añadió bruscamente.

—Todas las personas de este campamento corren ese riesgo, —insistió Lena.

Jedrick gruñó suavemente. Era la mujer más exasperante que había conocido. Lo peor era que su argumento tenía mérito. Necesitaba urgentemente a alguien que pudiera empuñar una espada, y ella era muchísimo mejor que muchos hombres que tenía actualmente bajo su mando. Golpeó con fuerza la palma de la mano contra la mesa en señal de frustración.

—No, —dijo enfáticamente.

Lena se irguió.

—No voy a volver a Inglaterra, Jedrick. Toda mi vida la gente me ha dicho lo que tenía que hacer. Pero ya no. Ahora voy a tomar una postura. No volveré a Inglaterra y eso es definitivo. Puedes castigarme de la forma que creas conveniente, pero no me iré.

Jedrick se encontró con sus ojos y se sorprendió al ver una extraña emoción en ellos. Una mezcla de dolor y determinación, pensó. Sus pechos se agitaban furiosamente y tenía las manos fuertemente apretadas a los lados. Realmente hablaba en serio.

Jedrick suspiró y se sentó pesadamente en el taburete.

—¿Te das cuenta de lo que me pides? Lena, por favor, no me pidas que anule mi buen juicio.

Se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Entiendo el riesgo. Sólo deseo ayudar en lo que me permitas. Si es trabajo de mujeres lo que quieres de mí, lo haré. Por favor, no me echas.

Las lágrimas llenaron sus ojos, y Jedrick pudo ver que luchaba por contenerlas. Sintió que su determinación decaía. ¿No tenía fuerzas cuando se trataba de ella?

—¿Qué voy a hacer contigo, Lena?

Una lágrima cayó sobre su mano y la cogió del brazo. La oyó resoplar, y con un solo movimiento la atrajo hacia su regazo, empujando suavemente su cabeza sobre su hombro.

—Por el amor de Dios, no llores, —susurró, acariciando la sedosa suavidad de su pelo desatado. Le levantó la cabeza del hombro y le ahuecó suavemente la cara entre las manos.

—Deja de llorar, Lena. No te echaré. ¿Me oyes?

Lena cerró los ojos aliviada, las lágrimas goteaban bajo sus párpados. Él le permitiría quedarse. No la obligaría a volver a una vida insoportable con su tío. Más lágrimas resbalaron por sus mejillas y respiró entrecortadamente para intentar calmarse.

Jedrick sintió una opresión instalarse en su pecho mientras se inclinaba hacia ella y le besaba suavemente las lágrimas de las mejillas, saboreando la humedad salada con la lengua.

—Shh, moja aniotek, tienes mi palabra.

Los ojos de Lena se abrieron lentamente.

—¿Aniotek? —susurró, ahogándose con un nudo en la garganta.

Jedrick sonrió.

—Angelito.

Lena le devolvió la sonrisa a través de las lágrimas, y durante un largo momento se miraron en silencio. Una chispa de deseo feroz y ternura se encendió en lo más profundo de la boca del estómago de Jedrick cuando dejó que sus dedos recorrer la longitud del brazo de ella hasta llegar a la suave piel de su cuello. Con suavidad, le acarició la piel antes de levantar la mano para acariciarle la mejilla.

Lena vio cómo sus ojos se oscurecían al tocarla y cerró los ojos, maravillada por la forma en que sus manos podían hacerla sentir.

—Quiero besarte, Lena, —dijo Jedrick de repente, con la voz entrecortada—. Será mejor que te retires de mi regazo, porque no tengo fuerzas para apartarte.

Los dedos de Lena se apretaron contra sus hombros mientras su corazón empezaba a acelerarse tan furiosamente que le costaba respirar.

Sus ojos se abrieron de golpe y Jedrick vio el deseo agolpándose en aquellas profundidades soñadoras. La respiración se le entrecortó en la garganta.

—Dulce Madre de Dios, —susurró Jedrick, con las manos agarrándola con fiereza, sin saber si acercarla o alejarla de él. —Retírate ahora, Lena.

—P... pero yo también quiero besarte, —le susurró ella, sus ojos buscando su rostro.

Un pequeño gemido escapó de sus labios. Débilmente, trató de recordarse a sí mismo su deber, incluso mientras deslizaba sus manos bajo el cuello de ella, inclinando su cabeza hacia atrás. —No deberías tentarme tanto, Lena. No puedo dejar de pensar en ti—, murmuró, su boca rozando ligeramente los labios de ella.

Lena se estremeció de placer y luego cerró los ojos, dejando que las emocionantes sensaciones la invadieran. Sus pensamientos daban vueltas como locos; el tacto de él la hacía desear algo que no acababa de comprender. Un pequeño gemido brotó de lo más profundo de su ser cuando las grandes manos de Jedrick, rozaron ligeramente su cuerpo. Él la hacía sentir tan cálida, tan deseada.

—Jedrick, —susurró ella—. Me haces sentir tan... caliente.

El poco control que le quedaba a Jedrick se quebró al oír sus palabras. La apretó más contra él, haciendo llover besos calientes a lo largo de su cuello.

—Señor, Lena, te juro que serás mi fin.

Apenas tuvo tiempo de tomar aliento antes de que la boca de Jedrick tomara la suya con fiereza, caliente, hambrienta y buscadora. Sus labios se separaron de buena gana ante su dulce embestida. Su boca se deslizó sobre la de ella una y otra vez hasta que Lena apenas pudo pensar con coherencia. Sus dedos se enredaron en su pelo y tiró de él con más fuerza hacia ella, deleitándose en la forma en que su cuerpo respondía a su febril tacto.

—Qué dulce, —susurró Jedrick, besando un rastro caliente desde sus labios hasta los lóbulos de sus orejas—. Que Dios me ayude, pero eres muy dulce.

Lena se estremeció de placer cuando su boca bajó lánguidamente por su cuello hasta su pecho. Depositó besos lentos en la parte superior de su corpiño hasta que ella se arqueó contra él, sus pechos haciendo fuerza para liberarse del material. Se estaba derritiendo en los brazos de aquel apuesto soldado.

—¿Señor?

Lena y Jedrick sacudieron la cabeza culpablemente hacia el sonido. Al ver a Staszek de pie en la entrada de la tienda, Lena se puso en pie, intentando ajustarse el corpiño, con la cara ardiendo. Jedrick se reclinó en su silla, con una sonrisa divertida en el rostro.

—Qué oportuno, Staszek.

Sonrojado, Staszek miró lentamente de Lena al comandante.

—Puedo volver, señor, si le parece más conveniente.

—No será necesario, —dijo Lena con firmeza—. Ya me iba. —Se recogió las faldas y pasó corriendo junto al explorador, con las mejillas aún encendidas.

Con un gruñido bajo, Jedrick le hizo señas a Staszek para que se acercara a un taburete. El explorador se sentó, acercando el taburete a la mesa.

—Tengo la información que solicitó, señor, —dijo en voz baja—. El barco inglés, el Albatros, zarpa hacia Inglaterra dentro de una semana, el martes. Creo que es posible asegurar un pasaje seguro para la mujer.

Jedrick aspiró y contuvo el aliento antes de exhalar profundamente.

—Ella no regresará a Inglaterra, —dijo rotundamente.

—¿No lo hará? —preguntó Staszek, enarcando una ceja.

Jedrick negó con la cabeza.

—No, no lo hará.

Staszek asintió con deferencia.

—Como desee, señor.

Jedrick se frotó la nuca y miró a su explorador.

—Mis deseos tienen poco que ver con esto. Ella no tiene ningún deseo de volver y no tengo corazón para obligarla.

—¿Entonces se quedará con nosotros?

Jedrick asintió.

—Por ahora. No tiene otro lugar adonde ir. Pero tendré que encontrarle algo que hacer. Ella insiste en realizar algún tipo de tarea para ganarse el sustento.

—Quizá pueda ayudar a Henryk con la cocina.

Jedrick se acarició la barbilla pensativamente.

—Tal vez. Hable con él y vea si está dispuesto.

Staszek asintió y empezó a levantarse, pero Jedrick le hizo un gesto para que volviera al taburete.

—También quiero que organice una tienda para ella, completa con guardia. ¿Entendido?

—Sí, señor. No creo que haya ningún problema, pero la vigilaré personalmente, por si acaso.

Jedrick asintió con satisfacción mientras Staszek se marchaba, con los dedos masajeándose las sienes con cansancio. Para preservar lo que quedaba de la reputación de Lena, tendría que sacarla de su tienda de inmediato. Sabía que si no lo hacía inmediatamente, nunca lo haría. Se estaba volviendo demasiado querida, demasiado importante para él.

—Maldita sea, —murmuró, con el ceño fruncido—. Es mejor así.

Algún día ella se lo agradecería. O al menos él esperaba que lo hiciera.

Capítulo 20

Ese mismo día, Lena se instaló en su propia tienda sin decir palabra. Estaba dividida entre dos sentimientos, por un lado estaba agradecida de que Jedrick la hubiera dejado quedarse en el campamento, pero a la vez, extrañamente entristecida por la verdad de su situación.

—El deber por encima de todo. Particularmente por encima de ti, Lena Wright.

Aun así, Lena estaba decidida a demostrar que podía ser útil. Staszek le presentó inmediatamente a Henryk, el cocinero y médico del campamento. A Lena le cayó bien enseguida. Le pareció que tenía cara de apóstol, con ojos sabios, nariz larga y fina y una barba blanca y fluida. Sus ojos azules brillaban y sonreían a Lena cada vez que la miraba.

A medida que los días se convertían en semanas, Henryk se fue encariñando poco a poco con Lena, viendo que estaba decidida a trabajar duro y a aprender de él. Le enseñó a encontrar hierbas en el bosque que eran buenas para cocinar, y ella aprendió rápidamente a condimentar la comida con ellas. Le vio preparar trampas para atrapar conejos y perdices, y con el tiempo, le permitió construir y colocar sus propias trampas.

Lena era una buena alumna, ansiosa por aprender todo lo que pudiera del anciano. A medida que pasaban las semanas, Henryk le enseñó el uso medicinal de muchas hierbas y plantas. También la instruyó sobre cómo curar huesos y tratar quemaduras y pequeños cortes. Se alegró de que los hombres empezaran a confiar en ella lo suficiente como para tratarlos. Los hombres habían aceptado por fin sus administraciones, excepto Jedrick, que se mantenía a una distancia prudente, y sólo asentía brevemente con la cabeza si se cruzaban. Lena intentó mantener la compostura y no mostrar exteriormente el dolor que sentía por su frialdad.

En su tiempo libre, Lena se reunía a menudo con Boguslaw. Le hacía interminables preguntas sobre las incursiones, la estrategia y los progresos del campamento, hasta que Boguslaw empezó a llamarla burlonamente teniente. Aun así, ella nunca cesaba en sus preguntas, su curiosidad siempre superaba su timidez.

Una tarde de finales de otoño, Lena estaba sentada con Boguslaw bajo un árbol, clasificando sus hierbas en diferentes cestas. Boguslaw estaba limpiando su espada con un paño seco, intentando eliminar cualquier humedad que pudiera hacer que el acero se oxidara.

—Boguslaw, —le llamó de repente Lena, sacudiéndose la suciedad de los dedos—. ¿Nunca te preocupas por Jedrick? Lleva cuatro días fuera del campamento.

Él enarcó una ceja pero continuó limpiando su espada, sin apartar los ojos de la tela.

—No.

—¿Nunca? —preguntó ella, sorprendida.

—Nunca, —respondió Boguslaw.

Lena frunció el ceño.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿No eres su amigo?

Boguslaw dejó la espada sobre su regazo con un suspiro.

—Somos soldados, milady. Si hubiera estado en tantas batallas y campañas como yo con el coronel, sabría lo buen soldado que es.

Lena guardó silencio un momento.

—Quizá tengas razón. No debería preocuparme. De todos modos, ¿de qué serviría? No me hace caso. —Se sonrojó en cuanto las palabras salieron de su boca, mortificada por haber pronunciado tales pensamientos en voz alta—. Por favor, perdóname, —dijo entrecortadamente, llevándose las manos a las mejillas—. Por descontado que tiene cosas mucho más importantes en la cabeza.

El gigante guardó silencio durante tanto tiempo que Lena se preguntó si siquiera habría oído su arrebato momentáneo. Por Dios, debía de pensar que era una niña malcriada. Avergonzada por su arrebato, Lena empezó a recoger sus cosas cuando sintió la mano de Boguslaw en su brazo. Sobresaltada, levantó la vista hacia él.

—Se preocupa mucho por usted, milady. He sabido de la preocupación de Jedrick por usted desde el principio, él es mi amigo desde hace mucho tiempo.

Los ojos azul verdoso de Lena reflejaban su vulnerabilidad.

—Siento haberlo mencionado, —dijo suavemente—. Es sólo que a veces me quedo despierta por la noche y me pregunto qué estará pensando, y cada vez que abandona el campamento me pregunto si volveré a verle.

—Sus pensamientos están en la batalla, pero me atrevería a decir que también están muy a menudo en usted, milady.

—¿En mí? —dijo Lena, y su voz reflejaba auténtico asombro.

Boguslaw no ofreció ninguna explicación, reanudando su limpieza. Un largo silencio se extendió entre ellos, ambos perdidos en sus pensamientos.

—Boguslaw, ¿tienes miedo de morir? —preguntó de repente Lena, haciendo que el gigante levantara la vista sorprendido.

—No, la verdad es que no. Aunque tampoco le doy la bienvenida.

—Creo que es mucho peor ver morir a las personas que te importan. ¿No estás de acuerdo?

Boguslaw volvió a coger la espada y reanudó su cuidadosa limpieza.

—Sí, lo estoy.

Hubo de nuevo un largo silencio entre ellos antes de que Lena se pusiera en pie. En silencio, recogió sus cestas, colgándolas sobre sus brazos.

—¿Milady? —dijo Boguslaw en voz baja, mirándola.

—¿Sí?

—No se preocupe por el coronel... volverá. Jedrick Tarnowski es un excelente soldado; el mejor con el que he tenido el honor de servir. No es de los que se descuidan.

—Tienes razón. Es sólo que no puedo evitar preocuparme un poco... aquí. —Se acarició suavemente el pecho con la mano.

Boguslaw asintió.

—La guerra es un terrible despilfarro, Lena, un despilfarro de preciosas vidas humanas. Jedrick Tarnowski lo sabe mejor que cualquiera de nosotros. Él no correría riesgos innecesarios.

Lena sonrió.

—Eres un buen amigo, Boguslaw. Uno de los mejores amigos que he tenido. Gracias por tu amabilidad. —Se dio la vuelta y se alejó de él.

Boguslaw se sintió un poco incómodo por sus palabras, pero silbó una melodía fuera de ritmo mientras reanudaba su limpieza.

Al día siguiente, Jedrick regresó al campamento, sucio y agotado pero ileso. Lena se encontró con los ojos de Boguslaw al otro lado del campamento antes de que éste le dedicara un leve gesto de asentimiento.

Pero Lena estaba cada vez más preocupada a medida que el otoño se adentraba lentamente en los mordaces y fríos días del invierno. La nieve cubrió el bosque, haciendo casi imposible cabalgar, y las incursiones se hicieron más difíciles y peligrosas. Sin embargo, los rebeldes no cesaron sus actividades. Los hombres sabían que los nuevos suministros serían igual de difíciles de obtener para los suecos, y cada incursión producía más artículos necesarios para el campamento.

Lena se mantuvo tan ocupada como siempre. Era difícil encontrar las hojas y hierbas que necesitaba para las medicinas, y muchos de los hombres cayeron enfermos. Trató a tantos como le fue posible, desplomándose agotada al final de cada jornada.

Jedrick seguía observándola desde la distancia. Hablaba a menudo con Henryk para que le informara de sus progresos. Le complacía saber que ella había asumido bastante bien sus obligaciones con el anciano. Había demostrado ser bastante capaz y útil.

Más que útil, se corrigió Jedrick. Su presencia era buena para el campamento. Lena insistía en refrescar las tiendas con hierbas y especias, que hasta Jedrick realmente deseaba volver a la tienda de mando. Los hombres la adoraban y se comportaban mejor en el campamento; su risa era contagiosa y levantaba el ánimo. Además, realizaba tareas tediosas como remendar, visitar a los hombres enfermos y animar a los que echaban de menos a sus familias. Fue una gran ayuda, y Jedrick sabía que el invierno habría sido interminablemente largo si no hubiera sido por su alegre sonrisa y su mano servicial.

Sin embargo, por la noche ella le atormentaba en sus pensamientos y sueños. Más de una vez había estado a punto de llamarla a su tienda sólo para hablar con ella, para estar cerca de ella. Sin embargo, no podía permitirse ni un momento en su presencia sin arriesgarse a atraerla a sus brazos. Se mantenía a una distancia prudente, siempre vigilante pero nunca demasiado cerca.

Lena cayó fácilmente en la rutina del campamento a medida que los días se convertían en semanas y los vientos ferozmente fríos del invierno soplaban a través del campamento. Una gélida mañana, Lena acababa de salir de la tienda de un joven que ardía de fiebre. Llevaba dando vueltas en la cama desde la noche anterior y ella estaba preocupada. Mientras sus pies crujían en la nieve, hizo una nota mental para pedirle a Henryk que le visitara para hacerle un diagnóstico. Acababa de pasar por delante de la tienda de mando cuando le pareció oír que la llamaban por su

nombre. Rápidamente, se dio la vuelta y vio a Jedrick haciéndole señas.

Sorprendida, apresuró el paso hacia él y éste la condujo rápidamente a su tienda. La tienda era cálida, y Lena se maravilló de nuevo del ingenioso invento del fuego de carbón. Hasta que había llegado a Polonia, nunca lo había visto. Un recipiente metálico rodeaba varios trozos de carbón vegetal que brillaban en rojo, atrapando el calor en la tienda de forma bastante completa, lo cual era especialmente bienvenido, dado el gélido invierno polaco.

Sacudiéndose la nieve de las manos enguantadas, Lena echó hacia atrás la capucha de su capa y jadeó. El hombre de aspecto más fiero que había visto nunca estaba sentado a la mesa, sonriéndole. Sus cejas negras y pobladas se juntaban en medio de la frente y un largo bigote se arremolinaba sobre sus mejillas. Iba vestido con una túnica negra y dorada y un sable corto y curvado yacía sobre la mesa. Con los ojos aún muy abiertos por el asombro, miró interrogante a Jedrick.

A Jedrick le hizo gracia la sorpresa en sus ojos. —Lena, éste es Hamid-Bey, comandante de las fuerzas tártaras al servicio de Su Majestad el rey Yan Casimir.

Lena le miró, dando un paso atrás.

—¿Fuerzas tártaras? —dijo, con la voz entrecortada.

Hamid-Bey se puso en pie y se movió alrededor de la mesa, estrechando la mano de ella en la suya.

—Que Alá me castigue si hablo en falso, pero usted, milady, es la mujer más hermosa que he visto nunca. —Le apretó un persistente beso en la mano de Lena. Medio fascinada, medio asustada, Lena sólo pudo mirarle fijamente.

Jedrick puso los ojos en blanco, aclarándose la garganta a propósito. Lena bajó los ojos, con las mejillas sonrosadas por la atención. Al bajar la vista, se fijó en la otra mano del tártaro. Estaba hinchada y de un rojo furioso.

—Dios mío, —jadeó Lena, tomando su mano suavemente entre las suyas—. ¿Qué le ha pasado?

—Hamid-Bey se hizo un buen corte hace unos días, —dijo Jedrick en voz baja—. Insistí en que le permitiera echarle un vistazo.

Olvidado su miedo, Lena palpó cuidadosamente la herida. Sintió que Hamid-Bey se tensaba ante su tacto.

—Se ha infectado, —dijo en voz baja. Su piel estaba caliente—. Tendré que reabrir la herida y limpiarla. Luego envolveré la mano en una cataplasma caliente de hierbas. Va a ser muy doloroso, así que sugiero un poco de whisky o cerveza para aliviarlo

Ninguno de los dos hombres se movió para seguir su sugerencia. Ella miró con irritación a Jedrick.

—Dije que dolería, —volvió a decir, enfatizando cada palabra como si hablara a un niño. Jedrick la miró a los ojos con calma y siguió sin decir nada.

Hamid-Bey se rio y condujo a Lena a la mesa, donde ambos se sentaron.

—Le sugiero, señora, que no se preocupe por mi umbral del dolor. Haga lo que deba hacer.

Lena miró a Jedrick a los ojos, y él le hizo un leve gesto con la cabeza. Encogiéndose de

hombros, metió la mano en su mochila y sacó un pequeño cuchillo y un paquete de hierbas secas. Le indicó a Jedrick que hirviera un poco de agua mientras ella desenrollaba algunas de sus tiras de lino. Con cuidado, limpió el cuchillo con un trozo de la tela hasta que estuvo satisfecha. Regresó a la mesa lentamente y, agarrando firmemente la muñeca de Hamid-Bey, pasó el cuchillo por la herida. Un pus maloliente se derramó.

Lena sintió que el tártaro se ponía rígido, pero no apartó la mano. Ella le miró preocupada, pero él le sonrió. Inclinandose sobre su mano, trabajó incansablemente hasta que hubo extraído todo el pus. Luego, arrodillada cerca del fuego de carbón, sumergió un trozo de tela en el agua caliente y esperó un momento a que se enfriara.

Con suavidad, le limpió la herida. Después, le aplicó una cataplasma de hierbas calientes en la mano y la ató fuertemente con un trozo de tela limpio y seco.

—Tiene usted las manos de un ángel, —dijo Hamid-Bey cuando ella terminó, flexionando su mano dentro del vendaje. Sonrió ampliamente a Lena, y ella se ruborizó al ver la admiración en sus ojos brillantes.

Jedrick frunció el ceño, tragándose su irritación ante la aparente atracción del tártaro por Lena. No estaba en posición de instruir al tártaro sobre cómo comportarse con ella, pero podría empezar a hacerlo si Hamid-Bey no dejaba de mirarla así de una vez. Afortunadamente, un golpe seco en el poste exterior que sujetaba el toldo de la tienda interrumpió sus pensamientos.

—Entrad, —gritó Jedrick.

Staszek entró en la tienda, el viento arrastraba con él una buena cantidad de nieve. Divertido, Jedrick miró a su explorador; Staszek se había cuidado de anunciar su presencia desde que había tropezado con Jedrick y Lena encerrados en un abrazo.

—Acaba de llegar un mensajero con esto, señor, —dijo Staszek sin aliento, sacando un pergamino de su cinturón.

Jedrick lo cogió y lo desenrolló sobre la mesa. Acercando la lámpara, se inclinó sobre él, leyendo atentamente. Tras varios minutos de silencio, se dejó caer en el taburete, pasándose los dedos por su espesa cabellera.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Staszek, con la preocupación iluminando sus ojos.

—Reúna a los oficiales, —ordenó Jedrick. Cuando Staszek vaciló, Jedrick agitó la mano con impaciencia—. Ahora, —dijo secamente.

Staszek asintió con brusquedad y salió de la tienda. Cuando Hamid-Bey se levantó para marcharse, Jedrick le hizo un gesto.

—Siéntese, comandante, —le dijo cansado—. Me gustaría que usted también escuchara esto.

Lena parecía casi olvidada mientras recogía lentamente sus cosas, cuidando de limpiar cada uno de sus instrumentos antes de guardarlos. Se detuvo a propósito, curiosa por saber qué mensaje contenía el pergamino y por qué Jedrick parecía tan preocupado. Como nadie le había ordenado aún que se marchara, se ocupó de su material médico.

Los oficiales de Jedrick se presentaron en su tienda en cinco minutos, con la excepción de Alexander, que había salido antes en una incursión a un pequeño puesto sueco en las afueras de la ciudad. En cuanto todos estuvieron sentados, Jedrick se puso en pie.

—Tengo malas noticias que comunicar, —dijo Jedrick en voz baja—. Los coroneles Piotrowski y Smolenski han sido capturados.

Marek se quedó con la boca abierta.

—¿Capturados? ¿A los dos?

Jedrick asintió.

—Al parecer, hubo un esfuerzo concentrado por parte de los suecos para asegurar la zona que rodea Cracovia. Los ataques contra los dos campos se produjeron simultáneamente.

Hubo murmullos de sorpresa entre los hombres.

—Santa María, —susurró Mikhail en voz baja.

—Más de doscientos hombres fueron capturados o muertos, —continuó Jedrick—. Los hombres restantes se han reagrupado bajo el mando del capitán Gorlewski.

—¿Gorlewski? —preguntó Hamid-Bey, enarcando una ceja. Jedrick miró rápidamente al tártaro—. ¿Le conoce?

Hamid-Bey se acarició el bigote pensativamente.

—Algo. Es un poco inexperto, pero completamente leal al Estado polaco. Podría ser una presencia formidable si recibe ayuda.

Jedrick enarcó una ceja.

—¿Ayuda de sus refuerzos, comandante?

—¿Refuerzos? —dijo Mikhail, mirando a su hermano con perplejidad.

Jedrick asintió, extendiendo las manos sobre la mesa.

—Seis regimientos tártaros se encuentran actualmente en las afueras de la ciudad de Zamosc, a disposición de las fuerzas polacas.

Marek silbó suavemente.

—¿Seis regimientos?

Hamid Bey asintió.

—Podrían estar en Cracovia en un día, bajo mis órdenes. Y mil dragones tártaros más vienen en ayuda de Yan Casimir. No somos amigos del imperio sueco.

Un silencio atónito llenó la tienda, y Lena prácticamente podía oír a los hombres pensar. Un repentino estruendo en el exterior rompió el silencio, y Alexander apareció en la entrada, cubierto de nieve, con la nariz roja por el frío.

—Hace más frío que en el culo de una sueca, —dijo, dando pisotones. Mirando a su alrededor, vio a Lena sentada en el suelo, con su bolsa cerca de ella. Su cara se sonrojó—. Disculpe, milady, —dijo.

Jedrick le hizo un gesto impaciente para que se acercara a la mesa.

—Siéntese, Alex. Hay muchas cosas en las que tiene que ponerse al día.

Alexander se quitó el abrigo encogiéndose de hombros, arrojándolo a un rincón.

—Señor, si me lo permite, me gustaría darle un breve informe de las actividades de esta

mañana. Creo que encontrará bastante interesante lo que tengo que decirle.

Jedrick asintió y Alexander se sentó pesadamente en un taburete frente a su comandante.

—Por accidente nos topamos con un convoy sueco muy fuertemente custodiado que venía del sur. Nunca había visto nada igual; debía de haber casi un centenar de soldados, pero ningún carromato. Por supuesto, nuestra curiosidad se disparó. ¿Qué cargamento podría ser tan valioso como para ser transportado sin vagón y, sin embargo, custodiado por un centenar de soldados? —Hizo una breve pausa, frotándose la calva cabeza con la mano—. Envié a mis espías para averiguarlo. Esperamos casi cuatro horas en el frío glacial hasta que regresaron, pero volvieron con una información extraordinaria. Ese precioso cargamento no era otro que dos de nuestros coroneles de Cracovia: Piotrowski y Smolenski. Parece que han sido capturados por los suecos y se dirigen a ser interrogados en el cuartel general militar cerca del castillo de Varsovia.

Un momento de silencio conmovido fue interrumpido por la suave risa del tártaro.

—Por Alá, los polacos tienen una suerte del diablo.

Alexander pareció perplejo ante las palabras de Hamid-Bey y Jedrick señaló el pergamino con un gesto de la mano.

—Acabamos de recibir noticias de su captura, Alex. Sin duda nuestro camarada tártaro cree que su proximidad nos da ahora la oportunidad de planear un rescate.

Mikhail se inclinó sobre la mesa, asintiendo con entusiasmo.

—Por las heridas de Dios, Jedrick, podríamos rescatarlos. Sería una victoria digna recuperar a dos de nuestros coroneles delante de sus narices.

Jedrick frunció el ceño, volviéndose ligeramente hacia Alexander.

—¿Estás seguro de que están retenidos en el cuartel militar sueco?

Alexander asintió.

—Al menos por ahora. Después de todo, es el edificio mejor vigilado de Varsovia. Lo más probable es que los oficiales suecos de alto rango estén más interesados en escuchar lo que los coroneles tienen que decir. —Interrumpió Marek, frunciendo el ceño—. Estratégicamente, un rescate sería condenadamente peligroso.

—Hay guardias apostados alrededor del edificio y en cada planta, —añadió Staszek. —El cuartel general es prácticamente impenetrable.

—Nada es impenetrable, —argumentó acaloradamente Mikhail—. Además, necesitamos a esos hombres. Valdría la pena correr el riesgo.

Jedrick escuchó a sus hombres discutir, tamborileando ligeramente con los dedos sobre la mesa. Finalmente, cuando todas las miradas se volvieron hacia él, su rostro era adusto y pensativo.

—Por muy tentador que sea intentar un intento de rescate, tenemos otro asunto más apremiante con el que lidiar. —Señaló el pergamino enrollado que había sobre la mesa—. El rey nos ha ordenado destruir tantos cañones suecos como sea posible. Según su inteligencia, los suecos se están preparando para un ataque masivo contra Czestochowa.

Jedrick escrutó los rostros de sus hombres mientras un silencio sepulcral llenaba la sala. Czestochowa era el centro espiritual de Polonia y el hogar de su icono más sagrado, la Virgen

Negra. La leyenda decía que San Lucas había pintado el retrato de la Virgen y su hijo en un trozo de la mesa de la Última Cena. Una victoria sueca en Czestochowa sería la sentencia de muerte para el país.

Jedrick dejó que sus palabras calaran hondo antes de continuar.

—Pero sin los cañones, los suecos son vulnerables, especialmente ahora, dadas las buenas noticias que nos ha traído Hamid-Bey.

Alexander parecía desconcertado.

—¿Qué noticias?

El tártaro se inclinó hacia delante, sus ojos negros brillaban a la luz parpadeante de la lámpara.

—Más de mil dragones tártaros están ahora a disposición del rey Casimiro.

—Dios mío, —exclamó Alexander, mirando a Jedrick en busca de confirmación.

Jedrick asintió lentamente.

—Esto hace que nuestra misión de destruir los cañones suecos sea aún más imperativa.

Una pesada quietud se apoderó del grupo hasta que Marek rompió el silencio.

—Los cañones están en el depósito de municiones de los suecos mejor protegido, en lo más profundo de la ciudad, no lejos del castillo de Varsovia. Un ataque frontal de un gran número de hombres no es posible; nunca superaríamos a las tropas de las afueras de la ciudad. Yo recomendaría una aproximación más pequeña y concentrada por parte de unos pocos hombres. Sin embargo, esto también será excepcionalmente difícil, ya que los centinelas del depósito están dispersos cada pocos metros alrededor del edificio. Las probabilidades de que uno de nuestros hombres pueda escabullirse entre cada uno de los centinelas, entrar en el edificio, completar el sabotaje y volver a salir son prácticamente inexistentes. Peor aún, si fracasáramos en nuestro primer intento, los suecos conocerían nuestro plan y reforzarían la seguridad.

Mikhail frunció el ceño pensativo.

—El depósito se encuentra en el establo del viejo Krupa, si no recuerdo mal. ¿No hay espesas arboledas bordeando el camino hacia el establo?

Marek asintió.

—Sí, pero no se equivoque; los árboles no nos ofrecerán cobertura. Los terrenos que rodean el depósito son completamente seguros y están bien patrullados.

Mikhail sacudió la cabeza con impaciencia.

—Eso no es lo que tenía en mente. ¿Y si nos acercamos al depósito a través de los árboles? Hay una trampilla en lo alto del establo. Uno de nosotros podría descolgarse desde el tejado.

—O simplemente prender fuego a una mecha larga y dejar que el fuego inicie la explosión, —añadió Alexander.

Marek sacudió la cabeza.

—Esos árboles no son para trepar. La mayoría de las ramas no soportarían a un hombre. De hecho, no soportarían a una persona que pesara más de siete piedras.

Alexander soltó una carcajada.

—¿Siete piedras? Vaya, eso apenas es el peso de un niño.

—Yo peso siete piedras.

Los hombres se giraron asombrados cuando Lena se levantó lentamente, con el pelo cayéndole suelto sobre los hombros.

—Podría trepar por los árboles y bajar por la trampilla del tejado del establo. Las ramas aguantarían mi peso.

Jedrick había olvidado por completo que Lena seguía en la tienda.

—No, —tronó cuando pudo encontrar su voz—. De ninguna manera.

Los otros hombres parecían igualmente sorprendidos por la propuesta de Lena. Todos, es decir, excepto Hamid-Bey. Su rostro permanecía tranquilo, con una chispa de interés destelleando en sus ojos oscuros.

—Pero me necesitan, —insistió Lena—. yo podría hacer precisamente lo que usted requiere.

Jedrick se levantó de la mesa y fue a colocarse a su lado.

—Lena, —dijo, su voz excepcionalmente suave—. creo que lo mejor sería que se fuera de aquí ahora.

—¿Entonces no considerará mi oferta de ayuda?

El brazo de Jedrick era firme pero suave sobre su hombro.

—No lo haré. —La dirigió hacia la entrada, levantando la solapa de la tienda.

—Encárguese de que la dama sea escoltada de vuelta a su tienda, —ordenó Jedrick al soldado que montaba guardia fuera. El joven asintió con brusquedad.

Con expresión oscura e ilegible, Jedrick regresó a la tienda, sentándose de golpe en su taburete. Ninguno de los hombres habló durante un largo rato.

—¿Puedo atreverme a preguntarle por qué rechazó la propuesta de la dama? —preguntó Hamid-Bey al cabo de varios minutos.

Jedrick miró sorprendido al tártaro.

—¿Es necesario que lo diga? Es una mujer.

Hamid-Bey se rio.

—Tenga la seguridad de que me he dado cuenta, comandante. Sin embargo, parece muy capaz de llevar a cabo tal responsabilidad.

—No la pondré en peligro. —Su voz era fría y definitiva.

Alexander suspiró.

—Por mucho que me repugne admitirlo, Jedrick, ella sería una buena elección para la misión. Incluso si es descubierta, nunca he sabido que los suecos ejecuten a una mujer.

—Es más que probable que hicieran algo peor, —dijo Jedrick, gruñendo. Mikhail se puso en pie—. Estoy de acuerdo con Jedrick. Es demasiado peligroso.

—Sí, ya se ha dicho bastante sobre este asunto, —respondió Jedrick en voz baja mientras miraba a los ojos de cada uno de sus hombres—. Y bien, caballeros, sugiero que nos pongamos a pensar en otra forma de entrar en ese depósito.

Capítulo 21

Lena se apresuró a regresar a su tienda lo más rápidamente posible. No dijo ni una palabra al joven guardia que la escoltaba ni al centinela, que permanecía en posición de firmes, fuera de su tienda. Simplemente se agachó dentro mientras los dos hombres intercambiaban brevemente palabras.

Sin dilación, se echó hacia atrás la capucha y se inclinó sobre los rescoldos de carbón, le sopló dos veces, en rápida sucesión, haciendo que brillara al rojo vivo. Se quitó los guantes y puso las manos sobre el calor, y cuando estuvieron lo suficientemente calientes, se encogió de hombros y colocó su capa cerca del calor para que se secara. Sentada, apoyó la barbilla en las rodillas, con la mirada perdida en las brasas incandescentes. Se sentía frustrada y sola.

No había esperado que Jedrick se opusiera tan rotundamente a su ofrecimiento de ayuda. Santo Dios, ese hombre podía ser tan testarudo... ¿Por qué no podía ver que su oferta era la mejor opción que tenían de acabar con los cañones? Enfadada, cogió un palo y empezó a pinchar las brasas.

Al cabo de unos minutos oyó la voz de Henryk fuera de su tienda y se puso en pie levantando la solapa.

—Henryk, ¿qué hace ahí fuera? Entre, por favor.

El anciano entró arrastrando los pies, sacudiéndose la nieve de los hombros. Lena le ayudó a quitarse la capa y luego le indicó que se sentara junto al fuego.

—He venido a ver cómo le ha ido con su paciente esta tarde.

Lena se había olvidado por completo del joven.

—Oh, Virgen Santísima, quería pedirle que le visitara. Pude bajarle algo la fiebre, pero se movía tanto que apenas pude examinarlo. Quería que usted le echara un vistazo.

Henryk asintió.

—He visitado a otros dos como él esta mañana. El tiempo frío y húmedo es muy difícil para el cuerpo. Le hace a uno susceptible a la fiebre y a otras enfermedades. —Se frotó su larga barba plateada entre las manos—. Visitaré al joven cuando marche de aquí. Me tomaré un momento para calentar estos viejos huesos míos.

Lena se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos.

—A veces me pregunto cómo sobreviviremos al invierno, por no hablar de la guerra.

Él enarcó una ceja ante la frustración que oyó en su voz.

—¿Pasa algo, niña?

—No lo sé, Henryk. Me siento tan... inútil. —Ella bajó la mirada hacia sus manos—. A veces desearía haber nacido hombre, —añadió.

El anciano la miró, tan asombrado por sus palabras que no pudo hablar durante unos instantes.

—Dios mío, niña, ¿qué le ha hecho desear eso? —preguntó en cuanto pudo encontrar la voz.

—Soy bastante buena con la espada, —dijo ella a la defensiva—. y también tengo otras habilidades que podrían ser útiles para el campamento, pero se me prohíbe usarlas porque soy mujer. No es justo.

—Shh, Lena, —la reprendió suavemente Henryk—. Las habilidades que has desarrollado y el trabajo que haces en este campamento son muy importantes. ¿Por qué crees que Jedrick pregunta constantemente por ti?

—¿Pregunta por mí? —preguntó Lena con asombrada incredulidad.

Henryk asintió con firmeza mientras sus ojos escudriñaban el rostro de ella.

—Viene, casi todas las noches que está en el campamento, preguntando por ti. Creo que te tiene bastante cariño, Lena.

Los ojos de Lena se iluminaron momentáneamente al mirar los suyos de un azul lechoso, pero su alegría se desvaneció rápidamente.

—Ojalá fuera cierto, Henryk, pero me temo que se equivoca. Apenas reconoce mi presencia en el campamento y me trata como si tuviera la peste.

Henryk se rio.

—Quizá haya otras razones por las que le evita. Una mujer puede hacer cosas extrañas en la mente de un hombre, pero eso no significa que no le importe.

Lena bajó los ojos, arrepentida por su arrebato.

—Mis disculpas por quejarme. Sólo sentía que, como hombre, podría asumir más responsabilidades y ganarme mejor mi sustento aquí.

Henryk le tocó la mejilla.

—Lo que hace aquí es importante, querida. Aprenderás que ser mujer no hace que sus responsabilidades sean menos relevantes. De hecho, Polonia ha tenido muchas mujeres así, que sirvieron a su patria tan bien, o incluso mejor, que sus hombres.

Lena levantó la cabeza y le miró.

—¿De verdad?

Henryk sonrió ante el tono esperanzado de su voz.

—Sin duda. ¿Ha oído alguna vez el cuento de la reina Wanda?

Lena negó lentamente con la cabeza.

—No. ¿Quién era ella?

Ante su expresión amplia y expectante, Henryk se aclaró la voz y comenzó a contarle la historia:

—Hace mucho tiempo, cuando la capital polaca estaba en la ciudad de Cracovia, un rey muy querido llamado Krak gobernaba el país. Cuando murió, el trono fue pretendido por sus dos hijos. Aunque por derecho el trono era para el hijo mayor, el menor era ferozmente ambicioso y deseaba gobernar la tierra. La necesidad de poder le carcomía hasta que una noche acechó a su hermano y lo mató de un golpe de espada, pero Dios no permitió que el crimen quedara impune y el acto fue descubierto rápidamente. El hermano menor huyó al bosque y nunca más se supo de él.

Como Polonia seguía sin líder, los consejeros se reunieron en el castillo de Wawel, en Cracovia. Era su responsabilidad asegurarse de que se encontrara un rey adecuado, y discutieron ferozmente entre ellos hasta que uno de los consejeros más jóvenes tomó la palabra.

No debemos olvidar que el rey Krak también tiene una hija joven, dijo al grupo.

—¿Una mujer para goberarnos? —Dijo otro consejero, horrorizado. Pero la idea era intrigante, y los consejeros empezaron a considerar seriamente su competencia.

—Ella es sabia, —dijo un hombre—. Es valiente y buena, —dijo otro—. Y lo más importante, —gritó otro—, es justa y equitativa.

Con estas palabras, los consejeros empezaron a hablar entre ellos hasta que el más anciano llamó a votación. Y a pesar de algunos que tenían dudas, la reina Wanda, hija de Krak, fue elegida para el trono por los consejeros.

Wanda era hermosa y sabia. El pueblo la amaba con todo su corazón, y la paz y la prosperidad reinaron durante muchos años en la región. Sin embargo, los alemanes, vecinos del oeste, crecieron en fuerza militar y empezaron a atacar aldeas y ciudades polacas cada vez con más frecuencia. El pueblo instó a la reina Wanda a tomar partido contra los alemanes. Se hizo una llamada a las armas en todo el país y Wanda reunió a sus caballeros con armadura. Los caballeros estaban satisfechos por la firme postura de la reina contra los alemanes, pero se sorprendieron cuando Wanda decidió dirigirlos personalmente a la batalla.

—La reina Wanda es verdaderamente fuerte y valiente, —eran las palabras que se decían por todo el reino.

La reina Wanda dejó a cien hombres para defender el castillo de Wawel y condujo al resto de los hombres al campo para enfrentarse a los alemanes.

—Nuestros antepasados han luchado valientemente y derramado su sangre por esta tierra, y nosotros también la defenderemos y saldremos victoriosos, —gritó Wanda mientras los conducía a la batalla.

La batalla fue feroz, pero Wanda lideró con inteligencia y los polacos derrotaron a los alemanes. Fue un espectáculo glorioso ver a la reina Wanda y a sus caballeros regresar victoriosos a Cracovia. Hubo mucha celebración y se habló de la fuerza y el valor de su sabia gobernante. Pero el comandante alemán, Rytygier, estaba furioso por su derrota ante una mujer y buscó otra forma de acabar con la reina polaca.

—Tendré esas ricas tierras polacas aunque sea lo último que haga, —murmuró durante días. Finalmente, ideó una ingeniosa trampa para Wanda.

—Envíe un emisario a Cracovia para pedir la mano de la reina Wanda, —ordenó alegremente, frotándose las manos.

Wanda, por supuesto, se escandalizó ante la propuesta, pero se encontró en un difícil aprieto. Su negativa al alemán insultaría su honor, dejándole un único recurso: la guerra. Esto significaba sumir a su país en una larga y sangrienta guerra con los alemanes. Pero aceptar significaba unir sus tierras a las de los odiados alemanes.

Wanda pensó durante muchos días hasta que finalmente sólo se le ocurrió un posible curso de acción.

—Rytygier no me dejará en paz ni a mí ni a mi pueblo mientras yo sea reina, —gritó—. No se detendrá ante nada para hacerse con las tierras polacas, pero si dejo de gobernar, Rytygier no tendrá motivos para la guerra. Debo hacer lo necesario para preservar el reino.

Con estas palabras, la reina Wanda bajó hasta la orilla del río Vístula, donde se arrojó al agua. Dos pescadores encontraron su cuerpo al día siguiente. El pueblo lloró a su reina durante semanas, pero se dieron cuenta de que había hecho el sacrificio definitivo por ellos y por el país. Su ejemplo fue una inspiración para todos los polacos.

El anciano se detuvo y respiró hondo. Lena le miraba él, con los ojos muy abiertos y luminosos.

—¿Es una historia real, Henryk?

—Sí, es una historia real, niña.

—¿Wanda... ¿realmente gobernó Polonia?

—Eso hizo, Lena.

—¿Y dio su vida por el país?

Henryk asintió.

—Así que ya ve, el destino tiene un papel para todos nosotros, independientemente de si somos hombres o mujeres. Recuérdelo, niña. —El anciano se levantó—. Ahora voy a visitar a ese joven para ver si puedo bajarle la fiebre.

Lena se levantó e impulsivamente le dio un abrazo a Henryk.

—Gracias, Henryk. Por todo.

Sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro a Lena antes de marcharse. Volviendo la mirada a las brasas, permaneció sentada durante largo rato, con la historia de la reina Wanda dándole vueltas en la cabeza. Finalmente, se levantó y buscó su bolsa. Al no encontrarla frunció los labios, recordando que la había dejado en la tienda de Jedrick cuando éste la había escoltado tan poco ceremoniosamente a la salida. Frunciendo el ceño, buscó su capa. Tendría que recuperarla ahora o tendría que despertarle por la mañana, cuando necesitara sus cosas para sus primeras rondas.

Levantando la solapa de la tienda, le dijo a su guardia, el cual estaba acurrucado junto a un pequeño fuego, que volvería en breve. Ajustándose más la capucha de su capa sobre la cabeza, comenzó a caminar hacia la tienda de Jedrick. Cuando llegó a ella le pidió al joven soldado de guardia que recuperara su bolsa. Este llamó a Jedrick y, en cuanto le concedió la entrada, desapareció tras la solapa de la tienda. Momentos después regresó sin la bolsa de ella.

—¿Dónde está mi bolsa? —preguntó Lena, sorprendida.

—El coronel desea hablar con usted. Por favor, entre, milady. —Le abrió la solapa.

Lena vaciló, no deseando enfrentarse de nuevo a los hombres, pero puso los labios con firme determinación y, respirando hondo, entró en la tienda.

Para su sorpresa, Jedrick estaba solo. Estaba inclinado sobre la mesa, hundido hasta los codos en una pila de mapas. Levantó la vista cuando ella entró, y Lena se sintió de repente tan nerviosa como un niño.

—Siento molestarle, —dijo rápidamente—. Sólo he venido a por mi bolsa. —Empezó a alcanzarla cuando Jedrick le ordenó que se sentara. Su voz era fría y dura. No es una buena señal, pensó ella, con el corazón hundiéndosele hasta los dedos de los pies. Volviéndose lentamente, echó hacia atrás la capucha de su capa y se encaramó al borde del taburete.

Intentando calmar su acelerado corazón, estudió su rostro. Había tenido razón. Estaba enfadado; ella lo notaba por los músculos que se tensaban en su mandíbula. Sus ojos eran oscuros y sus dedos tamborileaban sin cesar sobre la mesa mientras él la miraba tan ferozmente, que ella deseó poder derretirse en el suelo.

—¿Por qué me fulmina con la mirada? ¿Por qué no habla? —Sus manos empezaron a temblar y las sujetó con fuerza en su regazo, respirando hondo para estabilizarse.

—Dios del cielo, está enfadado conmigo por haberle sugerido que ayudara en la misión. Me he convertido exactamente en lo que él temía, una molestia y una distracción. Me dirá que no tiene otro recurso que enviarme lejos, a algún pueblo, para que esté a salvo. Dios mío, no.

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y tragó con fuerza, luchando por evitar que empezaran caer por su rostro. Por extraño que fuera, el campamento había sido el único hogar que había conocido desde que había abandonado Inglaterra. No quería marcharse, más que eso, no quería dejar a Jedrick. No podía imaginar su vida sin él.

Los dedos de Jedrick detuvieron bruscamente su tamborileo y se quedaron quietos sobre la mesa. Tras unos largos instantes, se levantó, inclinándose sobre la mesa.

—Ven aquí, Lena. —Su voz era suave pero firme.

Lena se levantó lentamente, sus hombros empezaban a temblar. Dio un paso tembloroso hacia él y luego se detuvo. Dios mío, ella siempre parecía olvidar lo grande que era él. La tienda parecía mucho más pequeña siempre que él estaba de pie. Tenía las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto sus musculosos antebrazos, y ella volvió a recordar lo completamente masculino que era. En este momento se dio cuenta, que también era completamente inaccesible. Tragó saliva con fuerza.

Jedrick esperó a que ella se moviera hacia él. Cuando ella no lo hizo él suspiró y dio dos largas zancadas alrededor de la mesa hasta que estuvieron cara a cara. Se alzó sobre ella, claramente consciente de que su postura era intimidatoria. Esperaba por una vez asustarla y que le hiciera caso.

Lena mantuvo los ojos fijos en las puntas de sus botas, temiendo las palabras que él diría. Las manos le temblaban tanto que las apretó con fuerza delante de ella.

Jedrick le levantó la barbilla con la mano.

—Mírame, —le ordenó en voz baja.

Lentamente, Lena levantó los ojos para encontrarse con los de él, fríos y de un gris tormentoso. Su mandíbula se tensó cuando ella le miró.

—Dime una cosa, Lena. ¿Por qué, en nombre de Dios, te ofreciste voluntaria para ponerte en semejante peligro? ¿Deseas llevarme a la locura?

Pasó un momento antes de que sus palabras se registraran.

—¿L-locura? ¿Crees que me ofrecí voluntaria simplemente para llevarte a la locura?

—¿No es así?

La boca de Lena se abrió y luego la cerró con firmeza.

—No, no es así. Realmente quería decir que podría trepar por los árboles y bajar la mecha hasta el depósito. ¿Dudas de que pueda hacerlo?

Jedrick se maravilló de lo rápido que pasó de estar asustada a furiosa al ver cómo ahora sus ojos brillaban con rabia. Un pinchacito en su obstinado orgullo y se convertía en una tigresa. Decidió que la prefería enfadada antes que asustada, aún podía aprender la lección. Con las manos a la espalda, pensó durante un largo momento y luego le enarcó una ceja.

—La misión es peligrosa, extremadamente peligrosa. Me lo pensaría dos veces antes de enviar a mi hombre más experimentado a realizar una tarea así. Pero llegar incluso a considerar enviar a una mujer... —Se encogió de hombros, dejando que su frase se interrumpiera.

Lena estaba indignada.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Puedo recordarte que Polonia fue gobernada una vez por una mujer? La reina Wanda dirigía personalmente a sus soldados en la batalla.

La boca de Jedrick se abrió como si fuera a decir algo y luego se cerró. Este no estaba saliendo como él había planeado.

—¿La reina Wanda? —consiguió preguntar con voz estrangulada.

Lena se acercó más para fulminarlo con la mirada. —Sí, Wanda, hija del rey Krak.

Lo que decía no tenía sentido, y Jedrick se sintió molesto de repente. Maldita sea, estaba intentando instruirla y ella le distraía con una vieja leyenda sobre una reina polaca. Si no estuviera tan irritado, podría incluso haberse reído.

—Sin duda estas al tanto de las leyendas de Henryk, —dijo secamente.

Ella le miró con suspicacia.

—Dice que es una historia real.

—Sin duda lo es, te lo aseguro. Las mujeres polacas siempre han sido consideradas muy capaces.

—Ah, ja, —dijo Lena triunfalmente—. Yo soy medio polaca. Así que ya ves, podría llevar a cabo fácilmente una misión así.

Ante aquella ridícula afirmación, Jedrick echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa. Dios santo, Lena Wright era la mujer más escandalosa, franca y totalmente imprevisible que había conocido nunca.

Lena le miró fijamente durante largo rato.

—No consigo ver qué es tan divertido, —dijo finalmente.

Jedrick dejó de reír y respiró hondo.

—Señor, Lena, no sé si abrazarte o ponerte sobre mis rodillas.

—¿Por qué no me permites intentar entrar en el depósito?

Ante las palabras de ella, su sonrisa desapareció, sustituida al instante por un ceño oscuro. Se acercó a la mesa y permaneció allí un largo momento. De repente, Lena empezó a arrepentirse de sus palabras. Parecía francamente furioso.

Jedrick golpeó la mesa con el puño. Lena saltó hacia atrás mientras los mapas volaban por todas partes.

—Maldita sea, mujer, ¿no has entendido ni una palabra de lo que he dicho? —rugió.

Lena respiró hondo y se echó el pelo por encima del hombro, negándose a dejarse intimidar.

—Jedrick, debes escucharme. Soy la única persona de este campamento que pesa siete piedras o menos. Podría hacerlo, sé que podría. No tenemos nada que perder.

—¿Nada? —rugió tan fuerte que hizo que Lena retrocediera—. ¿Crees que tu vida es nada?

Ella le miró fijamente.

—Cualquier comandante arriesgaría la vida de uno para salvar la de miles.

La empujó hacia él con tanta fuerza que ella aterrizó contra su pecho con un golpe seco. Su agarre sobre sus hombros se tensó y su corazón latió dolorosamente.

—No arriesgaré tu vida, Lena.

—Pero... —empezó ella, y luego se detuvo cuando el ceño feroz de él se hizo más profundo.

—¿Entendido? —repitió él, con sus ojos oscuros de furia y algo más que Lena no podía descifrar.

—Sí, —susurró ella, preguntándose si su voz vacilaba porque estaba asustada o porque estaba tan cerca de él.

Él aflojó ligeramente su agarre.

—Hay algo que tienes que aprender sobre mí, Lena. No tomo decisiones a la ligera. Me he comprometido a protegerte y pienso mantener mi palabra.

—Jedrick... —protestó ella, pero él alargó la mano y le puso un dedo firmemente sobre los labios.

—No se hablará más del depósito. ¿Está claro?

Los ojos de ella buscaron su rostro, pero su expresión era firme e implacable. Cuando ella asintió por fin, él levantó el dedo y se apartó de ella.

—Entonces eso es todo, —dijo bruscamente.

¡La estaba despidiendo! Lena se quedó mirándole la espalda durante un largo momento. Era sencillamente incapaz de creer que la estuviera tratando con tanta rudeza. Lágrimas de ira y frustración se formaron en sus ojos.

Todo estaba muy mal entre ellos, y en gran parte era culpa suya. Una lágrima corrió por su

mejilla y se la apartó con rabia. Bueno, no del todo culpa suya. Si él no fuera tan horriblemente testarudo, vería que ella era más que capaz de llevar a cabo semejante tarea.

Resoplando, marchó hacia donde estaba su bolso y se lo metió bajo el brazo. Estaba a punto de alcanzar la solapa cuando sintió la mano de él en su hombro.

—Espera; has olvidado esto, —dijo Jedrick, dándole un rollo de lino limpio vendas. Inspiró bruscamente al ver el brillo de los ojos de ella.

Lena le arrebató las vendas y se dio la vuelta para marcharse, pero él tiró de ella para que le mirara. Ella se resistió, pero él la acercó de todos modos.

Suspiró profundamente.

—Dios mío, Lena, me vas a hacer caer en la locura. Hace un momento estabas furiosa conmigo. ¿Por qué lloras ahora?

Ella apartó la mirada de él, pero él le levantó suavemente la barbilla hasta que le miró directamente a los ojos.

—¿Por qué lloras? —volvió a repetir suavemente.

—No estoy llorando, —insistió ella con fiereza incluso mientras una lágrima resbalaba de su ojo. Ella forcejeó contra su agarre, pero él la sujetó con fuerza.

Su voz se suavizó.

—Lena, tenía que pararte los pies. Soy el oficial al mando de este campamento y no puedes seguir contraviniendo todas mis órdenes.

—No contravengo todas tus órdenes, —argumentó ella con fiereza.

Jedrick casi sonrió. Esta mujer era una contradicción. La acercó a pesar de sus forcejeos, apoyando la barbilla en su cabeza.

—¿Por qué, haga lo que haga, siempre hago brotar lágrimas de esos preciosos ojos tuyos? ¿Tan malo soy?

Lena se mordió el labio inferior.

—Sí, un ogro, y el hombre más testarudo, arrogante e insufrible que he conocido.

Un ronco rumor salió de su pecho. ¿Era testarudo? Vaya, era con diferencia la mujer más obstinada e indisciplinada con la que se había cruzado jamás. Entonces, ¿por qué demonios la encontraba tan irresistible?

Él ya conocía la respuesta. Admiraba su fuerza, su determinación y su lealtad. No había pasado más que penurias durante toda su vida y, sin embargo, ni una sola vez se había dejado vencer por ellas. Sí, tal vez era testaruda, pero sospechaba que estaba motivada por el orgullo.

Lena empezó a sentir calor en sus brazos.

—Por el amor de Dios, Jedrick, ya basta, —dijo ella cuando habían pasado varios momentos y él no había dicho una palabra—. Suéltame. —Ella empujó sus brazos contra su pecho y vio cómo sus ojos se oscurecían mientras la miraba, con el brazo aún rodeando su cintura.

—No.

—¿No?

—No, no te dejaré ir, Lena, —respondió él en voz baja, mirándola a sus magníficos ojos azul verdoso—. Todavía no.

Sorprendida por sus palabras, esperó una explicación, pero él no le ofreció ninguna. Se limitó a mirarla fijamente durante un momento angustiosamente largo antes de que su boca se posara en la de ella con sorprendente ternura.

Lena tembló ante la caliente presión de su boca y la oleada de calor que la invadió. Se dijo a sí misma que lo apartara, que evitara que le arrancara el corazón como había hecho evitándola cuidadosamente durante las últimas semanas, pero su cuerpo no respondía a sus órdenes. En lugar de eso, instintivamente le rodeó los hombros con los brazos, dejando que sus dedos acariciaran la suave piel de su nuca.

Suavemente, Jedrick la engatusó para que abriera la boca y saboreó la dulzura de su lengua. Era plenamente consciente de cada movimiento que ella hacía, la forma en que su lengua jugaba con la de él, el ligero roce de sus dedos en su cuello, el cosquilleo de su pelo contra su mejilla. Las emociones lo embargaban y no podía respirar. Que Dios le ayudara, en aquel momento no deseaba otra cosa que estrecharla entre sus brazos para siempre, desvelando todos los misteriosos secretos de aquella hermosa ninfa pelirroja que le encendía la sangre.

Sin embargo, incluso mientras su lengua acariciaba la suave caverna de su boca, sabía que no podía tenerla. Ella merecía más de lo que él podía darle y ella le importaba demasiado como para aceptar lo que no podía ofrecerle a cambio. Maldita sea, ¿por qué había empezado algo que no podía terminar?

Lamentándolo mucho, rompió el beso y puso distancia entre ellos. Ella tenía los ojos cerrados y sus labios, hermosamente húmedos e hinchados por su beso, seguían levantados hacia él. Dios, era hermosa. Sintió que le recorría una dolorosa ráfaga de anhelo. Estuvo a punto de volver a estrecharla entre sus brazos, pero se obligó a permanecer inmóvil, sabiendo que era por el bien de ella por lo que debía detenerse ahora.

Lentamente, Lena abrió los ojos. Al ver que Jedrick se había apartado de ella, lo miró interrogante.

Respirando hondo, Jedrick cerró los ojos, forzando las palabras a salir de su boca.

—Pido disculpas por mi comportamiento injustificado. Será mejor que te marches.

Lena le miró, atónita.

—¿Irme? —consiguió susurrar finalmente.

Jedrick apretó los dientes.

—Sí, vete, Lena. —Eran las palabras más duras que había tenido que decir nunca.

Lena se sonrojó, sus palabras la hirieron en lo más hondo. Entonces, con un pequeño grito, se apartó de él y buscó a tientas la solapa de la tienda.

—No, maldita sea, espera, —dijo Jedrick, bloqueando su salida.

—Suéltame, —exigió Lena, tratando de pasar junto a él. —Por el amor de Dios, Jedrick, déjame salir con dignidad.

—Quiero explicarte... —Jedrick comenzó, pero Lena retrocedió, con el rubor marcándose

en un ardiente color escarlata.

—Déjame en paz. Ya me he humillado bastante por un día, gracias.

—Lena... —Jedrick empezó, pero en ese momento ella se zafó de sus brazos y salió corriendo hacia la noche.

Maldiciendo, Jedrick levantó la solapa de la tienda, gritando su nombre. Cuando ella no reapareció, el joven guardia que estaba de guardia en su tienda le preguntó cortésmente si debía ir a buscar a la joven.

Jedrick suspiró con fuerza y luego sacudió la cabeza.

—No. Sólo asegúrese de que regresa sana y salva a su tienda. —El joven saludó bruscamente y salió corriendo tras ella.

Jedrick volvió a entrar e inmediatamente se dirigió a una caja de madera que había en un rincón de la tienda. Se inclinó y levantó la tapa, sacando una botella de whisky. Nunca bebía mientras estaba al mando, pero esta noche era una excepción. Se reclinó en su silla y dio un gran trago, haciendo una mueca mientras el líquido ardiente le abrasaba la garganta.

Nunca debió haberla besado. Maldita sea, todo había ido perfectamente hasta que había visto sus lágrimas y su determinación se desvaneció. No tenía absolutamente ninguna fuerza cuando se trataba de ella. Ella simplemente tenía que volver sus encantadores ojos hacia él y él se derretía. Diablos, era peor que un colegial sin experiencia. Dio otro trago y cerró los ojos para ver su cara.

Maldita sea la guerra y maldito sea su deber.

Era un tonto. Se había enamorado de una mujer que no podía permitirse tener.

Capítulo 22

Lena acababa de terminar su ronda matutina y se quedó un momento de pie, compartiendo el calor del fuego con el guardia de fuera de su tienda. Nunca le había parecido bien que alguien se quedara fuera, con el frío que hacía, sólo para vigilar su tienda, y en varias ocasiones había protestado ante Jedrick. Pero él se había negado a escucharla, insistiendo en que el guardia se quedara.

—Como siempre, —pensó cansada. Nunca escuchaba lo que ella tenía que decir. Inclineda sobre el fuego, se frotó las manos y miró al soldado que estaba frente a ella. La miraba fijamente, pero bajó los ojos apresuradamente cuando ella lo miró.

—Tadeusz, —preguntó en voz baja, notando que sus mejillas enrojecían—. ¿Pasa algo malo?

El hombre negó con la cabeza.

—No, milady. Sólo pensé que parecía inusualmente cansada esta mañana.

Y así era, estaba muy cansada. No había pegado ojo después de su encuentro con Jedrick. Pensar en cómo se había lanzado una vez más sobre él; era francamente desvergonzado. Y al final él la había rechazado, como siempre. Dios mío, ella había sido una tonta al esperar algo con un hombre así. ¿Por qué no podía sacárselo de la cabeza?

—Estoy bien, pero gracias por su preocupación. —El fuego le calentó las manos y la cara y se quedó un momento de pie, dejando que el calor penetrara en su capa.

—¿Ha visto al coronel Tarnowski esta mañana? —preguntó de repente, con la voz entrecortada por su nombre. ¿No podía siquiera pronunciar su nombre sin emoción?

—Sí, milady, salió temprano del campamento con varios de sus hombres.

—Ya veo. ¿Sabe si Boguslaw Dobrowolski estaba entre ellos?

Tadeusz se encogió de hombros.

—No lo sé, pero podría averiguarlo, si lo desea, milady.

Lena asintió.

—Sí, creo que me gustaría mucho. Si está por aquí, ¿sería tan amable de decirle que me gustaría verle?

Tadeusz asintió y Lena se metió en su tienda. Soplando en las brasas, esperó a que la tienda se calentara antes de deshacerse de su capa. Se sentó junto al calor pensativa, rodeándose las piernas con los brazos y apoyando la barbilla en las rodillas. Tenía un plan y quería hablarlo con alguien, alguien que la escuchara.

Permaneció allí sentada largo rato, dándole vueltas a sus ideas, hasta que oyó que la llamaban por su nombre. Poniéndose en pie, levantó la solapa y vio a Boguslaw allí de pie.

—Gracias a Dios que estás aquí, —dijo, agarrando su capa y metiendo los brazos en ella. Tiró de la capucha sobre su cabeza mientras agarraba el brazo de Boguslaw. Caminaron despacio, sus pasos crujían en la nieve quebradiza, iban en silencio hasta que Lena se detuvo y le miró.

—¿Puedo preguntarte algo? —le preguntó.

—Por supuesto, milady.

—¿Sabes qué piensa hacer Jedrick con los cañones suecos?

El gigante enarcó una ceja.

—¿Por qué debería preocuparse por eso, milady?

—Por favor, es importante que lo sepa.

Boguslaw golpeó la nieve con el pie, sin responder durante un largo rato. Lena le miró suplicante hasta que él apartó la mirada.

—Sé que se ofreció a entrar en el depósito a través de los árboles, milady. Fue algo valiente.

—Lo dije de verdad, Boguslaw. Es la mejor opción.

El gigante se encogió de hombros, quitándose la nieve del dorso de sus manos descubiertas.

—Tal vez, pero no es la que ha elegido el coronel.

Lena le puso una mano ligeramente en el brazo.

—Por favor, Boguslaw, cuéntame su plan. Necesito saberlo para mi propia tranquilidad.

El gigante apretó los labios. Cuando ella le suplicaba así, él tenía pocas fuerzas para negarse. Pensó por un momento y decidió que no podía pasar nada por contárselo. Jedrick y sus hombres ya se habían marchado; era demasiado tarde para que ella pudiera hacer algo.

—Habrá un pequeño ataque frontal contra el depósito, desviando la atención de la parte trasera, donde varios de los hombres intentarán entrar y encender las mechas.

—¿Un ataque frontal? —exclamó Lena—. Por el amor de Dios, el depósito está en medio de la ciudad, rodeado de centinelas armados. En cuanto suene la primera alarma, el lugar estará inundado de soldados suecos.

Boguslaw parecía ligeramente sorprendido.

—¿Cuestiona la estrategia del coronel?

Lena asintió enérgicamente.

—Desde luego que sí. ¿No lo ves? Un ataque frontal matará a casi todos los que vayan a esta misión.

Boguslaw se encogió de hombros.

—Es la guerra, milady.

—Es una locura. —Lena estaba tan alterada por la idea que temblaba. —Todos esos hombres muertos innecesariamente, susurró.

—Yo no diría innecesariamente, milady, respondió Boguslaw, cruzándose de brazos. —Debemos destruir los cañones. Sus muertes no serían en vano.

—¿P... pero no hay otro recurso? ¿Debemos destruir los cañones? ¿No están miles de soldados tártaros de nuestro lado?

Boguslaw sacudió la cabeza.

—Contra los enormes cañones de los suecos, incluso los tártaros serán de poca utilidad. Hay que destruir los cañones.

Ella pensó un momento antes de mirar repentinamente a Boguslaw.

—Dios mío, —susurró mientras le venía otro pensamiento—. ¿Quién dirigirá este ataque frontal? —Boguslaw la miró y luego apartó la vista.

—Jedrick, —susurró ella, con la voz entrecortada en la garganta—. Jedrick liderará el ataque.

—Milady, —dijo Boguslaw con suavidad, poniéndole el brazo sobre el hombro—. Creo que deberíamos poner fin a esta discusión. Está usted claramente disgustada.

—Por supuesto que estoy disgustada. Por Dios, Boguslaw, ¿es ahí donde Jedrick fue esta mañana? ¿Está planeando el ataque al depósito?

—Es demasiado tarde para preocuparse, milady, —dijo en voz baja.

—¿Demasiado tarde? ¿Planean hacerlo hoy?

Boguslaw negó con la cabeza.

—Harán su intento dentro de dos noches, pero debe tener fe en que todo saldrá bien.

—¿Dentro de dos noches? —preguntó ella, horrorizada.

Boguslaw intentó tranquilizarla.

—Por favor, milady, le ruego que no se preocupe.

La mente de Lena daba vueltas. Se apretó las manos con fuerza delante de ella y luego se giró para mirar a Boguslaw.

—¿Por qué no fuiste con ellos, —preguntó, con la voz casi histérica.

El gigante apartó la mirada, pero no antes de que Lena viera algo en sus ojos.

—El coronel pensó que podría ser de más utilidad aquí.

—No, —susurró ella—. Te dejó atrás para protegerme, ¿verdad?

Boguslaw permaneció en silencio y Lena le tiró del brazo.

—Respóndeme, Boguslaw. —Ahora estaba llorando, las lágrimas corrían por su rostro—. Dios mío, te dejó atrás porque no cree que vaya a volver.

Con un pequeño grito, se apartó de él y empezó a correr. El gigante caminó tras ella, agarrándola del brazo justo antes de que entrara en la tienda.

—Así debe ser, milady. Debe confiar en el juicio del coronel. Todos confiamos en él con

nuestras vidas. Su plan es el mejor dadas las circunstancias.

—No lo es, —insistió Lena, quitándose las lágrimas de rabia de la cara—. Yo era su mejor oportunidad para entrar en el depósito y lo sabes.

Boguslaw sacudió la cabeza con tristeza.

—Usted no comprende al hombre que hay detrás del comandante. Te equivocaste al pensar que alguna vez arriesgaría tu vida.

Lena dio un pisotón.

—Y se equivocó al pensar que me sentaría a ver cómo tiraba su vida por la borda.

Con esas palabras, Lena desapareció en su tienda. Boguslaw se quedó mirando, claramente descontento por la desesperación en su voz, y aún más inquieto por la extraña chispa de determinación en sus ojos.

Tendría que vigilarla de cerca. Ya se estaba arrepintiendo de su discusión y de sus francas respuestas, pero había esperado que la preparara para lo que pudiera ocurrir. Nunca había esperado una reacción tan feroz por su parte.

Boguslaw suspiró profundamente, frotándose los nudillos de sus manos grandes y callosas. Nunca había entendido a las mujeres. Pero una cosa era cierta: nunca más subestimaría a Lena Wright. En ese momento, decidió que aquella mujer fogosa y pelirroja era probablemente más peligrosa que todos los cañones más grandes de los suecos juntos.

Capítulo 23

Lena bajó la colina con pasos seguros pero cuidadosos. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que cualquier soldado sueco en un radio de cinco kilómetros podría oírlo. La pálida luz de la luna se deslizaba entre las nubes, iluminando de vez en cuando su camino por la nieve y entre los árboles. Caminaba con cuidado, para hacer el menor ruido posible.

Iba vestida de negro de pies a cabeza. Se había cosido rápidamente una cálida túnica y unos cómodos calzones que le permitirían trepar con facilidad. Llevaba el pelo trenzado y oculto bajo un gorro negro. Una pequeña daga, su única arma, colgaba de su cinturón. Una mochila con todo el equipo que necesitaría estaba atada a su espalda.

Antes, había interrogado largo y tendido a su guardia sobre la ciudad, la ubicación del castillo de Varsovia y sobre el granero del viejo Krupa. El joven soldado pensaba claramente que era un poco tonta, pero no vio nada malo en seguirle la corriente. Cuando tuvo toda la información que consideró necesaria, se dedicó a reunir en secreto el equipo que necesitaría para llevar a cabo su plan.

Lena se detuvo un momento, observando las nubes que aparecieron tapando la luna. Era una noche helada, pero esperaba que el tiempo jugara a su favor. Si tenía suerte, tal vez no habría tantos centinelas de guardia como de costumbre.

Vio la luna cuando se asomó entre las nubes y juzgó que ya había pasado al menos una hora de la medianoche. Había informado a su guardia de que atendería a un soldado enfermo durante un par de horas y se había escabullido inmediatamente. Esperó pacientemente hasta que el soldado que custodiaba los caballos se adentró en los árboles para hacer sus necesidades; aprovechando el momento para llevarse un caballo y montarlo rápidamente. Tuvo cuidado de evitar las zonas donde sabía que había centinelas apostados, rezando una pequeña plegaria para que no se hubiera asignado ninguno recientemente al camino que había elegido. La suerte la acompañó y avanzó por el bosque en silencio hasta llegar a las afueras de la ciudad. Desmontó al llegar a una pequeña cresta y ató su caballo a un árbol. En el resplandor dorado de la luz de la luna pudo ver la silueta de la ciudad de Varsovia. Estaba a menos de un kilómetro de la ciudad.

—Bueno, sigamos adelante, Lena Wright, —se susurró a sí misma. Exhalando un profundo suspiro, comenzó a descender por la cresta; de repente, sintió una pesada mano sobre su hombro. Un grito se le congeló en la garganta y se giró, su mano buscando su daga.

—¿Adónde cree que va? —oyó que le preguntaba una voz familiar, y vio a Boguslaw de pie detrás de ella, frunciendo el ceño con fiereza.

Esperó a que su corazón empezara a latir con normalidad antes de abrir la boca para hablar.

—Dios mío, Boguslaw, casi me das un susto de muerte. ¿Qué haces aquí?

Boguslaw apoyó una mano en su cadera.

—No pensó realmente que se saldría con la suya, ¿verdad, milady? Venga; volvamos al campamento inmediatamente.

Lena negó con la cabeza, plantando firmemente los pies en el suelo.

—No. No volveré.

Boguslaw suspiró.

—Será por la fuerza, si es necesario.

Lena frunció el ceño, dándose cuenta de que el gigante hablaba en serio.

—Boguslaw, te ruego que no me detengas. Sabes que es lo más seguro. Por el amor de Dios, todos esos hombres morirán innecesariamente. Si me atrapan o me hieren, no será más que una pequeña pérdida, pero si matan a Jedrick, Polonia perderá a un líder militar importantísimo. Te pido que no pienses en mí, sino en lo que la muerte de Jedrick podría suponer para la lucha de Polonia por sobrevivir.

Boguslaw guardó silencio durante un largo momento, y Lena se dio cuenta con asombro de que realmente estaba sopesando sus palabras. Contuvo la respiración, rezando con todas sus fuerzas para que le hiciera caso.

Al cabo de unos instantes habló.

—Puede que tenga razón, milady, pero nunca he desobedecido una orden del coronel. Va en contra de todo aquello en lo que creo.

—Si no me deja intentarlo, lo más probable es que no vuelvas a verle. Por todos los cielos, te lo suplico, Boguslaw. Déjame intentarlo.

Lena pudo ver el dolor de la indecisión en su rostro, y se dio cuenta de que la situación era mucho peor de lo que había sospechado. Dios santo, si Boguslaw estaba realmente considerando desobedecer una orden directa, su situación debía ser casi desesperada. Había tenido razón al suponer que la pérdida del liderazgo de Jedrick sería un golpe terrible para la lucha de la resistencia.

—Juré protegerla, milady. Si os ocurriera algo...

—Si algo le ocurriera a Jedrick, no querría vivir, —respondió Lena en voz baja—. Y más sabiendo que tal vez podría haber evitado muertes innecesarias pero no lo hice. No podría vivir conmigo misma.

Boguslaw inhaló profundamente. Se le escaparon minutos preciosos, y a Lena le parecieron los momentos más largos de su vida. Finalmente, después de lo que parecieron horas, el gigante se volvió hacia ella.

—Muy bien, milady, le permitiré intentarlo, pero con una condición.

Lena cerró los ojos aliviada y volvió a abrirlos rápidamente. —¿Condición?

—Le acompañaré.

—¿Acompañarme? —Lena empezó a protestar, pero Boguslaw se mantuvo firme frente a ella, con las manos en las caderas.

—Le esperaré junto al árbol.

Ella pensó un momento y luego asintió. En realidad, no tenía muchas opciones y, además,

la idea de que el gigante esperara su regreso tenía su atractivo.

—De acuerdo, —dijo lentamente.

Cogió su mochila.

—Entonces enséñeme lo que lleva aquí.

Lena se la quitó de los hombros y él la abrió. Boguslaw contó al menos diez cuerdas de escalar, un pedernal y un raspador, y un pequeño bulto envuelto en tiras de lino con una mecha colgando.

—¿Pólvora dentro? —preguntó, hurgando en el bulto.

Lena asintió.

Boguslaw gruñó de admiración. Había hecho sus deberes y se había llevado sólo lo necesario. Cerró la mochila y se la ajustó bien a la espalda.

—Ya tiene lo que necesita. Vámonos antes de que cambie de opinión.

Bajaron por la cresta y atravesaron más bosque antes de entrar en la ciudad. Lena podía oír las voces de las patrullas suecas en sus rondas.

Boguslaw se detuvo bruscamente a escuchar, indicándole que guardara silencio. Lena se acercó a él, de repente muy contenta por su tranquilizadora presencia. Permanecieron inmóviles hasta que él estuvo convencido de que su camino estaba despejado. Empezó a moverse de nuevo, abriéndose paso con cautela y en silencio. Lena le pisaba los talones, obligándose a respirar profundamente el aire frío para calmar su acelerado corazón. Él la llevó en una dirección que ella nunca habría tomado, pero acercando su boca a su oído, le explicó que su camino era una aproximación más segura al depósito.

Pronto llegaron a un camino de tierra bordeado de hileras de árboles uniformemente espaciados. Bruscamente, Boguslaw se detuvo detrás de un árbol y se asomó a la oscuridad. Lena se quedó helada al oír el bajo murmullo de las voces de los centinelas. Sabía que el depósito estaba al final de las hileras de árboles.

De repente, el sonido de pasos crujiendo en la nieve llenó la noche. Rápidamente, Boguslaw arrastró a Lena detrás de un árbol, aplastándola entre su cuerpo y la corteza. Todo su cuerpo se tensó, y ella le sintió poner la mano en la empuñadura de su espada. Lena contuvo la respiración. Los pasos se acercaron, y un centinela pasó a pocos metros. Lena pensó que podría desmayarse de puro terror, pero el paso del centinela no disminuyó. Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, Lena exhaló aliviada. Boguslaw la volvió hacia él.

—Ya es hora, —susurró—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

—Sí, —susurró ella—. Estoy segura. —Ella esperaba que él no pudiera oír el temblor en su voz.

—Entonces le esperaré aquí. No me iré sin usted, pase lo que pase.

Lena sacudió la cabeza furiosamente.

—No seas tonto. Si no vuelvo, debes irte.

El gigante sacudió la cabeza.

—Si usted no regresa, yo tampoco. Haré mi última parada aquí, esperándola, milady. No

volveré con las manos vacías, preferiría estar muerto.

Su voz era llana y definitiva, y Lena tragó con fuerza. Ella sabía lo que Boguslaw estaba pensando. Si salían vivos de ésta, Jedrick no volvería a confiar en ninguno de los dos. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las contuvo.

—Un pequeño precio a pagar por su vida, Lena Wrigh, —pensó.

—Está bien, Boguslaw. Ten por seguro que volveré, —dijo al fin.

Él asintió solemnemente y luego miró hacia el árbol, juzgando la distancia que tendría para levantarla. Extendiendo la mano, le hizo un gesto para que pusiera el pie en ella. Ella lo hizo y él la levantó hasta la primera rama. Agarrándose a ella, se subió ágilmente. Miró a Boguslaw una vez más, pero él ya se había desvanecido.

Respirando hondo, Lena alcanzó la siguiente rama, rezando una breve oración mientras probaba cautelosamente su fuerza. Por una vez en su vida se alegró de su pequeño tamaño. Se movió silenciosamente entre las ramas hasta que encontró una rama gruesa y larga que se extendía casi paralela a el árbol contiguo. Buscando en su mochila, sacó la primera de las muchas cuerdas de escalada que llevaba y la lanzó contra el árbol. Se oyó un fuerte golpe cuando el gancho metálico aterrizó contra el árbol y Lena se detuvo, atenta a cualquier sonido de alarma. Cuando no hubo ninguno tiró con fuerza del gancho hasta que se enganchó en una rama. Lena tiró de él, pero se mantuvo firme. Enrolló y ató el resto de la cuerda alrededor de la gruesa rama hasta que se estiró con fuerza entre los árboles.

Con cuidado, trepó hasta el borde de la rama y miró hacia abajo. No oyó ni vio nada inusual. Sería ahora o nunca. Susurrando otra plegaria para que las ramas aguantaran su peso, agarró la cuerda entre sus manos y dejó que sus piernas se balancearan en el vacío.

Se quedó colgada, suspendida entre los dos árboles, el tiempo suficiente para respirar hondo. Luego, mano tras mano, se desplazó a través de la cuerda y hacia el siguiente árbol. Una vez a salvo en el otro lado, hizo una pausa para obligarse a calmarse. Le temblaban tanto las manos que temía caerse. Se ordenó severamente a sí misma que se calmara y se callara. No corría tanto peligro de que la vieran como de que la oyeran. Estaba oscuro a la sombra de los árboles y ella estaba lo suficientemente alta para que las gruesas ramas protegieran su cuerda, y probablemente también la mayor parte de su cuerpo, de las miradas indiscretas de abajo. Pero si tanteaba o daba un paso en falso, eso alertaría a los guardias. Cada movimiento tenía que ser perfecto; éste no era lugar para una chica asustada.

En cuanto disminuyó su ansiedad, reanudó la marcha. Encontró otra rama adecuada y, sacando la siguiente cuerda de escalada de su mochila, repitió sus acciones anteriores hasta que la cuerda quedó tensada tensa entre los dos árboles. Volvió a avanzar hasta el siguiente árbol, donde continuó los mismos movimientos. Una parte de ella se sentía como en un sueño, mientras que el frío filo del miedo y la disciplina mantenían su mente afilada como una cuchilla.

Pronto las voces de los centinelas bajo ella se hicieron mucho más fuertes. Se cuidó concienzudamente de hacer el menor ruido posible. Sus movimientos empezaron a volverse instintivos y rutinarios. Cruzó árbol tras árbol, dándose cuenta finalmente de que había llegado al árbol que había junto al viejo granero. Una vez a salvo al refugio de las ramas, Lena se permitió unos momentos de descanso. Los próximos minutos serían cruciales y quería estar totalmente alerta.

Al cabo de unos minutos continuó su escalada. Esta vez tuvo que moverse hacia arriba hasta que estuvo a la altura del tejado. Esta era la parte más peligrosa, ya que las ramas eran más delgadas y débiles cuanto más subía. Se movió con una lentitud agonizante, probando cuidadosamente cada rama antes de tirar hacia arriba. Finalmente, vio el borde del tejado y suspiró aliviada. Mientras iba con cautela hacia la siguiente rama, oyó un fuerte crujido. Rápidamente, se agarró a una rama contigua y se quedó helada al oír gritar a un centinela.

—¿Vem där?

El sonido de una voz sueca la aterrorizó. Lena contuvo la respiración, sin atreverse a moverse. Le parecieron siglos, pero finalmente oyó que el centinela murmuraba algo y se alejaba. Esperó un poco más, por si acaso, y reanudó su ascenso. Cuando estaba paralela al tejado se dio cuenta de que el árbol estaba más lejos del granero de lo que había esperado. En silencio, juzgó sus opciones. Podía intentar saltar de la rama al tejado o trepar más alto, con la esperanza de encontrar una rama resistente y descender con la cuerda.

—María, Madre de Dios, —susurró, y luego cerró los ojos. Cualquiera de las dos opciones la dejaría completamente expuesta durante unos instantes. Forzándose a abrir los ojos, pensó un momento y luego decidió trepar más alto, buscando una forma de bajar hasta el tejado. La dejaría expuesta durante más tiempo, pero sería más silencioso.

Trepó, buscando hasta que encontró una rama resistente que pensó que aguantaría su peso. Sacando una cuerda de escalar, la ató con fuerza alrededor de la rama y luego esperó el momento adecuado para moverse.

Finalmente, oyó a los centinelas reír a carcajadas y se deslizó por la cuerda hasta que sus pies tocaron la azotea.

Rápidamente, cayó boca abajo, con los latidos de su corazón rugiendo en sus oídos. Quieta sobre el frío tejado, esperó un grito de alarma, pero no llegó ninguno. Se puso de rodillas con cautela. Ahora el tiempo era esencial.

Lena se arrastró por el tejado, buscando cuidadosamente la trampilla. No pudo encontrarla tras su primer barrido rápido, y temió que su búsqueda hubiera sido demasiado precipitada. Sintió ganas de llorar de frustración, pero se obligó a empezar de nuevo, esta vez mucho más despacio. Casi gritó de alegría cuando sus dedos rodearon por fin un anillo de hierro. Agarrándolo con firmeza, tiró con todas sus fuerzas. La trampilla no se movió. Miró la puerta asombrada.

—Oh Dios, he venido hasta aquí y no consigo abrir la trampilla. — Le entraron ganas de reír históricamente por lo irónico del asunto.

Lentamente, sus ojos se entrecerraron con determinación. Podía ser tan testaruda como esa trampilla y no se iría hasta que se abriera. Sacó su daga del cinturón. Lentamente, movió la daga alrededor del contorno de la trampilla, aflojando la suciedad y la mugre. Esta vez, cuando tiró del anillo de hierro, fue recompensada con un ligero movimiento. Con su entusiasmo renovado, comenzó a raspar lentamente de nuevo hasta que la trampilla finalmente se abrió.

El abrumador olor acre de la pólvora la golpeó. Santo cielo, habría una gran explosión cuando este edificio se derrumbara. Rápidamente, metió la mano en su mochila y sacó el grueso fardo con la larga mecha. Lo bajó con cuidado hacia la oscuridad hasta que sintió que tocaba fondo. Colocando la mecha entre sus dientes, buscó en su bolsillo el pedernal y un raspador de

hierro.

Ahora llegaba la parte más peligrosa de su misión. Esperó hasta que oyó el murmullo de las voces de los centinelas y golpeó rápidamente el pedernal. Inmediatamente, los centinelas se callaron. Conteniendo la respiración, Lena esperó. Cuando empezaron a hablar de nuevo, volvió a golpear.

Aún no había chispa.

Esta vez, oyó las voces ansiosas de los centinelas y temió haber sido descubierta. Golpeó el pedernal una y otra vez, sin preocuparse ya por el sonido. Finalmente, apareció una pequeña chispa. Cuidándola con esmero, cogió la mecha de la boca y la acercó al fuego. Las llamas lamieron con avidez la cuerda y comenzaron su lento descenso hacia la oscuridad de abajo. Lena esperó un precioso instante más para asegurarse de que la llama no se había apagado antes de lanzarse a la trampilla a por la cuerda. Los gritos debajo de ella eran fuertes y podía oír cómo sonaba la alarma.

Rezando para que la rama resistiera, se agarró a la cuerda y tiró rápidamente hacia arriba, el miedo le daba fuerza y velocidad. Una vez a salvo en la rama, bajó, con las ramas desgarrándole la cara. Cuando llegó al primer puente de cuerda, se balanceó apresuradamente para cruzarlo, luchando por encontrar la siguiente cuerda. Siguió así durante al menos tres árboles, hasta que oyó que alguien debajo de ella sacudía el árbol.

—Han är här, —gritaba alguien. Lena contuvo la respiración.

Dios misericordioso, ¡la habían descubierto!

El árbol se agitó locamente mientras el hombre que estaba debajo parecía decidido a desalojarla de él. Lena cerró los ojos y se aferró al árbol para salvar su vida. Cuando pensó que no podría sostenerse ni un momento más, el temblor cesó y oyó un gorgoteo. Sin atreverse a perder un momento más, Lena se apresuró a coger la siguiente cuerda cuando oyó una voz ronca debajo de ella.

—¿Lena?

El corazón le saltó a la garganta.

—¿Jedrick? —le susurró.

—Baja aquí, ahora.

Lena obedeció, en parte por miedo y en parte por el alivio abrumador de que Jedrick estuviera tan cerca. Comenzó su descenso temerariamente, prácticamente deslizándose por las ramas. En un momento dado, su túnica se enganchó en una rama. Tiró de ella con tanta fuerza que se rasgó hasta la mitad de su costado. Estaba casi abajo cuando sintió que una mano fuerte la agarraba por los calzones y la levantaba del árbol.

Aterrizó con fuerza en los brazos de Jedrick. Él la abrazó con fuerza y luego le estampó un beso feroz en los labios, pero antes de que pudiera abrir la boca para decir algo, él la puso rápidamente en pie. Lena jadeó horrorizada al tropezar con un soldado sueco con una herida dentada en la garganta. No tuvo tiempo de pensar en ello, porque Jedrick la agarró del brazo tan dolorosamente que casi chilló.

—Será mejor que salgamos vivos de ésta, Lena Wright, porque cuando lo hagamos te mataré yo mismo, —advirtió sombríamente.

Lena abrió la boca, pero no le salieron palabras. Desesperada, llenó sus pulmones de aire.

—El depósito está a punto de explotar, —dijo finalmente.

Los ojos de Jedrick se entrecerraron y la agarró de la mano, arrastrándola tras él. Corrieron, sin importarles quién les viera o cuánto ruido hicieran. Lena podía oír los gritos y los pies que corrían de los que les perseguían, pero Jedrick la sujetaba firmemente de la mano, tirando implacablemente de ella hasta que sus pulmones volvieron a pedir aire a gritos.

Lena intentó detenerse, pero él no se lo permitió.

—B... Boguslaw... —consiguió gritar.

—Está a salvo, —gritó Jedrick por encima del hombro.

Seguían corriendo cuando el aterrador estruendo de una explosión los tiró al suelo. Lena golpeó con fuerza la tierra e inmediatamente sintió un extraño hormigueo en la pierna.

—Jedrick, —gritó, pero su grito quedó amortiguado por los gritos de dolor y rabia que se oían por doquier.

Jedrick oyó su grito y rodó rápidamente sobre ella, cubriéndole el cuerpo mientras volaban por el aire fragmentos de hierro y piedra. Hubo un momento de silencio, y Lena se agitó en un intento de levantarse y huir.

—Quédate agachada, —oyó que Jedrick le ordenaba con firmeza. Inmediatamente se dio cuenta de por qué se lo había ordenado cuando otra serie de explosiones secundarias llenaron el aire de más metralla voladora. Mientras los fuegos artificiales estallaban a su alrededor, Lena se sintió repentinamente mareada.

—Jedrick, —susurró—. Me siento tan rara... —Antes de que pudiera terminar la frase, un vacío bostezante salió corriendo a recibirla.

Jedrick rodó hasta ponerse en pie, con el corazón saltándole a la garganta cuando vio a Lena tendida sin fuerzas en el suelo, con los ojos cerrados. Con un rápido movimiento la estrechó entre sus brazos.

—Aguanta, amor, —le susurró mientras se dirigía al lugar donde esperaban sus hombres.

Boguslaw exhaló un suspiro de alivio cuando vio aparecer a Jedrick, pero su alivio se desvaneció ante la mirada adusta de Jedrick y la frialdad de sus ojos. Jedrick le entregó a Lena sin mediar palabra y luego montó en su propio caballo con un rápido movimiento.

—Dámela con cuidado, —ordenó al gigante, haciendo girar su caballo. Jedrick acunó a Lena cuidadosamente en sus brazos, apoyando su mejilla contra su pecho.

Espoleando a sus caballos, se dirigieron al campamento mientras algunos de sus hombres se quedaban atrás para confundir a cualquier perseguidor que pudiera seguirles. En cuanto llegaron, se corrió rápidamente la voz del éxito de Lena. Muchos de los hombres vitorearon y gritaron al paso de Jedrick, pero éste les ignoró, ordenando en cambio a Mikhail que llevara a Henryk a su tienda.

Cuando llegaron a la tienda de mando, Jedrick le pasó Lena a Boguslaw que, rápidamente, la llevó a la tienda y la tumbó suavemente sobre las pieles. Jedrick se arrodilló junto a ella, haciendo balance de su herida. Un grueso trozo de metralla se había alojado en su pierna.

—Jesús Maria, —susurró Boguslaw cuando el rostro de Jedrick se ensombreció de

preocupación. Jedrick le miró y, por un momento, sus ojos se clavaron. No dijo nada, pero Boguslaw comprendió claramente la expresión de dolor en los ojos de su comandante. Jedrick había sido traicionado por dos personas a las que apreciaba profundamente. Un profundo tajo de dolor y arrepentimiento atravesó el corazón de Boguslaw. Tragando con fuerza, bajó los ojos para mirar a Lena.

—Acepto toda la responsabilidad por los acontecimientos de esta noche, —dijo Boguslaw en voz baja.

Jedrick no contestó durante un largo rato, impasible ante la voz sorprendentemente temblorosa de Boguslaw, y se limitó a apartar un mechón de pelo que había caído sobre la frente de Lena. Cuando por fin levantó la vista hacia el gigante, dijo secamente:

—Déjanos.

Cuando Boguslaw estudió el rostro pétreo de Jedrick, se dio cuenta de que era el rostro de un extraño. Se levantó lentamente y sin decir una palabra más abandonó la tienda.

Cuando el gigante se hubo ido, Jedrick sacó su daga del cinturón y cortó cuidadosamente la tela de sus heridas. Lena empezó a gemir y a volver en sí.

—¿Dónde diablos está Henryk? —preguntó Jedrick bruscamente, con la voz ronca por la preocupación.

Como si hubiera oído su nombre, Henryk entró en la tienda y se arrodilló junto a Jedrick. Mikhail y Alexander entraron corriendo tras él.

Henryk echó un vistazo al estado de Lena. La herida era profunda, pero el trozo de hierro alojado en su pierna había detenido la hemorragia. En cuanto lo sacara, tendría que limpiar la herida y luego coserla. Lena sentiría un dolor intenso, y a Henryk no le agradaba su papel ni tampoco quien se lo imponía. Sin embargo, la tarea tenía que hacerse, y rápido.

Henryk se puso en pie y ordenó a todos que salieran de la tienda, a excepción de Jedrick. Dudaba que todo un regimiento de cosacos pudiera apartar al hombre de su lado.

—Despiértala y dale un poco de vodka, —ordenó Henryk a Jedrick mientras rebuscaba en su bolsa.

Jedrick sacó el vodka y se sentó detrás de Lena, acunando su cabeza en su regazo. Con suavidad, le acarició la mejilla hasta que ella abrió los ojos.

—Jedrick... ¿qué ha pasado? —preguntó Lena, aturdida.

—Shh, —dijo Jedrick suavemente, acercándole la botella a los labios—. Levanta y bebe un trago de esto.

Lena tragó un poco, tosiendo cuando el líquido le quemó la garganta. Con el ligero movimiengo, sintió un horrible dolor en la pierna. Con un pequeño grito, levantó la cabeza para mirar, pero Jedrick la apretó contra sí, impidiéndole ver la herida.

—Todo está bien. Sólo bebe otro trago, Lena.

Mientras Lena se mordía el labio inferior, con los ojos azul verdoso vidriosos de miedo y dolor, Jedrick sintió que se le apretaban las entrañas. Dios santo, deseó con todo su corazón poder soportar la agonía por ella. Apretando los dientes, levantó la botella y Lena bebió obedientemente otro sorbo.

Henryk había reunido los instrumentos que necesitaba y ahora se inclinaba sobre Lena.

—Tendré que arrancarte un trozo de hierro de la pierna, niña. Primero sentirás la presión de mi peso sobre tu cadera, pues debo mantenerte la pierna quieta. Luego arrancaré el hierro. Sentirás algo de dolor.

El labio inferior de Lena tembló, pero miró fijamente a Henryk.

—Intentaré no moverme, Henryk.

El agarre de Jedrick sobre sus hombros se tensó. A juzgar por el tamaño de la metralleta, le dolería algo más.

El anciano levantó los ojos para encontrarse con los de Jedrick. Con gesto adusto, Jedrick asintió y se inclinó sobre Lena.

—Agárrate a mí, Lena, —susurró—. Estaré aquí mismo.

Lena le tendió la mano y Jedrick la agarró con fuerza. Inspiró agitadamente cuando Henryk se apoyó en ella, presionando con fuerza contra su cadera. Con ambas manos, el anciano alargó la mano y cogió el hierro entre los dedos, tirando con fuerza de él. Un intenso dolor recorrió el cuerpo de Lena y su boca se abrió en un grito silencioso.

Jedrick le murmuró palabras tranquilizadoras, con el rostro gris de preocupación.

—Ya lo tengo, —anunció Henryk, dejando caer el trozo de hierro junto a las brasas. Rápidamente, apretó un montón de sábanas limpias contra la herida para contener la hemorragia.

—Tengo que cerrar la herida antes de que pierda más sangre.

Jedrick asintió, con los labios apretados mientras Henryk cogía su aguja y la mantenía sobre las brasas hasta que brilló en rojo.

Lena levantó débilmente la cabeza y observó con fascinado horror cómo Henryk se acercaba a ella con la aguja caliente y brillante.

—No mires, —susurró Jedrick, apartando la cabeza de Lena justo cuando Henryk presionaba la aguja sobre su tierna piel.

El cuerpo de Lena se sacudió bruscamente ante el punzante dolor, su respiración expulsada en un angustioso estertor.

—Jedrick, —alcanzó a gritar antes de que su cabeza cayera hacia un lado y se deslizara hacia una inconsciencia misericordiosa.

Capítulo 24

Lena flotaba en una bruma de dolor y pesadilla. Una sed ardiente y constante le dolía en la parte posterior de la garganta y tenía tanto calor, tanto maldito calor que la abrumaba. Intentó quitarse las mantas de encima pero sintió que un dolor agudo le recorría el cuerpo. Su boca se abrió en un grito silencioso, para desvanecerse nuevamente en la negrura.

A menudo Lena era levemente consciente de unas manos fuertes que le levantaban la cabeza y la obligaban a beber algo para aliviar su dolorida garganta. A veces sentía manos que le punzaban la dolorida pierna, pero no tenía fuerzas para apartarse ni siquiera para abrir la boca en señal de protesta. Los rostros entraban y salían de su vista. Oyó que alguien le hacía una pregunta, pero la voz procedía de una distancia tan grande que no pudo entender las palabras. Sin embargo, recordaba claramente que alguien le susurraba palabras tranquilizadoras y que unos dedos cálidos se entrelazaban con los suyos, dándole fuerzas.

Finalmente, una mañana, Lena abrió los ojos y se incorporó con dificultad. Se llevó la mano a la frente mientras su visión se nublaba, haciendo que todas las imágenes se arremolinaran a su alrededor. ¿Dónde estaba y qué hacía aquí?

Cerró los ojos y volvió a abrirlos, obligando a enfocar los objetos que la rodeaban y vio que estaba sola en la tienda de mando.

Sus recuerdos volvieron precipitadamente. Los cañones. Dios mío, ¿lo había hecho? Se llevó las manos a las sienes, obligándose a recordar lo que había pasado. Había estado corriendo cuando una explosión la había tirado al suelo. Jedrick también había estado allí, y de pronto sintió el dolor en la pierna.

Su pierna. Rápidamente, levantó las pieles y vio que tenía vendada toda la longitud de su muslo derecho. Con cautela, intentó moverla y descubrió que sólo le provocaba un poco de dolor, nada parecido a la ardiente agonía que había sentido antes. Cerró los ojos aliviada y volvió a abrirlos bruscamente, apartando las pieles de su cuerpo.

¡Estaba completamente desnuda! Y estaba de nuevo en la cama de Jedrick.

Podía oír los latidos de su corazón, fuertes y rápidos, mientras recordaba la expresión de furia en el rostro de Jedrick cuando la había visto en el árbol. ¿Cómo la había encontrado? ¿Dónde estaba Boguslaw? En nombre de Dios, ¿qué había ocurrido?

Ansiosa, Lena se puso en pie con dificultad, favoreciendo su pierna herida. Apresuradamente, buscaba algo que ponerse cuando oyó un ruido en la parte delantera de la tienda. Antes de que pudiera moverse, Jedrick abrió la solapa, con su sombra cayendo sobre la abertura.

Sus ojos se abrieron de par en par al verla totalmente desnuda en medio de su tienda. Lena retrocedió un paso insegura, llevándose las manos a los pechos en un intento de cubrirse.

—Je... Jedrick, —susurró, mientras sentía cómo le ardían las mejillas. Asimiló varias cosas a la vez: las enormes ojeras bajo sus ojos, las líneas de sus mejillas que indicaban un profundo agotamiento y la expresión de alivio que inundó su rostro cuando vio que ella estaba bien.

Jedrick dejó que sus ojos recorrieran audazmente el cuerpo de Lena. Su pelo le caía por los hombros y le caía por la espalda como un río rojo y brillante. Sus lozanos pechos eran tersos, y el rosado de sus pezones asomaba a través de sus dedos, que no los habían cubierto por completo. Se le cortó la respiración cuando dejó caer su mirada hacia los suaves rizos de pelo rojo entre sus muslos. Señor todopoderoso, era hermosa a pesar del pesado vendaje que tenía en la pierna derecha.

Lentamente, levantó los ojos para encontrarse con los suyos, y Lena sintió que se le hundía el corazón cuando un frío postigo pareció posarse sobre sus orbes grises como la tormenta.

Un nudo se instaló en su garganta.

—Esta vez he ido demasiado lejos. He llevado su paciencia más allá de lo razonable, y he roto el frágil vínculo de confianza que se había ido construyendo entre nosotros.

Sintió ganas de gritar: Lo hice por ti, Jedrick. Porque no podía soportar la idea de que te pasara algo. No importa cuál sea el castigo, si estás vivo, ha merecido la pena.

Pero no dijo nada, se limitó a juntar las manos con fuerza delante de ella, esperando la explosión de su ira.

No llegó. Jedrick permaneció inmóvil unos instantes hasta que se apartó bruscamente de ella. Inclínándose, cogió una bata y unas medias, lanzándoselas.

—Póngaselas, —le dijo.

Al oír la frialdad de su voz, Lena cogió la bata del suelo y se la puso rápidamente por la cabeza. Tanteó con los alamares, pues sus manos temblaban nerviosas. Jedrick se acercó y la ayudó a abrochar el resto de los ganchos. Lena sintió un escalofrío al sentir sus cálidos dedos contra su piel.

Cogiendo las medias del suelo, Jedrick la condujo hasta un taburete, haciéndole señas para que se sentara. Ella se sentó obedientemente, aunque el vendaje le dificultaba la postura. Arrodillado, Jedrick levantó con cuidado el borde de la bata antes de deslizar la media sobre los dedos de sus pies. Lentamente, subió el delicado material a lo largo de su muslo, donde lo sujetó firmemente con una liga. Lena sintió que sus mejillas se sonrojaban, tanto por la vergüenza como por el asombro de que él fuera tan hábil en algo así. Pensó en apartarse bruscamente de él cuando le tendió la mano hacia la pierna herida, pero la mirada sombría de él no presagiaba nada.

Su impotencia hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas de humillación, pero se sentó completamente quieta mientras él la introducía en la segunda media.

Después, la ayudó a ponerse las botas, sin pronunciar una sola palabra en todo el tiempo.

Cuando terminó, se levantó bruscamente.

—Espere aquí, —le ordenó. Salió de la tienda y habló rápidamente con el soldado de guardia.

Lena le obedeció, cruzando las manos sobre su regazo. Un dedo de hielo envolvió su

corazón. La voz de Jedrick era tan fría y distante que la asustó más que cualquier castigo que tuviera pensado para ella.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado antes de que él regresara. Su mente había explorado todos los medios posibles de su ira hasta quedar exhausta. Cuando él volvió a entrar en la tienda, ella levantó los ojos lentamente.

Él tenía su capa en las manos y le hizo un gesto para que se levantara. Cuando ella lo hizo, él la envolvió alrededor de sus hombros y la cogió en brazos. Tuvo cuidado de no sacudirle la pierna y Lena se maravilló de cómo un hombre tan grande podía ser tan gentil. Le miró interrogante, pero su rostro estaba inexpresivo. Su estómago empezó a revolverse intranquilo.

Jedrick la sacó a la brillante y fresca mañana. Lena se protegió los ojos del sol con el dorso de la mano. Cuando por fin sus ojos se adaptaron a la luz, vio que todos los hombres estaban extrañamente callados.

Nadie la miraba, excepto el oficial tártaro, Hamid-Bey, que la contemplaba con divertido interés mientras su mano acariciaba lentamente los largos pelos de su bigote. Lena empezó a sentirse cada vez más nerviosa.

—¿Qué está pasando? —susurró.

Jedrick no respondió, sino que la entregó bruscamente a Mikhail. El pánico se apoderó de ella y, preocupada, miró a Mikhail en busca de una explicación. El hermano de Jedrick miraba fijamente hacia delante, sin reconocerla a pesar de que su agarre sobre ella era tan fuerte que apenas podía moverse.

Asustada, Lena volvió a mirar a Jedrick, incapaz de apartar los ojos de su rostro. Permanecía de pie, tranquilo, frente a sus hombres, con una mano en la cadera. Su rostro era ilegible; pero tenía la mandíbula apretada, lo que endurecía sus facciones.

Lena sintió que el corazón le daba un vuelco del susto. Nunca había visto su ira tan gélida y controlada.

—Boguslaw Dobrowolski, acérquese, —gritó Jedrick, su voz resonando claramente entre los árboles.

Lena inspiró bruscamente cuando el gigante dio un paso al frente. El enorme hombre se detuvo ante Jedrick, con la cabeza levantada. Un silencio sepulcral se apoderó de los hombres y Lena sintió que el miedo la invadía.

—Boguslaw Dobrowolski, soldado de Polonia y siervo del rey Yan Casimir, los cargos contra usted son los siguientes: desobedecer una orden directa de su oficial al mando, poner en peligro una misión delicada y traicionar la confianza de sus compañeros. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

Boguslaw miró a Jedrick a los ojos con ecuanimidad.

—Todo lo que ha dicho es cierto, señor.

Lena comenzó a forcejear en los brazos de Mikhail.

—No, —gritó ella—. Le obligué a ayudarme. Por el amor de Dios, él no quería hacerlo.

Jedrick ni siquiera la miró; su mirada estaba clavada en la de Boguslaw.

—¿Sabe cuál es la sentencia por una ofensa así? —preguntó Jedrick, con voz tranquila

pero firme.

Boguslaw asintió.

—Sí, señor, la sentencia es la muerte.

Hubo un murmullo entre los hombres y Lena se sacudió en los brazos de Mikhail.

—Oh Dios, Jedrick, por favor, escúchame. Lo que dice no es cierto. Todo fue culpa mía. Por favor, déjame ir, Mikhail. —Golpeó el pecho del hombre con los puños, pero él no la soltó.

—Silénciela, —ladró Jedrick con dureza, y Mikhail sujetó su mano sobre su boca.

Jedrick se llevó las manos a la espalda, caminando lentamente de un lado a otro frente a sus hombres.

—No toleraré la desobediencia. No cuando nuestras vidas y el país dependen de mi criterio. Quiero que eso les quede claro a todos los presentes.

Hubo algunos murmullos de acuerdo. Lena se dio cuenta de repente de que el castigo público de Jedrick a Boguslaw, un amigo íntimo, mostraba a todos que cada hombre bajo su mando debía ser tratado con igualdad y justicia. Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que se hizo sangre.

Se hizo el silencio y luego Jedrick y Boguslaw se miraron durante otro largo momento. Finalmente, Boguslaw se persignó y murmuró algo en voz baja. Lena sacudió la cabeza en silencio, con el corazón latiéndole con pavor y miedo.

Dios del cielo, era una auténtica locura. Si Jedrick no fuera tan terco, vería que lo habían hecho por él. Porque el país lo necesitaba y porque... porque, oh Dios, ella lo amaba. Un sollozo escapó de sus labios y Mikhail le quitó la mano de la boca.

—No, por favor, para, —gritó Lena, las lágrimas ahogando su voz.

Nadie parecía oírla. Boguslaw se arrodilló lentamente sobre una rodilla, sin apartar los ojos del rostro de Jedrick. Jedrick sacó con cuidado su espada de la vaina, levantándola por encima de su cabeza. Jedrick se detuvo una fracción de segundo antes de bajar la espada, atravesando la parte lateral de la túnica de Boguslaw.

Lena soltó un pequeño grito y enterró la cabeza en el pecho de Mikhail, sollozando incontrolablemente. Al cabo de un momento, sintió que Mikhail le levantaba suavemente la barbilla. Ella levantó el rostro bañado en lágrimas y tragó saliva, asombrada. El material de la túnica de Boguslaw se había desprendido de su piel, dejándole con el pecho desnudo pero milagrosamente sin marcas. Lena sintió que su corazón daba un salto de alegría y confusión. Jedrick no le había matado.

Boguslaw también pareció sorprenderse. El gigante miró a su comandante, claramente desconcertado por sus acciones.

—Levántate, hijo de Polonia, —dijo Jedrick suavemente—. Le perdonaré la vida. Ha servido honorablemente a nuestro país durante quince años. Elijo no imponerle la sentencia de muerte, pero será castigado por su desobediencia. —Jedrick señaló con la cabeza a uno de sus hombres—. Átenlo al árbol.

Boguslaw se levantó y se mantuvo erguido mientras le quitaban el resto de la túnica de la espalda. Le llevaron hasta un árbol cercano y le ataron los brazos alrededor del tronco. Un joven

teniente se adelantó con un látigo con cuerda.

—Veinte latigazos por su ofensa, —instruyó Jedrick al teniente.

—No, —gritó Lena, y Jedrick giró lentamente la cabeza para mirarla. —El castigo debe ser mío también—. Ella levantó la barbilla con orgullo, un reguero de lágrimas aún visible en sus mejillas. Jedrick asintió imperceptiblemente.

—Y dale quince más por la ofensa de la chica, —dijo con calma.

Lena se quedó con la boca abierta, los ojos muy abiertos por el horror.

—No, Jedrick, eso es una barbaridad. —Por un momento, creyó ver arrepentimiento en sus ojos, pero cuando habló, su voz no indicaba tal emoción.

—Verás sufrir a este hombre por tu desobediencia, Lena. Quizás la próxima vez que consideres desobedecer una de mis órdenes, recordarás las consecuencias.

Con un pequeño grito, Lena giró la cabeza, cerrando los ojos. Jedrick se acercó a ella, alargando la mano para cogerle la barbilla con firmeza. Esperó hasta que ella abrió los ojos.

—Por cada azote al que desvíes la mirada o cierras los ojos él recibirá dos más. Éste es también su castigo. ¿Lo ha entendido?

Lena apretó los labios con fuerza, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eres una bestia. Te odio, —susurró ferozmente mientras las lágrimas resbalaban de sus ojos y bajaban por su cara.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron una mirada llena de dolor, los ojos oscuros de él llenos de una emoción que ella no podía descifrar.

Volviéndose, Jedrick asintió secamente al teniente. El hombre levantó la mano, el látigo serpenteó por el aire. Aterrizó en la espalda de Boguslaw con un golpe seco. El gigante no emitió sonido alguno. Lena observaba en silencio, con los labios apretados.

Jedrick estaba tan impasible como la piedra. Permaneció rígido observando cómo el teniente levantaba el brazo una y otra vez. Con cada chasquido del látigo, Jedrick sentía que le invadía un profundo cansancio. Sabía muy bien cuáles habían sido los motivos de Boguslaw y Lena, pero un comandante no podía permitir que ningún hombre desafiara sus órdenes. Había que castigar y dejar claro que la desobediencia dentro de sus filas sería severamente castigada. Incluso si eso significaba tener que azotar a un hombre al que conocía y llamaba su amigo desde hacía quince años.

—Malditos sean por ponerme en semejante situación. —Se sentía pesado y agobiado, más allá del simple cansancio. El peso de sus pensamientos le agobiaba.

—Treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco...

Por fin el látigo enmudeció, pero nadie se movió. Finalmente, Jedrick dio un paso adelante, ordenando a uno de sus hombres que cortara a Boguslaw las cuerdas que lo sujetaban. Una vez libre de sus ataduras, el gigante dio un paso desde el árbol y tropezó. Jedrick hizo un gesto y dos hombres se apresuraron a ayudar a Boguslaw a estabilizarse.

—Llévadle a su tienda y que le curen las heridas, —ordenó Jedrick secamente. Apartándose de los hombres, caminó de nuevo hacia la tienda de mando. Al pasar junto a su hermano, asintió una vez. Mikhail se volvió bruscamente, llevando a Lena a su propia tienda.

Lena permaneció en silencio mientras Mikhail la tumbaba con cuidado en la cama y se inclinaba para reavivar las brasas de su lecho de carbón. Cuando por fin las brasas empezaron a brillar en rojo, Mikhail miró a Lena por encima del hombro y vio que ella había vuelto la cabeza y miraba fijamente al lateral de la tienda.

Suspirando, Mikhail se puso en pie y permaneció junto a su forma inmóvil durante un largo momento, viendo las lágrimas que corrían por su rostro.

—Hizo lo que tenía que hacer, Lena. Su deber le exige tomar decisiones... difíciles. Aunque no siempre podamos comprender sus motivos, su juicio es siempre sólido y justo. A cambio, exige la obediencia total de sus hombres. Desobedecerle es un desafío directo a sus capacidades y a su juicio. A pesar de su éxito en el depósito, dejar pasar por alto su desafío y el de Boguslaw... habría sido imprudente.

—Sus acciones fueron crueles e injustas, —dijo ella en voz tan baja que él apenas la oyó.

—No espero que lo entienda. La guerra es un asunto difícil y complejo. A pesar de que lo que usted hizo fue equivocado, comprendo su motivo. Y se lo agradezco, pero le advierto que no vuelva a desobedecer a mi hermano. La próxima vez, será incapaz de actuar con tanta generosidad.

Con esas palabras, Mikhail abandonó la tienda. Lena esperó hasta mucho después de que sus pasos se desvanecieran antes de ponerse en pie con dificultad, haciendo una nueva mueca de dolor en la pierna. Apartando con rabia las lágrimas de sus mejillas, cogió su bolsa y salió a la fresca mañana.

Ignoró las preguntas de su guardia y se dirigió directamente a la tienda de Boguslaw. Golpeó ligeramente el mástil de la tienda, pero como nadie respondió, levantó la solapa y entró. Boguslaw estaba tumbado en la cama, boca abajo, con la espalda cubierta con tiras de lino. Con un pequeño grito, Lena se sentó a su lado.

Levantando con cuidado las tiras de lino, vio que Henryk le había limpiado las heridas y puesto ungüento en ellas. Sus ojos se llenaron de lágrimas ante la injusticia.

—Oh, Dios, Boguslaw, —susurró—. Lo siento mucho.

Él levantó la cabeza para mirarla.

—No, milady, no se arrepienta. Hicimos lo que creíamos que era la mejor opción. Los cañones han sido destruidos y nuestro comandante sigue vivo.

Ella guardó silencio durante un largo momento.

—¿Cómo nos encontró Jedrick? —preguntó finalmente en voz baja.

Boguslaw suspiró.

—Sus hombres estaban haciendo un último reconocimiento del terreno para su ataque cuando se toparon conmigo. Marek estuvo a punto de degollarme antes de averiguar quién era yo. Llamaron a Jedrick y me enviaron de vuelta al punto de encuentro. El coronel deseaba esperarle él mismo.

Lena sonrió irónicamente.

—Sí, estuvo allí. —Sus ojos se detuvieron en la espalda vendada de Boguslaw—. Sólo ruego a Dios que hiciéramos lo correcto. ¿Pero qué precio pagamos? Casi pierdes la vida.

—Perdí la vida en el momento en que acepté ayudarla, milady, —dijo Boguslaw en voz baja.

—¿Qué?

Boguslaw cerró los ojos durante un largo momento antes de abrirlos de nuevo.

—En tiempos de guerra a menudo no hay tiempo para que un comandante explique una decisión. Si hubiera que exponer las razones de cada una de sus acciones, habría confusión y caos. Debe poder contar con que sus hombres obedecerán sus órdenes sin cuestionarlas ni dudar. Todo soldado lo sabe y hace un juramento de obediencia. —Hizo una pausa de un minuto antes de reanudar—. Cuando acepté ayudarle desobedecí directamente a mi oficial al mando. El precio de tal desobediencia es la muerte. Yo acepté sabiendo lo que había.

—Es una locura, —dijo Lena, embargada por el horror.

Boguslaw sacudió la cabeza con firmeza.

—Es una cuestión de honor, milady.

Lena se sintió mal al pensar que Boguslaw había accedido voluntariamente a renunciar a su vida para ayudarla. Respiró hondo para evitar que su estómago se agitara.

—Sin embargo, le perdonaron la vida, —consiguió decir.

Vio aparecer el dolor en los ojos de Boguslaw.

—Sí, el coronel me perdonó mi miserable existencia. Aún así, su misericordia me ha costado mi honor y, para un soldado, tal castigo es mucho peor que la muerte.

Los ojos de Lena se abrieron de par en par.

—¿Por eso Jedrick te perdonó la vida?

Boguslaw inhaló profundamente y negó con la cabeza.

—No. El coronel mostró compasión ante mi traición, y eso es lo que más me duele.

Un sollozo escapó de sus labios mientras le tocaba la mejilla.

—No tenía ni idea. Oh, Señor, por favor, perdóname por toda la angustia que te he causado, Boguslaw. Ojalá nunca hubieras tenido la desgracia de conocerme.

Boguslaw alargó la mano, rodeando con fuerza la fría de ella.

—Se equivoca gravemente, milady. Es usted una mujer... valiente, amable y ferozmente leal. Considero un honor contarme entre los que tenemos la suerte de conocerla.

Lena le apretó la mano mientras una lágrima caía de sus ojo. Boguslaw levantó la mano y se la apartó.

—Si yo hubiera sido diferente... un hombre de rango y riqueza... lo habría arriesgado todo por el amor de una mujer como usted, milady. Tal como están las cosas, sólo tengo mi vida para ofreceros. No lo habría hecho de otro modo.

Otra lágrima resbaló de sus ojo y rodó por su mejilla.

—No sé qué decir, —susurró Lena, con la mirada brillante.

—No hay nada que decir, milady. Sé que su corazón está en otra parte. Es la voluntad de

Dios, y lo sé desde hace mucho tiempo. —Levantó la mano de ella hacia sus labios y apretó un suave beso contra su piel—. Sólo te pido una cosa: Encuentra en tu corazón la capacidad de comprender y perdonar. No juzgues tan duramente a Jedrick Tarnowski.

Se miraron fijamente durante un largo momento antes de que Boguslaw soltara la mano de ella. Con un pequeño gemido, recostó la cabeza en la cama. Lena se sentó a observarle, ajustando cuidadosamente las pieles hasta que oyó el ritmo constante de su respiración. Cuando estuvo segura de que dormía, se puso lentamente en pie.

De repente, la enormidad de todo lo que había sucedido la invadió. Dio un paso tembloroso y se detuvo para volver a orientarse.

Dios mío, sonaba tan fácil. Comprender y perdonar. Eso era todo. Cerró los ojos, recordando el aspecto de Jedrick cuando ordenó los azotes para Boguslaw, recordó su rostro frío y carente de emoción. Se abrazó a si misma. Respirando hondo, abrió los ojos y salió de la tienda. De algún modo, dudaba de que ella y Jedrick fueran capaces de encontrar alguna vez la forma de salvar la distancia entre ellos que ahora parecía interminable.

Capítulo 25

Jedrick se frotó los ojos con cansancio. Él y sus oficiales llevaban horas sentados alrededor de la mesa de mando. El humo de la lámpara llenaba la tienda de una neblina que la hacía parecer llena de vaho.

Jedrick amasó los músculos de su rígido cuello y exhaló profundamente. Había convocado una reunión en cuanto le informaron de la ejecución prevista de los dos coroneles polacos, Piotrowski y Smolenski. Sabía que el ahorcamiento público de los hombres era un intento de los suecos de sonsacarle, de obligarle a dar su brazo a torcer.

A pesar de ello, Jedrick no pensaba dejar el desafío sin respuesta.

Miró a sus hombres alrededor de la mesa. Alexander estaba enfrascado en una feroz discusión con Marek, su poblado bigote crispándose rápidamente, su cara del color de una remolacha madura.

—Es una trampa sin duda, —dijo acaloradamente Alexander, golpeando con la mano el tablero de la mesa—. Saben muy bien que intentaremos rescatar a los hombres.

Marek extendió las manos sobre la mesa.

—Por supuesto que es una trampa, pero eso no significa que no podamos soltarla y aun así rescatar a los hombres.

Alexander se inclinó hacia delante.

—Yo digo que no vale la pena correr el riesgo.

Mikhail intervino.

—No estoy de acuerdo. Liberar a los coroneles sería una enorme victoria para nosotros, no sólo estratégicamente, sino que sin duda bajaría la moral de las tropas suecas. Podría tener consecuencias de largo alcance.

Staszek asintió.

—Estoy de acuerdo con Mikhail. No podemos dejarlos morir sin intentar salvarlos.

Los hombres empezaron a discutir en voz alta hasta que Jedrick se levantó lentamente, y dando una palmada, todos le miraron sorprendidos.

—Dejad de discutir, ya he oído suficiente. —Esperó un momento hasta asegurarse de que tenía toda su atención y luego se paseó lentamente a lo largo de la tienda, con sus grandes manos entrelazadas a la espalda.

—No hay duda de que los suecos esperan hacernos salir con la ejecución pública de los coroneles. Esperan que intentemos salvar a los hombres con la esperanza de matar o capturar a

alguno de nosotros. Desde el exitoso ataque al depósito están ciertamente más que ansiosos por descubrir la ubicación de nuestro campamento. Debemos ser extraordinariamente cuidadosos, pero creo que podemos atacarles y tener éxito. Por lo tanto, he decidido que habrá un intento de rescate, pero con una estrategia poco ortodoxa.

Marek levantó la cabeza bruscamente, interesado de inmediato.

—¿Poco ortodoxa?

—Sí, poco ortodoxa. —Se detuvo un momento, sumido en sus pensamientos—. Marek, ¿dónde cree que sería el mejor lugar para intentar el rescate?

Marek pensó un momento antes de contestar.

—En el camino entre el cuartel general y la plaza principal, donde tendrá lugar la ejecución. Ahí serán más vulnerables a un ataque.

Jedrick se acarició la barbilla pensativamente.

—De acuerdo. Y creo que ésa es exactamente la conclusión a la que los suecos esperan que lleguemos. No, no caeremos en su trampa.

Mikhail miró a su hermano.

—Entonces, ¿dónde atacaremos, Jedrick?

—Haremos nuestro movimiento mientras los hombres son conducidos a la plataforma para su ejecución.

Hubo un jadeo concertado en la sala.

—¿En medio de la multitud? —dijo Marek con asombro.

Jedrick asintió.

—Sí. Nos disfrazaremos de gente común que asiste al ahorcamiento. Atacaremos en cuanto bajen a los hombres del carro. Habrá unos momentos en los que los hombres y sus guardias estarán rodeados por la multitud. Atacaremos entonces, utilizando la cobertura de la gente para emprender la huida.

Marek se inclinó hacia delante.

—¿Pero cómo atravesaremos las puertas de la ciudad? Seguramente los soldados sellarán las puertas y nos buscarán entre la multitud.

—También llevaremos disfraces para los coroneles. Una capa pesada con capucha será suficiente. Ocultará sus identidades por poco tiempo, el suficiente para que podamos escapar. Pero no abandonaremos la ciudad por las puertas, cruzaremos el río Vístula para ponernos a salvo.

Alexander se quedó boquiabierto.

—¿Cruzar el río? ¿En pleno día?

—Sí. Los suecos no esperarán que escapemos por el río y su seguridad será más débil allí. Un pequeño destacamento de nuestros hombres se encargará de los centinelas poco antes de nuestra llegada y emprenderemos la huida en varias balsas. Cuando los suecos descubran por fin nuestra ruta de escape, sólo les ofreceremos unos pocos objetivos pequeños y dispersos. Con suerte, para entonces estaremos lo suficientemente lejos como para que puedan alcanzarnos. No

tendrán tiempo de arrastrar un cañón, aunque sea pequeño, hasta el río.

Marek silbó en voz baja.

—Dios mío, Jedrick, es un plan descarado. Imagínese cruzar el Vístula a plena luz del día... pero podría funcionar. Sí, estratégicamente, puedo encontrarle pocos defectos.

—Excepto... —Hizo una larga pausa y luego pronunció el pensamiento que estaba en la mente de todos—. Excepto que te pone en peligro, Jedrick. No nos serviría de nada que fueras capturado por los suecos.

Jedrick frunció el ceño, amasándose la nuca.

—Sí, eso es cierto, pero no pondré a mis hombres en riesgo y luego observaré desde la distancia. No, bajo ninguna circunstancia.

Un silencio incómodo llenó la tienda antes de que Mikhail se levantara y se enfrentara a su hermano.

—Te necesitamos, Jedrick. Y, a ser posible, vivo. Marek tiene razón, eres demasiado valioso para ponerte en peligro.

El ceño de Jedrick se frunció. La idea de que alguien que no fuera él mismo pusiera en práctica el plan era insondable. Sin embargo, la parte fría y racional de su cerebro le decía que ponerse innecesariamente en peligro era una tontería y socavaría todo lo que estaban intentando hacer.

—Maldita sea, ésta es una situación intolerable, —maldijo Jedrick en voz baja, apretando con fuerza los puños. No podía aceptar algo así; no lo haría. Empezó a pasearse furiosamente antes de detenerse bruscamente en seco.

—Entiendo que vuestra preocupación por mi bienestar está bien fundada, —dijo secamente—, pero que me aspen si me quedo atrás. —Hizo una pausa para soltar deliberadamente las manos—. Guiaré al destacamento hasta la orilla del río. Eso debería mantenerme ocupado pero aún al alcance, por si alguien requiere mi ayuda.

Los hombres dieron un suspiro de alivio al unísono, y Alexander se frotó nerviosamente la calva.

—Señor todopoderoso, Jedrick, se me ponen las pelotas de corbata sólo de pensar en entrar en medio de una ejecución y salir bailando al otro lado del río con nuestros coroneles. Es condenadamente complicado, pero tengo que decir que es audaz.

—Sí, es audaz, —dijo Mikhail con entusiasmo—. Y tiene muchas posibilidades de éxito. Podría conducir a un grupo de hombres a través del río la noche anterior y ocultar las balsas en la otra orilla.

Jedrick asintió lentamente y luego miró a Staszek.

—Quiero que tú explores la zona para determinar los mejores lugares para cruzar el río. Ten en cuenta la necesidad de algo de maleza espesa para ocultar las balsas.

Staszek asintió mientras Jedrick volvía a sentarse a la mesa. La conversación giró rápidamente hacia los detalles de la operación.

Hablaron durante algún tiempo más antes de que Jedrick se pusiera de pie y los despidiera. Cansados, los hombres abandonaron la tienda, saliendo uno a uno. Cuando el último hombre se

hubo ido, Jedrick salió a respirar el aire fresco y frío de la noche. Era una noche clara; la luna colgaba en el cielo como un orbe redondo y dorado, arrojando sombras tenues sobre la pálida nieve. Se alejó de la tienda y del guardia que permanecía allí, en busca de unos momentos de soledad.

Un suave viento soplaba sobre su rostro, levantándole el largo cabello de los hombros. Los sonidos de la noche eran reconfortantes y pacíficos. Sin embargo, era cuando estaba solo cuando sus pensamientos vagaban más a menudo hacia Lena. No la había visto desde su castigo público a Boguslaw. Ella se cuidaba de evitarle, y él estaba agradecido por ello. No tenía ningún deseo de ver la mirada de desaprobación y repulsión en sus ojos, claramente horrorizados por sus duras acciones contra su amigo.

Por el amor de Dios, ¿cómo se había enredado todo tanto? El deber, la amistad, la lealtad y el honor se habían difuminado hasta que ya nada estaba claro. En la guerra, la supervivencia se convertía en lo más importante... y la supervivencia dependía de un liderazgo bueno y sólido. Esa responsabilidad había recaído directamente sobre sus hombros. Había sido un error dejar que Lena permaneciera en el campamento. Su insensatez sobre ella casi le había costado su mando... y su vida. “Intenta vivir con eso, coronel”, se dijo a sí mismo.

Jedrick sonrió amargamente al pensar en todas las veces que Lena le había desafiado, había desafiado su autoridad y le había desobedecido a sabiendas. Sí, ella le enfurecía, desde luego. Era suficiente para llevar a un hombre a una cierta locura.

Sin embargo, sorprendentemente, no podía detenerse en su ira. En su lugar le vinieron a la mente imágenes no deseadas de su dulce sonrisa y de la forma tan inocente en que se sonrojaba. Exhaló profundamente. ¿Cómo podía olvidar lo que sentía cuando sus suaves curvas le apretaban y los mechones de su sedoso cabello se arrastraban entre sus deseos?

—Basta, —se ordenó a sí mismo con severidad—. Has dejado que tu mejor juicio se anule en cada decisión que has tomado sobre ella. Sácala de tu corazón y de tu mente, soldado.

Jedrick se sobresaltó al sentir una mano en su hombro. Instintivamente, se volvió, alcanzando su daga. Hamid-Bey salió lentamente de entre las sombras.

—Perdóneme, —dijo en voz baja—. No quería asustarle.

Jedrick soltó la mano de su daga.

—Le aconsejo que no se acerque a mí tan silenciosamente, comandante. Casi le atravieso la garganta con mi daga.

Hamid-Bey sonrió.

—Tenga por seguro que recordaré ese consejo la próxima vez.

Jedrick asintió ligeramente.

—¿Qué le trae por aquí? Creía que ya habrías abandonado el campamento.

—Pronto partiré. Hay, sin embargo, un asunto que me gustaría tratar primero con usted.

Jedrick se sintió vagamente turbado. Años de entrenamiento le habían condicionado para percibir lo que pasaba por la mente de los hombres que le servían. En ese momento, tuvo la inquietante sensación de que no le gustaría lo que el tártaro estaba a punto de decir. Sin embargo, mientras miraba a Hamid- Bey, no dejó que ninguna de estas emociones se reflejara en su rostro.

—Le escucho.

Hamid-Bey se acarició lentamente el rizo de su bigote.

—Deseo pedirle un favor.

—Ya veo, —dijo Jedrick lentamente, sin que su rostro indicara nada de la sorpresa que sentía—. ¿En qué puedo servirle?

—Deseo preguntar por la chica.

Jedrick se quedó atónito en silencio.

—¿La chica? —dijo finalmente Jedrick, oyendo que su voz se entrecortaba ligeramente.

—Sí, la chica llamada Lena. Deseo poseerla.

Jedrick vaciló. Aquí había un problema que no había previsto. Dado que ningún hombre tenía un derecho evidente sobre Lena, el tártaro no veía ninguna razón para no pedirla. En todos los aspectos, para Hamid-Bey, era una petición perfectamente legítima.

Jedrick estaba desconcertado. Esto se había convertido de repente en un asunto delicado. No podía permitirse enfadar al tártaro, pero la idea de entregar a Lena a Hamid-Bey le hizo tensarse incómodamente.

Jedrick luchó contra esa sensación, obligándose a endurecer el corazón. ¿Por qué no iba a considerarlo? Entregando Lena al tártaro le liberaría de toda responsabilidad sobre ella. Sabía que le iría bastante bien como mujer de un comandante tártaro. Las riquezas y el botín que Hamid-Bey pondría a sus pies seguramente irían más allá de su imaginación más salvaje. Sería bien cuidada, protegida y tratada como una reina.

Sí, sin duda debería considerar la idea. Desde su punto de vista también habría beneficios. No habría más del temperamento fogoso de Lena, su constante interferencia y desobediencia. Las cosas volverían a estar tranquilas y él podría reanudar su deber sin los continuos trastornos que ella causaba a su concentración. Se lo dijo a sí mismo varias veces hasta que casi se lo creyó. Casi.

Jedrick se cruzó de brazos y miró al tártaro pensativo.

—¿Por qué ella? —preguntó lentamente—. Seguramente podría tener a cualquier mujer que deseara.

El tártaro rio, y Jedrick vio la hilera de sus relucientes dientes blancos a la luz de la luna.

—Así es, comandante. Pero esta Lena, me intriga como ninguna otra mujer. Tiene el pelo del color del fuego y un coraje que avergonzaría a cualquier mujer tártara. Dará buenos hijos, buenos guerreros, al hombre que se acueste con ella.

Jedrick sintió una ira feroz ante la idea de que alguien se acostara con Lena. Excepto quizá él mismo.

—La muchacha es mi responsabilidad, —dijo Jedrick con cuidado.

—Te liberaría de esa responsabilidad una vez que la chica fuera mía, —respondió Hamid-Bey con suavidad.

Jedrick guardó silencio durante un largo momento. Los argumentos se agitaron en su cabeza hasta que finalmente se dio cuenta de que, fueran cuales fueran las absurdas ideas que

albergaba, no entregaría a Lena al tártaro y lo sabía.

Encogiéndose de hombros, Jedrick dijo:

—Lo siento, comandante. Simplemente no es posible.

Hamid-Bey levantó una ceja.

—¿Rechaza mi petición?

Jedrick negó con la cabeza.

—No, no exactamente. Simplemente no puedo cumplirla. Verá, la muchacha es mi recompensa por una venganza que extraje de mi enemigo. Ella es... bueno, simbólica de esa victoria.

Los ojos de Hamid-Bey sostuvieron la mirada de Jedrick.

—Quizá pueda tentarte con recompensas aún mayores.

Jedrick extendió las manos.

—Su oferta es generosa, pero no deseo nada.

El tártaro se rio.

—Vamos, comandante. La muchacha ha expresado abiertamente su antipatía por usted. Usted y yo sabemos que una mujer cálida y dispuesta es bastante preferible a una que araña, lucha... o a una fría, para el caso.

—Lo que la chica piense de mí no tiene importancia, —dijo Jedrick con indiferencia—. Ella me pertenece y haré con ella lo que me plazca, independientemente de sus sentimientos.

Por un momento sus miradas volvieron a cruzarse, como dos sables que se cruzan y hacen saltar chispas. A pesar de su tono suave, los ojos de Jedrick contenían un desafío sombrío. Durante un breve instante, algo se agitó en los ojos oscuros y brillantes del tártaro. Entonces hizo una profunda reverencia.

—Como desee, comandante. Sólo le pido que considere mis palabras. La próxima vez que nos veamos volveré a hacerle mi oferta. Quizá para entonces haya cambiado de opinión.

Jedrick asintió levemente mientras el tártaro se fundía en la oscuridad. Luego, con una suave maldición, giró bruscamente sobre sus talones y regresó a su tienda.



Lena fue despertada de un sueño profundo por su guardia. Ansiosa, se incorporó.

—¿Qué ocurre? —susurró, apretando las pieles contra su pecho.

—Siento despertarla, milady. Es el coronel. Desea verla a usted en su tienda de inmediato.

Lena tanteó somnolienta las pieles.

—¿Ahora? Dios mío, debe ser casi medianoche.

Su guardia asintió.

—Sí, lo es, milady. Supongo que ha sido convocada para un asunto muy importante. La acompañaré a su tienda cuando esté lista. —Se dio la vuelta y salió de la tienda.

Lena salió de debajo del calor de sus pieles, temblando en el aire frío. Tenía la pierna rígida y frotó suavemente la zona alrededor de la herida para que la sangre circulara. Luego, inclinándose sobre las brasas, les insufló algo de vida antes de vestirse apresuradamente. Se desató el pelo y pensó en trenzárselo. Al pasar los dedos por sus mechones, sacudió la cabeza. Le llevaría demasiado tiempo y, además, tendría que desenredarlo en cuanto regresara a su tienda. No merecería la pena el esfuerzo. Sin más dilación, cogió su capa y metió los brazos en ella, atándose bien la capucha alrededor de la cabeza.

Salió a la gélida noche hacia donde la esperaba su guardia. A medida que se acercaban a la tienda de mando, Lena pudo oír voces que se alzaban en una fuerte discusión. El guardia la dejó en la entrada y se dio la vuelta rápidamente. Respirando hondo, Lena apartó la tela que hacía de puerta y entró.

Mikhail y Jedrick estaban sentados a la mesa y ambos levantaron la cabeza cuando ella apareció. Jedrick se puso lentamente en pie.

—Siéntese, —le ordenó brevemente.

Lena se echó la capucha hacia atrás, sacudiéndose el pelo antes de sentarse. Podía sentir la tensión en la habitación y su corazón empezó a agitarse incómodo.

—Creo que deberíamos discutir esto más a fondo... —Mikhail empezó en voz baja, pero Jedrick le interrumpió con un gesto de la mano.

—No habrá más discusión, Mikhail. Mi decisión está tomada.

Lena miró a los hombres desconcertada.

—¿Decisión sobre qué? —preguntó, no muy segura de querer saber la respuesta.

Mikhail la miró, con las cejas fruncidas.

—El comandante tártaro, Hamid-Bey, ha preguntado por usted.

—¿Está enfermo?

Mikhail intercambió una rápida mirada con su hermano y luego suspiró.

—No, Lena. Desea reclamarle.

—¿Reclamarme? —dijo ella asombrada.

Mikhail asintió.

—Él desea... bueno... —Forcejeó un momento con su mente—. Maldita sea, no hay otra forma de decirlo. Le desea como su mujer, —terminó apresuradamente.

Lena se levantó lentamente.

—¿Su mujer? —De repente tuvo un impulso de reírse; toda la idea era tan absurda. Sin embargo, por la forma en que los dos hombres la miraban con el ceño fruncido, sintió de pronto que le crecía un nudo en el estómago.

—No, —susurró. Cuando ninguno de los dos hombres le respondió, se acercó a la mesa y apoyó las manos en el borde—. No seré la mujer de nadie, —dijo con firmeza.

—Sí, pero lo será, —dijo Jedrick, hablando por primera vez.

Su voz era lo bastante gélida como para enviar un escalofrío por el cuerpo de Lena. Ella se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Ya veo. Así que esto es lo que ha decidido. ¿Es esto más de mi castigo? Qué apropiado que haya elegido algo peor que la muerte para mí.

Mikhail empezó a hablar, pero Jedrick hizo un gesto con la mano para silenciar a su hermano. Los ojos de Jedrick se entrecerraron, pero dejó pasar su insulto.

—Veo que aún guarda rencor por el castigo que le dieron a uno de mis hombres.

—Casi lo mata a latigazos, —dijo ella acusadoramente.

Jedrick se inclinó hacia delante, un grueso mechón de su pelo cayendo sobre su ceja.

—Merecía morir por su desobediencia.

Lena inspiró bruscamente.

—No se merecía nada de eso. Sólo intentaba ayudar.

—Desobedeció una orden directa. Puso en peligro toda una misión.

—Pero tuvo éxito... tuvimos éxito. ¿Por qué eso no puede ser suficiente?

La mandíbula de Jedrick se endureció.

—Ya sabe la respuesta a eso, Lena.

Aagitó las manos en el aire.

—Por supuesto, una orden es una orden. Bueno, ¿nunca ha desobedecido una orden antes? ¿Ni siquiera por buena conciencia? —Ella le miró fijamente, desafiándole a que intentara responder a eso.

Para su asombro, Jedrick asintió.

—Sí, de hecho lo he hecho, y en algunas ocasiones incluso salvó mi vida y la de otros a mi alrededor. No todos los comandantes aciertan en sus decisiones, Lena; seré el primero en admitirlo. A veces llega un punto en el que un hombre debe seguir su conciencia o será incapaz de vivir consigo mismo. Pero cada vez que lo hace, debe estar dispuesto a vivir con las consecuencias de sus actos. Sólo puede haber un líder entre los hombres en guerra. Elegir voluntariamente desobedecer podría significar la muerte para muchos que cuentan con usted para cumplir con las responsabilidades que le han sido asignadas.

Lena tragó con fuerza y apartó la mirada. No había estado preparada para la tranquila explicación de Jedrick, ni para la forma en que su ira huyó de ella al oírla. Apretó los labios y bajó la mirada hacia sus manos, entrelazadas con fuerza frente a ella.

—Entonces, ¿qué hará conmigo? susurró.

Jedrick se sentó en el taburete.

—Como ya le he dicho antes, no me tomo mis responsabilidades a la ligera. Es mi deber ocuparme de que esté bien cuidada.

Lena levantó la cabeza bruscamente.

—No me convertiré en una... concubina de ese hombre, —dijo con fiereza.

Jedrick se pasó los dedos por el pelo con cansancio.

—No, no lo hará.

—P... pero dijiste... —empezó ella, y luego dejó que sus palabras se enmudecieran

—Dije que no me tomo mis responsabilidades a la ligera. Hamid-Bey fue rechazado esta vez, pero no habría nadie que le impidiera, ni a él ni a nadie en realidad, llevarle si algo nos ocurriera a Mikhail o a mí.

—No lo entiendo, —susurró ella.

Jedrick suspiró.

—Sí, esa afirmación es totalmente cierta. No tienes comprensión de lo precaria que es realmente tu situación, Lena. Eres una mujer joven y hermosa. Sin embargo, la verdad del asunto es que estás sola, sin familia, ni ningún tipo de protección... excepto mi promesa de protegerte.

Lena levantó la cabeza con orgullo.

—No necesito a nadie, puedo cuidar de mí misma.

Jedrick rio roncamente.

—¿Es eso lo que le dirías a Hamid-Bey mientras le monta sobre su caballo y cabalga con usted a través de las estepas?

Lena se sonrojó pero no dijo nada. No había mucho que pudiera decir; Jedrick tenía razón y ella lo sabía.

Jedrick hizo una mueca al ver la expresión de su cara y apoyó las manos sobre la mesa.

—Lena, al secuestrarle antes de que estuviera debidamente casada, he... bueno, digamos, he disminuido las posibilidades de que contraiga un matrimonio adecuado. Como viuda de Anatol Czarnowski, habría sido posible hacer ciertos arreglos. Usted habría tenido la considerable riqueza y el nombre de la familia Czarnowski a los que recurrir, pero como Lena Wright, usted es una extranjera en nuestro país, sin título, estatus o monedas a su nombre.

La verdad de sus palabras le llegó al corazón más cerca de lo que le importaba admitir.

—No necesito ninguna de esas cosas, —dijo rotundamente.

Jedrick sintió que los músculos de su cuello se apretaban de tensión. Frustrado, miró a su hermano, que estaba sentado en silencio escuchando el intercambio. Mikhail tenía las manos sobre la mesa, pero cuando sus ojos se encontraron con los de Jedrick, contenían un atisbo de desafío.

Jedrick frunció el ceño.

—Esto no va a ser fácil. No, no será fácil en absoluto. Que Dios me ayude, pero voy a tener que luchar contra los dos en esta ocasión.

Jedrick se puso en pie, cruzando firmemente los brazos sobre el pecho.

—Como soy responsable de los acontecimientos que le han dejado en tan grave situación, Lena, es mi deber procurar que al menos tenga algún recurso en caso de que Mikhail o yo fallezcamos prematuramente.

Lena parpadeó, aún sin levantar la cabeza. Dios, ¿qué más podía decir? Su orgullo estaba hecho trizas y ahora él iba a mostrar compasión y generosidad ante su humillación. Sería más de lo que ella podría soportar. Contuvo la respiración, esperando a que cayera el hacha.

Jedrick se aclaró la voz.

—He decidido darle el apellido Tarnowski. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire durante un largo momento.

Lena exhaló precipitadamente, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—¿Qu... qué? —tartamudeó, insegura de haberle oído correctamente.

Jedrick se inclinó hacia delante, con las manos sobre la mesa.

—De acuerdo, ahora mismo es peligroso que le asocien con la familia Tarnowski, pero encontrará refugio seguro donde quiera que residan el rey Casimir y su corte. El apellido Tarnowski le dará la protección y los recursos que necesita para tener una vida relativamente segura y cómoda, aunque tenga que ser en el exilio. Cuando Polonia vuelva a ser nuestra podrá regresar con orgullo y honor.

Lena abrió la boca para decir algo, pero no le salió nada. Conmocionada, se llevó la mano al pecho para obligarse a inspirar.

En ese momento, Mikhail se puso de pie de un salto.

—Jedrick, debo insistir en que sea yo quien se case con Lena. Estoy dispuesto a cumplir con mi deber en este sentido. Además, le debo la vida.

Jedrick pudo ver el rubor en las mejillas de su hermano y de pronto se preguntó si Mikhail se creía enamorado de Lena.

—No, Mikhail, —dijo bruscamente—. Ella es mi responsabilidad. Además, no permitiré que te cases con ella por una equivocada noción del deber. —Extendió la mano y la puso suavemente en el hombro de su hermano—. Vamos, sabes que la responsabilidad es mía.

El joven rostro de Mikhail mostró decepción. Preocupado, empezó a hablar en voz baja con Jedrick, con la esperanza de persuadir a su hermano para que cambiara de opinión. En el transcurso de la conversación, ambos hombres dieron la espalda a Lena, como si ella no estuviera allí.

—¿C... Casarme? —dijo ella finalmente, forzando las palabras a salir de sus labios.

Los dos hombres se volvieron hacia ella, sorprendidos de que hubiera hablado. Mutuamente, asintieron con la cabeza y luego la despidieron, reanudando su discusión.

—¿Noción equivocada del deber? —gritó ella a continuación a pleno pulmón.

Capítulo 26

Lena pensó que Jedrick y su hermano se habían vuelto completa y totalmente locos. ¿Matrimonio? ¿El deber?

Lena respiró hondo y se encaró directamente a los hombres.

—No habrá matrimonio y no se hablará más de deber y responsabilidad.

Una sonrisa se curvó en el apuesto rostro de Jedrick.

—Sí, pero lo habrá, Lena. —Volvió a sentarse en el taburete, aparentemente imperturbable por el hecho de que ella le dirigiera su mirada más feroz.

Su actitud despreocupada la inquietó de inmediato.

—Estoy segura de que podemos ser razonables al respecto, —dijo, acercándose a la mesa—. No deseo ser una carga para nadie. He intentado ganarme el sustento aquí y he aprendido muchas habilidades útiles. Estoy segura de que habrá un puesto para mí en algún hogar polaco cuando acabe la guerra. No hay necesidad de precipitarse para solucionar un problema que no existe.

Mikhail se paseó de un lado a otro de la tienda con tanta furia que Jedrick gruñó molesto.

—Siéntate, Mikhail. Me estás mareando. —Su hermano se dejó caer en un taburete con un suspiro de disgusto. Jedrick volvió su atención hacia Lena—. Usted también—, ordenó.

Ella permaneció de pie. Jedrick le lanzó un ceño tan fruncido que ella se sentó inmediatamente.

—No hay necesidad de provocar su ira innecesariamente, —pensó apresuradamente.

Al ver que ambos se sentaban obedientemente, Jedrick se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Mi decisión está tomada y espero que ambos la acaten. ¿Está claro? —Sus ojos se encontraron con los de Mikhail, y su hermano menor apartó la mirada.

—Sí, está claro, Jedrick.

Jedrick se volvió hacia Lena, que estaba sentada tranquilamente en su taburete, frotándose los dedos con ansiedad.

—¿Lena? —dijo Jedrick en voz baja.

Lena levantó la cabeza y se encontró con los ojos gris acero de Jedrick.

—Lo siento, pero no puedo estar de acuerdo con esto. No permitiré que nadie tire su vida por la borda, como tan bruscamente dices, por una cuestión de deber. No, no lo haré. Y esa es mi respuesta final.

Jedrick asintió y guardó silencio durante un largo rato.

—Ya veo, —dijo finalmente, tamborileando con los dedos sobre el tablero de la mesa—. Bien, ambos pueden estar seguros de que sus preocupaciones han sido escuchadas y consideradas. Sin embargo, mi opinión no ha cambiado. El matrimonio tendrá lugar.

—¿No ha oído lo que he dicho? Rechacé respetuosamente su oferta, —declaró ella, indignada.

Jedrick enarcó una ceja.

—¿Oferta? No recuerdo haber hecho ninguna oferta. Sin embargo, os di expresamente a los dos una orden.

—¿Una orden? —dijo Lena, su voz se elevó peligrosamente acercándose a un chillido.

—¿Me está ordenando que me case con usted?

Jedrick se encogió de hombros.

—Supongo que se podría decir así.

Lena se puso en pie de un salto.

—Está absolutamente fuera de lugar.

Jedrick la miró con calma.

—Ya veo. Entonces supongo que no me queda otro recurso que presentarte a Hamid-Bey a su regreso al campamento. Sólo me pregunto qué podría obtener a cambio de ti. Los tártaros pueden ser bastante pródigos y generosos, ya sabe. —Se frotó la barbilla pensativo, aparentemente sumido en sus pensamientos.

—No se atrevería, —siseó ella.

—¿No me atrevería? —dijo él suavemente.

Lena dio un pisotón.

—Esto es chantaje. No sucumbiré a él.

Jedrick se levantó lentamente, su paciencia estaba al límite.

—Esto es por su protección, Lena. Y si no fuera tan malditamente orgullosa, vería por qué estoy haciendo esto.

Lena apretó las manos a los lados. Señor, aquel hombre era imposible. Constantemente le señalaba su vulnerable situación. Ella no necesitaba su ayuda y desde luego no necesitaba su protección. Se las arreglaría bien sola.

Su labio inferior empezó a temblar. ¿Por qué se sentía tan desgraciada? Porque él tenía razón, maldita sea. Ella sí le necesitaba. Y a pesar de sus denodados intentos por negarlo, él sí le importaba.

Respiró hondo y se enfrentó a Jedrick con decisión.

—Sé por qué está haciendo esto. Porque siente lástima por mí. Pobre Lena Wright, una mujer sin marido ni familia que la proteja. Pero no es necesario, se lo digo yo.

Toda su cara estaba enrojecida de color carmesí, pero Jedrick pudo ver cómo su labio

inferior empezaba a temblar. Sacudió la cabeza lentamente.

—Por el amor de Dios, Lena, no me da pena. El matrimonio es una necesidad, sólo de nombre. No te obligaré a desempeñar el papel de esposa cariñosa.

Le temblaban las manos y se las metió apresuradamente bajo la capa. Jedrick vio el gesto y la admiró por ello. Demonios, estaba asustada, pero aún así era demasiado orgullosa para demostrarlo.

Jedrick jugueteó con la esquina de un mapa, dándole un momento para serenarse. El orgullo era algo peligroso, pero a menudo había sostenido a un hombre en los peores momentos. Si era su orgullo lo que la había traído hasta aquí y la había protegido a través de todos sus problemas, ¿quién era él para cuestionarlo?

—¿Haría esto por mí... porque se siente responsable de mi seguridad? —susurró al fin.

Jedrick asintió.

—Sí, porque en el momento en que le secuestré de la casa de Anatol Czarnowski sellé su destino, sin siquiera saberlo.

—¿No cambiará de opinión?

Jedrick sacudió la cabeza con firmeza.

—No, no lo haré. Llevaré mi responsabilidad hasta el final.

Lena se sentó en el taburete. Suspiró profundamente y luego se miró las manos, sumida en sus pensamientos. Tras un silencio extraordinariamente largo, levantó la vista.

—Entonces, si las condiciones son las que usted ha expuesto, aceptaré el matrimonio.

Mikhail exhaló un profundo suspiro de alivio y lanzó una mirada a su hermano. Por fuera, Jedrick no parecía afectado por su respuesta, pero su mandíbula se relajó considerablemente al pronunciar las palabras.

Jedrick se puso lentamente en pie.

—Excelente. Cabalgaremos hasta la iglesia esta noche.

—¿Esta noche? —Tanto Lena como Mikhail jadearon la palabra con asombro.

Jedrick asintió lentamente.

—Sí, esta noche.

—P... pero... —Lena empezó, y luego dejó que su frase se interrumpiera. Necesitaba tiempo para prepararse para semejante acontecimiento. Por el amor de Dios, todavía estaba conmocionada por la propuesta.

—Tenemos que cabalgar de noche al amparo de la oscuridad, —explicó Jedrick pacientemente—. Y no hay razón para esperar otro día. No serviría de nada. Ahora que está decidido, cabalgaremos esta noche y lo llevaremos a cabo.

Mikhail abrió la boca para decir algo y luego la cerró. Rápidamente se apartó de su hermano.

—Me ocuparé de las monturas, —murmuró, saliendo apresuradamente de la tienda.

Jedrick cogió su cinturón y se lo abrochó alrededor de la cintura.

—Te sugiero que te abrigues bien, —le dijo con calma a Lena mientras ella permanecía de pie, mirándole como si se hubiera vuelto loca de atar.

Finalmente parpadeó y se apartó de él, saliendo a la fresca noche. Se sentía aturdida, como si alguien la hubiera golpeado en la cabeza con un objeto contundente. Este plan era una locura. Pero, ¿qué iba a hacer?

Lena regresó a su tienda y se quitó la capa. Apresuradamente, buscó su vestido más abrigado, uno azul oscuro de lana con cuello alto. Se lo puso, echándose la capa sobre los hombros. Su pelo colgaba suelto sobre sus hombros, pero estaba demasiado cansada para trenzarlo. En su lugar, cogió una cinta y se ató el pelo a la altura de la nuca.

Respirando hondo, levantó la solapa de su tienda y caminó de vuelta a la tienda de mando, donde Jedrick y Mikhail estaban fuera junto a los caballos, hablando en voz baja. Jedrick levantó la vista cuando ella se acercó a él. Tuvo la osadía de sonreírle, y ella sintió ganas de pegarle por ello.

—Venga, Lena. Cabalgará conmigo, —dijo, subiéndola al caballo.

Su pierna herida chocó contra la silla de montar y ella hizo una mueca de dolor. Jedrick la miró alarmado, pero ella sonrió entre dientes apretados.

—Estoy bien. Sólo está un poco sensible.

Mikhail montó rápidamente mientras Jedrick subía con cuidado detrás de Lena. Con un suave chasquido, Jedrick condujo a los caballos hacia el bosque.

—No se hablará, —dijo Jedrick, con la boca apretada contra la oreja de ella—. Los sonidos llegan lejos en la tranquilidad de la noche.

Lena asintió, apretando más fuerte su capa a su alrededor. El viento atravesaba su capa, provocándole escalofríos. Sintió la mano de Jedrick rodear su cintura, tirando de ella contra su pecho. Abriendo su propia capa, la envolvió en ella, dándole más calor.

Lena se sintió conmovida por el gesto y sintió que sus pensamientos volaban en todas direcciones. Jedrick Tarnowski era el hombre más contrario que había conocido. Que pudiera ser tan rígido y distante en un momento, mientras se mostraba amable y atento en el siguiente, estaba simplemente más allá de su comprensión. Hiciera lo que hiciera, ella no lograba entenderle.

—O tal vez no quieres comprenderle. Porque cuando piensas en él durante demasiado tiempo, te abres a un mundo de heridas y dolor, Lena Wright. —Metió las manos profundamente en su capa, negándose a dejar que sus pensamientos vagaran más lejos.

Cabalgaron durante más de una hora, siguiendo caminos apenas distinguibles. Lena estaba a punto de pedir un corto descanso cuando Jedrick levantó repentinamente la mano y se bajó del caballo. Mikhail cabalgó a su lado, tomando las riendas en sus manos.

Jedrick regresó en unos instantes y alargó la mano para ayudar a Lena a bajar de la silla.

—Parece segura, —le dijo suavemente a su hermano.

Jedrick puso a Lena suavemente en el suelo, manteniéndola firme hasta que pudo sacudirse la rigidez de las piernas. Mikhail desmontó y ató los caballos a un árbol cercano.

—Por aquí, —dijo Jedrick en voz baja, mientras los tres se dirigían por un sendero—. Mantengan sus mantos echados sobre sus cabezas y síganme. —Tanto Lena como Mikhail

asintieron.

Llegaron a un claro al cabo de unos instantes. Lena jadeó al ver la magnífica y antigua iglesia surgiendo de entre las sombras. Una luna llena colgaba en el cielo sobre la iglesia, bañándola con una delicada luz dorada. Era enorme en tamaño, pero su arquitectura se inclinaba y curvaba delicadamente. Rodeada de enormes árboles que parecían llevar allí siglos, la iglesia era a la vez una vista rústica y regia.

Lena intercambió una mirada de asombro con Jedrick, y él sonrió ante la expresión de su rostro. Él también se había sentido siempre humilde en presencia de aquella hermosa iglesia. Extendiendo la mano, la cogió de la mano y la condujo hacia la entrada.

Cuando llegaron a los escalones de la iglesia, Lena se detuvo para contemplar la impresionante estructura. Una alta aguja en lo alto del macizo exterior de piedra parecía alcanzar los cielos, como si hiciera señas a un visitante celestial. Lena sintió una conmoción en el alma ante la elegante vista y, suspirando suavemente, se dejó arrastrar hacia el interior de la iglesia.

Al cruzar el umbral, tanto Jedrick como Mikhail se quitaron las capuchas.

—Mantened la cabeza tapada, —ordenó Jedrick—. o alguien podrá recordar sin duda que ha estado aquí.

Lena asintió, apretándose la capucha alrededor de la cabeza.

Mientras avanzaban hacia el interior, Lena recorrió la iglesia con la mirada. El interior estaba iluminado por cientos de velas y las sombras parpadeaban inquietantes sobre los muros de piedra. Una anciana campesina, con la cabeza cubierta por un pañuelo andrajoso, estaba arrodillada en un banco, rezando en silencio. Un solitario sacerdote encendía en silencio velas alrededor del altar.

Jedrick mojó los dedos en el agua bendita, haciendo una reverencia mientras se persignaba. Poniéndose en pie, caminó lentamente hacia el sacerdote. Repitiendo rápidamente sus acciones, Mikhail y Lena le siguieron de cerca.

El sacerdote levantó la cabeza, fijándose en ellos por primera vez. Lena vio que era bastante joven y que les tenía un miedo mortal.

—No tenemos más provisiones que ofrecerles, —dijo el sacerdote temblorosamente, con el rostro dibujado por la preocupación—. Por favor, dígame al mariscal que deje de atormentarnos.

—Descanse, padre, —dijo Jedrick suavemente—. No estoy aquí por provisiones, ni trabajo para los suecos. Sólo he venido a ver al padre Witold.

El joven sacerdote se relajó ligeramente. Miró atentamente a Jedrick y luego a Mikhail. Sus ojos parpadearon sobre el rostro de Lena, que estaba parcialmente cubierto por la capucha.

—No los había visto antes por aquí.

Jedrick sonrió al joven.

—Ni yo a usted, pero le doy mi palabra de que no deseo ningún mal ni a usted ni al padre Witold. Sólo le pido que le diga que un viejo amigo ha venido a verle.

—El padre Witold está durmiendo, —dijo protectoramente el joven sacerdote.

—Es muy importante que le veamos ahora. Lo entenderá.

El sacerdote clavó sus ojos en Jedrick, intentando claramente determinar si debería creer o no en sus palabras. Al cabo de unos instantes pareció satisfecho, pues giró sobre sus talones y desapareció por una puerta detrás del altar.

Pasó algún tiempo antes de que el padre Witold apareciera en el umbral. Iba vestido con una pesada túnica negra que le caía hasta los tobillos. La cruz de plata que colgaba de su cuello brillaba a la luz de las velas. Sus ojos registraron conmoción, y luego alivio, al ver a los hermanos Tarnowski.

—Alabado sea Dios, —murmuró el sacerdote, avanzando para estrechar la mano de Jedrick y dar una palmada en el hombro a Mikhail—. Ambos estáis vivos y bien. Pero, ¿qué os trae por aquí? No tenéis ni idea de lo peligroso que es. Los suecos te están buscando, hijo mío.

Jedrick asintió.

—Lo sé, padre, pero es imperativo que hable con usted. —Hizo un leve gesto con la cabeza hacia la anciana campesina, que murmuraba en silencio las palabras de una oración mientras aferraba un rosario en la mano, y el padre Witold asintió.

—Venga, tengo un lugar donde podemos hablar en privado. —El sacerdote miró con interés a Lena, cuyo rostro seguía oculto en la sombra de su capa, pero no la interrogó. En su lugar, les condujo inmediatamente a una pequeña habitación contigua. El mobiliario era escaso, pero una robusta mesa y cuatro sillas de madera se erguían en el centro de la estancia y un fuego ardía alegremente en la chimenea.

El sacerdote les indicó que se sentaran y luego se acercó a la chimenea, haciendo girar lentamente los leños con un hierro de fuego.

—Pueden hablar libremente. ¿Qué les ha traído aquí a verme?

Jedrick se levantó y tendió una silla al sacerdote de pelo plateado.

—Por favor, siéntese, padre.

El padre Witold apoyó cuidadosamente el atizador junto a la chimenea y tomó la silla ofrecida.

Jedrick permaneció de pie.

—Necesito pedirle un favor, —dijo finalmente despacio.

El sacerdote inclinó la cabeza.

—Debe de ser terriblemente importante para haberle traído aquí. ¿De qué se trata, Jedrick?

Jedrick se arrodilló a los pies del sacerdote, tomando su arrugada mano entre las suyas.

—Quiero que celebre una ceremonia matrimonial para mí, padre. Esta noche.

La boca del padre Witold se quedó abierta de asombro.

—¿Qué?

—Debo casarme para proteger a una mujer a la que hice daño, una víctima inocente atrapada en medio de mi venganza contra Anatol Czarnowski.

El cura cerró la boca y posó la mano sobre la cabeza de Jedrick.

—¿Está seguro de que esto es lo que quiere hacer, hijo mío?

—Estoy seguro.

El padre Witold miró a Mikhail, que asintió en señal de confirmación. Los ojos del sacerdote se posaron en la forma encapuchada que estaba sentada en silencio, con la cabeza inclinada.

—Entonces, si es tan importante, le desposaré esta noche, pero antes debo insistir en escuchar sus confesiones. Los dos entrarán en esta unión con el corazón limpio.

Jedrick se puso en pie, asintiendo. Se acercó a Lena, tomándola suavemente por el codo. Ella se puso en pie, y Jedrick la condujo a colocarse frente al sacerdote.

—Primero, me gustaría que conociera a la novia, padre, —dijo Jedrick en voz baja.

Lena se desató la capa, apartando suavemente la capucha de su rostro. Cuando la tela se deslizó de su cabeza, también lo hizo la cinta de su pelo, haciendo que sus flameantes mechones cayeran libremente sobre sus hombros.

El padre Witold se levantó lentamente.

—Venga a la luz, niña, —le instó con suavidad.

Lena dio un paso adelante y el sacerdote inspiró bruscamente al mirarla.

—Dios mío, —susurró roncamente, dando un vacilante paso atrás—. ¿Eres tú, Alina?

Capítulo 27

Hubo un segundo de silencio atónito antes de que Lena diera un paso atrás involuntario.

—¿Alina? —susurró, con el corazón alojándose incómodamente en su garganta—. Ese... ese era el nombre de mi madre.

Finalmente, tras un largo silencio, el sacerdote se pasó la mano por la frente y suspiró profundamente.

—Perdóneme. Soy un hombre viejo y tonto. Simplemente me has recordado a alguien que conocí hace mucho tiempo. La Alina que yo conocí desapareció hace años y nunca más se supo de ella.

—P... pero quizá no se equivoque, padre. Mi madre era polaca. Abandonó Polonia hace muchos años y nunca supe nada de su vida aquí. Murió cuando yo era muy joven. Por favor, ¿sabe algo de ella? —Su petición salió con una respiración entrecortada. Apenas podía hablar por encima de los latidos de su corazón.

El sacerdote pensó un momento antes de que una mirada afligida cruzara de repente su rostro.

—Dios mío, niña, —susurró—. ¿Cómo fue que se involucró en la venganza de Jedrick contra Anatol Czarnowski?

Lena juntó las manos delante de ella, bajando su ligeramente la cabeza.

—Jedrick Tarnowski me secuestró el día de mi boda. Iba a ser la mujer de Anatol Czarnowski, pero yo no deseaba casarme con él. Me obligaron a los esponsales.

El padre Witold jadeó, agarrándose el corazón, y luego buscó a tientas una silla. Alarmado, Jedrick alargó la mano y cogió al sacerdote por el brazo, ayudándole a sentarse en la silla. Lena se retorció las manos, pensando que sus palabras debían de haber conmocionado al sacerdote. Se arrodilló y agarró las frías manos del padre Witold entre las suyas, ansiosa por tranquilizarlo.

—Aunque las intenciones de Jedrick eran equivocadas, padre, debe creer que me salvó de un hombre malvado. Él nunca me hizo daño y sólo me ha tratado con amabilidad. La mayor parte del tiempo, —añadió suavemente en voz baja.

Jedrick se adelantó con firmeza.

—¿Quién era esa Alina, padre? —preguntó, su voz repentinamente sombría.

El sacerdote no respondió y Lena le apretó las manos.

—Por favor, se lo ruego, padre. Dígame lo que sabe de ella... de mi madre.

El padre Witold alargó la mano y le cogió la barbilla suavemente entre las suyas,

acercándole la cara a la luz del fuego.

—El parecido es notable. Y oigo un ligero acento en tu voz. ¿De dónde viene, niña?

—Inglaterra, —le respondió Lena.

—Ah, Inglaterra, —murmuró el sacerdote—. Sí, ya veo cómo habría sido posible.

—¿Qué habría sido posible? —preguntó Jedrick, aumentando su inquietud. En nombre de Dios, ¿qué estaba pasando aquí?

El padre Witold cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos.

—Tu nombre. ¿Cuál es, niña?

—Lena.

—Su nombre de pila completo, —repitió lentamente—. ¿Cuál es?

Las cejas de Lena se fruncieron ligeramente en un gesto de desconcierto. Miró a Jedrick, que asintió ligeramente.

—Lena Christina Wright, —respondió en voz baja.

El sacerdote inspiró bruscamente, apretando sus sienes.

—Dios mío, —dijo con voz ronca—. Es verdad. Eres su hija.

Los ojos de Lena se abrieron de par en par.

—Por favor, padre, ¿qué puede decirme de mi madre?

El sacerdote no contestó durante lo que pareció una eternidad. El silencio se prolongó hasta que Lena pensó que gritaría. Cerró los ojos, rezando para tener fuerza y paciencia. Finalmente, el padre Witold respiró hondo y puso las manos sobre la mesa.

—Su madre, Lena, era una mujer joven y hermosa, hija de una familia muy poderosa. Tenía un corazón amable y gentil y era querida por todos los que la conocían. Fue cortejada por muchos nobles polacos, pero cayó bajo el oscuro encanto de un hombre joven y despiadado llamado Anatol Czarnowski. Estaban comprometidos para casarse, pero apenas dos semanas antes de la boda su madre cambió de opinión sobre Anatol. Al parecer, se lo había encontrado pegando a un joven campesino, y todo porque el muchacho había caído enfermo y era incapaz de realizar su trabajo. El chico murió de la paliza dos días después. Su madre estaba horrorizada. Había visto una vena cruel en el hombre con el que iba a casarse y eso la asustó.

Lena se tapó la boca con las manos, horrorizada.

—¿M...mi madre iba a casarse con Anatol Czarnowski? —preguntó tras unos instantes de asombrado silencio.

El sacerdote asintió con tristeza, sus ojos reflejaban una sentida simpatía. Lena pensó que podría estar enferma y se obligó a tragar la bilis que le subió a la garganta. Las horribles piezas de su vida iban encajando poco a poco, todas ellas parecían girar en torno a Anatol Czarnowski. Temblorosa, se obligó a ponerse en pie, mirando el rostro pétreo de Jedrick con aturrida incredulidad y pavor.

Una ira tan feroz que le hervía por las venas hizo que Jedrick apretara los puños a los lados para mantener su furia bajo control. Ese bastardo enfermo y retorcido. No era de extrañar que estuviera tan obsesionado con Lena. Cerró los ojos un momento, ordenándose a sí mismo que se

calmara.

—Su madre iba a casarse con él, —continuó el padre Witold—, pero desapareció pocos días después de su boda. Al principio, el rumor era que había vuelto a casa.

—¿A casa? —susurró Lena, su voz apenas audible. Sus pensamientos giraban enloquecidos. Se sentía mareada y débil, y se preguntaba si podría desmayarse.

El padre Witold respiró hondo.

—Está equivocada sobre la herencia de su madre, Lena. Su madre no era polaca de nacimiento, Polonia fue su patria adoptiva. Fue enviada a la corte polaca por razones diplomáticas, pero se enamoró del país y lo adoró con todo su corazón. Era polaca por elección y habría vivido aquí toda su vida, si las circunstancias se lo hubieran permitido.

Lena asintió en silencio, recordando los suaves cuentos de valientes héroes y hermosas princesas, y que había enseñado a su hija a hablar polaco.

—Entonces, ¿dónde estaba el hogar de mi madre? —preguntó Lena en voz baja, mientras se sentía como si la habitación empezara a girar ligeramente.

El sacerdote se detuvo un momento, sus ojos se encontraron con los de Lena de manera uniforme.

—¿Está segura de querer saberlo, niña?

Jedrick dio un paso adelante, agarrando con fuerza el brazo de Lena. Fuera lo que fuese lo que el sacerdote iba a decir, sabía instintivamente que no le gustaría.

Lena asintió, con las manos temblorosas.

—Por favor, padre, se lo ruego. Cuéntemelo todo.

El padre Witold suspiró profundamente.

—Alina Cristina Gustavo era la hermana menor de Carlos Gustavo Décimo. Nació en el seno de la familia real del reino de Suecia. Por supuesto, desapareció mucho antes de que su hermano ascendiera al trono. Pero ahora me temo que eso le convierte a usted, mi querida niña, en la sobrina del autoproclamado rey de Polonia.

Jedrick se sintió como si alguien le hubiera tirado de cabeza a una cuba de agua helada. Era imposible. ¿Lena miembro de la familia real sueca? Era tan absurdo que debería estar riéndose. Excepto que, por alguna razón, no le apetecía nada reírse.

Lena se apretó la mano contra la frente y luego cayó desmayada. Jedrick la cogió en brazos. La levantó, estrechándola contra su pecho, y luego se obligó a respirar hondo para despejar su mente. Todavía con Lena en brazos, se volvió hacia el sacerdote, con muchas preguntas sin respuesta en la punta de la lengua, pero el padre Witold ya se había dado la vuelta, mirando fijamente al fuego, con sus pensamientos en un tiempo ya lejano.

Una silla raspó el suelo y Mikhail se puso en pie, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Miró fijamente a Jedrick, con las manos temblándole incontrolablemente.

—Dios mío, Jedrick. ¿Puede ser verdad lo de Lena?

Jedrick dejó con cuidado a Lena en una de las sillas y luego miró sombríamente a su hermano.

—No lo sé, Mikhail. Pero recuerdo vagamente haber oído algo sobre esta historia, pero nunca vi a la tal Alina.

—Pero no tiene sentido. Si Alina no quería casarse con Anatol Czarnowski, ¿por qué simplemente no se negó a casarse con él y regresó a Suecia?

Jedrick se frotó la nuca, donde sentía los músculos como nudos acordonados.

—Recuerda, Mikhail, Alina también habría sido prima del rey polaco Wladyslaw IV, también miembro de la familia real sueca. Tal vez temía enfadar a su primo y pensó que él podría obligarla a seguir adelante con el matrimonio, en contra de su voluntad. No olvides que la familia Czarnowski ha sido una fuerza poderosa durante muchos años en Polonia.

—Entonces, si no podía negarse, no le quedaba otro recurso que desaparecer, —dijo Mikhail lentamente—. Sin embargo, es inconcebible. Las princesas no desaparecen sin más.

El padre Witold levantó la cabeza.

—El rey Wladyslaw pasó años buscándola. Se puso furioso cuando desapareció, pero Alina tenía dinero y un círculo de amigos que la protegían bien. Se esfumó, para nunca ser encontrada.

—Excepto por Anatol Czarnowski, —dijo Jedrick en voz baja.

Mikhail levantó las manos, frustrado.

—Sencillamente, no puedo creerlo. Quizá sea sólo una coincidencia.

El padre Witold sacudió la cabeza.

—No es ninguna coincidencia. Es hija de Alina. Estoy seguro de ello.

Jedrick golpeó la mesa con la mano.

—Dios, sí que tiene sentido. Anatol Czarnowski nunca debió dejar de buscarla. Cuando por fin encontró a Alina, probablemente ella ya estaba casada y tenía un hijo... una niña, para alegría enfermiza de Anatol. Entonces se limitó a esperar su momento hasta que la niña tuvo edad suficiente para casarse.

—Por Dios, Jedrick, ¿no estarás sugiriendo que sus padres lo habrían permitido? —exclamó Mikhail.

Jedrick se sentó pesadamente en la silla, apoyando la frente en las palmas de las manos.

—Afortunadamente para Anatol, los dos padres de Lena habían muerto cuando ella tenía once años. Fue criada por un tío codicioso que la golpeaba y la mantuvo soltera hasta los dieciséis. Lena me contó que Anatol había venido a por ella cuando tenía doce años, pero su tío se lo prohibió, prefiriendo en su lugar utilizar los años extra para gastar su fortuna hasta que cumpliera los dieciséis y se hiciera con el control de la misma.

El padre Witold apoyó la cabeza en las manos.

—Dios mío, no tenía ni idea de que Anatol Czarnowski iba a casarse con esta pobre niña. Sólo oí que había elegido a una inglesa como novia.

Jedrick suspiró profundamente.

—Nadie podría haber previsto un acto tan retorcido, padre. Pero, sencillamente, las implicaciones de este descubrimiento son asombrosas.

Mikhail se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Eso es, sin duda, quedarse corto. Santa María, Jedrick, ¿te das cuenta de lo que tenemos aquí? Lena es miembro de la familia real sueca. Es una rehén que vale más que mil generales polacos.

Jedrick levantó la cabeza, pero sus ojos no registraron sorpresa alguna. Fugazmente, Mikhail comprendió que su hermano ya debía haberse dado cuenta de su valía.

—También es prima de nuestro propio rey Yan Casimiro. ¿Habías pensado en eso también, Mikhail?

Mikhail maldijo suavemente en voz baja.

—No es de extrañar que Anatol Czarnowski desee casarse con Lena. Ella es su acceso tanto a la corte sueca como a la polaca. Debió de estar frotándose las manos de alegría cuando los suecos decidieron invadir Polonia.

Jedrick asintió con ironía.

—Sin duda, Anatol tiene ambiciones políticas propias.

Mikhail resopló.

—Entonces Czarnowski es tonto. Carlos Gustavo ya tiene un hijo.

—No hables tan precipitadamente, hermano. Ese hijo sólo tiene dos años. El matrimonio de Anatol con Lena podría darle derecho a cualquiera de los dos tronos.

Mikhail cerró los ojos, dejando que las palabras de Jedrick calaran.

—Santa María. Dios nos libre de ese bastardo traidor.

El padre Witold levantó la vista, y Jedrick pudo ver las profundas líneas grabadas en su rostro. La guerra no había sido fácil para ninguno de ellos, y menos para los sacerdotes que trataban de preservar la tradición católica de Polonia bajo la pesada mano de sus conquistadores protestantes.

—¿Qué vamos a hacer con la niña? —preguntó suavemente el padre Witold, mirando a Lena, que aún yacía inconsciente en la silla—. Ha sufrido mucho.

Jedrick se levantó, juntando las manos a la espalda. Se paseó durante varios minutos por la habitación. Ni Mikhail ni el padre Witold hablaron, ambos dejaban que Jedrick recogiera sus pensamientos. Finalmente, Jedrick se detuvo. Su rostro estaba marcado por la inquietud y la preocupación.

—¿Cómo, de buena fe, puedo seguir adelante con este matrimonio ahora, padre? Mi principal preocupación era darle a Lena la protección del apellido Tarnowski, ya que pensaba que estaba sin dinero y sola en este país, pero ahora descubro que es de la realeza. Por el amor de Dios, soy un simple soldado, y ahora, un hombre proscrito en su propio país. No puedo hacer semejante oferta a una mujer de su estatus.

El padre Witold se puso en pie.

—Se equivoca, hijo mío. La familia Tarnowski ha demostrado valor y honor ante un peligro mortal. El rey Casimir ciertamente no vería el matrimonio como impropio.

Jedrick frunció el ceño.

—No es tan sencillo, padre. Me temo que ella no desea realmente el matrimonio y yo no he pedido adecuadamente su mano. —Se pasó los dedos por el pelo con cansancio—. Además, hay otros asuntos que considerar. Lena vive en mi campamento en una tienda de campaña. No puede continuar. Por el amor de Dios, es una princesa.

El sacerdote se acercó a Jedrick y le puso una mano suave en el brazo.

—Realeza o no, Jedrick, sigue siendo una joven que necesita de su protección. Si ahora cayera en manos de los suecos, sería devuelta a Anatol Czarnowski, y sus retorcidos planes se cumplirían. —Mikhail respiró hondo y suspiró—. Tiene razón, Jedrick.

Jedrick miró a Lena. Su pelo se había desparramado por su mejilla y la expresión de su rostro era suave, despojada de las duras realidades de su situación. Por mucho que quisiera negarlo, el padre Witold decía la verdad. No podía permitirse que ella cayera en manos de Anatol Czarnowski. Lo que antes había sido una cuestión de honor personal se había convertido ahora en un asunto de interés político.

Le gustara o no, Lena tendría que convertirse en su esposa. Lo que estaba en juego acababa de multiplicarse por diez.

Jedrick la contempló. ¡Señor, ella ya había pasado por tanto! Durante toda su vida, la gente no había hecho más que utilizarla en su propio beneficio. Ahora, del mismo modo, él la forzaría a una unión que no deseaba.

—Es por tu protección, Lena. Ojalá pudieras entenderlo. Señor, ¿por qué siempre tengo que hacerte daño para ayudarte?

—Muy bien. Vamos a reanimarla y acabemos con esto, —dijo Jedrick con resignación.

El padre Witold se inclinó sobre Lena y le dio suaves golpecitos en las mejillas hasta que sus pestañas se agitaron y empezó a despertar. Abrió los ojos y por un momento estuvieron en blanco hasta que se posaron en Jedrick. Rápidamente, se incorporó con dificultad.

—¿Es verdad? —dijo, apretándose la mano contra la frente—. ¿Es cierto todo lo que ha dicho sobre mi madre?

El padre Witold asintió.

—Sí, y hace que su situación sea más peligrosa, hija. Si se casara con Anatol Czarnowski, su posición en la corte sueca estaría asegurada. E incluso si somos capaces de recuperar nuestro país, Anatol no podría ser castigado a pesar de su comportamiento traicionero porque usted sigue siendo prima de Yan Casimir.

Lena se apartó un rizo de la frente y sus ojos se posaron en Jedrick. Estaba de pie, rígido, frente a la chimenea, mirando fijamente las llamas. Su perfil era serio y ella sabía que estaba tan conmocionado por la noticia como ella.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —susurró.

El padre Witold le cogió la mano.

—Debe casarse con Jedrick, hija mía. Es la única forma de mantenerte a salvo de Anatol Czarnowski.

Lena tragó saliva con dificultad. Jedrick estaba claramente disgustado por el giro de los acontecimientos. Por Dios, ¿por qué no iba a estarlo? Le estaban obligando a casarse con la

sobrino de su enemigo más acérrimo. Qué irónico que el coronel polaco más temido de los suecos tomara ahora bajo su protección a la sobrina de su rey. Y ninguno de los dos tenía elección. El destino podía ser de lo más cruel.

Deseó que Jedrick dijera algo, cualquier cosa, pero él se negó a mirarla, manteniendo la mirada fija en el fuego. Lena se retorció las manos en el regazo durante un largo momento y luego se puso en pie, alisándose el vestido.

—Entonces estoy lista, —dijo en voz baja.

Jedrick levantó ligeramente la cabeza y sus ojos se encontraron. Lena vio dolor y arrepentimiento en sus ojos grises, y se mordió el labio inferior para no llorar.

—Oh Dios, nunca quise que esto sucediera. Ahora le agobiaré de por vida con mi presencia y sólo conseguiré que acabe odiándome. Sin embargo, sigue siendo demasiado honorable para renunciar a sus responsabilidades.

Lena respiró hondo mientras el padre Witold la conducía hacia Jedrick. No habría confesión, les dijo. La hora se acercaba rápidamente al amanecer y correrían peligro viajando a la luz del día. El sacerdote los colocó rápidamente uno junto al otro frente a la chimenea. Mikhail se colocó a la izquierda de Jedrick.

En tono suave, el padre Witold comenzó a recitar el sacramento del matrimonio. Al cabo de un rato, se arrodillaron sobre un paño que el padre Witold les había proporcionado, escuchando aún el bajo zumbido de la voz del sacerdote.

Poco después volvieron a ponerse de pie. Pronto la ceremonia se convirtió en un borrón para Lena. No podía dejar de pensar en lo que el padre Witold le había revelado sobre su madre. Sus pensamientos giraron vertiginosamente hasta que apenas pudo mantenerse en pie. En un momento dado sintió la mano de Jedrick bajo su codo con tranquilizadora firmeza. La voz del padre Witold zumbó hasta que ella dejó de oír las palabras.

De repente, sintió que Jedrick le daba un codazo. Sobresaltada, Lena levantó la vista y se dio cuenta de que el padre Witold le había hecho una pregunta. Miró a Jedrick y vio que la miraba larga y fijamente.

El padre Witold sonrió.

—Lena Christina Wright, —repitió de nuevo—. ¿Toma a este hombre por su legítimo esposo?

Miró de nuevo a Jedrick y vio que enarcaba una ceja esperando su respuesta. Sus ojos estaban tranquilos y Lena se dio cuenta de que estaba resignado a su destino. Aun así vaciló, incapaz de pronunciar las palabras. El padre Witold carraspeó una y luego dos veces.

—Sí, así es, —susurró finalmente Lena.

Mikhail dio un audible suspiro de alivio cuando el padre Witold le hizo la misma pregunta a Jedrick. Éste no vaciló con su respuesta, y Lena tuvo la clara impresión de que tenía prisa por acabar cuanto antes con todo aquel calvario.

El padre Witold terminó con el resto de la ceremonia y luego dio la bendición. Un silencio se apoderó del grupo.

De repente, Lena se quedó paralizada de miedo. Dios de los cielos, lo había conseguido. Se

había casado de verdad con Jedrick Tarnowski. Sus hombros empezaron a temblar incontrolablemente.

Jedrick se volvió hacia ella, le puso las manos en los hombros y se los apretó tranquilizadamente. Luego se inclinó y la besó. Fue suave y sorprendentemente tierno.

—Ven, —dijo Jedrick, cogiendo su capa y echándosela sobre los hombros—. Debemos partir de inmediato.

Lena se abrochó la capa mientras los hombres intercambiaban palabras en voz baja. Finalmente, Jedrick apretó algo en la mano del padre Witold mientras el sacerdote los conducía fuera de la habitación y a través de la iglesia.

—Que Dios esté con vosotros, —susurró el sacerdote, dándoles a cada uno un beso en la mejilla. Cuando se paró frente a Lena, tomó su mano suavemente entre las suyas.

—Dime una cosa, Lena. ¿Era su madre feliz? Le tenía mucho cariño.

Las lágrimas llenaron los ojos de Lena.

—Mi padre la quería mucho. Cuando ella murió fue como si una sombra oscura cayera sobre nuestra casa. Mi padre nunca volvió a ser el mismo después de aquello, pero cuando ella vivía nuestras vidas estaban llenas de amor, calor y felicidad. Sí, padre, creo que mi madre era feliz. La queríamos mucho. —Su voz se quebró de emoción.

El padre Witold le dio unas suaves palmaditas en la mano.

—No temas, niña; esa felicidad también será suya. Sólo recuerda que con amor todo es posible.

Sus ojos se posaron en Jedrick, que hablaba en voz baja con Mikhail.

—¿Amor? —susurró temblorosa.

El sacerdote asintió.

—Sí, amor, Lena. Es la más sagrada de las emociones. Ahora, vaya con Dios, hija mía.

Lena le besó suavemente la mejilla antes de darse la vuelta y salir de la iglesia. Los tres se dirigieron rápidamente a través del claro hacia donde habían dejado los caballos. Las oscuras sombras de la noche ya estaban dejando paso a la luz más suave de la mañana. Cabalgaron deprisa, ansiosos por estar lejos para cuando el sol se alzara en el cielo. Llegaron al campamento justo cuando los rayos amarillos del sol estallaban sobre el bosque.

Fueron desafiados tres veces por los centinelas antes de que se les permitiera la entrada al campamento. Jedrick desmontó cuando llegaron a la tienda de mando y se acercó para ayudar a Lena. Ella estaba tan agotada que casi cayó en sus brazos. La sostuvo hasta que estuvo firme sobre sus pies.

—Vuelve a tu tienda y duerme un poco, —le ordenó Jedrick con suavidad—. Habrá más tiempo para hablar de nuestra situación más tarde.

Lena asintió, demasiado cansada para discutir. Una vez dentro de su tienda, se desnudó y se puso el pesado camisón por la cabeza antes de deslizarse bajo las pesadas pieles. Aunque su mente se arremolinaba con mil pensamientos, se quedó dormida casi al instante.

Capítulo 28

Lena se despertó al oír voces fuera de su tienda. Se incorporó bruscamente, el recuerdo de la noche anterior volvió a saludarla. Cerrando los ojos, se presionó las sienes con las yemas de los dedos. Dios mío, ¿qué he hecho?

Sacudiendo la cabeza, Lena salió de debajo de las pieles y se puso una bata color vino sobre la cabeza. Al levantar la solapa, vio que el sol estaba alto y se dio cuenta de que ya era mediodía. Dejó que la solapa cayera en su sitio antes de coger su capa y alcanzar su bolsa. Muchos pensamientos se agolpaban en su cabeza, compitiendo por su atención, pero los apartó todos. Ya habría tiempo más tarde, cuando estuviera sola, para contemplar todo lo que le había ocurrido. Pero ahora había enfermos que necesitaban su atención. Merecían que se ocupara de ellos lo antes posible. Respirando hondo, salió al brillante sol, ahogando un gemido por el dolor de su pierna herida.

Su guardia la saludó alegremente mientras se dirigía a la tienda de Henryk. El anciano no estaba allí cuando ella llegó, así que se dirigió a ver a su primer paciente del día. El joven soldado tenía una tos profunda y líquido en los pulmones. Lena le preparó una taza de humeante té caliente hecho con hierbas amargas y luego le amontonó pieles extra para mantenerle el pecho caliente. Poco más podía hacer, salvo hablar con él en voz baja, asegurándole que pronto se recuperaría.

El día se avanzó lentamente y llegó la noche antes de que Lena terminara la última de sus rondas. Compartió un poco de pan, queso y vino caliente con su guardia antes de entrar cansadamente en su tienda para relajarse.

Acababa de empezar a quitarse la capa cuando oyó que el guardia hablaba con alguien. Curiosa, levantó la solapa y vio a Mikhail allí de pie.

—Buenas noches, Lena, —dijo en voz baja—. Acabo de salir de la tienda de mi hermano. Desea hablar con usted.

Lena sintió que su corazón se agitaba inesperadamente en su pecho. Había esperado tener un poco de tiempo para reflexionar antes de tener que hablar con Jedrick, pero su tardanza le había costado este lujo. Ahora tendría que enfrentarse a él sin estar preparada.

Frunciendo el ceño, cogió el codo que le ofrecía Mikhail y caminó con él hasta la tienda. Él no entró sino que simplemente la dejó en la entrada y se alejó. Preparándose, Lena levantó la solapa y entró.

Quedó asombrada por la visión que la recibió. Una enorme bañera de madera de la que salía un espeso vapor estaba en medio de la tienda. Se acercó a ella y entonces dio un respingo al oír hablar a Jedrick.

—Puedes considerarlo un regalo de boda, —dijo sonriendo.

Lena se volvió para mirarle.

—¿Un baño?

Su rostro se iluminó con tal felicidad que Jedrick se echó a reír.

—Sí, un baño, Lena.

—P... pero, estás... —Tartamudeó y luego se detuvo, insegura de cómo dar voz a sus temores.

Jedrick se levantó, evitándole más vergüenza.

—Te dejaré sola, pero cuando termines hablaré contigo.

Lena asintió mientras él se daba la vuelta y salía de la tienda. Después, con una amplia sonrisa, se quitó la ropa y, con cautela, puso una pierna sobre el lateral de la bañera. Probó la temperatura con el dedo del pie y suspiró. El agua estaba deliciosamente caliente. Se hundió en ella, segura de que nunca había sentido nada tan maravilloso en toda su vida. Al cabo de un rato se incorporó y vio que Jedrick había dejado amorosamente una torta de jabón y un pequeño frasco de agua de rosas junto a la bañera.

Lena cogió el jabón y se lo pasó lentamente por la piel. Luego deslizó la cabeza bajo el agua, mojándose a conciencia y enjabonándose después el pelo. Alargando la mano hacia el lateral de la bañera, cogió el frasco de agua de rosas, preguntándose dónde había conseguido Jedrick encontrar semejante tesoro.

Ahogó una risita encantada. Francamente, no quería saberlo, ni le importaba. Lo único en lo que quería pensar por el momento era en lo bien que se sentía. Volvió a deslizar la cabeza bajo el agua y luego se enjuagó el pelo con un poco del agua de rosas perfumada.

Lena cerró los ojos, dejando que la suavidad aterciopelada del agua calmara sus dolores. Permaneció así hasta que el agua se enfrió. Con gran pesar, finalmente se puso en pie y salió de la bañera, alcanzando el grueso paño que tenía cerca. Se frotó vigorosamente la piel hasta que brilló de color rosa. Luego se envolvió en el paño, pasando los dedos por sus mechones largos hasta la cintura, con la esperanza de alisar los enredos.

Estaba sentada cerca de las brasas cuando oyó a Jedrick pedir permiso para entrar.

Antes de que ella pudiera responder, él entró, trayendo consigo una ráfaga momentánea de aire frío. Lena se estremeció, apretando la tela alrededor de su cuerpo.

—No te he dado permiso para entrar, —gritó—. No estoy vestida.

Jedrick se limitó a mirarla. Era absolutamente hermosa. Su piel estaba recién lavada y húmedos mechones de pelo se aferraban a sus hombros desnudos. Jedrick sintió que se le cortaba la respiración. Que Dios le ayudara, esta hermosa mujer era su esposa. “Sólo de nombre”, se recordó a sí mismo con pesar.

Frunciendo el ceño, se quitó la capa y la arrojó a un rincón de la tienda. —Soy plenamente consciente del hecho de que no estás vestida. Sin embargo, eres mi esposa, Lena. Tal modestia no es necesaria.

—¿Necesaria? —se atragantó ella—. Dijiste que sería un matrimonio sólo de nombre.

Se sentó en un taburete y empezó a quitarse las botas.

—Así es. Pero será mejor que te acostumbres a tenerme cerca porque a partir de ahora te quedarás aquí, en mi tienda.

Los ojos de Lena se abrieron de par en par.

—¿Qué? —preguntó, horrorizada. Jedrick se subió la túnica por la cabeza, dejando al descubierto su pecho.

—Hay que guardar las apariencias, querida. Una esposa suele vivir con su marido.

—Es indecente. ¿Qué dirán los demás?

Se rio.

—He hecho un anuncio sobre nuestro matrimonio. Se entenderá, incluso se esperará, que vivamos juntos.

—¿También has hecho un anuncio sobre mi... herencia?

Jedrick negó con la cabeza.

—Ese será nuestro secreto, Lena. Sólo te pondría innecesariamente en peligro. ¿Entendido?

Ella asintió y se levantó lentamente, todavía agarrando la toalla.

—P... pero si he de quedarme aquí, ¿dónde dormiré?

Jedrick extendió el brazo.

—Donde quieras. Haré que traigan un montón extra de pieles, si así lo deseas.

—Gracias, —dijo Lena con evidente alivio. Jedrick notó con ironía que no era el mejor cumplido que había recibido de una mujer. Frunciendo el ceño, se llevó la mano a la parte delantera de sus calzones.

—¿Qué haces ahora? —Lena casi gritó.

Jedrick hizo una pausa, tratando de armarse de paciencia.

—Voy a darme un baño. Es un lujo que no se me presenta a menudo.

—Pero el agua ya está fría, —tartamudeó ella, de repente avergonzada por haber tardado tanto.

Jedrick se encogió de hombros.

—No importa. Será suficiente. —Se desabrochó la parte superior de los pantalones y Lena apartó apresuradamente la mirada, sintiendo que el calor le subía a las mejillas.

Jedrick casi se echó a reír al verla apartar con tanto cuidado los ojos de su físico. A pesar de su temperamento fogoso, se sentía insegura de sí misma cuando se trataba de él. De algún modo, eso le complacía enormemente, como si aún hubiera una parte de ella a la que él pudiera llegar, en algún lugar tras el formidable muro de su obstinado orgullo.

Se metió en el agua y suspiró. Agachó la cabeza bajo el agua, frotando el jabón a fondo por sus mechones. El agua estaba fría, pero le sentaba bien, condenadamente bien. Finalmente, se puso en pie, estirando todo su cuerpo como un gato satisfecho.

Lena seguía sentada frente a las brasas, con los ojos cuidadosamente bajos.

—Señor, este hombre no tenía ni una pizca de pudor o decencia.

Se quedó completamente desnudo delante de ella sin pensárselo dos veces. Se dijo a sí misma con firmeza que no levantaría la vista, dijera lo que dijera para provocarla. Fijó firmemente los ojos en sus manos, que yacían entrelazadas en su regazo.

Jedrick se sacudió el agua del pelo y luego miró a Lena. Estaba sentada mirando al suelo, pero él podía ver el revelador color rosado en sus mejillas. Sonrió para sí mismo, encontrando encantadora su timidez. Sonriendo, salió de la bañera y atravesó la tienda en busca de un paño seco. Finalmente encontró uno y se secó rápidamente. Luego se enrolló descuidadamente el paño alrededor de la cintura y se inclinó para sacar algo de un pequeño cajón de madera.

—Yo diría que esta noche merece un poco de celebración, ¿no le parece? —preguntó, alzando una petaca de vino.

Lena levantó la cabeza sorprendida, olvidando su promesa de no mirarle.

—¿Celebración? ¿Te has vuelto completamente loco? Nos obligaron a esta burla de matrimonio.

Jedrick frunció el ceño, exasperado.

—Tenemos pocas opciones en esta vida, Lena. Por elección o no, estamos casados. Tendremos que aprender a vivir con ello.

Ella apartó rápidamente la mirada, pero Jedrick vio el dolor y la desesperación que cruzaban su rostro. Frunciendo el ceño, se dirigió a la mesa y dejó la petaca de vino sobre ella. Sentándose en el taburete, se llevó la petaca a la boca y bebió un largo trago. Cuando habían pasado varios momentos y no había dicho nada Lena levantó por fin la vista.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella mientras él daba otro trago. —Estoy celebrando solo—, contestó él secamente.

—Oh, —dijo ella en voz baja, bajando de nuevo la vista a sus manos. Por mucho que ella quisiera negarlo, él tenía razón. Cualquiera que fuera la razón de su matrimonio, habían estado unidos por unos votos que ella había hecho voluntariamente. Habría que establecer algún tipo de tregua.

Ignorando el revoloteo nervioso de su estómago, Lena se puso en pie, se acercó a Jedrick y le tendió lentamente la mano.

—De acuerdo. Deseo tomar una copa.

Jedrick la miró con una ceja levantada y luego le entregó la petaca. Ella la inclinó ligeramente hacia él.

—Por nosotros.

—Por nosotros, —asintió Jedrick mientras ella se llevaba la botella a los labios y la inclinaba hacia atrás. Dio un largo trago y luego dejó la petaca con fuerza sobre la mesa, tosiendo. Jedrick le dio unas palmaditas en la espalda hasta que respiró correctamente.

—¿Quieres otro sorbo? —preguntó Jedrick, divertido, alzando la petaca. Lena se apresuró a negar con la cabeza. Jedrick sonrió antes de beber otro trago él mismo. Cuando terminó, dejó la petaca sobre la mesa y se levantó.

—Muy bien, Lena. Es hora de discutir algunas cuestiones importantes relativas a nuestra

bastante inusual situación. —Le indicó que se acercara a un taburete—. Por favor, siéntate.

Lena se sentó con cautela, sintiéndose terriblemente cohibida, envuelta sólo en la tela. Le parecía un poco absurdo que estuvieran a punto de tener su primera discusión seria como marido y mujer mientras ella estaba medio vestida y él mismo apenas cubierto.

—Eres una mujer casada, —se recordó a sí misma, pero se sintió poco reconfortada por esas palabras.

—¿Puedo vestirme primero? —preguntó, bajando rápidamente la mirada hacia sus manos cruzadas.

—Puedes, —respondió Jedrick lentamente—. Pero no saldré de la tienda.

Ella le miró incrédula.

—¿Me vas a contemplar?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero no voy a salir al frío glacial cada vez que mi mujer quiera cambiarse de bata.

—Tú... no tienes vergüenza. Incluso los maridos y las esposas mantienen algún tipo de decencia.

La boca de Jedrick se curvó en una sonrisa.

—Supongo que tienes mucho que aprender sobre mí, Lena.

Ella apretó los labios con fuerza.

—Muy bien, entonces, di lo que quieras. Me vestiré cuando pueda tener algo de intimidad.

—Como desees, —deletreó Jedrick.

Había un brillo cálido en sus ojos cuando su mirada recorrió sus piernas y hombros desnudos. Lena sintió que los latidos de su corazón se aceleraban ante la mirada de tormentoso deseo en sus ojos, pero rápidamente apartó la vista.

Jedrick sonrió brevemente mientras se pasaba los dedos por el pelo húmedo. Al cabo de un momento, su rostro se volvió serio.

—Muy bien, Lena, así es como evalúo nuestra situación. Estamos casados y el matrimonio es un asunto complejo. Sólo puede tener éxito si se aplica la estrategia adecuada. Mientras se den los pasos correctos en una serie de movimientos cuidadosamente calculados, el matrimonio seguirá un curso adecuado y apropiado. Por lo tanto, ya me he encargado de formar tal estrategia.

Lena pensó que se había vuelto completamente loco.

—¿Estrategia? —dijo con voz entrecortada.

Él asintió, complacido de que ella siguiera su hilo de pensamiento.

—Precisamente. El matrimonio requiere disciplina y normas estrictas. Creo que deberíamos ser capaces de trazar el curso de nuestro matrimonio dentro de estas pautas.

Lena pensó en decir algo, pero luego decidió no hacerlo. Jedrick lo hizo sonar como si fueran a marchar por la vida, deteniéndose sólo para vencer sus problemas antes de volver a avanzar... hasta que se encontraran con su próximo enemigo. Era tan tonto que una sonrisa le

rozó los labios. Levantando la vista, le vio pasearse por la tienda, sin dejar de hablar de su plan de batalla para su matrimonio.

Sus ojos se desviaron hacia su cuerpo. Era magnífico. Su carne era dorada y los músculos de sus muslos se anudaban al caminar, sus zancadas suaves y poderosas. Aún quedaban algunas gotas de agua sobre sus hombros y una de ellas resbalaba por su pecho hasta deslizarse bajo la tela de su cintura. Se sentía curiosamente sin aliento con sólo mirarle.

—¿Lena?

Ella levantó la vista con culpabilidad.

—¿Sí?

—¿Has oído una palabra de lo que he dicho?

Ella asintió enérgicamente.

—Por supuesto que sí.

—Entonces supongo que estás de acuerdo con lo que he dicho.

—¿Lo que has dicho?

Él la miró fijamente a la sonrojada cara antes de levantar las manos con resignación.

—Dije que ayer nos pasaron muchas cosas. Todavía estoy intentando ordenarlo todo. Pero una cosa sé con certeza. Tú no perteneces aquí, especialmente dada tu... condición.

Los ojos de Lena se abrieron de par en par.

—¿Estatus?

—Tu rango. Eres de la realeza, Lena. No perteneces a un campamento de rebeldes. He decidido enviarte a Silesia, con el rey Casimiro. Allí serás bienvenida, y estarás a salvo. Vendré por ti cuando la guerra haya terminado.

Ella se acercó a él.

—¿Dejar el campamento? ¿Deseas que me vaya? —Su voz vaciló ligeramente.

Jedrick se rio, pero el sonido era de una ronca aspereza.

—Lo que yo quiera no tiene importancia. Te irás.

Lena cruzó los brazos obstinadamente sobre el pecho.

—No es justo. Me necesitas aquí, y los hombres necesitan a alguien que pueda tratarlos. Henryk ya tiene más trabajo del que puede manejar.

Jedrick cruzó la tienda a grandes zancadas hasta situarse justo delante de ella. Lena levantó la vista, encontrándose con sus ojos ceñudos.

—¿Deseas desobedecerme de nuevo, esposa?

La forma en que acentuó la última palabra hizo que ella levantara la vista sorprendida.

—No, no deseo desobedecerte, —dijo ella lentamente—. Simplemente quería señalar que...

Él la interrumpió con impaciencia.

—Soy tu marido. A partir de este momento, espero que obedezcas todo lo que te pida.

—¿Qué?

Jedrick sonrió.

—¿Debo recordarte que hiciste el sagrado voto de obedecerme? Eres mi esposa, Lena, y por los votos sagrados que intercambiamos delante del padre Witold, aceptaste obedecer a tu marido.

Parecía absolutamente conmocionada, y Jedrick se alegró de su reacción. La suya era una prueba de voluntades y él tenía toda la intención de ganarla.

Apretando los labios, Lena le miró fijamente a los ojos.

—¿No juraste también amarme y quererme?

—Sí, lo hice, —respondió lentamente.

—Entonces también deberías respetar mis deseos. No quiero marcharme.

Jedrick echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa.

—¿Esperas que ame y quiera a una esposa que no me obedece?

Lena frunció el ceño, intentando pensar en una respuesta apropiada.

—Simplemente te pido que no me trates, ni a mí ni a este matrimonio, como a uno de tus soldados.

Él se quedó estupefacto ante sus palabras.

—¿Soldados? —balbuceó, alzando considerablemente la voz. Si había algo que ella no era, era un soldado. No creía que Lena hubiera acatado nunca una sola orden de nadie. Era temeraria, indisciplinada y testaruda. Sí, todas las cosas que le llevaban a la distracción y las razones principales por las que no podía dejar de pensar en ella.

Maldita sea.

—Lena, —empezó advirtiéndole.

—Sé que eres tan infeliz con este matrimonio como yo, —interrumpió Lena—. Pero no permitiré que me des órdenes, aunque esté casada contigo.

Jedrick no creía que todo el ejército polaco pudiera ordenarle algo que ella no quisiera hacer. Abrió la boca para decir algo y luego cambió de opinión. En su lugar, respiró hondo.

—Soy tu marido, Lena. Haré lo que crea que es mejor para ti. Irás a Silesia y no habrá más discusión. Si te niegas a cumplirlo, entonces sólo puedo suponer que estás dispuesta a romper un voto sagrado entre hombre y mujer. De algún modo, no puedo creer eso de ti.

Lena tragó con fuerza y apartó la mirada.

—Ya veo. ¿Es ésta parte de la razón por la que te casaste conmigo? ¿Para poder doblegarme a tu voluntad?

Jedrick suspiró.

—He prometido protegerte, Lena. Eso es todo lo que deseo hacer.

Ella guardó silencio durante un largo momento antes de hablar.

—No romperé un voto sagrado. Si deseas que vaya a Silesia, entonces iré.

Jedrick cerró los ojos aliviado, aunque una pequeña parte de él protestó. Había sido una especie de chantaje, pero le importaba un bledo mientras funcionara. Su seguridad era su prioridad ahora.

—¿Cuándo debo irme? —preguntó en voz baja.

—Pronto, —respondió él—. Muy pronto.

Jedrick abrió los ojos y la miró. Su pelo había empezado a secarse y unos zarcillos ardientes se enroscaban alrededor de su cara. Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas por su discusión, pero sus ojos azul verdoso no mostraban derrota. Jedrick sintió que algo se agitaba en lo más profundo de su ser. Ella aún se negaba a desprenderse de su orgullo, a pesar de todo por lo que había pasado.

Cogió un mechón de su pelo entre los dedos. Maldita sea, era suave y cálido. Su aroma dulce y femenino llegó hasta sus fosas nasales y él respiró hondo. ¡Señor, cómo la deseaba!

Suspiró para sus adentros. Este acuerdo no estaba saliendo como él había planeado. Le había prometido a Lena que sería un matrimonio sólo de nombre y tenía toda la intención de cumplir esa promesa. Pero ella se sentía tan bien entre sus brazos que él deseaba sólo un momento más para abrazarla y olvidarse de todo lo que se interponía entre ellos.

De repente, Lena dio un inesperado paso atrás. Los dedos de Jedrick se enredaron en la tela que rodeaba su cuerpo y, al moverse, toda la tela se deslizó, revoloteando lentamente hasta el suelo.

Jedrick inhaló entrecortadamente mientras sus ojos recorrían el cuerpo de ella. La blancura cremosa de su piel contrastaba dramáticamente con los mechones de pelo rojo que caían en ondas en cascada sobre sus hombros. Sus pechos sobresalían orgullosos, los pezones rosados erectos. Giró la cabeza y apartó la mirada, luchando por controlarse.

Con un pequeño grito, Lena se agachó y recogió la tela del suelo. Cuando Jedrick volvió a mirarla, ella estaba reajustando la tela alrededor de su cuerpo, con el rostro enrojecido. La miró asombrado y luego alargó la mano para cogerla del brazo. No estaba seguro de lo que quería hacer, aparte de ofrecerle algo de consuelo. Había herido gravemente su orgullo esta noche y él lo sabía.

—Lo siento, Lena, —murmuró suavemente, atrayéndola entre sus brazos—. Siento todo lo que ha pasado.

Ella forcejeó contra su abrazo.

—No. No puedo soportar tu lástima.

Él ahuecó su barbilla, levantando su rostro hacia el suyo.

—No te la ofrezco.

Ella apartó la cabeza de él.

—D... déjame en paz. Ya no sé quién soy, —susurró.

Jedrick frotó suavemente sus dedos contra la mejilla de ella.

—Sea lo que sea lo que el padre Witold reveló sobre tu pasado, no cambia la persona que

eres, Lena.

Ella cerró los ojos.

—¿Y quién soy yo?

—Una mujer muy valiente y hermosa. Una mujer por la que me siento muy atraído, a pesar de su constante desafío hacia mí.

Ella sonrió a través de sus lágrimas, y Jedrick se inclinó hacia ella y la besó. Fue un gesto natural y fácil; él no había planeado que ocurriera. Al apartarse, la miró profundamente a los ojos. Volvió a maravillarse ante el color cambiante de sus ojos, como las ondulantes olas del mar. ¿Sería capaz alguna vez de llegar a esas profundidades y despojarla de los muros que había construido a su alrededor?

Al cabo de un momento, Jedrick se sobresaltó al darse cuenta de que ella no se había apartado. Dejó caer la mano de su barbilla pero no pudo apartar la mirada de sus ojos. Inspiró bruscamente.

—Por Dios, Lena, será mejor que te alejes de mí o renunciaré a mi promesa de que éste sea un matrimonio sólo de nombre.

Lena sintió que el corazón le daba un vuelco. El tacto de Jedrick la hacía sentir tan cálida y deseada. Y vulnerable. ¡Oh, Señor, muy vulnerable! Abrió la boca para decir algo, pero su voz se quedó bloqueada en la garganta. Lentamente, levantó la mano, ahuecando con ternura el costado de su cálida mejilla.

Mirándola a los ojos, vio su necesidad, su deseo.

—Señor, te necesito, Lena, —susurró mientras se inclinaba hacia ella, dándole tiempo suficiente para apartarse de su abrazo. Pero ella no se apartó, en cambio, él sintió que sus manos le agarraban los hombros, como si quisieran acercarle más. Inclínándose, posó su boca sobre la de ella, reclamándola como suya.

Lena gimió al calor de su pasión. Su lengua se movió rápidamente entre sus labios entreabiertos y tanteó con calor y pericia en los suaves recovecos de su boca. Las piernas le flaquearon y le rodeó el cuello con los brazos para estabilizarse.

Bruscamente, Jedrick la apretó contra él, buscando su boca. Dios, quería una respuesta y la obtuvo. Lena se aferró a él como si se estuviera ahogando y él fuera su única ancla. Dios, era tan cálida y suave que quiso tomarla en ese mismo instante.

Lena no podía pensar por encima del palpitante de su corazón. Sus manos estaban por todas partes, acariciándola, tocándola, desencadenando oleadas de placer que recorrían su cuerpo. Cuando su agarre se estrechó en torno a ella, un sollozo de suave placer brotó del fondo de su garganta.

Jedrick la oyó gemir y casi lo volvió loco. Nunca había conocido a una mujer con tanta pasión y sensualidad. Ella encendía su deseo y su imaginación como ninguna otra mujer. Enredó los dedos en su pelo húmedo y la besó hasta que sus labios se hincharon de pasión.

De repente, Lena le apartó con un pequeño grito.

—No, —susurró con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos—. Esto está mal. Me tienes cautivada, Jedrick. No puedo pensar.

Jedrick la atrajo contra su pecho.

—Somos marido y mujer, Lena, —dijo, obligándose a respirar hondo para calmarse—. Lo que hacemos no está mal. —Aun así, sabía que se había precipitado. Dios, ni siquiera había planeado besarla, pero cuando la había mirado a los hermosos ojos, ella lo había tentado más allá de su resistencia. Otra vez.

Mirando a su mujer, vio que sus ojos estaban llenos de confusión. Sin embargo, había algo más allí que él nunca había visto antes: confianza.

Le cogió la cara suavemente entre las manos.

—¿Deseas que pare? —le preguntó en voz baja. Su rostro estaba enrojecido, sus ojos empañados por la pasión. Él sabía que no era justo; ella estaba tomando su decisión bajo coacción.

Frunciendo el ceño, le soltó la cara y dio un paso atrás.

—Pararé si me lo ordenas, Lena. —Su voz era tan áspera como la tormenta que había empezado a aullar fuera.

—No te disgustes de la forma en que te respondo tan gustosamente, —susurró ella en voz tan baja que él apenas pudo oírla.

Jedrick estaba completamente desconcertado.

—¿Disgustado? —dijo con voz ronca—. Dios mío, ¿crees que me disgusta tu respuesta hacia mí?

Ella apartó rápidamente la mirada, con las mejillas sonrojadas, y Jedrick tuvo la respuesta a su pregunta. Extendió la mano, cogiéndola por los brazos, sacudiéndola suavemente hasta que ella levantó la vista hacia él.

—Señor, Lena, me excitas como ninguna otra mujer lo ha hecho jamás. Siempre te he deseado, desde el primer ridículo momento en que te vi, medio vestida y luchando contra dos de mis hombres, y haciendo un trabajo bastante admirable, debo añadir.

Una emoción tensa se instaló en su pecho. Todo lo que había dicho era cierto. La había deseado desde ese momento. Todas las negaciones y torturas a las que se había sometido habían sido inútiles. Lo que ahora ocurría entre ellos había sido inevitable desde el momento en que sus ojos se habían cruzado con los de ella, de un azul verdoso centelleante.

—Pero soy la sobrina de tu enemigo más odiado. ¿No te importa?

Jedrick le ahuecó un lado de la mejilla con la mano.

—No te mentaré; sí cambia las cosas entre nosotros, pero no lo que siento por ti. Hay mucho dolor y malentendidos que debemos dejar atrás, y eso llevará tiempo. Si Dios quiere, algún día tendremos ese tiempo. —Le trazó ligeramente el pómulos con los dedos—. Eres la mujer más excitante que he conocido. Te deseo, Lena. Te deseo desde hace mucho tiempo.

No era una declaración de amor ni una afirmación de la santidad de su matrimonio, pero era un comienzo. Y por ahora era todo lo que Lena tenía en el mundo entero. Quería abrazarla y tenerla cerca, aunque sólo fuera por este momento.

Lena sintió que su corazón se agitaba por la cálida mirada de él y el suave roce de las yemas de sus dedos. Un fuego se encendió en su estómago y comenzó a recorrer lentamente su

cuerpo.

—Y, sin embargo, siempre me alejas.

Jedrick se rio, con voz ronca.

—Por Dios, Lena, no tienes ni idea de cuántas veces he estado a punto de hacerte mía. Un toque de tu mano, una mirada a tus ojos... bueno, puede llevar a un hombre a hacer cosas que nunca previó. Te aparté por tu propia protección... antes de salirme con la mía, estuvieras dispuesta o no.

Se hizo un largo silencio entre ellos. Jedrick aún le acariciaba la mejilla y, al cabo de un momento, Lena volvió la cara hacia su mano.

—Estoy tan cansada de luchar, —susurró—. Tan cansada de intentar ser fuerte, de no confiar en nadie más que en mí misma. Por mucho que intente negarlo, siempre he confiado en ti, Jedrick.

—Nunca te haré daño, Lena. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso tan tierno y suave que le hizo llorar—. No dejes de confiar en mí, esposa.

Con esas palabras, Lena deslizó sus brazos alrededor de su cuello y apretó su mejilla contra la de él. Permaneció en silencio un momento.

—Esta noche no vamos a parar, ¿verdad, Jedrick?

Él le besó la parte superior de la cabeza.

—No, no lo haremos, Lena.

Él deslizó sus manos a lo largo de su cuerpo, hasta posarse en sus caderas. Lena pudo sentir el calor de sus manos, y un escalofrío de placer le recorrió el estómago.

—Eres tan suave, —murmuró Jedrick, respirando profundamente su aroma, maravillado por la forma en que se aferraba a él. ¿Cuántas veces había soñado con ella, la suave fragancia de su aroma llamándole irresistiblemente? Movié las manos lentamente por su espalda, acariciando cada centímetro. Quería tomarse su tiempo, aliviar sus ansiedades, pero el tacto de ella casi hizo que su férreo control se deshiciera. Era dolorosamente hermosa, pero frágil de una forma que le llegó al corazón. Suavemente, acarició la suave piel de sus brazos y hombros.

A Lena se le cortó la respiración. Su cuerpo respondía tan fácilmente a su tacto, que la dejaba anhelando más. Le frotó la mejilla contra el lateral del cuello antes de dar tímidamente un suave beso bajo el lóbulo de la oreja.

Jedrick inhaló bruscamente, un escalofrío recorrió su cuerpo. Tiró de su ropa, dejando que se deslizara hasta el suelo en un pequeño montón. Lentamente, le apartó el pelo del hombro, revelando la suave piel blanca de su cuello. Besó el hueco de su garganta y ella gimí de placer. Bajando deliberadamente por su cuello, saboreó cada centímetro de aquella columna de marfil hasta que ella tembló entre sus brazos.

Lena tiró descaradamente de Jedrick hacia ella, enroscando los dedos en su pelo. Dejó que sus ojos se cerraran y su cabeza cayera hacia atrás, perdiéndose en las exquisitas sensaciones que inundaban su cuerpo.

Jedrick se maravilló ante su belleza, la forma en que su cabello se derramaba sobre sus hombros en una nube de fuego rojo, la manera en que sus largas pestañas se posaban sobre su

piel de marfil y la forma sensual y llena de sus labios. Era totalmente magnífica y completamente sincera en su pasión. Se obligó a dominar la impaciencia que crecía en sus entrañas. Lentamente, se inclinó hacia ella y sus labios rozaron ligeramente los de ella, burlándose y engatusándola. Percibió en ella una necesidad que coincidía con la suya y quiso llevarla a un fuego ardiente. Dios, cómo la deseaba.

Lena se apretó contra él, sus pechos apretándose contra el suyo. Sus manos recorrieron ligeramente los músculos duros como el hierro de sus hombros y bajaron por sus brazos antes de deslizarlas por su amplio pecho, tocando y explorando.

Jedrick emitió un pequeño gemido cuando su boca descendió sobre la de ella, hambrienta y necesitada. La boca de ella se abrió de buena gana, acogiendo su lengua y su calor, correspondiendo a su beso con un salvaje abandono que amenazaba con descontrolar a Jedrick. Bebió de su dulce néctar una y otra vez hasta que finalmente se apartó, temblando.

—¡Virgen María!, —dijo maravillado—. Nunca había sentido esto por una mujer, Lena. Me encantas con tus ojos, tu cuerpo, tu alma. Te deseo toda.

—Y yo a ti, —dijo ella tímidamente, con la cara enrojecida.

Inclinándose, le dio un tierno beso lleno de emociones que no podía expresar adecuadamente con palabras y trató de expresárselas con sus labios y su lengua. La apretó más contra él, buscando reclamar su cuerpo y su corazón.

Lena nunca había conocido tal sensación de amor y calidez. Los besos de Jedrick eran tan suaves y cariñosos que le arrancaron lágrimas.

Apartándose un momento, Jedrick estrechó a Lena entre sus brazos, llevándola hasta las pieles. Mientras la tumbaba suavemente, sintió la sangre rugir en sus oídos y se preguntó si el eco que oía débilmente era el latido de su propio corazón. Se colocó sobre ella y ella le miró, con el deseo nublándole los ojos.

—Lena Tarnowska, ¿tomarás todo de mí esta noche? —susurró, con la voz entrecortada—. ¿Tanto mi corazón como mi cuerpo?

Permaneció inmóvil, esperando su respuesta. Lena sabía que él la abandonaría al menor indicio de duda en sus ojos. Buscó en su corazón pero no sintió incertidumbre ni duda, sólo un profundo anhelo de unirse a este hombre tanto en cuerpo como en mente. Le tendió la mano.

—Ven a mí, esposo, —dijo Lena en voz baja.

Jedrick se despojó de la tela de la cintura y la arrojó a un lado antes de estirarse junto a ella. Medio esperaba que ella se apartara de él; algunas mujeres eran más que intimidadas por su tamaño, y él no tenía experiencia con vírgenes, pero ella le observaba con abierta curiosidad, asombro y deseo. Tímidamente, alargó la mano y trazó la línea de la cicatriz que empezaba por encima de sus costillas y bajaba hasta donde el espeso vello oscuro se enroscaba bajo su estómago.

Jedrick gimió, le agarró los dedos y se los apretó contra los labios.

—Dios, Lena, tu tacto me quema hasta el alma.

Tiró de ella hacia él y Lena gimió cuando sus pechos se encontraron con su piel caliente y los pelos de su pecho. Lentamente, la tumbó sobre las pieles, besando un rastro caliente hasta sus pechos. Lena se estremeció de placer cuando los pulgares de él rodearon sin descanso sus tiernos

pezones. Cada roce de sus dedos encendía un fuego dentro de ella y se retorció contra él, con un profundo y primitivo anhelo en su interior. Gimió cuando él se llevó sus sonrosadas puntas a la boca, su lengua suave e implacable dando vueltas hasta que Lena pensó que moriría de puro placer. Moviéndose, se arqueó contra él, sus manos aferrando las pieles bajo ella. Su boca continuó su dulce tortura hasta que ella gritó su nombre, suplicando que la liberara.

Jedrick levantó la cabeza, respirando entrecortadamente, maravillado por lo bien que se sentía y lo mucho que la deseaba. Era absolutamente exquisita. Se le cortó la respiración cuando ella rozó su rígida excitación, y sus manos se apretaron alrededor de ella en respuesta.

Lena se aferró a sus hombros, sin comprender las salvajes emociones que él despertaba en ella. Quería que la tocara por todas partes a la vez, pero él era infinitamente paciente y lento. Ella gimió, apretando su cuerpo contra el de él.

Jedrick se apartó un momento para admirarla.

—Hermosa, —murmuró, impresionado por la tersura de alabastro de su piel. Su dedo trazó ligeramente la herida de su pierna, y vio con satisfacción que estaba cicatrizando correctamente.

Instintivamente, Lena se movió para cubrirse, pero Jedrick capturó su mano y la sujetó con fuerza.

—Eres exquisita, —susurró—. Quiero apreciar este momento. Déjame contemplarte toda, Lena.

Ella se quedó quieta y Jedrick bebió de su visión. Sus mejillas estaban sonrojadas, su cuerpo tan suave como el marfil. Su dedos tocaron el pulso agitado de su cuello y trazó lentamente una línea entre sus pechos hasta sus muslos. Sus dedos rozaron los suaves rizos y Lena contuvo la respiración, en parte por miedo y en parte por anhelo.

Lena tembló y Jedrick frunció ligeramente el ceño, mirándola a la cara. Tomó las pequeñas manos de ella entre las suyas, estrechándolas contra su corazón.

—¿Tienes miedo?

Lena asintió tímidamente.

—No sé cómo complacer a un hombre. Quizá te decepcione.

Jedrick rio roncamente.

—¿Decepcionarme? Lena, ten por seguro que no me decepcionarás. —Le rozó la frente con los labios para después parar en su boca en un beso largo y abrasador. Sus dedos siguieron acariciando el suave vello entre sus muslos hasta que ella sintió que un dolor se acumulaba en su interior.

Casi había olvidado su miedo cuando Jedrick deslizó los dedos en sus tiernos pliegues con una suavidad agonizante. Casi perdió el control cuando sintió su humedad.

—Señor, Lena. Estás lista para mí.

—¿Qu-qué? —gritó ella, pero él capturó su pregunta con la boca. Siguió con sus lentos movimientos hasta que sintió que ella se relajaba, sus caderas se movían ligeramente con cada empuje de su mano. Ella gimió de placer y el deseo de él aumentó al darse cuenta de lo mucho que estaba disfrutando.

Encendida de calor y deseo, Lena se derretió con su beso abrasador y la lenta penetración

de sus dedos a ritmo primitivo hasta que no pudo soportarlo más.

—Jedrick, cesa tu tortura o moriré sin duda, —susurró.

—Lo mejor está por llegar, querida, —susurró él con fuerza. Ella estaba lista para él, pero él se contuvo, deseando que el momento durara lo más posible.

Lentamente, bajó sobre ella, sus manos buscando las suyas. Cuando las encontró, entrelazó sus dedos hasta que quedaron unidos, miembro con miembro. Le dio un beso en la frente y en el puente de la nariz.

Lena abrió los ojos y Jedrick vio que estaban nublados por la pasión. Inhaló un suspiro tembloroso, obligándose a calmar los fuertes deseos.

—Te dolerá un poco al principio, Lena, pero te prometo que desaparecerá rápidamente. —Ella le miró fijamente—. Pon tus brazos alrededor de mi cuello, —dijo él suavemente—. Y no tengas miedo. Todo irá bien.

Le dio otro beso largo y abrasador. Ella deslizó los brazos alrededor de su cuello.

—No tengo miedo, —susurró, pero él podía sentir cómo su cuerpo temblaba bajo el suyo.

Se acomodó entre sus muslos y avanzó, deteniéndose al sentir el escudo de su virginidad bloqueando su entrada. Vaciló un instante y luego se lanzó hacia delante. Lena gritó de sorpresa y dolor. Jedrick detuvo inmediatamente su movimiento, dándole a ella un momento para adaptarse a su invasión.

—Tranquila, amor. El dolor pasará pronto.

Su aliento se sentía caliente contra su mejilla y ella podía sentir la feroz corriente subterránea que la recorría.

Jedrick apretó los dientes, cada músculo de su cuerpo tenso por moverse.

Lena sintió que el dolor palpitante cedía gradualmente el paso a un dolor cálido y hormigueante. Lentamente, empezó a moverse, e instintivamente, Lena levantó las caderas para encontrarse con él. Él respondió con un gruñido bajo mientras sus embestidas se hacían más profundas y exigentes.

—Dios, estás tan apretada, —gimió mientras la besaba.

Lena sentía su cuerpo y su mente revueltos. Un cegador calor blanco se había extendido desde su estómago y ahora se enroscaba con fuerza en su interior, amenazando con explotar. Se agarró a sus hombros, repentinamente aterrorizada.

—Jedrick, —jadeó.

—Shh, Lena. Todo irá bien. Confía en mí.

Ella confió en él, con todo su corazón. Con esas palabras, se dejó caer sobre las pieles, rindiéndose a su cuerpo y a su necesidad. Él no dejó de acariciarla y tocarla, instándola a unirse a él en un viaje mágico. El calor en su interior aumentó hasta que estuvo segura de que iba a explotar.

Jedrick volvió a empujar y Lena se dio cuenta de que no le había dado todo de sí. Agarrándose a sus hombros, se retorció contra él, atrayendo su cuerpo más cerca.

—No, Lena. Es demasiado, demasiado pronto.

Pero ella no escuchó y tiró de él hasta que estuvo completamente incrustado dentro de ella. Jedrick echó la cabeza hacia atrás, escapándosele la respiración en un apretado silbido.

—Dios mío, tan caliente... tan dulce.

Lena se retorció bajo él, perdida en las sensaciones ardientes que marcaban su cuerpo. Una pasión mágica surgió entre ellos, llevándola hacia un misterioso final. Cuando el estremecedor clímax llegó por fin a ella, gritó su nombre, con los dedos agarrando con fuerza los hombros de él.

Jedrick encontró su liberación un instante después con una feroz embestida; entonces la estrechó contra su pecho con tanta fuerza que ella no podía respirar. Poco a poco, su agarre se aflojó y él se desplomó contra ella, respirando agitadamente.

Lena podía sentir los rápidos latidos de su corazón contra su pecho y acarició ligeramente la piel de su espalda. Nunca se había sentido tan completamente vulnerable y tan amada al mismo tiempo.

Impulsivamente, le dio un abrazo.

Jedrick rodó sobre su espalda y tiró de las cálidas pieles sobre ellos. Lena apoyó la cabeza en su pecho y él la rodeó posesivamente con el brazo. Mientras yacían allí, marido y mujer, un profundo sentimiento de satisfacción y plenitud se apoderó de él. Era algo que nunca había sentido antes, ni siquiera en la gloriosa secuela de la victoria, y le cogió por sorpresa. Lena había tocado una parte oculta dentro de él y era a la vez gratificante e inquietante. Apretó un beso en la parte superior de su cabeza, apretándola con fuerza.

—Significas tanto para mí, Lena, —susurró, acariciándole el pelo.

—Y tú para mí, —susurró ella de vuelta—. Nunca me había sentido tan... maravillosamente. —Ella se ruborizó ligeramente, recordando con qué entusiasmo se había entregado a él.

Jedrick le puso la mano bajo la barbilla, levantándole la cabeza del pecho.

—A menudo me pregunto qué extraño giro del destino nos unió.

Lena negó con la cabeza.

—No lo sé, pero doy gracias a Dios por ello. Toda mi vida me he sentido sola. Hasta que te conocí, Jedrick Tarnowski. Contigo me siento completa, entera y segura.

La besó suavemente en los labios.

—Nunca estarás sola, Lena. Te lo prometo.

Ella volvió a recostar la cabeza en su pecho y descansaron en silencio, disfrutando del cálido sabor de su amor. Era un confort tan espléndido y satisfecho que ninguno de los dos deseaba moverse por miedo a romper la magia del momento.

En pocos minutos, ambos se habían quedado dormidos en los brazos del otro.

En algún momento de la noche, Lena despertó de un sueño de lo más sensual. Unas manos cálidas acariciaban suavemente su piel, incitándola a la fiebre. Estiró la mano para tocar las manos ardientes, pero no sintió nada más que un dolor de deseo en lo más profundo de su ser. Gimió una vez y luego abrió los ojos.

No era un sueño. Jedrick le estaba acariciando el cuello y rozándole los lóbulos de las orejas con la lengua y los dientes. Sintió el calor de su cuerpo mientras él acariciaba los suaves rizos entre sus muslos, provocando que un lento calor se extendiera hacia fuera desde su estómago.

Su somnolencia se desvaneció. Tímidamente, alargó la mano para tocarle la mejilla. Tenía los ojos cerrados, pero cuando sintió el ligero roce de ella en su rostro, los abrió.

—Quiero hacerte mía, Lena, al menos una vez más. —Su respiración era agitada.

Ella no entendió sus palabras y no tuvo tiempo de pensar en ello porque él se puso encima de ella, penetrándola lentamente. Ella jadeó de placer y Jedrick capturó el sonido con la boca, dándole un beso profundo e intenso. Cuando por fin despegó sus labios de los suyos, Lena cerró los ojos, deslizó los dedos entre los pelos de su pecho y arqueó la espalda para profundizar sus embestidas.

Pronto Lena sintió de nuevo la presión que crecía en su interior y gritó con dichosa agonía.

—Jedrick, por favor, —suplicó.

Él se detuvo un momento para mirarla profundamente a los ojos.

—Mi mujer, —susurró, trazando una línea a lo largo de su pómulo y deteniéndose en sus labios.

Una lágrima rodó por su mejilla. —Te quiero, —susurró Lena—, Por Dios, te quiero, Jedrick Tarnowski.

Él sonrió y la abrazó, rindiéndose a su necesidad. Empujó una y otra vez hasta que la oyó gritar y estremecerse de liberación. Incapaz de contenerse por más tiempo, empujó una vez más, permitiendo que su semilla se derramara dentro de ella. Exhaló profundamente y se desplomó, rodando hacia un lado y llevándola con él. Seguía incrustado dentro de ella, y decidió que se conformaría con permanecer así el resto de su vida.

Lena levantó la cabeza de su pecho y le miró. Le tocó los labios con los dedos, acallando las preguntas que veía formarse allí.

—Duerme, Lena. Habrá mucho tiempo para hablar más tarde.

Ella asintió de mala gana y metió la cabeza bajo su barbilla. Oyó el sonido profundo y constante de su respiración minutos después.

Jedrick la abrazó con fuerza hasta que él también sucumbió a un profundo sueño.

Capítulo 29

Cuando Lena despertó estaba sola. Se incorporó desnuda, temblando en el aire frío. Sintió que el calor le subía a la cara al dar un paso y sintió un dolor tierno entre las piernas.

Buscando su vestido, se encontró con todas sus cosas en un rincón de la tienda. Alguien había empaquetado cuidadosamente sus pertenencias y las había trasladado a la tienda mientras ella dormía. Agachándose, sacó una camisa y su bata azul pálido del montón y se vistió rápidamente. Pasó un peine por su pelo enmarañado y luego lo separó en tres partes, trenzándolo con fuerza. Se encogió de hombros dentro de su capa, tirando de la capucha alrededor de su cabeza. Luego recogió su bolsa, saliendo al exterior para comenzar su ronda.

El joven soldado que había conocido a su llegada montaba guardia y le sonrió ampliamente.

—Buenos días, Milady Tarnowska.

Lena no pudo evitar devolverle la sonrisa. Era la primera vez que alguien utilizaba su nombre de casada.

—Buenos días a usted también.

Mientras se abría paso por el campamento, se fijó en que estaba extrañamente vacío. Sólo se veía un puñado de soldados. Se detuvo ante la tienda de Henryk, pero estaba vacía. Frunciendo el ceño, llamó a un soldado que pasaba por allí.

—¿Sabe dónde está todo el mundo? —le preguntó, apartándose la capucha de la frente.

El soldado se detuvo, pisando fuerte y frotándose las manos para darse calor.

—No estoy seguro. Varios de los hombres, incluido el comandante, salieron al amanecer. Armaron un jaleo tremendo.

Lena se sonrojó, dándose cuenta de que debía de haber dormido profundamente durante todo aquello. Jedrick la había dejado completa, pero agradablemente, exhausta.

—Ya veo. ¿Incluía también a Henryk? —preguntó.

El soldado se encogió de hombros.

—Tal vez. Alguien más le estaba buscando esta mañana.

El corazón de Lena dio un salto de miedo inmediatamente. Sólo había una razón por la que Henryk iría en una misión. Significaba que había muchas posibilidades de que se produjeran heridas, incluso bajas.

El soldado vio la preocupación en su rostro.

—No se preocupe, milady. Los hombres volverán pronto. —Inclinando cortésmente la

cabeza, continuó su camino.

Lena siguió también su camino, con la cabeza dándole vueltas a emociones contradictorias. ¿Por qué Jedrick no había dicho que se marchaba por la mañana? Frunció el ceño. Quizá había intentado decírselo, cuando le había hecho el amor por segunda vez la noche anterior. —Quiero hacerte mía, Lena, al menos una vez más.

—¿Una vez más antes de qué? —musitó ella en voz baja.

De repente, Lena se detuvo en seco, con el corazón helado en el pecho. Los coroneles polacos capturados. Dios santo, probablemente Jedrick estaba intentando rescatarlos de la prisión en el cuartel militar sueco. Eso podría explicar su secretismo y su decisión de no contárselo a ella. Rápidamente, corrió a la tienda de Mikhail y luego a la de Boguslaw. Ambas estaban vacías.

Lena se detuvo para recuperar el aliento, apretándose la mano contra la frente. Tenía que dejar de atormentarse o enfermaría de preocupación. Respirando hondo, intentó calmarse. Preocuparse no serviría de nada. Al menos podía hacer sus rondas para no pensar en que Jedrick estaba en peligro.

Hizo sus rondas lentamente. Las horas pasaban y la noche se acercaba. Al anochecer regresó a la tienda de mando, aguzando el oído en busca de cualquier sonido de los hombres. Sólo el silencio se encontró con sus oídos expectantes. Ansiosa, se paseó por la tienda hasta que finalmente se desplomó sobre las pieles y cayó en un sueño exhausto.

Algún tiempo después, se despertó con la ropa puesta, tal y como quedó dormida. Se levantó de la cama y levantó la solapa. El alba ya brillaba en el cielo. El guardia de su tienda negó con la cabeza ante su pregunta. Suspirando, volvió a entrar para prepararse para otro día.

La mañana y la tarde transcurrieron con agonizante lentitud. Lena completó sus rondas aturdida, apenas capaz de concentrarse en sus tareas. Cuando el sol se ocultó bajo las colinas y los hombres aún no habían regresado, Lena pensó que seguramente se volvería loca de tanto esperar. Tenía la horrible sensación de que algo había salido mal y se sentía totalmente impotente. Se sentó frente a las brasas, con los ojos llenos de lágrimas.

—Querido Señor, ¿me he enamorado de un hombre sólo para que me lo arranquen? Por favor, Dios, no puedo soportar la idea de perder a otro ser querido.

Debió quedarse dormida porque se despertó de repente al oír el ruido de los cascos de los caballos. Ansiosa, se puso en pie de un salto y salió corriendo de la tienda. El cielo estaba rosado con la primera luz del amanecer y pudo ver a los hombres cabalgando hacia ella.

La respiración se le entrecortó en la garganta. Apretó las manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Finalmente, Mikhail apareció a la vista.

Se le cortó la respiración cuando vio que llevaba a alguien en su montura. Con un pequeño grito, voló por la nieve, sin importarle la distancia que les separaba.

Cuando lo alcanzó en una carrera sin aliento vio, con un sentimiento mezcla de alivio y preocupación, que se trataba de Alexander. Se había hecho un buen corte en el cuello y el hombro. Se lo habían vendado, pero el movimiento del caballo había abierto la herida. La sangre empapaba las tiras de lino.

—Dios mío, —dijo ella, cogiéndole suavemente la muñeca y palpándole el pulso. Encontró uno, pero era débil y errático.

—Llévenlo dentro, —le dijo a Mikhail. Él asintió y llevó a Alexander a la tienda. Al girarse, chocó de lleno con Marek que le tendió una mano ensangrentada y retorcida.

—Dios mío, —susurró ella—. ¿Qué ha pasado?

Marek sonrió.

—Tuvimos una escaramuza con unos cuantos suecos, pero conseguimos lo que buscábamos.

—¿D-dónde está Jedrick? —preguntó ella, su voz un susurro.

Marek frunció el ceño, mirando a su alrededor.

—¿No está aquí? Ya debería estar aquí.

—No viene, —dijo una voz grave desde detrás de ella. Dándose la vuelta, Lena vio a Boguslaw de pie detrás de ella, con el rostro sombrío—. Debe ser valiente, milady.

El corazón de Lena dejó de latir.

—N...no, —dijo ella, dando un paso atrás.

Boguslaw asintió con tristeza.

—Lo siento, milady. Intentó rescatar a dos de los hombres que se habían quedado atrás. Le hicieron prisionero. Los suecos... no le perdonarán la vida.

Se tapó la boca horrorizada mientras las lágrimas corrían por su rostro. Su boca se abrió como para decir algo antes de caer al suelo, sollozando. Boguslaw la levantó en brazos suavemente, llevándola a la tienda de mando. Una vez dentro, la puso cuidadosamente en pie.

—¿Se va a poner bien, milady? —le preguntó con dulzura.

Lena se llevó la mano a los ojos y respiró hondo. Mirando alrededor de la tienda, vio hombres heridos que necesitaban su ayuda. Su dolor tendría que esperar. Decidida, apartó las lágrimas y se inclinó sobre Alexander. Él abrió los ojos y Lena vio que estaban vidriosos por el dolor.

—Era un plan condenadamente bueno, —jadeó—. ¡Si tan sólo esos dos jóvenes tontos no se hubieran quedado atrás! Jedrick no debería haber vuelto a por ellos.

Los ojos de Lena se llenaron de lágrimas.

—Shh, —susurró ella, levantándole suavemente la cabeza para quitarle la venda del cuello. Él gimió de dolor y ella volvió a apoyar con cuidado su cabeza en la cama. Luego fue a su bolso y trajo unas tiras de sábanas limpias, colocándolas a su lado.

—Te vas a poner bien, Alex, —le susurró suavemente, y él le sonrió débilmente.

Limpió la herida y aplicó una cataplasma en la zona, envolviéndola fuertemente con una venda. A continuación limpió la mano ensangrentada de Marek, y Henryk, que acababa de llegar a la tienda, le colocó el hueso.

Pasó a atender a un caballero alto y delgado al que no había visto nunca. Tenía la raya del pelo en retroceso y un espeso bigote castaño. Su cara era un gran moratón, el ojo izquierdo hinchado y cerrado y los labios agrietados y sangrantes. Un hombre más bajo y corpulento estaba sentado a su lado. Tenía el brazo en un cabestrillo improvisado y el tobillo torcido en un ángulo de lo más incómodo.

Se arrodilló junto al alto. Él la miró y sonrió cuando ella le puso una mano fría en la frente.

—Usted debe de ser la mujer extranjera, Lena Wright, supongo, —dijo en voz baja.

Lena le miró sorprendida.

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido?

—Ya es una leyenda entre los hombres. Menudo trabajo hizo en el depósito de municiones. Desde luego tiene mi agradecimiento.

Ella se sonrojó.

—Me temo que me tiene en desventaja, señor. No sé su nombre.

—Coronel Jerzy Smolenski, a su servicio.

Lena jadeó.

—Usted es uno de los coroneles que Jedrick liberó.

Jerzy asintió.

—Sí, y éste es Adam Piotrowski.

El hombre fornido dio un codazo en el costado a su compañero. —Ella es ahora Lady Tarnowska. Ese gigante de ahí me dijo que es la esposa del coronel.

Jerzy agachó la cabeza.

—Perdóneme, milady. El coronel ciertamente ha hecho un servicio a Polonia al tomar una esposa tan bella y valiente.

El dolor cruzó el rostro de Lena, y Jerzy lo notó y le tocó la mano.

—Sé lo que está pensando. Pero no se preocupe, milady. Puede que aún esté vivo.

Lena respiró hondo y sonrió al coronel.

—Gracias, —dijo en voz baja.

Trató sus cortes y magulladuras mientras Henryk arreglaba el tobillo de Adam. Había algunas heridas menores más de las que ocuparse, y Lena las trató con sumo cuidado. Finalmente, se levantó cansada, mirando a su alrededor.

Henryk y otro soldado habían llevado a Alexander a su tienda. Mikhail estaba sentado a la mesa en silencio, con la cabeza entre las manos. Marek estaba sentado a su lado, bebiendo una petaca de vodka, y los dos coroneles seguían sentados en el suelo donde Lena les había tratado. En ese momento, Staszek entró en la tienda y se acercó a Boguslaw, y los dos empezaron a hablar en voz baja. De repente, el conocimiento de todo lo que había ocurrido se apoderó de Lena, haciendo que sus piernas se sintieran débiles. Se tambaleó hacia un taburete y Marek se levantó apresuradamente, tendiéndole la mano buena para ayudarla.

Ella apoyó un momento la cabeza en las manos antes de mirar a Mikhail. Él levantó la cabeza y Lena vio una mirada de dolor agónico en sus ojos. Ella cerró sus propios ojos, sabiendo que sólo eran un espejo de su dolor.

—Por Dios, Lena, —susurró—. Se suponía que no iba a salir así.

Marek sacudió la cabeza con incredulidad.

—No tenía ni idea de que Jedrick no estaba con nosotros. Acabo de hacer la ronda y estamos todos, excepto Jedrick y dos de los exploradores de Staszek. No perdimos ni un solo hombre y sólo Alexander sufrió una herida grave. Fue un plan brillantemente ejecutado.

Staszek dio un paso adelante, y Lena abrió los ojos y vio que su rostro estaba rojo de vergüenza.

—Es culpa mía. Mis hombres eran demasiado inexpertos. Se congelaron ante el peligro. Jedrick vio que se habían quedado atrás y fue a ayudarles. Llegó demasiado tarde. Vi cómo le hacían prisionero a él y a los demás. Era exactamente lo que temíamos que ocurriera. Dios mío, y todo por mi culpa.

Mikhail sacudió la cabeza.

—No es culpa tuya, Staszek, —dijo con suavidad—. El miedo tiene una extraña forma de afectar a los hombres. Nadie sabe lo que ninguno de nosotros hará en una situación así. Lo más importante es que logramos nuestros objetivos. Rescatamos a dos líderes importantes para nuestro movimiento, infligimos un golpe terrible a la moral sueca y proporcionamos un punto de reunión para muchos en el país. Era exactamente lo que Jedrick esperaba conseguir. Podemos continuar sin él. —Su voz se entrecortó al pronunciar las palabras, y bajó rápidamente la cabeza.

Lena escuchó el intercambio en silencio. Finalmente, habló.

—¿No vamos a intentar salvarlos?

Marek respondió con un profundo suspiro.

—Es dudoso que sigan vivos. Los suecos seguramente están furiosos por la fuga de nuestros dos coroneles y sin duda condenarán a muerte a Jedrick y a los demás. Es decir, a menos que se les pueda provocar para que los mantengan prisioneros.

—Entonces puede que los mantengan con vida para... —Marek no terminó la frase porque Boguslaw sacudió de repente la cabeza en tono de advertencia.

—¿Mantenerlos vivos con qué propósito? —preguntó Lena, exigiendo una respuesta.

Mikhail dejó caer pesadamente la mano sobre la mesa. Sus ojos estaban desesperados mientras la miraba.

—Para torturarlos, Lena.

—¿Torturarlos? —Su voz estaba llena de pavor.

Jerzy Smolenski se puso en pie con dificultad.

—Creo que ése no es un tema para discutir con una dama

Mikhail suspiró.

—Es su esposa. Tiene derecho a saberlo.

Lena se levantó lentamente, tragándose el miedo.

—Pero, ¿cree que existe la posibilidad de que Jedrick siga vivo?

Marek se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero no por mucho tiempo.

Lena miró a los hombres a su alrededor antes de respirar con determinación.

—No sé si alguien más planea hacer algo, pero yo sí.

Mikhail la miró estupefacto.

—¿Sí?

—Sí. He decidido comerciar conmigo misma a cambio de la vida de Jedrick.

—¿Comerciar? ¿De qué estás hablando? —preguntó Marek.

Mikhail se puso en pie, con la comprensión evidente en su rostro. No puedo permitir que se cambie por Jedrick, Lena. No importa quién más sea, sigue siendo la esposa de mi hermano.

Boguslaw dio un paso adelante, frunciendo el ceño. —No sé qué está pasando aquí, pero no me gusta. La última vez que puso esa mirada en sus ojos, todo fue caos.

Lena puso las manos en las caderas y miró a los hombres de frente.

—No se les ha dicho esto, pero deben saberlo ahora. Soy la sobrina de Carlos Gustavo.

Jerzy Smolenski jadeó una vez. El silencio que siguió fue ensordecedor. Boguslaw se quedó con la boca abierta y Marek la miró fijamente como si hubiera dicho que era la reina de Inglaterra. Staszek dio un paso adelante y luego se detuvo. Todos miraron a Mikhail en busca de confirmación.

Mikhail se puso en pie.

—Es cierto, aunque lo descubrimos hace sólo unos días.

Marek silbó en voz baja.

—Santa María. ¿Por qué nadie nos lo dijo?

Lena se sonrojó.

—Jedrick quería protegerme, pero eso no importa ahora. Lo que importa es que tenemos una forma de salvarle la vida, si es que sigue vivo.

Adam Piotrowski se echó a reír de repente, y todos en la tienda se volvieron hacia él sorprendidos. Se secó las lágrimas de alegría de sus rubicundas mejillas y respiró hondo.

—Su valor es asombroso, milady, al igual que su información. Dios nos ayudaría si sólo tuviéramos cien soldados como usted de nuestro lado. Pero sobrina de Carlos Gustavo o no, el joven de allí tiene razón. No hay necesidad de arriesgar su vida. Puede que seamos un puñado de viejos cansados, pero nadie ha acusado nunca a un polaco de cobardía. No tengo intención de dejar que el coronel Tarnowski o los otros dos hombres se pudran en esa prisión.

Lena le miró las heridas y luego volvió a mirarle a la cara, dubitativa. Adam vio la expresión de su cara y sonrió. —Yo seré el cerebro de la operación, milady. Dejaré el trabajo en el terreno a estos caballeros de aquí.

Una oleada de risas recorrió a los hombres, aliviando la tensión en la tienda.

Lena le devolvió la sonrisa a pesar de sí misma. Era tal alivio de que alguien estuviera haciendo algo para ayudar a Jedrick que casi se echa a llorar.

—Venga, grandullón, ayúdeme a subir a la mesa, —dijo Adam, señalando a Boguslaw.

El gigante se agachó y ayudó al coronel a ponerse en pie. El fornido hombre saltó hasta la mesa sobre su única pierna buena y se sentó pesadamente en el taburete. El resto de los hombres se unieron a él alrededor de la mesa, sus rostros se volvieron serios.

El sombrío estado de ánimo que se había apoderado de los hombres pareció cambiar milagrosamente a uno de esperanza mientras discutían acaloradamente sus opciones. Lena escuchaba, paseándose por la tienda, añadiendo sus comentarios de vez en cuando. A nadie pareció importarle su presencia y, en algunas ocasiones, los hombres incluso agradecieron sus consejos. Las horas se alargaron mientras trazaban los detalles de su estrategia. Cuando por fin se hubo formado un plan y elaborado los detalles, todos los implicados parecían satisfechos.

Salvo que aún les faltaba la ayuda de un hombre más.

Mikhail apartó a Marek.

—Tendremos que mover el campamento en cuanto Lena y yo regresemos. Somos vulnerables ahora que tienen a tres de nuestros hombres. Bajo ciertas circunstancias, uno de los más jóvenes podría tener la tentación de revelar la ubicación del campamento.

Marek asintió con comprensión.

—Tendré todo listo para tu regreso. —Guardó silencio un momento antes de hacer la pregunta que le había estado ardiendo en la punta de la lengua.

—Mikhail, ¿crees sinceramente que serás capaz de conseguir su ayuda?

El rostro de Mikhail era sombrío.

—Lena y yo haremos todo lo posible. Que Dios nos ayude, es nuestra última esperanza.

Capítulo 30

El mariscal de campo sueco Ingmar Ahlstrom ocupaba el asiento central de una larga mesa de caoba pulida, flanqueado por varios oficiales, algunos de los cuales vestían uniformes polacos. Calibrando la situación de inmediato, observó al hombre corpulento que permanecía de pie en el centro de la sala. El hombre era claramente un oficial, y no mostraba ninguna sensación externa de nerviosismo o desesperación a pesar de su situación. Los otros dos hombres que le acompañaban eran jóvenes, bastante jóvenes, y temblaban como hojas en un viento otoñal, y Ahlstrom sabía sin duda que no sería un problema tratar con ellos.

Sus ojos se volvieron lentamente hacia el líder. El grande parecía formidable. Su fuerza y su calma parecían infundir valor a los más jóvenes. Se colocó ligeramente delante de ellos, como para protegerlos. Ahlstrom guardó esto como una información interesante.

Chasqueó los dedos, indicando a los guardias que acercaran al alto prisionero.

—¿Cómo se llama? —preguntó secamente.

El prisionero no dijo nada, pero Ahlstrom creyó vislumbrar algo en los ojos oscuros del hombre. Sobresaltado, se dio cuenta de que era diversión. Frunciendo el ceño, revolvió algunos papeles delante de él antes de volver a mirar al prisionero.

—Me temo que no comprende la gravedad de su situación. Usted forma parte de la banda rebelde que interfirió en la ejecución de dos conocidos traidores a Su Majestad el Rey Gustavo. No lo niegue.

—No niego nada, —respondió tranquilamente el prisionero.

Hubo un murmullo de inquietud entre los hombres. El alto soldado no mostraba el más mínimo temor a pesar de que se enfrentaba a una muerte segura. Por el contrario, parecía aburrido con todo lo que ocurría a su alrededor.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Ahlstrom.

El prisionero se encogió de hombros.

—Porque podíamos. Su seguridad es débil; sus defensas son patéticas. No durará mucho en este país, mariscal. Usted no es bienvenido aquí.

Los ojos de Ahlstrom se entrecerraron mientras los oficiales se miraban entre sí, atónitos. Sabía que sus hombres estaban sorprendidos de que alguien le hablara tan groseramente a él, el más alto oficial del rey. Era casi una blasfemia.

Ahlstrom apretó los puños.

—Has interferido en la justicia del rey. Morirás.

—Ah, ya veo. Un asunto de justicia. ¿Por qué no me dice, mariscal, qué justicia es esa?

¿Una justicia que ejecuta a hombres comprometidos a proteger a su país de invasores extranjeros? —Cuando Ahlstrom no contestó, el prisionero se echó a reír, el estruendoso sonido llenó la cámara—. Su sentido de la justicia, me temo, es el de un culo al revés.

Se oyeron jadeos en la sala mientras Ahlstrom golpeaba la mesa con el puño para pedir silencio. De repente, uno de los oficiales polacos se puso en pie de un salto.

—Dios mío, ahora le reconozco. Es el coronel Jedrick Tarnowski. Serví con usted en Ucrania.

Un murmullo en voz baja recorrió el grupo mientras Ahlstrom se ponía lentamente en pie y se inclinaba sobre la mesa.

—Ah, el coronel Tarnowski, —dijo—. Debería haberlo sabido. Su impertinencia es inaceptable e impropia, pero se ha ganado el derecho a probar un poco de la justicia del rey.

Jedrick se inclinó hacia delante para encontrarse con el mariscal a medio camino de la mesa. Un guardia se precipitó hacia delante, pero Ahlstrom le hizo un gesto para que retrocediera.

—Espero su demostración, mariscal, —dijo Jedrick en voz baja—. Quizá sea más impresionante que sus tácticas.

Había algo tan frío en los ojos del polaco que Ahlstrom se sintió estremecer. Molesto por su reacción, apretó los dientes.

—Morirás lentamente, bastardo, —siseó Ahlstrom—. Yo me encargaré personalmente.

Jedrick se encogió de hombros.

—Hay cientos y miles más como yo, mariscal, dispuestos a dar su vida por Polonia. ¿Planea matarlos a todos tan lentamente?

Ahlstrom agarró el borde de la mesa, con los nudillos blancos de apretar con fuerza.

—Su resistencia contra nosotros es inútil.

Jedrick sacudió la cabeza.

—Se equivoca, mariscal. Puede que le complazca mi muerte, pero no impedirá la rebelión. No nos detendremos hasta que cada uno de sus soldados desaparezca de nuestro suelo. —Se volvió para contemplar a los oficiales polacos con una mirada despectiva—. Eso vale también para los traidores.

La convicción en la voz de Jedrick y el repentino brillo de triunfo en sus ojos helaron a Ahlstrom hasta los huesos.

—Sáquenlo de mi vista, —ordenó—. Llévenlo al calabozo y cuélguenlo. Pronto visitaré a los prisioneros.

Jedrick se inclinó ligeramente por la cintura, con las manos encadenadas frente a él.

—Hasta que nos volvamos a ver, mariscal.

La risa de Jedrick resonó en toda la sala mientras se lo llevaban.



El viejo sacerdote permanecía en silencio junto a la puerta, contemplando el opresivo cielo gris. Iba vestido con una túnica tan larga que barría el suelo. Se echó distraídamente la capucha hacia atrás, exponiendo su cabeza canosa al aire fresco. Mientras murmuraba suavemente para sí mismo, sus nudosos dedos aferraban una pesada cruz de plata que colgaba de su cuello.

—Padre, cúbrase la cabeza o cogerá un resfriado, —le reprendió suavemente el joven sacerdote que estaba a su lado—. Ya está anocheciendo.

El viejo sacerdote sacudió la cabeza.

—No tendremos que esperar mucho, hijo mío.

Unos instantes después, un guardia sueco abrió la puerta, admitiendo a los sacerdotes. Dos soldados más se adelantaron para escoltarles hasta su destino. Cuando llegaron al edificio, un centinela que estaba de pie delante se puso en guardia, permitiéndoles entrar. El sacerdote más joven mantuvo la cabeza baja mientras eran conducidos a lo largo de un pasillo resonante y luego por una escalera de caracol. El aire era húmedo y fresco mientras descendían bajo tierra. Aunque estaba oscuro, su camino estaba iluminado por varias antorchas colocadas a lo largo de la escalera.

Finalmente llegaron a una puerta enrejada donde un guardia permanecía atento. Se acercó a los escoltas y susurró en voz alta.

—Tendrán que esperar. El mariscal de campo está ahí dentro con los prisioneros. Dijo que no quería ser molestado.

Uno de los escoltas resopló.

—¿De qué servirá tener aquí al cura, si lo único que tiene que hacer es rezar sobre un par de cadáveres?

—¿A quién le importa? —rio el otro—. No veo por qué tenemos que permitir que entren sacerdotes aquí.

Empezaron a hablar en voz baja, ignorando por completo a los sacerdotes. El joven sacerdote vio esto como una bendición y aprovechó la oportunidad para acercarse a la puerta. Podía oír el bajo murmullo de voces y acercó su rostro a la ventana enrejada. No estaba preparado para lo que vio.

El coronel Jedrick Tarnowski estaba encadenado a la pared, completamente desnudo, mientras dos hombres se divertían pinchándole con espadas calientes. Ya le habían golpeado; tenía el cuerpo cubierto de moratones y un ojo casi cerrado del hinchazón. Aunque los hombres le hicieron sangre con sus espadas, Jedrick no gritó. Su ojo bueno estaba abierto y alerta, y miraba fijamente a los hombres que le torturaban. Enfurecidos por su negativa a quebrarse, maldecían con áspera decepción.

Finalmente, uno de los hombres se adelantó con un cuchillo dentado y apuntó con él a la cara de Jedrick. El sacerdote vio que el hombre tenía las marcas de un oficial y comprendió que debía de tratarse del mariscal de campo sueco.

—Ruega clemencia, —ordenó el mariscal a Jedrick, con una fría mueca en la voz—, y te

ahorraré más dolor.

La mirada de Jedrick se fijó fríamente en el mariscal. —No ruego a nadie.

Con un gruñido, el mariscal dio un paso hacia Jedrick, levantando el cuchillo. El joven sacerdote gritó alarmado. Los guardias no le habían prestado atención y, murmurando, lo arrastraron lejos de la puerta. Momentos después, la puerta se abrió y el mariscal de campo se plantó en la entrada, con una expresión de fastidio en el rostro.

—¿Qué es esto? —exigió—. Dije que no se me molestara.

Uno de los guardias tragó saliva nerviosamente.

—Lo siento, señor. Los sacerdotes han venido a dar la extremaunción a los prisioneros. El joven aquí presente debe haber visto u oído algo a través de la puerta. Supongo que le asustó.

El mariscal de campo miró con el ceño fruncido al joven sacerdote, que había inclinado la cabeza y ahora miraba fijamente al suelo. Suspirando, el mariscal se volvió hacia el sacerdote mayor.

—Hola, padre Witold. ¿Trae ayuda esta vez?

El anciano sacerdote asintió.

—Soy un hombre viejo y frágil. Y últimamente he estado en esta prisión con demasiada frecuencia.

Los ojos del mariscal se entrecerraron.

—No sé por qué insiste en dar la extremaunción a estos prisioneros. No son más que traidores.

—Todo hombre es precioso a los ojos de Dios, —murmuró el sacerdote.

El mariscal de campo se inclinó ligeramente y se hizo a un lado.

—De acuerdo. Dejadles entrar. —Hizo un gesto a los otros guardias—. Dejen al prisionero de momento.

Los dos guardias soltaron las cadenas y Jedrick cayó pesadamente al suelo. Uno de los guardias le dio una patada al salir, riéndose. Los dos prisioneros más jóvenes se encontraban acurrucados en un rincón, temblando. Ambos habían sido golpeados también, aunque estaba claro que se habían librado de la tortura infligida a su comandante.

El padre Witold se escabulló por la entrada baja, seguido de cerca por el joven sacerdote. Los guardias cerraron la puerta tras ellos con un ruido metálico. El joven sacerdote caminó lentamente hasta el lado de Jedrick mientras el padre Witold iba a atender a los otros dos prisioneros.

—¿Está bien? —preguntó en voz baja, haciendo rodar a Jedrick a su lado.

Jedrick abrió el ojo bueno y agarró la mano del sacerdote con sorprendente fuerza.

—Saludos, padre.

El joven sacerdote se echó lentamente la capucha hacia atrás.

—Hola, Jedrick.

Jedrick parpadeó una vez y luego dos.

—¿Mikhail? —susurró con voz ronca.

Mikhail asintió, mirando apresuradamente por encima de su hombro.

—Sí, Jedrick, hemos venido a rescatarte. ¿Estás bien?

Jedrick asintió.

—Aún no han tenido mucho tiempo conmigo. Ningún hueso roto por el momento.

Mikhail metió la mano bajo su túnica y sacó una daga.

—El padre Witold está armando a los otros hombres. Engañaremos a los guardias para que entren en la celda y les quitaremos sus uniformes. Usted intercambiará su lugar con el padre Witold; su túnica ocultará tus magulladuras. Luego saldremos del recinto como entramos... por la puerta principal.

Jedrick enarcó una ceja.

—¿El padre Witold forma parte de esto?

—Sucumbió a la conmovedora petición de cierta mujer pelirroja, —dijo Mikhail, sonriendo con fuerza.

Jedrick frunció el ceño con comprensión antes de ponerse en pie, apoyándose pesadamente en el hombro de Mikhail. Se tomó un momento para sacudirse la rigidez de sus miembros, con la ira a punto de estallar por lo que le habían hecho a él y a sus hombres. Luego cogió la daga de manos de Mikhail e hizo un gesto a los demás hombres para que se colocaran detrás de la puerta. Los jóvenes soldados se apresuraron a obedecer, empuñando las dagas en sus manos.

Mikhail asintió al sacerdote y el padre Witold gritó de repente pidiendo ayuda. La puerta se abrió de golpe y el primer guardia entró corriendo. Jedrick salió de detrás de la puerta, rodeó con su musculoso brazo el cuello del guardia y empujó hacia el mentón con su daga. El otro guardia, que le había seguido de cerca, fue zancadilleado por uno de los soldados más jóvenes al entrar en la habitación. Se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra y se quedó inmóvil. Mikhail salió corriendo al pasillo, placando y luego silenciando al último guardia, que intentaba escapar. Gruñendo, arrastró al hombre al interior de la celda.

El padre Witold cerró inmediatamente la puerta mientras Jedrick se agachaba para quitarle el uniforme al guardia. Murmurando una suave oración, el padre Witold hizo rápidamente la señal de la cruz sobre cada uno de los hombres caídos.

—Dense prisa, —ordenó Mikhail a los dos jóvenes soldados. —No tenemos mucho tiempo —. Asintieron y comenzaron a despojar apresuradamente a los guardias de sus uniformes.

El padre Witold se despojó de su túnica y se la entregó junto con la cruz de plata a Jedrick.

—Se te reconoce más fácilmente con esos moratones en la cara. Tengo una gorra que cubrirá parcialmente mi rostro y con eso será suficiente, pero tú necesitas la capucha.

Jedrick frunció el ceño pero cogió la túnica, echándosela apresuradamente por encima de su corpulenta figura.

—Tendrá que venir con nosotros, padre. No será seguro para usted volver a la iglesia.

El sacerdote asintió.

—Soy consciente de ello. Iré con ustedes.

Jedrick miró durante un largo momento al padre Witold.

—No olvidaremos lo que ha hecho, —dijo suavemente, tendiendo la mano para estrechar la mano del sacerdote entre las suyas. —Por nosotros y por Polonia—. El padre Witold asintió lentamente y una sonrisa cansada cruzó su rostro.

Mikhail se inclinó y apartó a los guardias de su vista. Sus uniformes quedaban bastante mal a los soldados y el padre Witold parecía casi cómico con el suyo, pero Jedrick pensó que pasarían cualquier cosa menos una inspección minuciosa. Se puso la capucha de la túnica del padre Witold sobre la cabeza.

—Sólo tenemos que llegar a la entrada del edificio, —explicó Mikhail—. En cuanto estemos fuera se creará una distracción que debería permitirnos escapar.

Jedrick asintió y salieron al pasillo. Mikhail les condujo hasta la escalera en espiral y los hombres la subieron rápidamente.

Se detuvieron un momento antes de salir tranquilamente al pasillo. Todos sabían que el mayor peligro de ser detectados llegaría durante su recorrido por el largo pasillo.

Jedrick oyó al padre Witold murmurar una oración en voz baja mientras empezaban a recorrer el pasillo. Los soldados caminaban rígidos, actuando como escoltas de los sacerdotes. Un soldado sueco pasó junto a ellos pero no dijo nada. Mikhail suspiró débilmente aliviado. Todo iba según lo previsto.

Estaban casi en la entrada del edificio cuando se produjo el desastre. Un soldado armado salió de una habitación contigua y chocó de lleno con uno de los jóvenes soldados. Aún débil, el muchacho cayó al suelo, con la gorra resbalándole de la cabeza.

El soldado miró al chico, la comprensión apareció en su rostro. Abrió la boca para gritar cuando Jedrick sacó su daga de debajo de la túnica y la clavó en la garganta del guardia. El soldado gorgoteó y luego se deslizó hasta el suelo. En un instante, Jedrick se agachó y agarró al muchacho que había caído, empujándolo hacia la entrada.

—Sácalos de aquí, —le siseó a Mikhail mientras alguien daba la voz de alarma. Dándose la vuelta, Jedrick les cubrió las espaldas hasta que estuvieron a salvo en la entrada.

Por el rabillo del ojo, Jedrick vio a dos soldados más corriendo por el pasillo. Dándose la vuelta, esprintó los últimos metros hacia la entrada. Lanzó una mirada por encima del hombro al llegar a la entrada y vio que todo el pasillo se había llenado de hombres.

Desde fuera oyó un grito espeluznante y se desató el infierno cuando alguien le agarró del brazo y le arrastró hacia el aire nocturno.

Capítulo 31

Lena se paseaba ansiosa en el punto de encuentro. Odiaba la espera, pero estaba agradecida de que los hombres le hubieran permitido recorrer al menos parte del camino. Henryk había insistido enérgicamente en que no estaba para la excitación de otra misión y que necesitaba quedarse con los coroneles heridos. En secreto, Lena estaba segura de que el anciano había decidido quedarse porque sabía lo mucho que ella deseaba ir. Aunque los hombres habían debatido furiosamente la conveniencia de permitirle cabalgar con ellos, al final Mikhail lo había permitido a regañadientes porque necesitaban sus conocimientos médicos. Pero sólo le permitieron cabalgar hasta el punto de encuentro.

No había muchos hombres en la misión. Marek y los dos coroneles estaban supervisando el traslado del campamento y necesitaban todos los hombres de los que Mikhail pudiera prescindir. Tras algunas discusiones, Mikhail se llevó a dieciséis hombres y a Lena, acordando reunirse con los demás en el nuevo emplazamiento en cuanto la misión de rescate hubiera concluido.

Ahora, inquieta, Lena era incapaz de estarse quieta. Inclinandose, comprobó su bolsa por enésima vez, asegurándose de que todo estaba en su sitio. Quería estar preparada para ayudar a cualquiera que necesitara atención. Su corazón se retorció de preocupación. ¿Por qué tardaban tanto?

Fue interrumpida de sus pensamientos por Tadeusz. Era uno de los cinco hombres que esperaban con ella en el punto de encuentro. Le tendió un poco de pan y queso, pero ella sacudió la cabeza con pesar.

—Gracias, Tadeusz, pero no podría comer nada. Tengo el estómago hecho un nudo. Temo volverme loca con la espera.

—Debería comer, milady, —le incitó suavemente—. Le ayudará a mantener las fuerzas.

Lena sintió que el estómago se le revolvía ante la idea de meterse algo en él.

—No, no puedo. Pero le agradezco su preocupación. —Le dio una palmada agradecida en el hombro.

Tadeusz se encogió de hombros y se alejó. Apenas había dado dos pasos cuando oyó un ruido. Con un pequeño grito, se dio la vuelta justo a tiempo para ver una flecha llegar silbando por el aire. Se le clavó en el hombro, tirándole al suelo.

—Al suelo, —le gritó a Lena cuando vio que un soldado enemigo levantaba el arco por segunda vez. Lena lanzó un grito asustado y se tiró al suelo. Apresuradamente, empezó a arrastrarse hacia Tadeusz, con las afiladas piedras desgarrando su bata. Su corazón latía tan fuerte que le costaba respirar. A medida que más gritos de rabia y dolor llenaban el bosque, la aterrorizada Lena se dio cuenta de que estaban siendo atacados.

Casi había alcanzado a Tadeusz cuando sintió una pesada mano en el hombro. Gritó y pateó, pero fue en vano. Alguien la arrastró bruscamente hasta ponerla de pie.

Al girarse, Lena vio que la sujetaba un soldado sueco. Débilmente, se dio cuenta de que una patrulla debía de haber tropezado con ellos. El sueco le sonrió malvadamente, y ella respondió a su sonrisa clavándole la rodilla directamente en la ingle. Aullando de dolor, el soldado la soltó y ella cayó al suelo, sin aliento.

Jadeando, se puso en pie mientras el soldado se tambaleaba hacia ella, levantando el puño.

La golpeó una vez en la cara y Lena sintió un dolor explosivo antes de desplomarse.



Fuego. Mirara donde mirara Jedrick había fuego rojo y furioso. Un espeso humo negro se cernía sobre el horizonte de Varsovia, oscureciendo el cielo furioso del atardecer. Sonidos de gritos llenaban el aire. Sin embargo, incluso cuando los ojos de Jedrick registraron rápidamente el caos, giró su cuerpo, dispuesto a librar batalla con quienquiera que le hubiera agarrado.

Sus ojos apenas tuvieron tiempo de registrar la sorpresa cuando Boguslaw le apartó del camino de un sable que casi le corta el hombro.

Con un gruñido, el gigante blandió su espada, encontrando su destino en los suaves bajos de su atacante sueco. El hombre gritó de dolor mientras Boguslaw le gritaba a Jedrick que se dirigiera al bosque. Dándose la vuelta, Jedrick corrió hacia los árboles, con el gigante siguiéndole de cerca los talones.

—No, están demasiado cerca. Sígueme, —resopló Boguslaw, desviándose a la izquierda detrás de un pequeño edificio.

Mientras corrían, podían oír los gritos de los oficiales suecos que trataban de establecer algún tipo de orden entre sus hombres a la vez que intentaban apagar los incendios. Aunque se había desatado el caos, ninguno de los soldados sabía contra quién luchar. Los atacantes habían llegado, prendido fuego y se habían fundido en la oscuridad.

Boguslaw y Jedrick aminoraron la marcha, abriéndose paso con cuidado. Al cabo de varios minutos, Jedrick se dio cuenta de que se dirigían hacia el río.

—¿Un barco? —susurró en voz baja al gigante, y Boguslaw asintió. Aumentaron su velocidad hasta que llegaron a la orilla del río.

Boguslaw sacó una pequeña barca de un grupo de arbustos y la arrastró hasta el agua.

—Caballos frescos nos esperan al otro lado, —dijo Boguslaw en voz baja—. Estaremos a salvo cuando llegemos a ellos.

Haciendo una pausa, Jedrick puso una mano en el hombro del otro hombre.

—Has hecho un buen trabajo esta noche, amigo mío.

Boguslaw sintió que se le apretaba el corazón. Oír palabras de elogio de su comandante tan poco tiempo después de su deshonra era sorprendente. La vergüenza le invadió. No merecía tal

perdón.

Jedrick percibió la incomodidad del corpulento hombre y dijo:

—No permitamos que esta maldita guerra se interponga entre nosotros, Boguslaw. Hiciste lo que debías, al igual que yo. Dejémoslo atrás y empecemos de nuevo. Somos demasiado viejos para tanta tontería, amigo mío.

Jedrick le tendió la mano y Boguslaw le miró durante un largo instante antes de cogerla. Los dos hombres permanecieron un momento tomados de la mano, dejando que las heridas de la guerra empezaran a cicatrizar lentamente. Finalmente, Jedrick se apartó y Boguslaw cogió dos largos remos. El sonido de los cascos de los caballos hendió de repente la noche.

Haciendo un gesto con la mano, Jedrick desenvainó su daga, empujando al otro hombre hacia los arbustos y escondiéndose tras un árbol. Momentos después, oyeron fuertes pasos que se acercaban en su dirección. La mano de Jedrick apretó con fuerza la daga mientras escuchaba atentamente. Por el sonido de las pisadas pudo saber que sólo un hombre se acercaba a ellos.

Jedrick esperó a que el hombre hubiera pasado a unos pasos de su posición antes de salir del árbol y agarrarlo por el cuello desde atrás. Su mano rodeó la boca del hombre y levantó su daga para golpear.

Algo impidió a Jedrick completar su estocada. Tal vez fuera la forma en que temblaba su cautivo o la pequeñez de la forma del hombre. Sin saber muy bien por qué, Jedrick giró bruscamente al hombre para que le mirara.

Era un soldado sueco, sin duda, pero nada más que un niño. Sus ojos estaban muy abiertos por la conmoción y el miedo, y rápidamente se llenaron de lágrimas a pesar de su intento de dirigir a Jedrick una mirada desafiante.

Jedrick levantó de nuevo su daga y luego la bajó. Con guerra o sin ella, él no mataría niños. Boguslaw salió de la oscuridad para situarse al lado de Jedrick en silencio. No dijo nada, pero miró interrogativamente a Jedrick.

—Atémosle y amordacémosle, —dijo Jedrick en voz baja—. Tarde o temprano alguien se topará con él.

Boguslaw no hizo ningún comentario, sino que se limitó a asentir. Con un rápido movimiento le quitó la capa al muchacho y le arrancó la camisa al joven, rasgándola en largas tiras. Con cuidado, ató y amordazó al muchacho, sentándolo contra un árbol. Jedrick se agachó y envolvió cálidamente al muchacho con la capa para que no se congelara. El joven observaba en silencio, con los ojos llenos de una mezcla de confusión y alivio. Cuando se dieron la vuelta para alejarse, Jedrick vio cómo una lágrima resbalaba por su joven rostro.

Un extraño pesar recorrió a Jedrick. La guerra convertía a las personas en animales; el instinto de supervivencia superaba todo atisbo de comportamiento civilizado. Si la guerra podía justificar que un hombre matara a un niño, entonces ese hombre no era mejor que un animal.

La imagen del rostro del niño se grabó a fuego en la memoria de Jedrick. Era una visión de la guerra que nunca olvidaría.



El frío y la rigidez se introdujeron en los huesos de Lena mientras yacía fuertemente atada, incómodamente tendida sobre un caballo. El rebote de cada paso la sacudía tan fuerte que le castañeteaban los dientes. Tenía ligeras náuseas y sentía la cara como si le ardiera. Débilmente, levantó la cabeza pero fue empujada bruscamente de nuevo sobre el caballo.

—¡Ligg ner! —dijo secamente su captor en sueco.

La desesperación y el miedo invadieron a Lena mientras luchaba por no gritar. ¿Qué les había ocurrido a los otros hombres? ¿Habían rescatado a Jedrick? Sus pensamientos giraban con un centenar de preguntas, pero su cuerpo estaba agotado por la paliza y el viaje. Cada paso de los cascos del caballo golpeaba su cara contra la silla, causándole un dolor tan agonizante que pensó que enfermaría.

Finalmente, sus captores se detuvieron para descansar, y una luz brillante se clavó en su cara mientras estaba sentada bajo un árbol. Entrecerrando los ojos, miró hacia arriba y vio rostros apiñados sobre ella, mirándola fijamente. Pudo oír a lo lejos a alguien hablando rápidamente en sueco. Al cabo de un rato, su curiosidad pareció satisfecha, pues le aflojaron las ataduras y le permitieron beber un poco de agua.

La volvieron a atar en cuanto decidieron seguir cabalgando. Un soldado sueco gruñó mientras la levantaba, arrojándola sobre su caballo.

Las náuseas volvieron a llenar su estómago cuando su tierna y magullada cara golpeó contra la silla de montar. Sus ojos se llenaron de lágrimas y tragó con fuerza para no tener arcadas.

Su captor sueco montó poco después. Clavando los talones en el costado del caballo, partió al galope en la oscuridad hacia un destino que Lena estaba segura de no desear conocer.

Capítulo 32

Mientras unos copos de nieve dispersos se arremolinaban en el viento, alfombrando suavemente el suelo helado, Jedrick y Boguslaw se movían silenciosamente por el bosque, eligiendo a propósito los caminos más estrechos a través de la parte más espesa del bosque. Siempre cautelosos, habían decidido acercarse al punto de encuentro con sigilo.

Jedrick se esforzaba por ver a través de la oscuridad, intentando ignorar el viento cortante. Las frías ráfagas penetraban fácilmente en su delgada túnica y se soplaban las manos para aportar algo de calor a sus dedos entumecidos.

Más de una hora después, Boguslaw le dijo a Jedrick en voz baja que casi habían llegado al punto de encuentro. En silencio, los hombres bajaron de sus caballos y los ataron a un árbol. Recorrieron el resto del camino a pie. Ambos hombres se detuvieron bruscamente en su camino cuando oyeron el bajo murmullo de voces. En silencio, Boguslaw desenvainó su espada y Jedrick empuñó su daga con la mano casi congelada. Avanzaron lentamente, Jedrick dando vueltas a la derecha para acercarse por detrás de las voces.

El murmullo era ahora más fuerte. Jedrick podía ver los signos reveladores de un incendio; el humo se elevaba y se arremolinaba en el aire. Se preguntó quién estaría vigilando el punto de encuentro; él y Boguslaw se habían acercado con relativa facilidad.

Frunciendo el ceño, Jedrick dio un pequeño silbido y las voces cesaron de inmediato. Momentos después, un silbido similar sonó en respuesta. Saliendo de las sombras, Jedrick se dirigió hacia las voces. Sabía que Boguslaw esperaría a ver que todo iba bien antes de revelarse. Mikhail apareció rápidamente.

—Gracias a Dios que eres tú, —dijo Mikhail, estrechando la mano de su hermano—. Empezaba a preocuparme. —Miró sorprendido la mano de Jedrick—. Estás frío como el hielo. Tráiganle una capa inmediatamente, —ordenó a uno de los soldados.

Un momento después, Boguslaw salió del bosque.

—¿Quién demonios vigila este lugar? —preguntó Jedrick con enfado mientras alguien le entregaba una capa—. ¿Dónde están los centinelas?

—Aquí, —dijo un joven soldado, acercándose tímidamente—. Me dirigía a su posición, señor, cuando oí el silbato.

Jedrick seguía echando humo mientras Mikhail le acercaba al fuego. A la luz parpadeante, vio al padre Witold y a los jóvenes soldados que habían sido internados con él. Parecían agotados, pero volvieron bruscamente en sí al verle. Había un puñado más de sus hombres sentados alrededor del fuego, claramente los hombres que habían participado en la misión de rescate.

Volviéndose hacia Mikhail, Jedrick vio que el rostro de su hermano estaba desdibujado y sombrío.

—¿Están todos los hombres? —preguntó brevemente.

—Un equipo fue atacado. Perdimos a cinco hombres y... —Mikhail dejó que su frase se apagara.

—¿Y qué? —preguntó Jedrick bruscamente, con el corazón golpeándole de repente en el pecho.

—Lena fue tomada cautiva, —terminó Mikhail en voz baja—. Lo siento, Jedrick.

Un dolor hueco retumbó en el estómago de Jedrick. ¿Lena fue tomada cautiva? Apretó las manos a los lados, luchando por controlarse. Cuando por fin habló, su voz era tan gélida como el viento.

—¿Sería tan amable de explicarme, Mikhail, qué en nombre de Cristo estaba haciendo Lena aquí?

Mikhail agachó la cabeza.

—Henryk dijo que estaba demasiado cansado para viajar. Temía no poder hacer el penoso viaje. Pensé que necesitaríamos a Lena con nosotros por si alguien estaba demasiado malherido por la misión como para cabalgar. Se tomaron todas las precauciones necesarias, lo juro. Comprobamos la zona a fondo; pensé que era segura, pero una patrulla sueca debió tropezar con ellos. Lo siento, Jedrick. Me equivoqué.

Siguió un largo y cansado silencio.

—¿Movisteis el campamento? —preguntó finalmente.

Mikhail asintió. —Sí. Marek está supervisando el traslado.

—¿Y los coroneles?

—Sanos y salvos. Pronto regresarán a Cracovia. He enviado un mensajero a Silesia para informar al rey de los nuevos acontecimientos. Me atrevo a decir que estará complacido con sus logros.

Jedrick no se molestó en contestar. Había perdido a cinco hombres esta noche, todos en un intento de salvarle. Aunque se había asestado otro golpe a los suecos conquistadores, Jedrick no obtenía ninguna satisfacción de cómo habían resultado las cosas.

—Coge a los hombres heridos y al padre Witold y cabalga de vuelta al campamento. Los otros hombres y yo nos quedaremos atrás para descubrir el paradero de mi esposa. Pero primero, muéstrame en el mapa la nueva ubicación de nuestro campamento.

Los hombres se acurrucaron alrededor de la luz del fuego hasta que Jedrick se sintió satisfecho de haber memorizado la ubicación. Cuando el amanecer comenzó a surcar el cielo con un esplendor impresionante, los dos hermanos se separaron.



Lena se despertó grogui y se incorporó con dificultad. Ya no estaba atada, pero unas ronchas rojas marcaban el lugar donde le habían atado las manos. Con cuidado, alargó la mano para tocarse el costado de la cara e hizo una mueca de dolor. Le palpitaba como si una estampida de caballos la hubiera pisoteado. Palpándola con cautela, determinó que no había nada roto.

Determinado su estado físico, examinó rápidamente su entorno. Parecía estar en una especie de biblioteca. Un largo escritorio con una silla se encontraba en una esquina, y altas estanterías llenas de libros se alineaban en las paredes. Había dos sillas frente a la chimenea y ardía la lumbre, los troncos crepitaban mientras las chispas bailaban sobre y fuera de ellos.

Lentamente, Lena se levantó del diván y atravesó la habitación hasta la puerta. Tiró del pestillo, pero éste se mantuvo firme. Estaba prisionera. Golpeando la puerta con los puños, gritó, pero nadie respondió.

Se apoyó en la puerta antes de cruzar la habitación hacia la ventana. Con cuidado, levantó las pesadas cortinas y miró al exterior. Una comprensión enfermiza la invadió. Estaba en el castillo de Anatol Czarnowski.

—¿Cómo la había encontrado?

Lena tragó la bilis que le subió a la garganta. Mareada, se hundió en una silla cercana, instándose a mantener la calma. Fuera cual fuera el motivo, estaba aquí. Tenía que pensar, idear alguna forma de escapar.

Tras varios minutos, se levantó decidida y caminó hacia el escritorio. Tal vez pudiera encontrar un arma o algo que pudiera utilizar para ayudarla a escapar. Abrió el cajón superior y rebuscó entre algunos pergamino. “Nada de interés aquí” pensó. Rápidamente, lo cerró y abrió el siguiente cajón y vio un grueso libro de contabilidad cubierto por gruesos trozos de papel pergamino.

Frunciendo el ceño, abrió de un tirón el cajón inferior. Era más profundo que los demás y contenía un par de guantes de cuero, un fajo de cera y varias mechas sin cortar. Estaba a punto de cerrarlo cuando algo encajado en el fondo del cajón le llamó la atención.

Estirando la mano hacia abajo, sus dedos rodearon algo blando. Tiró de él hasta que el objeto se liberó. Sosteniéndolo en alto, lo inspeccionó de cerca.

Su corazón dio un vuelco. Recuerdos olvidados brotaron de repente en su interior, estimulando pensamientos que no había tenido en años. Y junto con los recuerdos llegó el terror. Se desplomó contra el escritorio mientras el horror se apoderaba de ella, aferrando aún el objeto contra su pecho.

—Dios mío, —susurró de repente, antes de deslizarse por el lateral del escritorio, sus piernas ya no podían sostenerla—. Dios mío, no.

Capítulo 33

Anatol Czarnowski abrió de golpe la puerta de la biblioteca. Sus ojos se entrecerraron al caer sobre Lena, sentada en el suelo, aferrando algo protectoramente contra su pecho. Cruzando el suelo en tres furiosas zancadas, la puso bruscamente en pie, arrancándole el objeto de las manos.

—Mírame, mujer, —le gruñó.

Lena levantó su rostro bañado en lágrimas hacia el de él, furioso. La cicatriz que ella le había hecho le recorría el lado derecho de la cara, a través del pómulo, deteniéndose en la parte superior del labio. Aunque la piel se había curado, estaba claro que quedaría desfigurado permanentemente. Lena parpadeó; la cicatriz sólo realzaba la mirada malvada de su rostro mientras la miraba con desprecio.

—¿No te gusta lo que ves? —dijo Anatol, agarrándola cruelmente del brazo y obligándola a retroceder unos pasos—. Acostúmbrate, querida. Vas a verlo mucho.

—¡Bastardo! —susurró Lena entre lágrimas—. Es mi muñeca.

Anatol frunció el ceño, su agarre apretándose alrededor del brazo de ella.

—Me temo que no sé de qué me estás hablando.

Lena señaló la muñeca que sostenía en la mano.

—Esa muñeca me pertenece. No la he visto desde la noche en que asesinaron a mi madre. Usted la mató, ¿verdad?

—No sea absurda. Es evidente que estás angustiada y no sabes lo que dices.

—Sé que mi madre era Alina Christina. Una vez prometida a ti, Anatol Czarnowski.

—Moza, —siseó, enfurecido—. ¿Con quién has estado hablando?

Ella intentó arrancarle el brazo de su agarre.

—¿De verdad creías que no me enteraría? Tus intrigas han terminado, Anatol. No te seguiré la corriente.

La agarró bruscamente por los hombros.

—No cometas el error de intentar traicionarme, Lena. No se me negará tu posesión por segunda vez. Tu madre me desafió y arruinó todos mis planes, igual que tú estás intentando hacer. Esta vez no funcionará.

Las lágrimas rodaron por el rostro de Lena.

—Ella intentó proteger a su hija de ti. Yo habría hecho lo mismo. Dios, y mira a lo que ha llegado.

Anatol se inclinó cerca de ella.

—Ha salido exactamente como deseaba. Eres tu madre en todos los sentidos. Incluso tienes sus ojos. —Le agarró la barbilla con la mano, girando su rostro hacia la luz—. Seguiré teniendo a mi Alina a través de ti.

Su agarre se tensó dolorosamente.

—Basta, Anatol, —susurró Lena temerosa.

Él le sujetó la barbilla un momento más antes de soltarla finalmente.

—Tus protestas son inútiles, Lena. Esta noche vamos a ser presentados ante el rey como marido y mujer.

—Eso es imposible.

—Harás lo que yo diga.

—No puedes hacerlo, Anatol. Soy la sobrina del rey. Desenmascararé tus planes.

Anatol le soltó la barbilla y le ahuecó la cara entre las manos.

—Llegas demasiado tarde, Lena. Ya estaremos casados para cuando veas a tu tío. Hay un sacerdote en el lugar; cumplirá mis órdenes, tanto si estás dispuesta como si no. Esta vez he tomado todas las precauciones. No volverás a escapárte de las manos.

Con una risa cruel, la apartó de un empujón y ella tropezó hacia atrás, aterrizando con fuerza en el suelo.

Ella le miró lentamente.

—No, Anatol, te equivocas. Ya estoy ca... —Las palabras se congelaron en los labios de Lena cuando Anatol se alzó sobre ella con el puño en alto.

—Cesa tus palabras, Lena, o me veré obligado a hacerte daño.

El brillo de sus ojos indicaba que sería una experiencia placentera para él. Lena se estremeció de horror y volvió la cabeza hacia otro lado.

—Ahora, te ruego que estés preparada, mi pequeña rosa, —dijo él suavemente—. Haré que alguien venga a acompañarte a tu habitación para que te pongas presentable para mí. —Arrojó la muñeca en su regazo sin cuidado—. Recuerda, moza, que si no me obedeces, acabarás igual que tu madre... Dios la tenga en su gloria.

Se rio y giró sobre sus talones, cerrando la puerta tras de sí. Su risa malévola resonó en sus oídos hasta que Lena se los tapó desesperadamente para bloquear el sonido.

Estaba viviendo una pesadilla.

Lena se paseó por la habitación, tirando ansiosamente de los hilos dorados y marfil de su vestido de novia. Lo habían arreglado y limpiado meticulosamente. Le entraron ganas de arrancárselo de nuevo, como habían hecho con su espada, pero en lugar de eso apretó con fuerza las manos a los costados.

Había intentado explicar a las criadas que casarse con Anatol era imposible; ya estaba casada, pero se habían limitado a mirarla como si fuera tonta y habían seguido bullendo a su alrededor. Había intentado que la escucharan de nuevo mientras la bañaban y le lavaban el pelo. Poco a poco, Lena se había dado cuenta de que nadie iba a escucharla. Estaba claro que Anatol

Czarnowski les aterrorizaba y ni una sola de ellas se atrevería a llevarle la contraria. Enferma de frustración, Lena se había sentado en la cama, cruzando obstinadamente los brazos sobre el pecho. Si nadie la escuchaba, entonces ella no cooperaría.

Las criadas habían rogado y suplicado a Lena que se pusiera la bata, pero ella se había negado rotundamente. Había mirado tan ferozmente a las mujeres que nadie había sabido qué hacer. Sólo después de que un sonriente vasallo de Anatol hubiera aparecido en la puerta, ofreciéndose a ayudarla a ponerse el vestido, Lena había permitido que las criadas la vistieran. Había sabido que el hombre cumpliría su amenaza.

Aun así, tuvo que ser sujeta mientras las criadas la peinaban, arreglaban y retorcían el pelo en varios estilos hasta encontrar el adecuado. Finalmente, con suspiros de alivio, las mujeres habían abandonado rápidamente la habitación, felices de haberse librado de su difícil cargo.

Lena continuó su paseo hasta que oyó unos suaves golpes en la puerta. Tras un momento de indecisión, la abrió y un criado le informó en voz baja de que su presencia era requerida en la biblioteca. La condujo escaleras abajo, abriéndole la puerta de la biblioteca. Cuando ella dudó, él le indicó con firmeza que debía entrar.

Respirando profundamente, Lena entró en la habitación. Anatol estaba de pie frente a la chimenea, vestido con un kontusz burdeos con un llamativo fajín plateado, calzones negros y botas hasta la rodilla. Hablaba en voz baja con un sacerdote. Ambos hombres la miraron.

Lena avanzó, con la boca abierta por la sorpresa. De pie junto a Anatol estaba el joven sacerdote que había visto en la iglesia la noche que se había casado con Jedrick Tarnowski. Corriendo por la habitación, se arrojó a sus pies.

—¿Se acuerda de mí, padre? —gritó—. Vine a la iglesia la otra noche con dos hombres que buscaban al padre Witold. Me casé con uno de esos hombres esa misma noche. Por favor, no permita que continúe esta burla.

El sacerdote retrocedió, aferrando su cruz con la mano. Su expresión era de horror y asombro. Conmocionado, levantó sus ojos hacia Anatol.

Pero Anatol sólo tenía ojos para Lena. Bruscamente, se agachó y la puso en pie de un tirón, rasgando la manga de su vestido en su apresuramiento.

—Moza mentirosa, —gritó—. No ha hecho nada de eso.

Le retorció el brazo tan dolorosamente que Lena chilló de miedo.

—Lo hice, Anatol. Llegas demasiado tarde. Soy una mujer casada. Tus planes están acabados.

Anatol la abofeteó con fuerza en la cara, y el sacerdote jadeó sorprendido.

—Basta de mentiras, Lena. Te casarás conmigo sin decir una palabra más.

El sacerdote se adelantó.

—Debo protestar por el trato dado a esta joven..., —empezó, pero se detuvo cuando Anatol le miró con frialdad.

—Cómo me comporte con la dama no es asunto suyo. Le ordeno que nos case de inmediato.

El sacerdote miró a Lena y a Anatol, atónito. La mujer lloraba y le había salido una

mancha roja en la mejilla magullada. El cura sacudió la cabeza dubitativo.

—Lo siento, señor, pero creo que la chica dice la verdad. Hubo visitantes en la iglesia recientemente, buscando al padre Witold. Uno de ellos era una mujer, pero no vi su cara con claridad. Podría haber sido ella.

Anatol alargó la mano y agarró al cura por el cuello, arrastrándolo hacia el fuego. El sacerdote se agarró a los hombros de Anatol, un pequeño grito escapó de sus labios. Las manos de Anatol se cerraron en torno al cuello del sacerdote y presionó la suave carne lenta pero firmemente.

—No fue ella, —siseó Anatol—. Esta mujer me pertenece a mí y sólo a mí. Que no quede ninguna duda sobre este asunto. ¿Me entiende? —El sacerdote asintió rápidamente, con los ojos desorbitados por el miedo. Anatol le soltó bruscamente, apartándole de un empujón. El sacerdote cayó de rodillas, tragando aire.

—Excelente, —dijo Anatol, alisándose el pelo y la camisa—. Me complace que nos entendamos tan bien. Ahora, procedamos con la ceremonia. —Rodeó a Lena con un brazo, arrastrándola cerca de él.

El sacerdote se puso en pie tambaleándose, frotándose el cuello con cautela. Tenía la cara roja por el esfuerzo y el miedo.

Lena levantó la cabeza desafiante a pesar de sus lágrimas.

—Se lo repetiré, padre. Ya soy una mujer casada y he yacido con mi marido. Puede que incluso lleve a su hijo.

Anatol la agarró por los hombros, empujándola contra la pared. Ella se golpeó fuertemente la cabeza contra la piedra, con los oídos zumbándole por el golpe.

—¡He dicho que dejes de parlotear! —le gritó.

El sacerdote retrocedió horrorizado.

—N...no. No puedo hacer esto. En conciencia, no puedo.

Hubo un momento de silencio atónito. De repente, Anatol se volvió, golpeando con el puño directamente en la cara del sacerdote. La sorpresa cruzó el rostro del joven antes de que se desplomara en el suelo. Maldiciendo, Anatol echó mano del atizador mientras Lena se avalanzaba a su brazo, gritando.

—Anatol, basta. —El peso del cuerpo de ella le hizo tambalearse hacia un lado unos pasos, y el atizador cayó estrepitosamente al suelo—. Es un sacerdote. Por el amor de Dios, basta. —Lágrimas de horror corrieron por el rostro de Lena. Nunca en su vida había visto a nadie golpear a un sacerdote. Y en un país donde los sacerdotes eran tan venerados, era no menos que impensable.

Anatol se volvió para mirarla y Lena sintió que se le helaba el corazón de miedo. Sus ojos estaban vidriosos de locura; la cicatriz de su cara torcía su boca en una mueca de desprecio. Lena dejó de agarrarle y se apartó lentamente de él.

—¡Perra! Crees que puedes arruinar mis planes otra vez. Pues no funcionará. —Extendió la mano, agarrándola por los hombros—. Serás mi esposa cueste lo que cueste.

Le arrebató un puñado de pelo y la arrastró hasta la puerta, abriéndola de un tirón. Lena

gritó, intentando liberarse, pero su agarre era férreo. Por encima de sus gritos, Anatol llamó a uno de sus vasallos. El hombre apareció instantes después.

—Reúne a ocho hombres y prepara los caballos. Cabalgaremos hasta la iglesia para buscarnos otro sacerdote.

El vasallo miró lentamente a Anatol y luego a Lena, que aún luchaba por liberarse del agarre de Anatol.

—P... pero, señor, —balbuceó, —la oscuridad está cayendo y la tormenta caerá sobre nosotros en cualquier momento.

Anatol se volvió para mirar a su vasallo.

—¿Te atreves a cuestionar mi orden?

El hombre se enderezó bruscamente, al ver la rabia en los ojos de Anatol.

—No, señor, cumpliré su orden de inmediato. —Girando rápidamente sobre sus talones, se apresuró a cumplir la petición de su señor.

Cuando se hubo marchado, Anatol se volvió hacia Lena, enroscando los dedos más profundamente en su pelo.

—Ahora, querida, —susurró—, vamos a tener una pequeña charla sobre lo que diremos y lo que no diremos al próximo sacerdote. Obedecerás o de lo contrario tú, y el sacerdote, lo lamentaréis. Y mucho.

Su rostro se curvó en una sonrisa y Lena se estremeció mientras él tiraba de ella de vuelta a la habitación, cerrando la puerta firmemente tras ellos.

Capítulo 34

La ventisca golpeó sin apenas aviso. Jedrick maldijo su suerte mientras él y sus hombres se acercaban sigilosamente al castillo de los Czarnowski. Ahora iban a pie, habiendo atado sus caballos a los árboles varios metros más atrás. La nieve dificultaba su avance y el viento cortante era lo bastante frío como para robarles el aliento. Jedrick hizo una señal de alto mientras Staszek y dos de sus hombres avanzaban sigilosamente hacia el muro del castillo. Los tres desaparecieron rápidamente en la nieve cegadora mientras Jedrick y sus otros hombres buscaban el refugio de los árboles para esperar su regreso.

Staszek y sus hombres estuvieron fuera menos de una hora. El joven explorador dio su informe mientras zapateaba vigorosamente sus pies enfundados en botas.

—No hay muchos centinelas de guardia, señor. El tiempo ha movido a todos menos a un puñado al interior. Sin embargo, he visto algo interesante: se están ensillando caballos. Parece como si alguien estuviera planeando cabalgar con este mal tiempo.

Jedrick estaba realmente sorprendido.

—¿Caballos? ¿Cuántos?

—Conté ocho, señor, pero no puedo estar seguro.

Jedrick se acarició la barbilla pensativamente con una mano enguantada. ¿Qué demonios era tan importante para que Anatol Czarnowski arriesgara a ocho de sus hombres con semejante tiempo? Jedrick tenía seis de sus propios hombres con él; ocho de los hombres de Anatol serían relativamente fáciles de manejar a pesar del tiempo. Si lograba tender una emboscada, podría resultar útil de muchas maneras. Los prisioneros podrían contarle lo que tramaba Anatol Czarnowski; en caso necesario, él y sus hombres podrían hacerse pasar por ellos, obligados a regresar al castillo a causa del mal tiempo.

Como mínimo, eso les permitiría entrar por las puertas del castillo.

—Prepare los caballos, —le dijo a Staszek—, y trae a los hombres. Seguiremos a los hombres de Czarnowski hasta que podamos determinar en qué dirección se dirigen. Entonces la mitad de los hombres cabalgarán por delante y se prepararán para una emboscada mientras que la otra mitad cubrirá la retaguardia, impidiendo una huida.

Staszek asintió y las órdenes de Jedrick se transmitieron rápidamente. En pocos minutos, Staszek regresó con los caballos y los hombres montaron, colocándose detrás de los árboles para vigilar.

Jedrick y sus hombres no tuvieron que esperar mucho. Las puertas del castillo de los Czarnowski se abrieron pronto y salió un grupo de jinetes fuertemente abrigados. En silencio, Jedrick contó diez. Los dos primeros jinetes llevaban antorchas, útiles para viajar en la oscuridad

pero que hacían al grupo claramente visible y vulnerable. Jedrick volvió a fruncir el ceño, preguntándose qué era tan importante para que aquellos hombres se hubieran visto obligados a cabalgar en medio de una ventisca. No tuvo tiempo de pensar en ello, pues los jinetes se dirigieron rápidamente hacia el sendero que conducía a Varsovia.

Jedrick hizo un gesto brusco con la mano y Staszek enfiló a su lado.

—Lleve a sus hombres por el camino paralelo e intercéptelos a unos dos kilómetros de aquí, —dijo Jedrick en voz baja—. Asegúrese de cortarles el rastro. Estaremos justo detrás de usted.

Staszek asintió bruscamente y se puso en marcha. Con un gesto de la mano, él y varios de los hombres desaparecieron en una nube blanca. Jedrick hizo una señal a los hombres restantes y éstos espolearon a sus caballos en persecución del grupo de Czarnowski.

Los siguieron a una distancia discreta, con cuidado de no ser vistos. El aire era frío y cortante y la nieve arremolinada hacía que una humedad escalofriante se instalara en lo más profundo de sus huesos. Aun así, los hombres les siguieron tenazmente y finalmente se detuvieron bruscamente cuando el camino se curvó de repente.

Jedrick pudo oír gritos e instó a sus hombres a avanzar. A medida que se acercaban, el choque de espadas y los gritos se hicieron más fuertes. Staszek se había enfrentado a los jinetes. Jedrick cargó en medio de la lucha, con la espada ya desenvainada. Sin vacilar, descargó su espada sobre uno de los hombres de Anatol, que le acuchilló con un grito espeluznante. El hombre salió despedido de su montura. Un segundo jinete cargó contra Jedrick, pero también él fue arrojado cuando su montura tropezó con el cuerpo caído.

Jedrick vio que Boguslaw había desmontado para enfrentarse a pie a otro de los hombres de Anatol. Tirando de sus riendas, el poderoso caballo de Jedrick salió disparado hacia un soldado que se acercaba rápidamente a la espalda desprotegida del gigante. Jedrick se levantó en los estribos, con la espada alzada por encima de la cabeza. Demasiado tarde, el soldado vio a Jedrick y cayó donde estaba, la espada del comandante encontró fácilmente su blanco.

—Quiero a algunos de ellos vivos, —gritó Jedrick, dando la vuelta a su caballo. Sus ojos barrieron fríamente la escena antes de fijarse en un círculo de tres hombres que formaban un círculo alrededor de dos de los jinetes.

Frunciendo el ceño, Jedrick tiró de sus riendas, haciendo girar a su corcel. Staszek acababa de acercarse al grupo, enfrentándose a uno de los soldados montados. Ambos chocaron sus espadas y Staszek hizo retroceder un paso al caballo del hombre. El caballo asustado chocó contra un semental, y relinchó y levantó la cabeza asustado. Su jinete azorado casi se cae del caballo. En ese momento, una feroz ráfaga de viento atravesó el claro, arrancando la capucha del jinete. Largas trenzas cayeron libres, azotadas locamente por el viento.

A Jedrick se le cortó la respiración.

—Lena, —gritó.

Pensó que ella podría haberle oído; levantó la cabeza un momento. De repente, su caballo encabritó de nuevo las patas delanteras, arremetiendo con miedo. Ella gritó mientras luchaba por mantenerse en la silla de montar, sus espesos rizos salían disparados detrás de ella.

Jedrick cargó hacia ella y vio a uno de los hombres de Anatol agarrar su brida. La vio intentar débilmente apartarle la mano de un manotazo, pero el hombre la agarró con firmeza del

brazo, arrastrándola del caballo encabritado al suyo. Luego, clavando los talones en el costado de su caballo, el hombre salió al galope hacia el bosque, con los otros hombres protegiéndole por detrás.

Jedrick supo de inmediato quién montaba aquel caballo, y sus ojos se entrecerraron. Instando a su corcel a avanzar, apartó con determinación a los últimos soldados que se interponían en su camino. Luego, golpeando a su corcel en la grupa, se adentró en el bosque, persiguiendo acaloradamente al hombre que huía.

La tormenta azotaba las ramas a su alrededor, pero Jedrick no se dio cuenta. Su concentración estaba totalmente centrada en un solo hombre.

Era fácil seguir su camino. Dos jinetes en un solo caballo dejaban pesadas marcas en la nieve. Probablemente Lena también estaba luchando contra él, pensó Jedrick sombríamente, lo que ralentizaría considerablemente su paso.

No tardó mucho en alcanzarlos. Guio su caballo junto al de Anatol cuando llegaron a un pequeño claro. Poniéndole una mano pesada en el hombro, Jedrick le tiró del caballo de un fuerte tirón. Anatol gritó, tirando a Lena del semental con él. Ambos cayeron de cabeza sobre la nieve.

Jedrick tiró con fuerza de las riendas, haciendo que su corcel se detuviera bruscamente. En un movimiento fluido desmontó y desenvainó su espada. Anatol se puso en pie, alcanzando su propia espada mientras Lena rodaba a una distancia segura de él. Anatol se dirigió hacia ella, pero se congeló al oír la voz de Jedrick.

—Le aconsejo que se mantenga alejado de mi esposa, Czarnowski.

Anatol se detuvo en seco.

—¿Su mujer? —Su sorpresa dio paso rápidamente a un odio hirviente—. Perro asqueroso. ¿Cree que puede tomar lo que es mío por derecho?

Jedrick estaba de pie en medio de la nieve arremolinada, con una mano en la cadera.

—Nunca fue tuya para que la tomaras.

Lena se incorporó tambaleándose, acercándose a Jedrick. Apenas podía ver; sus cabellos se agitaban enloquecidos a su alrededor, el viento le arrancaba lágrimas. Pero por un momento sus ojos se encontraron con los de Jedrick a través de la tormenta, y vio tal preocupación y amor en ellos que sintió ganas de llorar.

—¿Estás bien, Lena? —gritó él.

Su rostro estaba calmado pero marcado por líneas frías y peligrosas. Ella asintió, haciendo acopio de ingenio y valor. Jedrick le indicó con la cabeza que se colocara detrás de él.

—Jedrick, podría ayudar... —empezó ella antes de que él la interrumpiera con un fuerte grito.

—¡Ven, ahora!

Ella corrió hacia él, resbalando en la nieve hasta que estuvo a salvo detrás de él. Agitada, se apoyó en un árbol al borde del claro, utilizándolo para ayudar a sostener sus temblorosas piernas.

Los dos hombres se rodearon, enfrentándose con gesto adusto. Lentamente, Jedrick levantó su espada. Anatol se movió cautelosamente a su encuentro. Lena se sobresaltó cuando las

espadas chocaron bruscamente entre sí, produciendo un deslumbrante abanico de chispas.

A pesar de su cobardía, Anatol estaba bien entrenado y respondía a cada estocada de Jedrick con bloqueos propios. Dada la feroz tormenta que se desencadenaba a su alrededor, Jedrick sabía que sería un combate bastante igualado.

Aunque Jedrick era claramente el mejor espadachín, sabía que un hombre arrinconado era peligroso. Jedrick continuó presionando su ataque, esperando cuidadosamente el momento adecuado para golpear.

Anatol empezó a jadear pesadamente, pues el esfuerzo de rechazar los golpes de Jedrick parecía cansarle. Sus ojos escrutaban salvajemente el bosque detrás de Jedrick, como si esperara que sus hombres cabalgaran a través de él y le salvaran en cualquier momento. Jedrick mantenía un ataque equilibrado, sin apartar los ojos del rostro de Anatol.

—Bastardo, —siseó Anatol cuando Jedrick casi le arrancó la espada de la mano.

La tormenta les azotaba, cegándoles con la nieve. Jedrick estuvo a punto de resbalar una docena de veces y supo que tendría que tener cuidado al pisar. El más mínimo error podía ser fatal ahora.

—Debería haberse puesto de nuestro lado. —Anatol se tensó apretando los dientes y aguantando las embestidas de Jedrick—. Necesitamos a los suecos. Mi matrimonio con Lena asegurará el futuro de Polonia.

—¿Necesito recordarle que ella es mi esposa, Czarnowski? Y seguirá siéndolo.

Anatol sacudió la cabeza.

—No por mucho tiempo, Tarnowski. Pronto será viuda. —Se río malvadamente mientras sus espadas chocaban.

—Me temo que no tendrá tanta suerte, Czarnowski. No esta vez. —Jedrick avanzó, cortando limpiamente un profundo tajo en el brazo de la espada de Anatol. Anatol aulló de dolor cuando el acero se encontró con la carne, la sangre goteaba de su hombro.

—Maldito, no tiene la visión que yo tengo. Algún día seré rey y haré que exhiban tu cabeza para que todos la vean.

La espada de Jedrick chocó con fuerza contra la de Anatol.

—Estará muerto, Czarnowski. Ahora mismo. Por mi mano.

—Ni siquiera usted se atrevería a matarme a sangre fría en mi propiedad, —dijo Anatol, y su voz aullaba con el viento—. No tiene ninguna causa justa para hacerlo. Lena era mi prometida, no la suya. La traje de Inglaterra con la clara intención de hacerla mi esposa. El rey Gustavo apoyará sin duda mi reclamación sobre Lena y seguramente me ayudará a conseguir la anulación de vuestro matrimonio. Incluso Yan Casimir no sería tan insensato como para interponerse en mi matrimonio con Lena, dado el hecho de que ella fue mi prometida desde el principio. Así que ya ve, Tarnowski, ya la ha perdido. Entregue su espada ahora y tal vez le permita morir con dignidad.

Jedrick río mientras su espada hacía un arco sibilante en el aire.

—Me temo que se halaga a si mismo si piensa ganarse la aprobación del rey Casimir. Su traición es bien conocida y muy despreciada por él. Sepa, Czarnowski, que cuando recuperemos

nuestro país su nombre llevará la vergüenza de la traición durante muchas generaciones.

Anatol giró cuidadosamente a su derecha, obligando a Jedrick a retroceder.

—Será su nombre el que quedará manchado, y no el mío. Una vez casado con Lena, competiré por la corona y seré yo quien nombre a los traidores. Tenga la seguridad, querido caballero, de que su nombre será el primero en esa lista.

Las espadas chocaron con tal ferocidad que obligó a ambos hombres a retroceder un paso. Jedrick se tomó un momento para respirar hondo.

—Tus grandiosos planes estaban condenados desde el principio, Anatol, primero con Alina y ahora con Lena. ¿Qué se siente al saber que ambas mujeres prefirieron a otros hombres antes que a usted? No es mucho decir de alguien que se cree lo bastante fuerte para ser rey.

Anatol se abalanzó sobre Jedrick y éste vio la locura en los ojos de Anatol.

—No entiende nada. Lena es mi destino.

Siguió otro feroz intercambio. Jedrick recibió un serio corte en el antebrazo y pudo sentir la sangre caliente corriendo por su mano, haciendo que la espada resbalara. Agarrando la empuñadura curva lo mejor que pudo, Jedrick presionó hacia delante, obligando a Anatol a retroceder ligeramente.

—No tiene destino, Czarnowski, —dijo, jadeando ligeramente—. Su destino terminó el día que se atrevió a tocar a mi hermana.

La inquietante risa de Anatol sonó en medio de la nieve.

—Tu hermana no era más que un capricho pasajero para mí... una niña tonta. No significaba nada.

Jedrick sintió que una ira feroz se le enrollaba en lo más profundo de la boca del estómago, pero se obligó a contenerla. Sabía bien que la ira era el peor enemigo de un espadachín. Tres cicatrices dentadas a lo largo de su torso eran un recordatorio constante de esa lección.

—Vamos, Tarnowski, —se burló Anatol—. ¿No tiene nada que decir a eso? Era una pieza bastante sabrosa, pero demasiado llorona, si quiere saberlo.

Volvió a reír, una sonrisa enfermiza se ensanchó en su rostro.

Apretando los dientes, Jedrick avanzó, su ataque llegó duro y firme. Mientras contrarrestaba sus golpes, Anatol miró el rostro de Jedrick y se sintió momentáneamente helado por la gélida furia de sus ojos. Asustado, dio un fatal paso atrás, resbalando sobre la nieve.

Era la oportunidad que Jedrick había estado esperando. Rápidamente, cargó hacia delante, levantando su espada.

—Por el honor de Danuta, —gritó Jedrick sécamente mientras clavaba limpiamente la hoja de acero de su espada en el pecho de Anatol—. Y por el de Lena, —añadió suavemente.

Una expresión de sorpresa cruzó el rostro de Anatol cuando su espada se deslizó lentamente de su mano, desapareciendo en la nieve. Aturdido, miró a Lena. Le tendió la mano mientras se tambaleaba en su dirección. Sólo dio dos pasos antes de desplomarse de rodillas y caer de bruces sobre la nieve. Una mancha carmesí se filtró lentamente en la blancura borrosa que le rodeaba.

Lena se quedó mirando horrorizada antes de correr hacia Jedrick. Él la atrapó en un abrazo tan feroz que ella no podía respirar. Las lágrimas resbalaron por su rostro, congelándose en hielo quebradizo y arrastradas por el viento aullante.

—Mató a mi madre, —dijo, con la voz llena de pena y dolor—. Dios, Jedrick, me arrebató a mi madre y casi me arrebató a ti también.

Jedrick la abrazó con fuerza. Durante un largo momento permanecieron abrazados, sin decir nada, mientras la tormenta cegadora arreciaba a su alrededor. Entonces, lentamente, Jedrick inclinó la cabeza de ella hacia atrás y la miró profundamente a los ojos desconsolados antes de ahuecarle la cara entre las manos.

—No volverá a hacer daño a nadie. Se acabó.

Lena cerró los ojos antes de coger su mano entre las suyas.

—Lo siento por todo, Jedrick. Sólo quería ser una buena esposa para ti. Insistí en acompañarte en la misión. No fue culpa de Mikhail y...

Jedrick la silenció poniéndole firmemente un dedo en los labios.

—Calla, Lena. Sé muy bien lo indisciplinada, voluntariosa y temeraria que eres. —Sacudió la cabeza con incredulidad—. No puedo creer que esté a punto de decir esto, pero que Dios me ayude, no te querría de ninguna otra manera. Estoy loca y completamente enamorado de ti, Lena Tarnowska, exactamente como eres.

Miró fijamente a unos ojos llenos de asombro e incredulidad, y sus mechones rojos se arremolinaron a su alrededor mientras sacudía la cabeza.

—Yo también te quiero, Jedrick. Y juro que nunca, jamás, volveré a desobedecerte.

Jedrick echó la cabeza hacia atrás y rio como hacía años que no reía. No la creyó ni por un minuto, pero, extrañamente, no le importó lo más mínimo. Sólo le importaba que por fin estuviera a salvo y que por fin pudiera tener toda una vida de desafíos con ella.

Le dio un beso largo y posesivamente tierno. —Nada de promesas que no tengas intención de cumplir. Vamos, esposa. Vamos a casa, —susurró roncamente.

La abrazó con fuerza antes de estrecharla entre sus brazos y llevarla hasta donde le esperaban sus hombres.

Epílogo

Junto a sus amigos y familiares, Jedrick Tarnowski permaneció de pie en el cementerio de la Iglesia mientras un sencillo ataúd de madera era depositado suavemente en una tumba abierta.

El padre Witold inclinó su plateada cabeza sobre él, murmurando una oración y haciendo la señal de la cruz. Mientras Jedrick lo observaba, supo que el padre Witold había tenido razón después de todo. Ahora que todo había terminado, Jedrick no se sentía vengado, sino justificado.

La guerra entre Suecia y Polonia había continuado durante dos terribles años más. Pero Jedrick había acertado en su predicción de que la gente corriente de esta nación ferozmente católica no estaba dispuesta a sucumbir ante sus opresores protestantes. Consternados por la imposición de las tradiciones suecas a su amada Iglesia, la resistencia contra Suecia se convirtió en una lucha moral del bien contra el mal.

La gente de cada aldea, caserío, ciudad y pueblo de la nación se había levantado contra los invasores.

Consternados por la feroz resistencia a su ocupación, los suecos contraatacaron salvajemente. Pronto, sin embargo, se hizo evidente que los soldados escandinavos ya no tenían ganas de conquistar y saquear a este orgulloso pueblo. La moral entre las tropas suecas cayó en picado a medida que las bandas de rebeldes polacos seguían minando su ánimo y sus suministros. Aún más perjudicial fue la impactante noticia de que la sobrina del rey, perdida hacía mucho tiempo, se había casado con el legendario coronel Jedrick Tarnowski y participaba activamente en la lucha contra los soldados suecos.

Como se había prometido, las tropas tártaras dirigidas por Hamid-Bey atronaron el sur de Polonia, asestando un golpe mortal a la conquista sueca de Polonia. Los coroneles Smolenski y Piotrowski no tardaron en reconquistar la antigua ciudad de Cracovia, enarbolando de nuevo la bandera polaca desde el alto campanario de la iglesia de Mariacki. Los suecos se retiraron gradualmente hacia Varsovia. Paso a paso, centímetro a centímetro, el suelo polaco fue reconquistado por su pueblo.

En otoño de 1657, Varsovia había sido liberada y Jedrick condujo a las tropas polacas y al rey Yan Casimiro de vuelta a la ciudad. El pueblo lo celebró durante siete días y siete noches, el mismo tiempo que Jedrick había resistido a los invasores en la batalla de Pila.

Por fin, una paz misericordiosa cayó sobre la tierra. Los horribles años de ocupación habían terminado. Sin embargo, a Jedrick aún le quedaba una tarea por hacer antes de que las cosas se arreglaran por fin en su casa.

El padre Witold había llevado personalmente el caso de Danuta al Consejo Episcopal de Varsovia. Tras muchas discusiones, se había determinado que Danuta Tarnowska había muerto espiritualmente el día en que había sido violada por Anatol Czarnowski. Como no había estado en control de sus facultades mentales después de aquel brutal suceso, el Consejo había

dictaminado que no podía haberse suicidado voluntaria o conscientemente.

Por lo tanto, concedió el Consejo, sería permisible que Danuta fuera enterrada en tierra sagrada.

Ahora, Jedrick permanecía en silencio a un lado de la tumba de su hermana, mirando los rostros de su familia y amigos, que habían estado a su lado en los peores momentos. Mikhail, Boguslaw, Staszek, Alexander, Marek y los demás; esas eran las personas con las que siempre podría contar. Conocía de primera mano el precio que todos ellos habían pagado. También comprendió que por debajo del dolor y el sufrimiento que cada uno habían soportado, eran hombres fuertes en su fe en Dios y en su amor a la patria.

Alguien empezó a cantar suavemente una vieja canción polaca:

—Un águila se eleva desde lo alto

Sobre las ricas y fértiles llanuras de Polonia,

Una madre, llama alegremente a sus hijos,

Dándoles la bienvenida a casa con los brazos abiertos.—

Jedrick se preguntó cómo una canción tan sencilla podía hacerle sentir tan fuerte y feliz. Se volvió hacia su mujer, que estaba a su lado, con el rostro tranquilo y apacible. Sostenía en brazos a su hijo de un año, Julián, y la grácil hinchazón de su vientre indicaba que había otro niño en camino. El corazón de Jedrick se llenó de tal orgullo y satisfacción que estuvo a punto de estallar.

La rodeó con el brazo, atrayéndola hacia sí. Lena sonrió y le miró.

—¿Qué pasa, Jedrick? —preguntó suavemente.

Éste se detuvo un momento antes de contestar.

—A veces hace falta una tragedia para que uno se dé cuenta de lo preciosa que es la vida. Si Danuta no hubiera muerto, quizá nunca te hubiera conocido. Y no hubiera estado tan decidido a vengarme... —se interrumpió.

Lena le cogió la mano, apretándosela contra la mejilla.

—Calla, Jedrick. Nuestros destinos estaban escritos mucho antes de que nos conociéramos. De alguna manera estoy segura de que Danuta y mi madre nos están sonriendo en este mismo momento.

Él sonrió al pensarlo y sus ojos se encontraron y se sostuvieron, azul-verde frente a gris, ambos llenos de amor, ternura y felicidad.

Las suaves notas de la canción se alejaron con la brisa. Uno a uno abandonaron el lugar de la tumba, abrazándose y deseando lo mejor a la familia Tarnowski.

Lena, Jedrick y su hijo permanecieron cerca de la iglesia, en lo alto de la colina, mucho después de que todos los demás se hubieran marchado, contemplando su amada ciudad, con el encantador sonido de la conmovedora canción resonando aún en sus corazones.

Por fin estaban en casa.

Siguiente libro de la autora



UN ROMANCE NAVIDEÑO

MADISON DAVIS

UN ROMANCE NAVIDEÑO

Solo tendrían que fingir su noviazgo durante las fiestas navideñas, pero todo acabó volviéndose muy real.

Creyendo que su abuelo lo desheredará, Patrick Bexley le engaña asegurándole que se ha prometido a una dama, prácticamente perfecta. El problema es que ahora su abuelo quiere conocerla y ella debe pasar las festividades navideñas con su familia.

Desesperado, debe encontrar a una mujer que solo existe en su imaginación. Hasta que aparece ella.

Samantha Jones no puede creer su mala suerte, primero sufre un accidente en el carruaje donde viajaba, perdiendo la memoria, para después encontrarse a un lord que le ofrece engañar a toda su familia al hacerse pasar por su prometida.

Demasiadas complicaciones para una simple sirvienta que no recuerda nada de su pasado.

Notas